Javier Escala
José Gregorio Maita

La campaña libertadora
del Perú, 1823-1826





ensayo



LA CAMPAÑA LIBERTADORA DEL PERÚ, 1823-1826

Epílogo del dominio español en América





LA CAMPAÑA LIBERTADORA DEL PERÚ, 1823-1826
Epílogo del dominio español en América

JAVIER ESCALA
JOSÉ GREGORIO MAITA

1.ª edición Fundación Editorial El perro y la rana, 2024.

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela, 1010.
Teléfonos: (0212) 768.8300 / 768.8399

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes sociales
Facebook: El perro y la rana
Twitter / X: @elperroylarana
Instagram: @perroylarana
Threads: @perroylarana
YouTube: ElperroylaranaTV

Coordinación editorial
Yessica La Cruz

Diagramación
Orión Hernández

Corrección
Mauricio Vilas

Portada
Oliver Sánchez

Imagen de portada
La capitulación de Ayacucho, Daniel Hernandez Murillo. Óleo sobre lienzo, Lima, 1924.
Cortesía: Museo del Banco Central de Reserva del Perú

Hecho el Depósito de Ley
ISBN: 978-980-14-5606-3
DC2024001194

IMPRESO EN LA REPÚBLICA BOLIVARIANA DE VENEZUELA

ÍNDICE

A mi madre, Rosa Escala.
Javier Escala

A mi padre, Roy Maita.
José Gregorio Maita

A Dios.
A José Gregorio Maita por sumar
sus conocimientos navales a esta obra.
A Ellis Labrador y Yessica La Cruz por impulsar esta publicación.
Javier Escala

A Dios.
Al colega Javier Escala por invitarme a participar en esta obra
Al capitán de navío y Dr. Jorge Ortiz Sotelo
por su asesoría y facilitar fuentes.
José Gregorio Maita

INTRODUCCIÓN

En el bicentenario de la batalla de Ayacucho, la última y más grande de las que se libraron por la independencia de Suramérica, este libro tiene como propósito presentar una relación detallada de los hechos políticos y militares que ocurrieron los meses previos a tan decisivo combate.

El historiador Javier Escala trabajó, mayormente con fuentes primarias, la situación peruana previa a la llegada de Bolívar al Perú en 1823; el problema de Riva Agüero y su sedición en el norte; la caída de Lima y El Callao, a inicios de 1824; toda la reorganización del Ejército Unido Libertador y las batallas de Junín y Ayacucho con sus respectivas consideraciones.

El doctor José Gregorio Maita analizó el papel de la Marina en todo este proceso. Entre 1823 y 1826 la República de Colombia intervino a pedido del Gobierno peruano en su lucha por la independencia. Esta campaña constituyó el clímax de las guerras de Independencia de Hispanoamérica y de las campañas de Bolívar, cuyos momentos más brillantes fueron las batallas de Junín y Ayacucho, inmortalizadas por las historiografías tradicionales. Sin embargo, en ellas no se menciona el rol cumplido por la Armada colombiana en esta larga campaña, centrándose solo en la actuación de las fuerzas terrestres en la sierra peruana.

Esta obra se divide en cuatro capítulos. El primero trata de forma sucinta la situación política del Perú, desde el gobierno del virrey Abascal hasta la salida de San Martín de aquel país en 1822. El segundo detalla la participación de la República de Colombia con el envío de tropas auxiliares al Perú durante 1823. Aquí se ponen de relieve los acuerdos diplomáticos y la expedición de las Divisiones de Paz del Castillo y Manuel Valdés, así como la llegada de Sucre y el caos peruano tras el retiro de San Martín. El tercer capítulo aborda la llegada de Bolívar, el 1 de septiembre de 1823, y los problemas políticos y militares que debió afrontar el Libertador para iniciar campaña contra los realistas. El cuarto y último corresponde a las ofensivas republicanas de 1824, que

resultaron en los triunfos de Junín y Ayacucho, y más adelante, en 1826, en la toma de El Callao, último baluarte español en el Pacífico.

Tanto Javier Escala, en el aspecto político y militar terrestre, como José Gregorio Maita, en lo concretamente naval –cuestión poco explorada en nuestra historiografía–, presentan en este libro una documentada y detallada narración sobre los sucesos que desde 1823 a 1826 consolidaron la independencia de todo un continente. Con el Perú libre finalizaba una etapa, una gesta, una larga guerra continental por la emancipación del dominio español.

Centro Nacional de Estudios Históricos

CAPÍTULO I: ANTECEDENTES Y EVOLUCIÓN DE LA INDEPENDENCIA PERUANA, 1810-1822

El 1.º de septiembre de 1823 el proceso de independencia peruano sufrió un giro significativo. Ese día Simón Bolívar llegó a Lima para conducir la guerra contra las fuerzas del virrey La Serna. La presencia de este gran estadista de la independencia hispanoamericana, que duraría tres años, exactamente hasta el 3 de septiembre de 1826, cambiaría la historia del Perú. Bolívar, que había sido invitado, recibió un país dividido entre las facciones de Riva Agüero y Torre Tagle, amenazado por un numeroso ejército realista acantonado en Cuzco, Arequipa y el Alto Perú, con una fuerza independiente desmoralizada tras el desastre de Intermedios y una economía comprometida. Cuando lo abandonó[1], para atender la crisis política que ya se agudizaba en Colombia, el Perú era un país independiente de España, mejor organizado y con un ejército disciplinado. No obstante, para desgracia suya y del Perú la paz que había logrado instaurar en ese país dependía de su liderazgo y presencia. A poco de irse comenzó una reacción en su contra[2] y una política hostil hacia Colombia que después condujo a la guerra entre las dos repúblicas.

1 En carta al general Gutiérrez de la Fuente (1 de septiembre de 1826) indica que esperaba regresar en un año y no temía una rebelión. Creía en los funcionarios que había dejado para gobernar el Perú: "Dentro de tres días me embarco para Guayaquil, y volveré sin falta dentro de un año, cuando más tarde. Nada temo durante mi ausencia porque tengo mucha confianza en los actuales funcionarios. Estoy cierto de que todos se ligarán estrechamente y que la discordia no podrá levantar su cabeza" (*Obras Completas*, Vol. II, p. 467) Era esta la expresión de un hombre confiado en su influencia y poder. El mismo día expidió un decreto encargando al mariscal Santa Cruz y al Consejo de Gobierno el mando del país.

2 La reacción más notoria fue la del coronel neogranadino José Bustamante y del Villar con unas divisiones colombianas acantonadas en Lima. El historiador Liévano Aguirre sostuvo que fue incitada por la élite limeña, aunque también fue cierto que los soldados no recibían su paga a tiempo; muchos querían volver a sus lugares de origen, estaban cansados de la limitación económica y del ocio. Se suma a esto que ya no eran muy bien vistos por la población peruana, que los tenía como fuerza de ocupación. Poco después, la gente, agitada por Manuel Lorenzo de Vidaurre y Francisco Javier Mariátegui, salió a las calles a exigir el fin de la Constitución Vitalicia. Hubo Cabildo abierto, en el cual se aprobó el fin de la Constitución. Ante esta convulsión y presión, Santa Cruz y el Consejo de Gobierno derogaron la Carta citada a finales de enero de 1827.

Antes de su llegada a Perú había ofrecido tropas a San Martín, luego a la Junta Gubernativa y finalmente a Riva Agüero. El ejército auxiliar de Paz del Castillo y Valdés, siguiendo sus órdenes, no se involucró en la política interna y tampoco se implicó, sin alguna certeza de éxito, en las campañas de los Puertos de Intermedios. Esta actitud, lejos de ganar las simpatías de los políticos peruanos, generó suspicacias sobre los verdaderos intereses de Bolívar. La llegada de Sucre, en abril de 1823, calmó los ánimos y preparó la entrada apoteósica del Libertador en Lima.

A) Intentos de independencia, 1810-1820

El Perú fue un enclave caracterizado por su reacción hacia la independencia. La creación de Juntas o la consolidación de movimientos independentistas no encontraron condiciones propicias en la mentalidad de aquella aristocracia virreinal. Desde el Perú salieron expediciones punitivas, ordenadas por el virrey Fernando de Abascal[3] para sofocar los movimientos juntistas[4] fieles a Fernando VII en el Alto Perú y Quito en 1809[5]. En septiembre de ese año, Abascal abortó cualquier intento de establecer una junta en Lima. Pudo así doblegar las Juntas mencionadas –con excepción de la de Buenos Aires–, dar término al gobierno patriota

3 Fernando de Abascal (1743-1821) Noble, militar y político español. Fue el 38.º virrey del Perú entre 1806-1816. Por sus acciones para pacificar el Perú y sus adyacencias le fue otorgado el Marquesado de la Concordia Española del Perú en 1812. Fue reemplazado como virrey por Joaquín de la Pezuela.

4 Debido a la invasión francesa a España en 1808 y el secuestro de Fernando VII en Bayona, las posesiones españolas en América formaron Juntas de Gobierno en nombre del rey para garantizar la administración y la seguridad de los territorios americanos. Estas Juntas, creadas primero en España, tuvieron en América promoción entre los criollos, quienes buscaban en estas la manera de ejercer más poder político en sus respectivas provincias.

5 La Junta de Quito se formó el 10 de agosto de 1809 y fue presidida por el marqués de Selva Alegre. La Junta de Chuquisaca se creó el 25 de mayo de 1809, siendo esta una reacción contra el presidente de la Real Audiencia de Charcas, Ramón García de León y Pizarro, acusado de ceder el Alto Perú a Carlota Joaquina, hermana de Fernando VII y esposa del regente de Portugal. La Junta de La Paz se estableció el 16 de julio de 1809. En 1810 se formarían las Juntas de Caracas, Santa Fe, Buenos Aires y Santiago.

de Chile en 1814[6] y a las rebeliones de Tacna[7], Huánuco[8] y Cuzco[9]. Tenía consigo un gran ejército y un eficiente sistema de espionaje que le permitió movilizar y enfrentar revoluciones aisladas, dependientes de la ayuda de Buenos Aires. Sus acciones no solo contuvieron cualquier intento separatista en el Perú, sino que preservaron las fronteras de este virreinato de cualquier incursión independentista hasta 1820[10]:

> El virreinato del Perú fue la resistencia realista más clara en todo el continente. Su influencia se extendió durante largo tiempo por el virreinato, la Audiencia de Charcas, la Capitanía General de Chile y la Audiencia de Quito, donde el virrey Abascal envió tropas para reprimir los movimientos junteros de estos territorios... El recurso a las armas por parte de Abascal fue toda una declaración de guerra no solo a los movimientos insurgentes, sino también a los de signo autonomista como la Junta de Quito. Y al igual que Elio en Montevideo respecto a la junta bonaerense,

---

6 Abascal fue hostil a Chile desde la formación de la Junta de Gobierno en 1810. Enviaba tropas para sofocar el movimiento. En 1814, agotadas ambas fuerzas, se firmó el tratado de Lircay por el cual Chile reconocía la autoridad de Fernando VII y su integralidad como parte de la corona española. Sin embargo, el acuerdo no pudo cumplirse y Abascal determinado a destruir a los independistas chilenos envió una fuerza expedicionaria de 5 mil hombres al mando del jefe Mariano Osorio. En octubre de 1814 los chilenos fueron derrotados en Rancagua y los españoles se hicieron del control de aquella región hasta 1818.

7 La insurrección de Tacna de 1811 estuvo encabezada por Francisco Antonio de Zela. La rebelión mantuvo contacto con la Junta de Buenos Aires a la cual se adhirió. Los rioplatenses mandaron una fuerza hacia la Provincia de Charcas bajo el mando del general Antonio González Balcarce y del abogado Juan José Castelli. Asimismo, enviaron proclamas a varias ciudades del sur del Perú convidándolos a unirse a la revolución. La derrota de los argentinos por las fuerzas virreinales en Guaqui ocasionó que Zela no recibiera la ayuda esperada, siendo su movimiento destruido. Zela fue arrestado, llevado a Lima y condenado a cadena perpetua. Murió en 1819.

8 La rebelión de Huánuco de 1812 ocurrió en la intendencia de Tarma. En principio, fue una revuelta indígena contra el gobierno español a la que se incorporaron varios criollos y miembros del clero motivados por las expediciones rioplatenses al Alto Perú. Se formó una Junta con Juan José Crespo y Castillo como líder. Abascal mandó reprimir con el intendente de Tarma, José González de Prada, quien logró vencer a los rebeldes en la batalla del Puente de Ambo. Los indígenas se dispersaron y los cabecillas terminaron capturados por González de Prada.

9 La rebelión de Cuzco de 1814 proclamó el autogobierno y se extendió a Huamanga, Arequipa y Puno. Estuvo liderada por José Angulo, sus hermanos Mariano y Vicente, el cacique Pumacawa, el canónigo español Francisco Carrascón, el clérigo José Gabriel Béjar, Mariano Melgar, entre otros. Las fuerzas del virrey ocuparon terreno con rapidez por lo que los rebeldes debieron replegarse hasta Cuzco. El Cabildo de esta localidad, ante el avance de los realistas, reaccionó contra Angulo que huyó del lugar. Fue capturado después y sufrió pena capital junto a sus hermanos en mayo de 1815.

10 Las fuerzas auxiliares enviadas por el Río de la Plata hacia el Alto Perú en tres ocasiones entre 1810 y 1816 fueron derrotadas por las fuerzas realistas de Abascal. En 1817 igual destino encontraría la expedición de Aráoz de Lamadrid.

Abascal no dejó resquicio para la negociación política, sino para el estruendo de las armas[11].

El sucesor de Abascal, el general Joaquín de la Pezuela, mantuvo la misma postura. Concentró esfuerzos en destruir el Ejército del Norte del Río de la Plata, el cual abandonaría con la derrota de Sopachuy (1817) la ofensiva sobre el Alto Perú, y en sostener las fuerzas realistas de Mariano Osorio en Chile. En esto último fracasó, abriendo una senda al general José de San Martín para comenzar el proceso liberador del Perú a partir de 1820. Con la debacle española en Chile, luego de la batalla de Maipú y la captura de la Expedición de Cádiz en 1818[12], se preparó en ese territorio una expedición libertadora que traería consigo la deposición de La Pezuela con el pronunciamiento de Aznapuquio[13] y la independencia parcial del Perú, proclamada por San Martín en 1821.

B) La expedición y protectorado de San Martín, 1820-1822

Desde 1820 el general San Martín operaba en Perú para afianzar la liberación de la América Austral. Venía el héroe del sur con resonantes

11 Manuel Chust e Ivana Frasquet. "Juntas, revolución y autonomismo en Hispanoamérica, 1808-1810" en *Las independencias de Iberoamérica*, pp. 346-347.

12 Luego de la derrota en Maipú Mariano Osorio marcha a Perú. Los restos del ejército realista superviviente quedaron a cargo del coronel Juan Francisco Sánchez en Concepción a la espera de refuerzos y con la intención de hacer la guerra al sur de Chile. Entretanto, en España, Fernando VII decidió enviar, como lo hiciera hacia Venezuela y Nueva Granada en 1815, un ejército para someter el Río de la Plata y Chile. La expedición, que constaba de una fragata (María Isabel) de 44 cañones y diez transportes con 2080 hombres, zarpó de Cádiz en mayo de 1818. Los gobiernos de Buenos Aires y Chile conocían con anticipación su llegada y de inmediato se establecieron las disposiciones necesarias. O'Higgins en Chile conoció que el destino de la expedición era Talcahuano por lo que ordenó detenerla con la recién formada escuadra chilena al mando del comandante Manuel Blanco Encalada. El 7 de octubre de 1818 las embarcaciones chilenas (navío *San Martín,* fragata *Lautaro,* corbeta *Chacabuco* y bergantín *Araucano)* zarparon de Valparaíso. A finales de octubre ambas fuerzas se enfrentaron en Talcahuano. Las naves españolas fueron capturadas e incorporadas a la Marina chilena. Fue esta la última expedición armada enviada por España hacia América, pues la de Riego en 1820 se sublevaría antes de hacerse a la mar.

13 Este pronunciamiento se dio el 29 de enero de 1821 y fue encabezado por el teniente general José La Serna, el brigadier José Canterac, los coroneles Gerónimo Valdés, José Rodil, Pedro José de Zavala y demás militares. Las razones de este alzamiento radicaron en la incapacidad del virrey de la Pezuela para controlar la situación del Perú tras el desembarco de San Martín. El poder recayó en las manos de José La Serna, experimentado militar español que había hecho carrera en la guerra contra Francia y en el Alto Perú. Poco tiempo después, el gobierno liberal español lo aprobó como virrey del Perú, cargo que ocuparía hasta su derrota en Ayacucho en 1824.

triunfos en Chacabuco y Maipú con los que conquistó la libertad de Chile, así como de una fuerza militar expedicionaria que denominó Ejército Unido. En 1821 San Martín, tras negociaciones infructuosas con los virreyes La Pezuela y La Serna, sitió y ocupó Lima, donde proclamó el 28 de julio de 1821 la independencia, y días más tarde sería nombrado Protector con mando en lo civil y militar.

San Martín había obtenido el apoyo militar y económico del Director Supremo de Chile, general Bernardo O'Higgins, para su expedición sobre Perú. El general San Martín asumió la empresa como jefe del ejército y Lord Cochrane de la Armada. La fuerza militar del futuro Protector del Perú estaba compuesta de la siguiente forma:

- General en Jefe: José de San Martín.
- Jefe de Estado Mayor: Juan Gregorio de las Heras.
- Intendencia: Juan Gregorio Lemos.
- División de los Andes: 2.235 soldados y 141 oficiales. Regimiento de Granaderos a Caballo, al mando del coronel Rudecindo Alvarado; Batallón N.º 1 de Cazadores de los Andes, a cargo de Mariano Necochea; Batallón N.º 7 de los Andes con el coronel Cirilo Correa; Batallón N.º 8 de los Andes, a cargo del coronel Enrique Martínez; Batallón N.º 11 de los Andes con el sargento mayor Román Deheza; dos Compañías de Artillería de los Andes al mando del teniente coronel Pedro José Luna.
- División de Chile: 1.757 soldados y 161 oficiales. Batallones: N.º 2 de Chile, comandando por el sargento mayor José Santiago Aldunate; N.º 4 de Chile, a cargo del teniente coronel Santiago Sánchez; N.º 5 de Chile, al mando del coronel Mariano Larrazábal; Compañía de Artillería de Chile con el teniente coronel José Manuel Borgoño.
- 25 piezas de artillería.

Total: 5.616 hombres.

En el lado naval, Chile puso a disposición de la expedición de San Martín los siguientes navíos:

- Jefe de la Escuadra: vicealmirante Thomas Alexander Cochrane.

- Tripulación: 1624 hombres, divididos en 624 extranjeros y 1.000 chilenos.
- Barcos: Navío *San Martín*[14], 64 cañones, al mando de Guillermo Wilkinson; fragata *O'Higgins*[15], 50 cañones, comandada por Thomas Sackville Crosbie; fragata *Lautaro* de 50 cañones al mando de Martín Guise; corbeta *Independencia* con 28 cañones a cargo de Robert Forster; bergantín *Galvarino* de 18 cañones con Juan Tooker Spry; bergantín *Araucano* de 16 cañones al mando de Thomas Carter; bergantín *Pueyrredón* de 16 cañones y la goleta *Moctezuma* a cargo de comandante Casey.
- A estos 8 buques de guerra se unían 17 barcos de transporte todos de bandera chilena.

La expedición zarpó de Valparaíso el 20 de agosto de 1820 y llegó a la playa Paracas, cerca de Pisco, el 8 de septiembre del mismo año. En los primeros días, después de emitir una proclama ofreciendo liberar al pueblo peruano, San Martín mandó una sección del Regimiento de Húsares y Dragones, convertidos en Batallón de Cazadores, al mando del teniente coronel Rufino Guido, a perseguir a las tropas realistas que marchaban hacia el interior de Ica. Al final dieron alcance a los monárquicos en Changuillo. El 14 de octubre de 1820 tuvo la Expedición Libertadora de San Martín su primera batalla con triunfo. Lord Cochrane, por otro lado, la noche del 5 de noviembre, se apoderó de la fragata española *Esmeralda*.

El general Juan Antonio Álvarez de Arenales partió desde Pisco con los batallones N.º 11 de los Andes, N.º 2 de Chile, Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería hacia el interior del Perú. Persiguió y derrotó al coronel Manuel Quimper en los territorios de Palpa, Nazca y Acarí. Después, tras cruzar la cordillera por Castrovirreyna continuó movimiento. El 20 de octubre ocupó Huamanga; el 11 de noviembre toma puente de Mayoc, que estaba minado y defendido por una guarnición realista; el 20 de noviembre se libra el combate de la cuesta de Jauja, donde Lavalle con 55 jinetes derrotó un piquete español; el 23 de ese mes se producía el combate de Tarma. El 6 de diciembre de 1820

14 En el cual iba el general San Martín.
15 Nave insignia donde estaba Lord Cochrane.

tuvo lugar la batalla de Cerro de Pasco donde Arenales derrotó al general Diego O'Reilly que había salido de Lima para enfrentarlo. A finales de diciembre emprendió marcha hacia la costa para reunirse con San Martín en Huaura, el 8 de enero de 1821.

La campaña de Arenales sobre la sierra supuso una victoria estratégica para los independientes al derrotar, tomar posiciones y lograr la adhesión de las poblaciones del interior peruano. El prestigio del virrey La Pezuela decayó entre los mandos españoles y finalmente sería derrocado por La Serna.

San Martín, que desde inicios de noviembre había desembarcado en Huacho, inició sitio sobre Lima. El nuevo virrey, José de la Serna, propuso abrir negociones que fracasaron al no ser reconocida por los españoles la independencia del Perú. El sitio sobre la capital del virreinato se prolongaría unos meses. San Martín dividiría su ejército en dos: el general Miller desembarcaría en la costa sur y Arenales en la sierra. La Serna, rodeado y sitiado, decidió reiniciar las negociaciones que de nuevo no fructificaron en ningún resultado positivo. A los pocos días, el batallón realista Numancia, compuesto de venezolanos y neogranadinos, se unió al bando republicano. Esto desmoralizó a las fuerzas del rey y obligó a La Serna a abandonar la ciudad de Lima y partir hacia Cuzco el 5 de julio.

San Martín entraría en la capital y el día 15 de julio convocaría un cabildo abierto. El 28 de julio de 1821, frente a una multitud en la Plaza de Armas, el general José de San Martín proclamaría la independencia del Perú. De inmediato, fue nombrado Protector con autoridad en lo civil y militar. Formó gobierno con Hipólito Unanue en Hacienda, Juan García del Río en Relaciones Exteriores y Bernardo de Monteagudo en Guerra y Marina.

Durante su mandato en tierras peruanas (desde el 3 de agosto de 1821 hasta el 20 de septiembre de 1822), San Martín abogó por la implantación de una monarquía constitucional, enviando comisionados (García del Río y Diego Paroissien) a Europa para ofertar, a la casa de Sajonia-Coburgo y Gotha u otra vinculada con la realeza británica, el trono del antiguo dominio de los incas. Por otro lado, decretó la libertad de vientres y la abolición del tributo indígena, creó la orden Sol del Perú, fundó la Biblioteca Nacional, estableció la libre imprenta y abrió las puertas del comercio. Sin embargo, en el terreno militar, la guerra se tornaba cuesta arriba para el Protector. El virrey La Serna tomaba

fuertes posiciones en la sierra y fijaba en Cuzco su capital. El gobierno de Buenos Aires, que en tiempos de Pueyrredón ayudó a organizar el Ejército de los Andes, le cortó la ayuda por negarse combatir a los federales rioplatenses, Chile tampoco podía costear más la aventura peruana[16]; San Martín, por tanto, estaba en un dilema: recurrir a Bolívar, a quien había dado fuerzas para liberar Quito, o ver sucumbir lo alcanzado en Perú.

En julio de 1822 desembarcó en Guayaquil para entrevistarse con el Libertador. Eran momentos en los que Colombia y Perú bregaban por la inclusión de ese vital puerto a sus mapas, pero el interés de San Martín no era más que obtener de Bolívar el socorro para dar desenlace a la ofensiva que había emprendido hacía dos años. Sobre el encuentro se ha dicho mucho y escrito otro tanto[17], si bien el resultado más público fue la salida de San Martín del escenario político-militar suramericano y la elevación del Libertador como el mayor abanderado de la causa independentista en el continente. Sus achaques de salud, que lo obligaban cada vez más a depender del opio, las riñas internas en Lima ante sus infortunios[18] e ideas monárquicas, la salida de su aliado y ministro Monteagudo[19], la imposibilidad de vencer sin

16 El comandante de la escuadra chilena en el Perú, Lord Cochrane, comenzó a tener diferencias con San Martín por no haberse pagado los sueldos acordados antes de salir de Chile. Cochrane, para evitar según sus palabras un "motín", incautó los tesoros públicos depositados por San Martín a bordo de una goleta anclada en el Puerto de Ancón. Molesto, San Martín ordenó a Lord Cochrane su retiro de las costas peruanas.

17 No hubo testigos en las entrevistas del 26 y 27 de julio de 1822 entre Bolívar y San Martín. La documentación más próxima a los hechos son la redacción del secretario José Gabriel Pérez al Ministerio de Exteriores de Colombia y la carta del Libertador a Santander con fecha 29 de julio de 1822.

18 Entre ellos están: la no obtención de Guayaquil para el Perú, la derrota de Ica, el retiro de la escuadra de Lord Cochrane y poca disciplina de su ejército.

19 Bernardo de Monteagudo (1789-1825) nacido en Tucumán, fue abogado, político y uno de los participantes de la revolución de Chuquisaca en 1809. Hizo presencia en los acontecimientos políticos de Buenos Aires en 1810. Fue miembro con San Martín y O'Higgins de la Logia Lautaro, la cual buscaba coordinar esfuerzos para lograr la libertad suramericana. Acompañó a San Martín en el Ejército de los Andes como auditor. En Perú fue ministro de Guerra y Marina y de Relaciones Exteriores. Durante el Protectorado, mientras San Martín concentró el poder militar, Monteagudo quedó de hecho a cargo de los asuntos de gobierno. Apoyó la idea de una monarquía constitucional en Perú y también dictó medidas contra los españoles afectos al rey. Su política le hizo impopular por lo que fue obligado a renunciar mientras San Martín se hallaba en Guayaquil. Retornó al Perú y colaboró en el gobierno de Bolívar. Murió asesinado en Lima en 1825. Sobre él escribió El Libertador: "Es aborrecido en el Perú por haber pretendido una Monarquía Constitucional, por su adhesión a San Martín, por sus reformas precipitadas y por su tono altanero cuando mandaba; esta circunstancia lo hace muy temible a los ojos de los actuales corifeos del Perú, los que me han rogado por dios que lo aleje de sus

recursos a La Serna y el no entendimiento con Bolívar sobre el destino que deseaba para el Perú, le condujeron a colgar la guerrera y embarcar rumbo a Mendoza; serían Bolívar y Sucre los encargados por la historia de terminar su labor en 1824:

> Aprovechando el viaje del Protector a Guayaquil, los republicanos socavaban la estabilidad del régimen. El Supremo Delegado Tagle, fue presionado para aprobar la renuncia de Monteagudo, principal colaborador de San Martín. La caída de su Ministro disgustó al Protector y creó un pasajero distanciamiento con Tagle. San Martín renunció cuando más lo necesitaba el Perú (20-IX-1822), dejando preparada la primera Campaña de Intermedios, mientras Arenales atacaría por la sierra y Lanza tomaría la ofensiva en el Alto Perú[20].

Con la salida de San Martín, la guerra quedaría en manos del general Rudecindo Alvarado, subalterno del Protector desde los días del Ejército de los Andes en Mendoza, quien nada pudo ganar tras ser derrotado en Torata y Moquegua[21]. En el ámbito político, la clase dirigente, por instancia del propio San Martín, instaló un Congreso Constituyente, el primero en su tipo en aquellas regiones, que crearía un gobierno triunviral con José La Mar al frente y sancionaría una Constitución en 1823 de carácter republicano que no entró en vigencia.

---

playas, porque le tienen un terror pánico. Añadiré francamente que Monteagudo conmigo puede ser un hombre infinitamente útil" (Carta de Bolívar a Santander, 4 de agosto de 1823).

20 Carlos Daniel Valcárcel. *Breve historia del Perú*, pp. 157-158.

21 Anterior a las campañas de Intermedios se efectuaron las incursiones del general Juan Antonio Álvarez de Arenales en la sierra peruana. La primera campaña se produjo entre octubre de 1820 a enero de 1821. Salió de Pisco y se reunió con San Martín en Huaura. Esta ofensiva tuvo un éxito relativo al derrotar a las tropas realistas del general O'Reilly en Pasco; asimismo, debilitó el prestigio del virrey La Pezuela que fue depuesto. La segunda campaña de la división de Arenales fue entre abril y julio de 1821. En esta operación la fortuna no lo acompañó y tuvo que regresar a Lima, ocupada ya por San Martín.

C) Situación en Perú: la Junta Gubernativa y la presidencia de Riva Agüero, 1823

A inicios de 1823, con el desastre de la primera campaña de los Puertos Intermedios[22] (sur del Perú-antigua costa de Bolivia), el Congreso y la Junta de Gobierno quedaron desprestigiados ante la opinión pública, sumándose a este estado de cosas el distanciamiento de la ayuda colombiana y la escasez de recursos para pagar sueldos a militares y empleados civiles. El 27 de febrero del año citado, ante la preocupación de un despliegue realista sobre Lima, la oficialidad de la capital, al mando del general Andrés de Santa Cruz, marchó hasta la hacienda Balconcillo para exigir el cese de la Junta y la proclamación del coronel José de la Riva Agüero como presidente de la república, *jefe supremo que ordene y sea velozmente obedecido.*

El motín de Balconcillo fue el primer golpe de Estado del Perú. Sus consecuencias, lejos de traer estabilidad y orden, contribuyeron agudizar el caos precedente que llegó a su auge con la ocupación realista de Lima el 18 de junio de 1823, durante la desacertada segunda Campaña de Intermedios[23]. El Congreso y el Ejecutivo tomaron por sede El Callao[24] y delegaron en Sucre, llegado a esas tierras hacía un mes, poder militar para conducir la lucha; Riva Agüero fue destituido[25], mientras una

---

22 Fue organizada por la Junta Gubernativa que reemplazó a San Martín en septiembre de 1822. El objeto de esta incursión era lanzar tres ofensivas sobre los realistas; la primera sobre el centro del Perú para evitar la unión de los monárquicos, la segunda desde los puertos de Intermedios entre Arequipa y Tarapacá y la última ir hasta el Alto Perú. El comandante de esta campaña fue el general argentino Rudecindo Alvarado. Todo acabó en derrota para los independientes con las derrotas de Torata y Moquegua en enero de 1823.

23 La Segunda Campaña de Puertos Intermedios (mayo-octubre de 1823) retomó el plan de la primera ofensiva de tomar los reductos realistas del sur del Perú. Esta nueva empresa militar estuvo a cargo del general Andrés de Santa Cruz. Tras la indecisa batalla de Zepita (25 de octubre de 1823), donde ningún bando tomó ventaja, los patriotas se vieron obligados retornar a la costa. Durante el curso de la campaña Lima, poco guarnecida, fue ocupada por el general realista Canterac en junio. El 16 de julio, incapaces de sostener la capital, los realistas se retiran. Sucre, recién llegado a Perú, fue con 3.000 soldados colombianos auxiliar a Santa Cruz. El 30 de julio ocupó Arequipa; sin embargo, esta sería perdida el 9 de octubre.

24 El Congreso retornaría a Lima en agosto.

25 El reemplazo de Riva Agüero fue el marqués de Torre Tagle, quien ejerció el poder hasta la llegada de Bolívar. Riva Agüero, que marchó a Trujillo, desconoció al Congreso y retuvo el cargo de presidente. Perú se encontraba así con dos presidentes. Riva Agüero disolvió el Congreso, sustituyéndole por un Senado de 10 representantes (19 de julio de 1823). Tiempo después, Torre Tagle restableció el Congreso (5 de agosto), el cual lo ratificó como Presidente, mientras que a Riva Agüero se le declaró "reo de alta traición" y "fuera de la ley". Riva Agüero, no dispuesto a perder el poder, entró en tratos con los realistas para sacar a Bolívar y sus fuerzas auxiliares. En suma, el Perú que encontró el Libertador era un caos total.

comisión fue enviada para procurar la presencia de Bolívar, el cual no pisaría latitudes peruanas hasta septiembre de 1823.

A mediados de 1823 los peruanos no habían conseguido culminar por sí mismos la guerra. Sin San Martín, con dos Campañas frustradas, dos gobiernos en pugna (Riva Agüero-Torre Tagle) y la presencia amenazante del virrey La Serna en el sur, los políticos de ese país optaron por pedir la presencia de Bolívar, como único hombre de prestigio y poder militar en la región para concluir la guerra.

CAPÍTULO II: PRIMERA FASE DE LA CAMPAÑA DE COLOMBIA EN PERÚ, 1822-1823

El interés de Bolívar por Perú fue temprano. Para 1814 escribiría a Custodio García Rovira, presidente de las Provincias Unidas de la Nueva Granada, para solicitar poderes militares:

> Crea Ud. amigo, que si deseo el que se me autorice de un modo amplio en lo relativo a la guerra, es porque estoy determinado a tomar a Santa Marta, Maracaibo, Coro y volver por Cúcuta, a libertar el Sur hasta Lima, si es posible[26].

Un año después, en la célebre Carta de Jamaica, informado de la actitud reaccionaria de la aristocracia limeña expresaba con poca esperanza:

> Supongo que en Lima no toleran los ricos la democracia, ni los esclavos y pardos libertos la aristocracia: los primeros preferirán la tiranía de uno solo, por no padecer las persecuciones tumultuarias y por establecer un orden siquiera pacífico. Mucho hará si consigue recobrar su independencia[27].

En 1817, según Tomás Cipriano de Mosquera, expresó ante su oficialidad en Casacoima sus propósitos sobre la América Meridional con el Perú incluido:

> Con inspiración profética trazó rápidamente la campaña de Venezuela y la libertad de Nueva Granada; el levantamiento en masa de todo el virreinato; la libertad de Quito; la formación de Colombia y la organización de un ejército capaz de ir a batir al real en Lima y al Alto Perú[28].

---

26 Bogotá, 24 de diciembre de 1814. *Escritos del Libertador*, Vol. VII, p. 133-134.

27 Simón Bolívar, *Carta de Jamaica*, p. 28.

28 Tomás Cipriano de Mosquera. *Memoria sobre Simón Bolívar*, p. 221. Refiere Mosquera que el episodio le fue narrado por el capitán Jacinto Martel, quien fuera también amanuense del Libertador.

Para 1820, con la Nueva Granada libre, expresaba a Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile, su voluntad de colaborar con la empresa libertadora del Perú: "Un ejército de Colombia marcha a Quito al mando del señor general Manuel Valdés, con órdenes de cooperar activamente con los ejércitos de Chile y Buenos Aires contra Lima"[29]. En 1821 manifestaba al general San Martín su deseo de reunirse con él : "…bien pronto la Divina Providencia, que ha protegido hasta ahora los estandartes de la ley y de la libertad, nos reunirá en algún ángulo del Perú, después de haber pasado por sobre los trofeos de los tiranos del mundo americano"[30]. En marzo del mismo 1821 para desalentar a La Torre informa a este los éxitos de San Martín:

> Aunque sea desagradable para Ud., me tomo la libertad de comunicarle la toma de Lima por el general San Martín, y la derrota del general Pezuela, a fin de que este suceso ilustre al gobierno español sobre el verdadero estado de las cosas en América[31].

Al año siguiente, en víspera de encontrarse con San Martín en Guayaquil, señala a Santander la necesidad de auxiliar a los peruanos y arreglar los límites fronterizos con ellos:

> Las cosas del Perú las estoy manejando con generosidad, porque la mejor política es la rectitud: irán hasta 1.500 hombres de refuerzo, y son los mismos que ellos nos han mandado en esta calidad. Cuando venga el tratado que debe haberse firmado en Lima entre Colombia y el Perú, pienso dirigir una misión para transigir los negocios de límites, que en realidad presentan bastantes dificultades[32].

Al general San Martín revela el anhelo de ir hasta aquella región austral para servir a su libertad:

> Mi pensamiento en el campo de Carabobo cuando vi mi patria libre fue V. E., el Perú y su ejército libertador. Al contemplar que ya ningún obstáculo

29 Carta a O'Higgins, 2 de mayo de 1820. *Simón Bolívar*, *Cartas del Libertador*, p. 190.

30 Carta a San Martín, 10 de enero de 1821. *Simón Bolívar. Obras Completas*. Vol. I, p. 524.

31 Carta a Miguel de La Torre, 5 de marzo de 1821. *Memorias del General O'Leary*, Vol. XVIII, p. 114. La noticia que da Bolívar fue inexacta. La Pezuela fue depuesto en enero de 1821, mientras que San Martín no entró a Lima hasta julio de ese año. No obstante, el propósito del Libertador era el de deteriorar el ánimo del mando español en Venezuela.

32 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 22 de julio de 1822". *Obras Completas*, Vol. I. 652.

> se oponía a que yo volase a extender mis brazos al Libertador de la América del Sur, el gozo colmó mis sentimientos[33].

Por último, entre las tantas menciones de Bolívar sobre los asuntos del Perú, destaca la urgente necesidad de liberarlo para resguardo de la propia independencia colombiana. El 13 de marzo de 1823 declararía a Santander:

> Colombia no puede gozar de su libertad, ni puede contar con la posesión del Sur, mientras los enemigos ocupen a Lima. Colombia se arruinaría en el Sur si adoptamos el sistema de defensa. Colombia debe invadir a los españoles en el territorio en que están, para asegurar la posesión de estos departamentos[34].

Estaba así el Perú en la agenda política del Libertador, sobre todo tras la salida de San Martín y la propia incapacidad de sus sucesores de finiquitar la guerra. La posición contigua de Perú con Colombia, sumado a la resistencia tenaz de Pasto, ofrecía una seria amenaza a la independencia de Guayaquil y Quito. De ser vencidos los peruanos por el ejército de La Serna la conflagración volvería al territorio colombiano, el cual todavía no se había desembarazado totalmente de los españoles en Venezuela. Eso significaría nuevos frentes que atender, elevación de la moral enemiga y posible ayuda de La Serna a las partidas de Pasto y a las fuerzas de Morales en Maracaibo. El ejército español en Perú era el más numeroso de Suramérica, rondando las 20.000 plazas. San Martín pudo contenerlo pero no aniquilarlo, menos Alvarado y Santa Cruz, solo las divisiones políticas entre La Serna y Olañeta consiguieron dividir aquella numerosa fuerza[35].

---

33 Sociedad Bolivariana de Venezuela, "Carta a San Martín. 23 de agosto de 1821". *Escritos del Libertador*. Vol. XX, doc. 6119.

34 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 13 de marzo de 1823". *Cartas del Libertador*. Vol. XII, p. 276. Los departamentos a que hace mención de estar vulnerados por la presencia española en Perú son los de Guayaquil, Quito y Azuay.

35 A inicios de 1824 Pedro Antonio de Olañeta, jefe militar realista del Alto Perú, se levantó contra el virrey La Serna. Las causas fueron las ideas políticas de Olañeta que era absolutista, mientras que La Serna era liberal. Este enfrentamiento fue aprovechado por Bolívar para avanzar sobre Jauja y atacar una fuerza realista menos robusta. La rebelión duró hasta agosto de 1824 cuando fue contenida por el general español Gerónimo Valdés. Olañeta quedó

A) Convenios de ayuda militar al Perú

Para 1822 buena parte de Venezuela y la mayoría de la Nueva Granada se hallaban libres del dominio español. El año 22 presentó a Bolívar tres nuevas realidades a vencer: marchar hacia Quito, en manos aún de los monárquicos; conseguir la anexión de Guayaquil, que a fines de 1820 había declarado su independencia de España, y doblegar la resistencia contumaz de los habitantes de Pasto. El triunfo militar en Carabobo le había entregado a Caracas, la capitulación de Cartagena, el Caribe neogranadino y el pronunciamiento del Cabildo de Panamá todo el territorio del Istmo. No obstante, lejos estaba Colombia de ser un territorio aquietado y unido bajo el estandarte de la libertad. En Puerto Cabello, el vencido mariscal La Torre logró rehacer un ejército de 4.200 hombres con los que incursionó sobre Coro y Maracaibo; mientras que los realistas de Pasto y Patía, con auxilio de Quito y de la propia población local, se tornaron un escollo para los planes que el Libertador proyectaba hacia el Sur.

En paralelo, el general Sucre, quien se hallaba como enviado auxiliar de Colombia desde mayo de 1821, tuvo por misión: proteger Guayaquil, provincia portuaria que en octubre de 1820 proclamó su independencia; evitar el éxito de la tendencia en aquella región de unión con Perú, y vencer a los realistas de Quito. Para alcanzar estas tareas, había traído consigo un pequeño ejército de 700 hombres que pronto elevó a 1.400 plazas. Previo a su arribo, nos refiere el historiador Rumazo González:

> … solo hubo desastre. La Junta de Gobierno de Guayaquil, al lanzar su pequeño ejército contra las tropas realistas de Quito, sufrió descalabro en Huachi, con el coronel Luis Urdaneta —prohombre de la revolución de octubre—, y luego con el general argentino Luzuriaga, uno de los emisarios de San Martín[36].

La llegada de los colombianos prometía revertir la situación, si bien hasta entonces Sucre no había sido líder de ninguna campaña militar.

---

relegado en el Alto Perú, Bolívar quiso sumarlo a los independientes, pero no lo logró. Al final fue batido por Sucre en la batalla de Tumusla en 1825.

36 Alfonso Rumazo González. *Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho*, p. 60.

Bolívar marchó hacia Pasto en marzo de 1822 con el propósito de batir a los realistas de la zona y actuar en unión con Sucre sobre Quito. Tras una penosa marcha donde cientos enfermaron, perecieron o desertaron[37], llegó el Libertador el 7 de abril de 1822 a la hacienda Bomboná. Allí enfrentaría a las fuerzas realistas de Basilio García en una larga y cruenta batalla que le limitó avanzar a causa de las pérdidas sufridas en combate. La batalla de Bomboná lejos de ser un triunfo rotundo para Bolívar, quien vio sucumbir en sus comarcas a más de 400 combatientes, significó la pérdida de su fuerza militar. Había conquistado el campo enemigo, pero con grandes bajas que, dentro de las condiciones imperantes de enfermedad y falta de refuerzos, no podía prescindir. Vicente Lecuna concluyó que luego del combate:

> Embarazosa era la situación del Libertador: no podía permanecer largo tiempo en aquel recodo del Guáitara, al sur de Pasto, por no tener vituallas sino para ocho días. Tampoco podía proseguir la acción, mientras no recibiera refuerzos; así es que no le quedaba más recurso que retroceder[38].

La contramarcha inició el 16 de abril de 1822. No conocía el Libertador los recientes éxitos de Sucre en Cuenca y Riobamba ni de la expedición auxiliar del coronel Andrés Santa Cruz que desde el Perú venía en socorro del joven cumanés. En la retirada tuvo que enfrentar molestas guerrillas que con tesón atacaban su ejército; el hambre fue otro aspecto con el que debió lidiar. No obstante, a fines de mayo, las noticias se tornarían optimistas para las armas colombianas con la incorporación de dos divisiones de 1.500 hombres, dando así el poderío necesario para volver a la ofensiva. El 23 de mayo Bolívar, fortalecido con los refuerzos sumados en El Trapiche, digirió una comunicación de rendición al coronel Basilio García: "Es por la última vez que dirijo a Ud. palabras de paz" y marcha al Juanambú por el camino de Berruecos con más de 3.000 soldados.

El avance hacia Pasto culminó el 5 de junio de 1822. Ese día, el propio Basilio García, informado del triunfo de Sucre en Pichincha que cortaba todo socorro de Quito, aceptó la capitulación ofrecida por el

37 De los 2.850 hombres que partieron a Pasto en marzo de 1822 llegaron 2.180.
38 Vicente Lecuna, *Campaña de Bomboná*, p. 23.

Libertador. El 8 de junio entraría el alfarero de repúblicas en la ciudad de Pasto y anunciaría a los colombianos:

> Ya toda nuestra hermosa patria es libre. Las victorias de Bomboná y Pichincha han completado la obra de vuestro heroísmo. Desde las riberas del Orinoco hasta los Andes del Perú, el ejército libertador, marchando en triunfo, ha cubierto con sus armas protectoras toda la extensión de Colombia. Una sola plaza resiste, pero caerá [se refiere a Puerto Cabello][39].

El éxito en Pasto y Quito abría a Bolívar con más desahogo las puertas del Perú. De inmediato a estos logros militares abrió contacto con el gobierno de San Martín, con quien pretendía unir fuerzas navales y terrestres en su lucha contra los españoles. Para este propósito comisionó Bolívar a Joaquín Mosquera, jurista neogranadino, como enviado de Colombia ante el representante del Perú, el coronel y abogado Bernardo de Monteagudo. El 6 de julio de 1822 ambos plenipotenciarios suscribieron un Tratado de Unión, Liga y Confederación entre Colombia y Perú. En el documento las partes se comprometían al socorro mutuo, la igualdad de derechos entre sus ciudadanos en la legislación de ambos países y la exoneración de los derechos de importación, exportación, anclaje y tonelada; los dos gobiernos se comprometían a mantener una fuerza de 4.000 hombres y prestar sus respectivas Marinas al servicio de la defensa mutua, así como deliberar estos asuntos con más fuerza en una futura Asamblea General de estados americanos en Panamá.

Anterior a la firma de este acuerdo entre Colombia y Perú, Bolívar había enviado al coronel Diego Ibarra a Guayaquil. Este llegaría a su destino el 25 de octubre de 1821 con pliegos para San Martín, Lord Cochrane, el gobierno de Guayaquil y Sucre. El documento para el Protector proponía:

39 *Gaceta de Colombia*, 30 de junio de 1822, n.º 37, p. 3.

Disminuido el ejército de V.E. por las enfermedades, y cuidadoso el Libertador de que la campaña del Perú no presentase el aspecto brillante que V.E. le ha dado, creyó que era el tiempo de satisfacer los votos, cooperando con las armas de la República al santo fin del ejército unido… El gran objeto era enterar menudamente a V.E. del plan meditado por el Libertador, y solicitar de consiguiente, que la escuadra con sus provisiones suficientes bajase a Panamá para conducir la Guardia al Perú, mientras que todos los transportes de Guayaquil con los víveres necesarios, fuesen a la Buenaventura en busca de las tropas, que llegaran allí….ha creído el señor Edecán, que atendida la situación de ese país, se consulte a V. E.:

1º Si el estado de la guerra del Perú tuviese aún un carácter, que para terminarla definitivamente puedan cooperar aquellas tropas de la Guardia.

2º Si en este caso los transportes, que se preparan en Lima con provisiones, podrán alistarse tan urgentemente, cuanto es necesario, para traer las tropas de Panamá al momento, puesto que su estación en aquel clima mortífero nos las destruiría; y en cuanto tiempo podrán arreglarse dichos transportes, contando con que la parte de la escuadra aquí no se franqueará a nada.

3º Si siendo innecesarias en el Perú las enunciadas tropas, puede el Libertador contar con que V. E. protegerá la adquisición de los mismos transportes, para llevar aquellas tropas a otro punto, en que combatan por la libertad de América[40].

El Libertador ofrecía así las unidades de su guardia a San Martín a cambio de que este cubriera con la escuadra de Lord Cochrane su traslado de Panamá al Perú. No obstante, este plan no pudo materializarse, pues Lord Cochrane, en pugna con San Martín, negó mover la escuadra en busca de las tropas; solo el gobierno de Guayaquil, presidido por Olmedo, ofreció víveres a aquel ejército, aunque limitados a falta de dinero.

El 17 de junio de 1822, ya triunfante en Quito, Bolívar escribía de nuevo a San Martín agradeciéndole el apoyo prestado a Sucre con la División Auxiliar de Santa Cruz[41] pero recordándole:

---

40 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias del general O'Leary*, Vol. XIX, pp. 77-78.

41 Andrés de Santa Cruz (1792-1865) militar y político alto peruano. Fue presidente de Bolivia, Protector de la Confederación Peruano-Boliviana, marqués de Zepita. Esta considerado el organizador del estado boliviano. Fue enviado por San Martín con una división a socorrer a Sucre en Quito a finales de 1821. En retribución Bolívar nombró aquella división Benemérita de Colombia, a Santa Cruz le ofreció el grado de General de Brigada y a los oficiales y tropa una medalla con la inscripción *Libertador de Quito en Pichincha*. La División Auxiliar llegó al pueblo de Saraguro, actual Ecuador, el 9 de febrero de 1822. Esta ayuda tuvo por origen el pe-

… el deseo más vivo de prestar los mismos y aún más fuertes auxilios al gobierno del Perú, si para cuando llegue a manos de V. E. este despacho, ya las armas libertadoras del Sur de América no han terminado gloriosamente la campaña que iba a abrirse en la presente estación[42].

El 21 de junio, mejor informado de la situación peruana, escribía a Santander que estaría dispuesto a enviar dos batallones al Perú luego de que Guayaquil se incorporase a Colombia, departamento al que no desea renunciar y menos entregar a los peruanos:

El país de las fronteras con el Perú es afeminando y nada militar…El prestigio en favor de Colombia es grande por su gloria militar, por la sabiduría de sus leyes, y por la regularidad del gobierno. Nuestros contrarios creo que carecen de gran parte de estas ventajas y así no vacilo en intentar la incorporación de Guayaquil a Colombia[43].

Por otro lado, San Martín escribía a Sucre, ahora intendente del departamento de Quito, solicitando el envío de la División de Santa Cruz con 1.500 hombres más. No obstante, para el 13 de julio el Protector respondía al Libertador aceptando el ofrecimiento militar[44] y reiterando su viaje a Guayaquil, el cual había postergado desde febrero de 1822.

B) La división de Paz del Castillo

Para concretar esta ayuda el Libertador dispuso en Guayaquil que el coronel Jacinto Lara se ocupase, con calidad de interino, del mando de la División Auxiliar de Colombia[45]. Esta fuerza estaba integrada por dos brigadas: la 1.ª con los batallones Vencedor en Boyacá y Voltígeros

---

dido que hizo Sucre a San Martín de remitir el batallón primero de Numancia, unidad creada en Venezuela en 1813 y enviada por Morillo al Perú en 1818. San Martín, que había obtenido la lealtad del Numancia tras su pase al Ejército Unido en 1820, mandó a Sucre en su lugar una columna de 1.600 hombres al mando de Santa Cruz.

42 *Ibid.,* Vol. XIX, p. 307.

43 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 21 de junio de 1822", *Obras…, op. cit.,* Vol. I, p. 646.

44 Para este momento San Martín estaba en aprietos. Chile no podía seguir ayudando más y el Río de la Plata se hallaba en una guerra civil. Su única opción de continuar la guerra en Perú era la ayuda colombiana.

45 Las instrucciones dadas por Bolívar al coronel Jacinto Lara sobre la División Colombiana se encuentra reproducida en las *Memorias del general O'Leary*, tomo XIX, pp. 340-342.

de la Guardia a cargo del propio Lara. La 2.ª comandada por el coronel Luis Urdaneta[46] con los batallones Yaguachi y Pichincha. Las tropas colombianas deberían recibir el mismo sueldo, vestuario y raciones que las peruanas. El coronel Lara no debía inmiscuirse en política, sino solo obedecer en lo militar al gobierno del Perú, así como cuidar de la disciplina, organización y economía del ejército auxiliar. El cuerpo divisionario estaría comandado por el general Juan Paz del Castillo[47] y acompañaría, según palabras del propio Libertador, a San Martin tras el encuentro en Guayaquil: "Lleva 1.800 colombianos en su auxilio, fuera de haber recibido la baja de sus cuerpos por segunda vez, lo que nos ha costado más de 600 hombres; así recibirá el Perú 3.000 hombres de refuerzo por lo menos"[48]. Con esta afirmación están lejos de la verdad los relatos que, basados en cartas apócrifas[49], antibolivarianos peruanos

46 En oficio del 14 de julio Bartolomé Salom, intendente de Guayaquil, confiere a Luis Urdaneta el mando del "Yaguachi" y la instrucción de formar con el *Numancia*, que se halla aún en Perú, una columna que se llamaría 1.ª Columna de la División Colombiana.

47 Juan Paz del Castillo (Caracas 1778-Guayaquil 1828) General de División. Fue alumno de Simón Rodríguez en la escuela pública de Caracas. En 1798 ingresó como cadete en la Milicia de Blancos de Aragua. En 1802 ascendió a subteniente. En 1806 salió con su batallón a combatir a Miranda en Coro. Apoyó el movimiento del 19 de abril de 1810 y a la República de 1811, alcanzando el grado de teniente coronel. Fue apresado por Monteverde y enviado a Cádiz en 1812, donde se fugó con Roscio, Madariaga y Ayala en 1814. Regresó a Jamaica en 1816 en busca de Bolívar, pero al no hallarlo marchó al Río de la Plata. En 1818 fue jefe de Estado Mayor del Ejército de los Andes y combatiente en Maipú. En 1820 hizo parte de la expedición de San Martín hacia el Perú y al poco tiempo se unió al ejército de Bolívar. Fue jefe de Estado Mayor de Pedro León Torres y combatió en Bomboná y Pichincha. Fue ascendido a general de brigada y comandó la División Auxiliar de Colombia en Perú en 1822. En 1823 fue intendente de Guayaquil, donde contribuyó a las victorias de Junín y Ayacucho. En recompensa por su actuación, el Consejo de Gobierno del Perú lo ascendió a general de división en 1825. Defensor de las ideas centralistas de Bolívar fue asesinado por los adversarios de éste en 1828.

48 Carta a Santander, 29 de julio de 1822. *Obras Completas*. Vol. I, p. 662. Vicente Lecuna elevó el número de efectivos a 2.275 hombres.

49 Las cartas apócrifas fueron reproducidas en la obra *San Martín y Bolívar frente al hallazgo de nuevos documentos*, Buenos Aires, Librería Panamericana, 1941. La obra era del diplomático Eduardo Colombres de Mármol y contó con el apoyo del historiador argentino Rómulo D. Carbia. Este último apoyó la autenticidad de los documentos y refutó a Lecuna, quien denunció la falsedad de las mismas. Las cartas sobre la entrevista de Guayaquil forjadas son la de Bolívar a Sucre con fecha 27 de julio de 1822, en la que el Libertador manifestó su deseo de sacar a San Martín, liberar el Perú y formar un estado aliado allí; la segunda misiva de San Martín al general La Mar con data 19 de septiembre de 1822, donde el Protector expresa que Colombia quería formar un imperio en Suramérica; la tercera comunicación es de San Martín a José Joaquín Olmedo de 12 de septiembre de 1822 en la que señalaba la ambición de los colombianos. Anterior a estos documentos también fue difundido otro apócrifo atribuido a Lafond de Lurcy con fecha 29 de agosto de 1822 y que el argentino Bartolomé Mitre y el peruano Luis Alayza Paz Soldán reprodujeron en sus obras. En la carta, que no está reproducida en O'Leary ni los archivos del Libertador, San Martín señala que sin contar con el apoyo militar de Colombia la Campaña de Intermedios está condenada y que por el bien del Perú lo abandona para que Bolívar entrara en él.

y argentinos han forjado sobre Bolívar, colocándole como un egoísta que niega socorrer a San Martín y da toda clase de excusas para ello.

La división de Paz del Castillo tenía la tarea de apoyar, pero no, en caso de fracasar la campaña de Intermedios, de inmolarse. Bolívar fue claro en este aspecto:

> Persuadido, pues, S.E. el Libertador de la facilidad con que se repondrían las pérdidas adoptando este plan, me manda diga a US que insista siempre como se le ha prevenido, en que la División de Colombia esté siempre unida, y obrando, si es posible, por el Norte, para en caso de un revés replegar sobre nuestro territorio, donde recibirá auxilios de toda clase[50].

A esta instrucción preventiva se sumaba la de mantener la división unida, esto significaba conservar su número y cohesión, cuestión que no agradó a la Junta Gubernativa de Lima[51]. Asimismo, hubo informes del general Paz del Castillo a Bolívar donde relataba la miseria en la que estaba reducida la división y las diferencias ocurridas por falta de paga puntual y envío de raciones[52]. El Libertador entonces presentó y autorizó a Paz del Castillo acordar con el gobierno peruano las condiciones requeridas por la División de Colombia[53]. Las exigencias se resumían en: 1.º el gobierno peruano costearía el transporte de las tropas. 2.º pagaría los sueldos y raciones. 3.º daría vestuario y armas sin descontarlos del sueldo pagado. 4.º los generales y jefes recibirán los caballos de ordenanza para el servicio. 5.º las bajas serían llenadas con tropas locales. 6.º el número de la división debía ser mantenido. 7.º los gastos de regreso a Colombia serían costeados por Perú. 8.º la división quedaba solo al mando del general Paz del Castillo, no podía desmembrarse y obraría al norte. Perú rechazó el acuerdo y la división regresó a Guayaquil en enero

---

50 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Vol. XIX, p. 390.

51 El Perú tenía la obligación de suplir las bajas sufridas en la división con cuerpos suyos. Colombia había disuelto el Batallón del Sur para cubrir las bajas de las fuerzas auxiliares del Perú que socorrieron a Sucre en Quito. Asimismo, debía el gobierno peruano pagar a la tropa colombiana y alimentarla.

52 Desde Cuenca, el 28 de octubre de 1822, José Gabriel Pérez informaba a Paz del Castillo: "Mucho ha extrañado el Libertador los sufrimientos de que se quejan nuestros Jefes, Oficiales y tropa. Con esta fecha dijo al Gobierno del Perú que si nuestra división no es auxiliada, socorrida y equipada como lo fue en Colombia la del Perú, S. E. se verá en la necesidad de llamarla a nuestro territorio, para libertarla de tantas penas y sufrimientos" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. XIX, p. 391).

53 El documento de fecha 15 de noviembre de 1822 está reproducido en *Memorias del general O'Leary*, Vol. XIX, pp. 395-396.

de 1823[54]. Obró en esta resolución el general José de la Mar, presidente de la Suprema Junta Gubernativa del Perú, quien no estaba conforme en utilizar las unidades colombianas solo en el norte. El Libertador diría enojado a Santander:

> Aquella gente no se entiende ni yo la entiendo. He llegado a pensar que es goda, porque de otro modo no se puede explicar su conducta: dicen que no tienen 400 reclutas que darnos de reemplazo, cuando tienen cuatrocientas mil almas bajo sus órdenes. Por estas y otras miserables negativas se he venido Castillo, que tenía orden de pedir el cumplimiento de las mismas condiciones que ellos nos habían impuesto y habíamos cumplido con la división del Perú que vino aquí. Ellos mismos dicen que el vacío de nuestra división no lo llena nadie, y, sin embargo, dicen que no tienen con qué mantener los pobres colombianos, unos hombres que se pueden llamar *áureos*[55].

Las relaciones de Bolívar con el gobierno de Perú, hasta la llegada de Riva Agüero, serían distantes. El Libertador expresaría en varias comunicaciones el peligro que se cernía sobre ese país por lo poco que podían esperar de Chile y Buenos Aires, además de su recelo hacia Colombia por el asunto de Guayaquil y la creencia de que el Libertador pretendía hacer del Perú un departamento colombiano.

C) Sucre en Perú

Con la salida de Paz del Castillo y la derrota del general Rudecindo Alvarado en Torata y Moquegua (19 y 21 de enero de 1823) la guerra en Perú se inclinó por las fuerzas realistas de La Serna. El país se hallaba

54 Bolívar tenía el propósito de incorporar a la división un refuerzo de 4.000 hombres. (Ver *Memorias del general O'Leary*, Vol. XIX, p. 430). El gobierno peruano, temeroso de una invasión colombiana, respondió que solo necesitaba armas.

55 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 30 de enero de 1823", *Obras*…, *op. cit*., Vol. I, p. 716. En la misma misiva señalaba que si el destino del Perú fuera desfavorable, Colombia no tendría medios para liberarlo: "Nosotros no tendríamos medios con qué reconquistarlo, porque 12.000 hombres embarcados para dos o tres meses de navegación y equipados por una larga campaña valen por lo menos dos millones, menos, menos, sin contar con los preparativos anteriores, que no montarán a menos… En resumen, nosotros no podremos reconquistar el Perú, porque Chile y Buenos Aires se están despedazando en guerras civiles, y nosotros seremos muy dichosos si no comentemos la misma criminal demencia".

ocupado por los monárquicos desde la frontera rioplatense hasta el Desaguadero, y desde ese río, que separa el Alto Perú, hasta el valle de Jauja. Los independentistas, por otro lado, controlaban el norte, la costa y el mar. La Serna contaba con 16.000 hombres, aunque sin buques; porque su poder naval se había perdido a partir de 1818. Los independientes, en cambio, tenían un ejército de 7.000 hombres, compuesto por peruanos, rioplatenses y chilenos más una escuadra al mando del almirante Martín Guise. A esta delicada situación, se agregaba las pugnas e intrigas políticas de la Junta Gubernativa en Lima, la cual terminó funciones tras un motín que elevó a Riva Agüero como presidente de la República. Con esta nueva realidad política, las relaciones con Colombia volverían a estrecharse.

Riva Agüero, conocedor de la difícil situación en que se hallaba, envió hacia Guayaquil al delegado Mariano Portocarrero para excusarse por la conducta del gobierno anterior y procurar la ayuda de Bolívar. En paralelo, el Libertador, que ya estaba notificado de la derrota de Alvarado, organizó tropas en Quito, pidió que cada departamento colombiano entregara 100 mil pesos para la campaña peruana, solicitó a Santander 3.000 hombres para cubrir los departamentos del Sur y llamó a las milicias. La intención de Bolívar era enviar 6.000 hombres para defender Lima cuanto antes:

> A pesar del silencio del gobierno del Perú he destinado al coronel Urdaneta en un buque de guerra cerca de aquel gobierno a ofrecerle tres mil hombres que darán la vela de este puerto el 18 del presente, y tres mil que seguirán inmediatamente después; y con ellos me embarcaré yo[56].

De esta manera, a la llegada de Portocarrero en marzo de 1823, la movilización de tropas se encontraba en plena actividad[57].

56 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 13 de marzo de 1823", *Cartas…, op. cit.,* Tomo XII, p. 276.

57 En junio de 1823 el esfuerzo de reclutamiento y movilización de hombres fue mucho más activo con la insurrección de Pasto. Las partidas de Agustín Agualongo y Estanislao Merchán Cano con 1.200 hombres derrotaron a la guarnición del coronel Juan José Flores, compuesta por 600 soldados. Bolívar armó una fuerza, salió de Quito y derrotó a Agualongo en el combate de Ibarra, el 17 de julio de 1823. Después de este triunfo regresó para seguir con sus planes a Perú. Encargó al general Bartolomé Salom la pacificación total de Pasto. Las instrucciones para Salom eran: 1.º destruir a todos los facciosos. 2.º trasladar sus familias a Quito y Guayaquil. 3º fusilar a todos los hombres que no se presenten para ser expulsados. 4º repoblar Pasto

El 18 de marzo se celebró en Guayaquil un convenio entre Portocarrero, como representante del Perú, y el general Paz del Castillo, delegado por el Libertador. Colombia se comprometía auxiliar con 6.000 hombres a cambio de que el Perú sufragara transporte, sueldos, alimentación y equipamiento. La 1.ª División Auxiliar estaría comandada por el general Manuel Valdés, el cual marchó con las instrucciones que debía hacer cumplir al gobierno peruano. De inmediato, salieron en los buques enviados por Riva Agüero tres batallones a las órdenes de Lara y después partió el batallón Voltígeros, ascendiendo el envío a los 6.000 hombres[58] ofrecidos para abril de 1823[59].

El general Sucre, el victorioso jefe de Pichincha y Pasto, fue encargado a ir como comandante general y plenipotenciario de Colombia en Lima. El motivo de su nombramiento fue la limitada confianza a las habilidades políticas de Valdés[60], las intenciones de Riva Agüero de enviar la División Colombiana a Intermedios sin seguridad alguna[61], terminar

---

con familias leales a la República (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. XX, pp. 218-219).

58 La 1.ª División que partió con Manuel Valdés desde Guayaquil rumbo al Callao, el 18 de marzo de 1823, se componía de 3.000 hombres de los batallones Vencedor en Boyacá, Vargas, Voltígeros de la Guardia y Pichincha, con el escuadrón de Húsares. La 2ª División estaría compuesta por el Rifles, Bogotá y el escuadrón Granaderos a Caballo. El embarque, según la nota de José Gabriel Pérez (19 de marzo 1823) al ministro peruano, fue forzada: "Contribuye mucho a la salubridad de la tropa el que no vaya tan estrecha como en las anteriores expediciones, y que se calcule bien el número de hombres que pueda contener cada transporte sin estar oprimidos" (Daniel Florencio O'Leary, Memorias…, *op. cit*, Vol. XIX, p. 480). En la misma comunicación se solicitaba al Perú más envío de víveres.

59 A poco de llegar a Perú, Valdés notificó a Bolívar y luego a Sucre la negativa del gobierno local a cumplir lo estipulado en el convenio Castillo-Portocarrero. El 29 de abril de 1823 informaba al Libertador sobre que al pedir los reemplazos: "se me ha contestado que el Perú no puede darlos por ahora: que en el curso de la campaña, o se os darán o los tomaremos de los prisioneros que hagamos". Por otro lado, a Sucre notificaba el 6 de mayo: "no hay un medio, ni aún para la precisa subsistencia de la tropa. Con este motivo, repito a US. que no se han recibido desde nuestra llegada sino 14 mil pesos, mitad en cobre, mitad en plata…También pongo en conocimiento de US. que hasta la fecha no se me han dado caballos para los Jefes, a pesar de que los he pedido y se me han prometido varias veces" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. XX, pp. 17, 22).

60 Bolívar, para evitar desagravios, comunicó a Valdés cuales eran las funciones de Sucre: "El general Sucre hará las veces con Ud. de ministro de Guerra, como se usa en todas partes en casos semejantes con respecto a los embajadores de las potencias aliadas que tienen en sus territorios auxiliares. Esto no es darle al general Sucre dominio alguno sobre las operaciones militares del Perú, pero sí el derecho de intervenir en las operaciones del nuestro. Así es que Ud. ejecutará lo que él le comunique, ya resuelto por el gobierno, y Ud. le dará sus partes a él y se entenderá en todas sus relaciones como al ministro de quien depende… Para decirlo de una vez Ud. se entenderá con el enviado, y el enviado con el gobierno" (Simón Bolívar, "Guayaquil, 14 de abril de 1823", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, p. 733).

61 Al conocer Bolívar el plan de operaciones de Riva Agüero, de reunir la división de Valdés con la de Chile en Intermedios, lo rechazó. El 30 de marzo de 1823 José Gabriel Pérez trasmitía al

los negocios de límites y tramitar la entrega de las provincias de Jaén y Maynas que Colombia reclamaba como suyas; asimismo, supervisar y dirigir en conjunto con Valdés el ejército remitido. Bolívar no podía ir a Lima, de momento, pues no tenía la autorización del Congreso de Bogotá; Sucre entonces era su mejor opción, cauto, inteligente y hábil negociador resultaba el más indicado para la misión. El joven cumanés en carta a Santander admitía lo delicado de esta tarea:

> Al principio tuve mis obstáculos para encargarme de un negocio que desagradaría a Valdés, pero parece que Valdés exigió que fuera... La comisión que llevo tiene espina, y yo tengo la experiencia de lo que es lidiar con gobierno extraño, mas es preciso servir, y nuestra posición en el sur puede volverse difícil si no la atendemos mucho. Yo trabajaré cuanto esté a mi alcance y si no llegase a satisfacer los deseos del Libertador y los intereses de la república no serán por falta de mis diligencias[62].

Sucre también sería el informante del Libertador sobre todos los vaivenes e intrigas ocurridas en Lima[63].

La evaluación más relevadora sobre la opinión del Perú hacia Colombia y el Libertador la traza Sucre en su carta del 27 de mayo[64]. En la misiva advertía a Bolívar que el Perú continuaba manteniendo su política evasiva con Colombia, que desconfiaba de las fuerzas auxiliares y no comprendía que la intención de aquella era librar la guerra en sus fronteras. Sucre también expresaba que el voto del pueblo y del ejército favorecía el arribo del Libertador a esas tierras, pero tal idea no era compartida por el partido ministerial, pues temía que la presencia de Bolívar

---

Secretario de Guerra peruano la resolución del Libertador. La negativa de Bolívar para enviar las fuerzas colombianas a Intermedios se fundaba en lo aventurado del desembarco tras larga navegación, el desconocimiento de dónde estaba la División de Chile y la que debía marchar por Pisco, y porque los víveres no alcanzaban para una navegación más larga entre Guayaquil e Intermedios: "Estas razones, unidas a las de que el completo del Ejército de Colombia no estará reunido en Lima hasta Mayo, obligan a S. E. el Libertador a no poder obrar actualmente conforme a los deseos de S.E. el Presidente del Perú, y me manda presentárselas a S.E. para sobre esta base, tome las medidas que convengan a la actual situación de ese Estado" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. XIX, p. 485).

62 Antonio José de Sucre, Carta de Sucre a Santander. 14 de abril de 1823 , *Archivo de Sucre*, Vol. III, p. 71.

63 Esto era informar sobre el sentir de los generales del Ejército Unido, de los representantes de Chile, de los mandos militares y civiles peruanos, de la posición de Riva Agüero, del poder militar realista, de los recursos del país, del ánimo de las gentes y de la economía. En suma, informar todo para tener un conocimiento cabal del Perú y de cómo manejarlo al llegar.

64 El extenso documento está reproducido en las *Memorias del general O'Leary*, Vol. I, pp. 25-34.

redujera su influjo entre las gentes y la tropa. El Congreso que legislaba en Lima estaba dividido en dos facciones: los anti y los procolombianos. Unos, que eran la oposición al gobierno de Riva Agüero, demandaban la presencia del Libertador para arreglar los asuntos de ese país; por otro lado estaban los que adversaban esa visión por tenerlo de tirano e interesado en dominar el Perú[65]; agradecían públicamente la ayuda pero no estaban interesados en verle allá. Riva Agüero, que había hecho la invitación a Bolívar con su comisionado Portocarrero, no era confiable para Sucre: "Siempre me ha contestado con palabras agradables pero inciertas, lo cual y el no haber podido lograr ver los términos en que le llamó a U. por los dos comisionados, me hace creer que hay falta de sinceridad"[66]. Por otro lado, en el Ejército Unido[67] quería por jefe a Bolívar, por ello tanto Valdés como él declinaron la oferta de conducirlo. Finalmente, Sucre, que expuso a Riva Agüero no estar presto a intervenir en asuntos domésticos, promovía la ida del Libertador pero bajo la formalidad respectiva y conforme a su investidura: "Yo siempre les manifestaré que no hay otra esperanza que es U., pero que para llamarlo vean de hacerlo con la dignidad debida y con la amplitud de facultades de que necesita para hacer una campaña activa y de provecho"[68]. La tarea para Bolívar era titánica, pues debía derrotar a los realistas, pero también levantar la moral y el número del ejército independiente, conciliar con las facciones y ejecutar una leonina economía de guerra: "Por todo lo dicho verá U., mi General, que en el Perú hay para U. un nuevo campo de gloria; pero también un nuevo campo de trabajos inmensos. Es algo difícil la lección"[69].

Poco tiempo después de este informe, Sucre, que era conocido por sus hábiles capacidades negociadoras y organizativas, pero también por sus triunfos militares, aceptó el cargo de General en Jefe del Ejército

65 Carta a La Mar.

66 Daniel Florencio O'Leary, "Sucre a Bolívar. 27 de mayo de 1823", *Memorias…*, *op. cit*, Vol. I, p. 26. Los dos comisionados enviados por Riva Agüero a Guayaquil en abril fueron el coronel Francisco Mendoza y el marqués de Villafuerte.

67 Esta fuerza era la unión entre el ejército argentino-chileno que trajo San Martín con el peruano creado en 1821.

68 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. I, p. 28.

69 *Ibid*., p. 39.

Unido[70] con la condición de retenerlo hasta la llegada del Libertador y conociendo de antemano la situación militar del país. Esto último era: 1.º estar al corriente de cuáles eran los cuerpos del Ejército Unido, dónde estaban y quiénes los comandaban. 2.º la distribución de esta fuerza. 3.º conocer sus recursos y medios de movilidad, 4.º cuál era el plan de campaña fijado por el gobierno peruano. 5.º en caso de invasión de la costa si se continúa el plan de campaña o se prefiere la defensa de la capital. 6.º conocer si las plazas fuertes, artillería y parques quedaban en manos del General en Jefe. Aclarado aquello, se puso Sucre a organizar el ejército de Lima y proteger el norte del país.

En simultáneo a estos sucesos, Santa Cruz y Gamarra efectuaban con 5.000 hombres la segunda campaña a los Puertos de Intermedios[71]. La situación en Lima, protegida por los colombianos, se tornó caótica ante el avance inminente de Canterac[72]. Se preparó una lista para conocer los esclavos y hombres hábiles para el servicio, así como las armas que pudieran tener. A pesar de todo, Lima cayó en manos españolas el 18 de junio de 1823: "Al fin hemos perdido ayer a Lima aunque hemos salvado el ejército…determiné evacuar la ciudad en caso de ataque porque observé que sin esta valerosa resolución iba no solo a perderse la capital, sino con él el ejército"[73]. Retiró sus fuerzas a El Callao, donde se habían refugiado Riva Agüero y el Congreso. Durante la salida de tropas hubo saqueos y disturbios. Canterac, a su vez, amenazó con destruir

70 Cargo ofrecido y entregado por Riva Agüero. Sucre tomó el puesto para proteger Lima de los 7 mil hombres de Canterac que ya amenazaban sus puertas.

71 Ejecutada entre mayo y octubre de 1823. Fue organizada por Riva Agüero, comandada por Santa Cruz en tierra y apoyada en mar por el almirante Guise. Gamarra participó como jefe de Estado Mayor y mano derecha de Santa Cruz, mientras que Sucre tuvo por tarea proteger los andes centrales al este de Lima. Santa Cruz y Gamarra debían introducirse en el altiplano hasta La Paz y Oruro. El 25 de agosto Santa Cruz y el realista Gerónimo Valdés se enfrentaron en Zepita, a orillas del lago Titicaca, con resultado indeciso. Santa Cruz salió en busca de Gamarra con el que logró reunirse en Panduro para sumar 7.000 hombres. Por otro lado, La Serna unió fuerzas con Olañeta y persiguió a Santa Cruz. Hubo enfrentamientos en Sicasica y Ayo Ayo. Finalmente, Santa Cruz decidió no presentar batalla decisiva e inició un penoso y difícil repliegue a la costa. Esperaba la llegada de refuerzos chilenos para inclinar de nuevo la fuerza su favor, pero tal auxilio no llegó en el tiempo previsto. En la retirada había perdido Santa Cruz gran cantidad de hombres, caballos y pertrechos.

72 En los meses abril y mayo Riva Agüero intercambió correspondencia con Canterac, la cual se hizo cada vez menos cordial y donde el español daba por hecho su golpe a Lima. El presidente peruano también buscó una tregua con La Serna pero al fallar declaró la guerra a muerte a todos los peninsulares.

73 Daniel Florencio O'Leary, "Carta a Bolívar. 19 de junio de 1823", *Memorias…*, *op. cit*, Vol. I, p. 46.

Lima si no eran cubiertas sus exigencias a lo que la municipalidad respondió que si lo hacía serían pasados a cuchillo los 600 españoles recluidos en El Callao.

La caída de Lima significó la de Riva Agüero. El Congreso le destituyó como presidente y entregó el poder político-militar a Sucre, quien solo aceptó dirigir la guerra. Riva Agüero iría a Trujillo, desconocería el Congreso adverso y crearía un Senado con sus partidarios:

> El Congreso declaró guerra abierta al Presidente Riva Agüero, y por decretos que se sucedían en cada sesión, llegaron a determinar su destitución antes de ayer, elevándome a mí con facultades infinitas, y titulándome Jefe Supremo militar del Perú. No les he aceptado tal nombramiento, sino la autorización extraordinaria para las provincias donde vaya yo hacer la guerra; y respecto al señor Riva Agüero les he dicho que, siendo negocios puramente peruanos, se arreglen entre sí[74].

El 15 de julio Canterac abandonaría Lima no sin antes llevarse todo lo que ha podido serle útil a la guerra. El Congreso legítimo, que demandaba la venida de Bolívar, fue reinstalado en la capital y reconocería a Bernardo de Torre Tagle como presidente del Perú en agosto. Sucre, por otro lado, envió a Joaquín Campino para buscar la ayuda de Chile y obrar sobre Arica[75]. Preparó su ida a Intermedios con el propósito de apoyar a Santa Cruz; mandó al general Alvarado incursionar con Miller desde Chala y a Valdés ir sobre Jauja. El Libertador, informado de estas operaciones, recomendó prudencia "repito a US la orden de S.E. para que permanezca US en el Bajo Perú con todas las fuerzas de Colombia"[76]. La exhortación llegó tarde y Sucre terminaría derrotado en Arequipa, el 8 de octubre de 1823.

---

74 *Ibid*., "Carta a Bolívar. 25 de junio de 1823", p. 55.

75 El resultado de esta gestión fue el envío de la expedición del coronel José María Benavente con 2.000 hombres. La expedición tenía por propósito apoyar la del general Francisco Antonio Pinto, jefe del ejército chileno en el Perú, pero este le ordenó regresar. El cuerpo fue remitido por el Director Supremo de Chile Ramón Freire. Bernardo O'Higgins había dejado el poder en enero de 1823 y exiliado en Lima, allí quiso colocarse a las órdenes de Bolívar, pero no tuvo ningún puesto militar.

76 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Vol. XX, p. 229.

Por esta fecha, el Libertador comunicaba desde Guayaquil a Santander: "me ha venido el decreto del Congreso permitiéndome pasar al Perú"[77]. Largo y difícil le había sido obtener el permiso del Congreso colombiano para irse aquellas tierras. Siempre cuidó de las formas y de viajar con la legalidad requerida: "yo tenía una repugnancia invencible a irme sin el permiso del Congreso"[78]. Tuvo que enfrentar las opiniones de Santander[79] y convencerlo de solicitar, como vicepresidente, la autorización necesaria al legislativo. La Constitución de 1821 era explícita al respecto en su artículo 132: "El Presidente no puede salir del territorio de la República durante su presidencia, ni un año después, sin permiso del Congreso"[80]. El Senado colombiano también tuvo sus reservas en dar el permiso, pues algunos miembros creían que el Libertador desatendía la República con esta decisión y otros pensaban que la guerra en el Perú no amenazaba la

77 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 6 de agosto de 1823", *Obras*…, Vol. I, p. 792.

78 *Ibid*.

79 Santander fue contrario a la idea de ir a liberar Perú. Creía que primero se debía concluir la guerra con Morales en Maracaibo y tomar Puerto Cabello. El 6 de febrero de 1823 escribía a Bolívar: "Muy ingratos son los peruanos. Como concluyamos con Morales y tomemos Puerto Cabello, no sentiría mucho la perdida de Lima, porque en aquella situación nos sobran medios para defendernos" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias*…, *op. cit*, Vol. III, p. 93). Al pedido que le hace el Libertador para armar las fuerzas auxiliares respondía el 20 de febrero de 1823: "U. ha pedido muchas veces fusiles, es verdad; pero con pedir ¿Acaso se remiten? ¿Cuántos meses estuvo U. ofreciéndome fusiles el año 19 y jamás vinieron? Ojalá que todas las cosas se ejecutaran tan pronto como se escribe, o piensan" (*Ibid*., p. 95). También le llamaba para que tomara las riendas del país: "Si las cosas del Perú han mejorado, no está por demás un paseo de U. por esta tierra" (*Ibid*., p. 96). El 21 de mayo le sostenía lo cuidadoso de ir a Perú: "Yo, de diputado en Congreso, echaría un dado, porque la afirmativa y la negativa son peligrosas en grado superlativo" (*Ibid*., p. 100). Con la aprobación del Congreso se mostró lacónico y reticente: "Antier recibí el decreto del Congreso dejando a U. en libertad para ir o no ir al Perú, en vista de las circunstancias de aquel país y de Colombia. Este decreto se lo remitiré con un oficial luego que tenga una positiva noticia de las cosas de Maracaibo" (*Ibid*., "6 de junio de 1823", Vol. III, p. 101). Cuando el Libertador este en Lima y requiera de más hombres respondería sin tapujos: "No cuento con recursos para que siquiera coman las tropas de las más principales guarniciones. Soy mero administrador de lo que las leyes llaman Hacienda pública; una línea más allá de la Constitución no puedo traspasar, y mis facultades para Colombia están bien determinadas. Hoy los dos estamos colocados en contradicción legal; U. puede hacerlo todo sin obligación de responder de nada, y yo no puedo hacer sino lo que me prescribe la Constitución. Si esta situación no es la que puede salvar al Perú ni a Colombia, yo absolutamente ni soy ni puedo ser culpable" (*Ibid*., "6 de diciembre de 1823", p. 129). En carta de fecha 10 de mayo de 1824 sería más enfático en sus funciones y deberes para con la empresa peruana, así como la sujeción de sus actos a las leyes vigentes de Colombia: "Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú, y su naturaleza no se ha cambiado, porque el Presidente de Colombia esté mandando un ejército en ajeno territorio. Demasiado he hecho enviando algunas tropas al Sur; yo no tenía ley que me lo previniese así, ni ley que me pusiese a órdenes de U., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuanto U. necesitare y pidiere. O hay leyes o no las hay" (*Ibid*., p. 144).

80 Asamblea Nacional de Venezuela, "Constitución de la República de Colombia" en *Independencia, Constitución y Nación: Actas del Congreso de Cúcuta 1821*. Tomo II, p. 557.

seguridad de Colombia; nación que tenía un experimentado ejército. Santander informaba sobre estas diferencias en la carta del 21 de mayo de 1823:

> Mucho he celebrado su permanencia en Colombia hasta el 15 de Abril, fecha de su última comunicación. El Senado ha dudado mucho del partido que debía tomar en orden a permitir el viaje de U. al Perú, y Senadores hubo que aventuraron la opinión de que ya U. se había ido sin esperar la resolución. Es verdad que la discusión ha sido muy grata a los amigos de Colombia y de U. porque su negativa la fundaban en la importancia de su presencia en la República. Vergara dijo que poco se perdía con la subyugación del Perú y los peligros del Sur, si U. estaba dentro de Colombia, y que tal vez se debería renunciar a la libertad del Perú, si ella era causa de una mala suerte de U. Esta noche decidirá el Senado, y luego pasará a la Cámara de Representantes[81].

La autorización concedida a Bolívar, el 4 de junio de 1823, le permitía ir, pero solo para conducir los negocios de la guerra y prohibía tajantemente su traslado a otro territorio sin consentimiento previo del Congreso. Fue así que, revestido con la legalidad constitucional que prescribían las leyes de su patria, pudo corresponder a la invitación del Congreso peruano, expedida el 19 de junio[82]. Fueron en su búsqueda a Guayaquil los delegados José Joaquín Olmedo y José Faustino Sánchez Carrión[83]. Saldría del puerto mencionado el 7 de agosto a

81 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*., Vol. III, p. 98. La comunicación del 14 de abril que refiere Santander, el Libertador mencionaba las formas que había utilizado para levantar la División Auxiliar y el estado de ruina en que Quito y Guayaquil han quedado por tal razón: "Todo ha sido violencia sobre violencia. Los campos, las ciudades han quedado desiertas para tomar 3.000 hombres y para sacar doscientos mil pesos. Yo sé mejor que nadie hasta donde puede ir la violencia y toda ella se ha empleado" (Simón Bolívar, *Obras…*, *op. cit.*, Vol I, p. 736).

82 El documento expresaba: "El Congreso Constituyente del Perú, penetrado de las criticas circunstancias en que se halla la República, y considerando que solo la presencia y dirección del Libertador Presidente de Colombia puede terminar la actual contienda y consolidar la independencia del país, ha venido en decretar y decreta 1º Que se invite de nuevo al Libertador Presidente de Colombia, a fin de que se verifique el objeto indicado: 2º Que se nombren dos Diputados del seno del Congreso que sin pérdida de momento manifiesten personalmente al Libertador Presidente los votos de la Representación nacional" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Vol. XX, p. 115).

83 Sánchez Carrión (1787-1825) político peruano. Durante el gobierno de San Martín se opuso a las ideas monárquicas de este y de su ministro Monteagudo. Fue diputado del Congreso Constituyente de 1822 y colaborador cercano de Bolívar en 1824, siendo su Secretario General de los Negocios de la República Peruana o Ministro único.

bordo del bergantín de guerra Chimborazo[84]. El destino del Perú, que para entonces se veía turbio, estaría signado por el fenecer del dominio español un año, tres meses y ocho días después en Ayacucho donde Sucre, con los ejércitos de la América unida, sería ceñido con la gloria del triunfo final.

84 Buque de guerra del 4.º departamento de Colombia, poseía 18 cañones y era comandando por el capitán de navío irlandés Thomas Wright (1800-1868). Iban acompañando a Bolívar en el viaje 100 húsares de Colombia.

CAPÍTULO III: SEGUNDA FASE DE LA CAMPAÑA, 1823-1824

El lunes 1.º de septiembre de 1823 a las 13.00 horas hacía arribo al puerto de El Callao el bergantín Chimborazo, tras 26 días de navegación. Bolívar, el hombre providencial que anhelaban los peruanos, era recibido con toda pompa por el presidente Torre Tagle y las autoridades civiles y militares de Lima. Veintiún cañonazos fueron hechos para celebrar su ansiada llegada. El historiador Gonzalo Bulnes narraría:

> Torre Tagle agotó en su obsequio los honores públicos. Fue a aguárdalo al Callao con los miembros del Gobierno y con las principales autoridades y funcionarios. La tropa le hizo carrera desde la salida de El Callao. Lima lució los vistosos arreos con que había recibido a San Martín.
>
> Una comisión del Congreso lo esperó en su habitación para saludarle; las casas estaban embanderadas; los cañones atronaban al aire; las persianas moriscas de los balcones estaban abiertas, y las lujosas bellezas de Lima se disputaban a porfía una mirada del hijo predestinado de Caracas[85].

El Congreso, al día siguiente, lo facultó para restablecer el orden interno. El Libertador manifestó que la representación soberana del Perú le llamó para romper las cadenas que lo atan a España. Chile felicitó su llegada. San Martín, que estaba retirado en Mendoza, deseó buenos augurios. Días después, Bolívar fue invitado a un banquete con la elite local y el cuerpo diplomático. O'Higgins, exiliado en Lima, brindó por la gloria del Libertador y felicitaba que en la misma mesa estuviesen reunidos los representantes de Colombia, Chile, Río de la Plata y Perú junto al gran hombre de América. Todos querían conocer y agradar al Libertador de Colombia:

> Desde que puso el pie en tierra fue llevado en triunfo hasta la casa que se le tenía preparada en Lima. Jamás ningún mortal ha sido recibido con júbilo

85 Gonzalo Bulnes, *Bolívar en el Perú. Últimas campañas de la independencia del Perú*, p. 323.

más cordial ni con mayores esperanzas de lo que debía hacer en favor de un país. Ante su nombre nada podía resistir y su indomable voluntad no se hubiera sujetado a trabas[86].

Las celebraciones duraron días.

El Congreso, el 10 de septiembre le confió por decreto la Suprema Autoridad Militar y Política Directorial de la nación con facultades extraordinarias[87]. El día 13 fue convidado por el cuerpo legislador a una sesión especial, donde no desaprovechó la oportunidad para convencer que él era la mejor la opción:

> Yo ofrezco la victoria confiado en el valor del ejército unido, y en la buena fe del Congreso, Poder Ejecutivo y pueblo Peruano; así el Perú quedará independiente y soberano por todos los siglos de existencia que la Providencia Divina le señale[88].

Nadie resistió el encanto de tales palabras. Era Bolívar el hombre más ensalzado del Perú y de la América.

Al principio tuvo Bolívar una opinión muy favorable a los limeños, pero pronto, ya a inicios de 1824, esa apreciación sería opuesta e incluso negativa. No obstante, copiamos la evaluación dada al momento de su arribo:

> Hace diez llegué en medio de los aplausos y de las fiestas…Lima es una ciudad grande, agradable y que fue rica. Parece muy patriota; los hombres se muestran muy adictos a mí y dicen que quieren hacer sacrificios, las damas son muy agradables y buenas mozas, hoy tenemos un baile en que las veré todas. Los hombres me estiman y las mujeres me quieren, esto es muy agradable; tienen muchos placeres para quien pueda pagarlos... Todos nuestros colombianos se han quejado mucho de Lima, mientras que yo estoy encantado; por supuesto no me falta nada. La mesa es

---

86 Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente, segundo periodo 1822-1827*, Tomo I, p. 161.

87 El documento se halla en las *Memorias del general O'Leary*, Vol. XX, pp. 321-322. El cargo conferido estipulaba una asignación anual de 50.000 pesos. Bolívar, para quien la gloria era lo más grande, rechazó este pago. Este cargo daba a Bolívar plenos poderes militares para dirigir la guerra, pero limitaba el político, pues debía obrar en conjunto y acuerdo con el presidente Torre Tagle. Esta limitación traería diferencias entre ambos y finalmente la ruptura de Tagle hacia febrero de 1824.

88 Citado en Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*…, *op. cit*., Tomo I, p. 168.

excelente, el teatro regular, muy adornando de lindos ojos y de un porte hechicero; coches, caballos, paseos, toros, *Te Deums*, nada falta, sino plata para el que no la tiene, que a mí me sobra con mis ahorros pasados. Se entiende por ahora[89].

El tiempo, los reveses y las pugnas entre facciones cambiarán esta visión de ensueño.

Para finales de 1823 la disposición de los ejércitos revolucionarios era de casi 13.000 hombres, repartidos por toda la geografía peruana. Las guerrillas de Isidoro Villar y Francisco de Paula Otero estaban conformadas por 3.000 hombres. El ejército colombiano auxiliar de 3.000 soldados y el de Santa Cruz, en campaña por los Puertos de Intermedios, rondaba los 2.000. En el Alto Perú, el guerrillero José Miguel Lanza tenía 1.500 combatientes y el faccioso Riva Agüero 3.000 partidarios acantonados entre la costa y sierra del norte. Se añadía a este número las montoneras que operaban sobre la sierra central.

A) Bolívar en Perú

La primera tarea de Bolívar era demostrar su eficacia frente al Congreso que le había llamado[90]. El 3 de septiembre el presidente del Congreso, Justo Figuerola[91], envió una comunicación informando al Libertador

89 Simón Bolívar, "Cartas a Santander. 11 de septiembre y 20 de septiembre de 1823", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 801-802/812-813. Bolívar fue un mujeriego sin freno, pero en Lima estuvo limitado de aventuras pues allí tenía a Manuela Sáenz, joven quiteña que había conocido en 1822 y quien vivía con su marido, en inglés James Thorne. Los amantes se encontraban en las noches y trataban de respetar las formas de la época. Sin embargo, al estar casada, Manuela no pudo acompañar a Bolívar al norte hasta finales de 1824. Allá hizo parte de su Estado Mayor y custodia de su correspondencia. Cuando Bolívar se trasladó Huaylas la dejó el Trujillo y se entregó a los encantos de la joven Manuelita Madroño, una joven de 18 años. Sin embargo, Manuela Madroño pasó a ser un recuerdo cuando Bolívar continuó su marcha hacia Cerro de Pasco. En otro aspecto, el estilo de vida de Bolívar en Lima le hizo prescindir de los 50 mil pesos ofrecidos por el Congreso.

90 El plan inicial de Bolívar para batir a los españoles era concentrar sus fuerzas e ir a la sierra de Huaylas, penetrar en Huánuco, y caer en Cerro de Pasco para enfrentar a Canterac. Esto fue pospuesto por la defección de Riva Agüero.

91 Justo Figuerola (1771-1854) político y magistrado peruano. Presidente del Primer Congreso Constituyente del Perú. En principio acompañó a Riva Agüero a Trujillo donde se esperaba funcionara provisionalmente el Congreso, pues Lima estaba en manos de Canterac. No obstante, cuando el Congreso anuncia la dimisión de Riva Agüero y este decide disolverlo y crear un Senado con sus adeptos, Figuerola marchó a Lima y volvió asumir las riendas del Congreso

sobre la defección de Riva Agüero y la resolución del cuerpo legislador para otorgarle poder pleno en procura de resolver tal coyuntura. Ese mismo día, Bolívar, por medio de José Gabriel Pérez comunicó a Figuerola que aceptaba la misión delegada.

Riva Agüero, depuesto el 23 de junio por el Congreso y en rebelión contra este, era un escollo que se debía suprimir si se deseaba hacer frente unido a los realistas del sur[92]. El 4 de septiembre el Libertador había escrito invitándole a deponer su actitud hostil frente al Congreso, el único poder legítimo del Perú:

> Ud. se halla en guerra abierta con la representación nacional de su patria: esta representación fue convocada por el fundador de su libertad; ella ha sido reconocida por todas las autoridades y el pueblo peruano; Ud. mismo debió el nombramiento de su presidencia a la autoridad del congreso: luego, parece fuera de duda que los escogidos de la nación no pueden ser revocados por ningún ciudadano, cualquiera sea su condición, todavía menos por Ud., que fue uno de los primeros agentes del establecimiento de la representación popular, y, como presidente, le ha prestado solemne juramento de obediencia. En fin, amigo, el derecho creo que no admite discusión; en cuanto al hecho, veremos el efecto… No dude Ud. que el suceso de Trujillo es la mancha más negra que tiene la revolución, y por consiguiente, Ud. no debe esperar más que maldiciones en América y juicios de desaprobación en Europa. Yo, sin embargo, ofrezco a Ud. mi amistad y toda la protección que dependa de mis facultades, si Ud. quiere aceptarlas[93].

---

entre agosto y septiembre de 1823. En ese tiempo se ratificó el nombramiento de Torre Tagle y se recibió a Bolívar.

92 Este problema ocasionaba que el movimiento de tropas desde el centro hasta la sierra estuviera detenido. En carta para el general Sucre, el 8 de octubre de 1823, el secretario Pérez le anunciaba: "No habiendo logrado terminar pacíficamente la disidencia del ex Presidente Riva Agüero como se esperaba, no puede ya verificarse la marcha del ejército del Centro hacia la sierra, como tuve la honra de participar a US. en mis comunicaciones de 18 de septiembre" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XX, p. 424). Esto significaba que en Lima se tenía el ejército en alerta contra una posible incursión de Riva Agüero desde norte, máxima preocupación del Congreso en esos días.

93 Carta a Riva Agüero, 4 de septiembre de 1823. Es interesante destacar que Bolívar reconoció a San Martín como el "fundador" de la libertad del Perú en esta misiva.

De inmediato, Bolívar comisionó al coronel Luis Urdaneta[94] y José María Galdeano[95] para negociar con Riva Agüero en Trujillo una deposición honrosa y pacífica. Asimismo, para debilitar cualquier fuerza que aquel levantase, ordenó al intendente de Panamá, general José María Carreño[96], confiscar el armamento comprado por Riva Agüero en las Antillas y ponerlo rumbo hacia El Callao, a las órdenes del presidente Torre Tagle[97].

Por otro lado, las instrucciones para Urdaneta y Galdeano eran precisas: 1.º Convencer a Riva Agüero de que su conducta era indigna y contraria a la legítima autoridad nacional, además de ruinosa para la revolución al debilitar el partido de la independencia. 2.º Hacerle entender que su rebelión solo contribuiría a la anarquía y a la dominación total de los españoles sobre Perú. 3.º Persuadir a los generales y jefes partidarios de aquel que su causa no tenía esperanzas y que solo crearía una mácula en sus reputaciones. 4.º Ofrecer a Riva Agüero y sus oficiales en nombre del Congreso peruano y del Libertador una completa amnistía y restitución con todas las garantías a la vida privada dentro o fuera del país. 5.º Absoluto olvido de lo sucedido para la tropa y restitución de sus cargos.

El 11 de septiembre Urdaneta y Galdeano llegaron al cuartel general de Agüero en Huaraz. Allí presentaron las condiciones al general Ramón Herrera[98], quien actuaba como ministro de Guerra. Los ofrecimientos no fueron aceptados por Riva Agüero, quien rehusó reconocer a Torre Tagle y al Congreso como autoridades legítimas, proponiendo en su lugar que él renunciaría si Tagle y el Congreso también lo hicieran y

94 Luis Urdaneta (1768-1831) militar venezolano. Uno de los gestores de la Revolución de Guayaquil de 1820. Fue servidor leal a Bolívar. Se enfrentó sin éxitos al general Flores cuando aquel separó Ecuador de la Gran Colombia.

95 José María Galdeano (1782-1863) político y abogado peruano. En 1823 era diputado por el departamento de Tarma y Puno. Fue nombrado a finales de 1823 por el Congreso miembro de la comisión para fijar límites territoriales con Colombia la grande. Fue colaborador de Bolívar hasta que aquel salió del Perú en 1826.

96 José María Galdeano (1782-1863) abogado y político peruano. Fue presidente del primer Congreso Constituyente del Perú entre 1824 y 1825. Ministro de Hacienda en 1827 y de Relaciones Exteriores en 1828.

97 El documento se halla en *Memorias del general O'Leary*, Vol. XX, p. 305. José Gabriel Pérez expresa las instrucciones de Bolívar e informa al intendente que Riva Agüero ya no era más el presidente del Perú. El armamento que llegase a Panamá no debía caer en manos de aquél, pues "harían mal uso de él".

98 Ramón Herrera y Rodado (1799-1882) militar chileno. En 1820 se unió al ejército de San Martín. Fue ministro de Guerra y Marina durante el gobierno de Riva Agüero, cargo que mantuvo durante los meses de rebelión contra el Congreso.

se convocaran nuevas elecciones con la protección de Bolívar.[99] Por supuesto, el Congreso en Lima rechazó esta idea y autorizó al Libertador a usar la fuerza:

> El Congreso Constituyente del Perú:
>
> En consideración a la obstinada resistencia del ex Presidente don José de la Riva Agüero, con que despreciando los generosos ofrecimientos de conciliación que se le han hecho por mediación del Libertador, trata de llevar adelante la funesta anarquía, hostilizando a la misma patria y oponiéndose de este modo a que las fuerzas del ejército combatan al enemigo común;
>
> Ha venido a decretar y decreta:
>
> Que el Libertador, en virtud del supremo poder que le ha confiado el Congreso, proceda desde luego con preferencia a perseguir al proscrito Riva Agüero, empleando las fuerzas y todos los arbitrios que estime conducentes a sofocar del todo la anarquía.
>
> Tendréis lo entendido y dispondréis lo necesario a su cumplimiento, haciéndolo imprimir, publicar y circular. Dado en la Sala del Congreso, a 1º de Octubre de 1823[100].

La conducta de Riva Agüero no optaba por la rendición. Consideraba en unión con los suyos que el pueblo peruano le apoyaba y que los representantes del Congreso, con algunos desleales que se pasaron al bando español cuando fue ocupada Lima en junio pasado, eran responsables de la debacle nacional. Asimismo, pensaba que Bolívar estaba engañado sobre él y que estaba alejado de la traición, puesto que desde muy temprano estaba comprometido con la causa de la independencia[101]. Afirmaba que los políticos de Lima eran los únicos que

99 En Santa el coronel José María Novoa envió a Bolívar la respuesta enfática de su jefe, el 22 de septiembre: "Perdón, supone delito, y quien no cree haberlo cometido, está muy lejos de apreciar tal amnistía. Aunque se hallase imposibilitado de sostener el decoro de la autoridad que le está confiada jamás mancharía con el borrón de humillarla a quienes estima delincuentes contra la patria, ni hacer con ellos una liga que ofende sus deberes". El documento completo se halla en las *Memorias del general O'Leary*, tomo XX, pp. 358-366.

100 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Vol. XX, p. 402.

101 Riva Agüero había estado implicado en movimientos favorables a la independencia desde 1810. En 1818 publicaba de forma anónima en Buenos Aires el folleto *Manifestación histórica y política de la revolución de América*. Allí exponía Agüero a su juicio las razones que justificaban que América buscase la independencia de España. En 1820 influyó en que miembros del batallón Numancia se pasaran al bando de San Martín. En 1821 acompañó aquel en su marcha a Lima, donde fue prefecto.

desconocían su autoridad y que aquella región no representaba la voluntad del todo el pueblo peruano. No obstante, lo cierto es que Riva Agüero estaba aislado en el norte. Sin obtener el reconocimiento de Bolívar o Sucre, buscó atraer a San Martin sin éxito[102]; después procuró unir fuerzas con Santa Cruz y Gamarra[103], antiguos partidarios, pero estos derrotados en la Segunda Campaña de Intermedios tampoco oyeron su oferta[104]. Entonces, desconocido por todos los mandos principales del país y con Bolívar presto a combatirle, entró en contacto con el virrey La Serna.

A inicios de septiembre había enviado Agüero al coronel Remigio Silva[105] a que negociara con el virrey un armisticio de dieciocho meses para acordar una paz permanente con España. En una de las cláusulas también se resolvía combatir a los ejércitos auxiliares de Colombia y resistir a sus mandos para obligarlos a evacuar el país. De esta manera, Riva Agüero entregaba la causa de la independencia a una negociación oculta con el enemigo. El 12 de octubre de 1823 el virrey La Serna aceptó la proposición.

El Libertador, ignorante de estas andanzas, envió a Ignacio Alcázar[106], Francisco Araos y Antonio Elizalde[107] como nuevos delegados en un último intento de persuadir. Las conversaciones continuaron en

102 En varias cartas había pedido al Protector, retirado en Mendoza, retornar al Perú. El 23 de octubre de 1823 le respondería San Martín: "Es incomprensible, su osadía grosera, al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra civil. ¡Malvado!"

103 El general Sucre, que estaba en el sur peruano auxiliando a Santa Cruz tras el desastre de la Segunda Campaña de Intermedios, comunica el 11 de octubre: "El General Santa Cruz recibió órdenes del señor Riva Agüero para abandonar la campaña, que cualquiera estado en que estuviera y cualesquiera que fuesen las ventajas que hubiese obtenido y que bajase con el ejército a Trujillo. Nada se me avisó de tal medida y S. E. se persuadirá cuanta es la mala fe con que yo he sido tratado" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XX, p. 439). Por otro lado, Santa Cruz, con su ejército maltrecho y conocedor delos poderes conferidos a Bolívar por el Congreso se puso a la orden del Libertador. En carta desde Arica el 10 de octubre dice: "Me ha sido muy satisfactorio, como a todo el ejército peruano, el decreto del Soberano Congreso en que detalla las facultades con que S. E. el Libertador de Colombia debe ejercer la autoridad política y militar en el Estado del Perú" (*Ibid*., p. 431).

104 Se sabe por palabras del propio La Serna, en carta con fecha 13 de octubre de 1823, que Riva Agüero había dado a Santa Cruz un oficio para tratar con el general español pero que derrotado en Oruro no le había dado nada.

105 Remigio Silva (1782-1854) peruano. Participó en la independencia de su país en tiempos de San Martín. En el gobierno de Riva Agüero fue nombrado coronel y prefecto de Huaylas. Secundó hasta el final la acción de Riva Agüero de desconocer al Congreso.

106 Ignacio Alcázar, natural de Ecuador, era diputado del Congreso por el departamento de Puno. En 1823 Bolívar lo nombro prefecto de Huaylas.

107 Antonio Elizalde (1795-1862) militar ecuatoriano. Luchó por la independencia de su patria natal en las batallas de Huachi y Pichincha. Luchó también en Ayacucho y en la de Tarqui.

Santa con el coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente[108], como emisario de Agüero. Las cláusulas eran las siguientes: 1- Riva Agüero y sus jefes debían reconocer al Gobierno legítimo del Perú. 2- La tropa rebelde se uniría con las fuerzas del gobierno en Jauja. 3- Riva Agüero sería reconocido Gran Mariscal de la República del Perú y el general Herrera retendría el cargo de la División del Norte. 4- Los jefes y oficiales serían ratificados en sus puestos. 5- Se reiteraban las propuestas hechas por Urdaneta y Galdeano anteriormente. La respuesta ofrecida por Gutiérrez de la Fuente fue positiva: "Tengo el honor de manifestar asimismo a USS. que por parte del Presidente de la República hay una completa decisión por el advenimiento"[109].

La oferta era expresa a dos situaciones: Riva Agüero aceptaba la rendición bajo los términos del Libertador o este iba a hacer la guerra contra él y los suyos al norte. El 11 de octubre Agüero escribía a Bolívar los términos que proponía para la resolución del conflicto. Solicitaba la firma de un tratado y que el Libertador le diera las garantías de un salvoconducto para él y su familia, así como el disfrute de sus bienes. Para alcanzar esto, aceptó que Gutiérrez de la Fuente marchase a Lima con los delegados de Bolívar.

Todo parecía andar por la ruta del entendimiento y la reconciliación. El coronel Gutiérrez de la Fuente llegaría a la capital el 18 de octubre, donde sería bien recibido por el Libertador, quien sigue apostando al acuerdo pacífico. El contexto requería sumar las tropas de Riva Agüero con las del Centro y fortalecer el poderío militar de los independentistas[110]. Se autoriza entonces continuar las deliberaciones con Agüero a los coroneles Antonio Morales y Francisco Araos para arreglar definitivamente el asunto.

Sin embargo, las negociaciones quedaron suspendidas cuando se descubrieron los tratos de Riva Agüero con el virrey La Serna. Bolívar en un principio sospechaba de estos manifestándolo al general Santander: "Riva Agüero está en comunicación con los godos, y que estos dicen que

108 Antonio Gutiérrez de la Fuente (1796-1878) militar y político peruano. Inició carrera en las filas realistas. En 1821 se unió al ejército de San Martín. A finales de 1823 se unió también al de Bolívar. Ejerció importantes cargos públicos en Perú.

109 Daniel Florencio O'Leary, "Gutiérrez de la Fuente al Libertador. Santa 10 de octubre de 1823", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XX, p. 428.

110 El ejército de Riva Agüero fue estimado por Lecuna en 2.000 hombres.

se quiere pasar con sus tropas: esto no es imposible, pero tampoco es fácil, y, sin embargo, todo puede suceder"[111]. Pero todo sería confirmado con la comunicación interceptada con fecha 13 de octubre. En ella La Serna aceptaba pactar con Agüero:

> Estoy pronto a oír cuantas proposiciones crea US. conveniente hacer, pero estimare que al tiempo de verificarlo considere las ventajas que en la actualidad han obtenido las armas nacionales, la particular situación de US. y de los beneficios que a estos países pueden resultar. Esto y el desear con ansia se paralicen los males de una guerra semejante, me ha de acceder, a pesar de la preponderancia que actualmente tienen las armas nacionales, a entrar en negociaciones con US. y autorizar para ello al Mariscal de Campo don Juan Loriga, el cual nombrará por su parte comisionados que conferencien con los de US. y arreglen lo que se estipule por una y otra parte, pero nada deberá tener lugar hasta que el convenio sea ratificado por US. y por mí[112].

A esta comunicación se suma la del coronel Remigio Silva certificando su condición de emisario ante el realista Loriga:

> … comunicado acerca de obtener su permiso para oficiar a Loriga, a fin de que remita a esta capital sus parlamentarios, insisto en mi propósito porque como yo he manejado este asunto con el interés que U. puede imaginarse, he llegado a penetrar lo conveniente que es este paso, salvo lo que U. resuelva con más acuerdo y mejores conocimientos y alcances que yo[113].

Otros dos documentos colocaron a Riva Agüero en franca evidencia. El primero de Silva a Loriga desde Huaraz, el 8 de noviembre de 1823, donde se propone la aceptación en Perú de la Constitución española de 1812; el segundo, una comunicación de Agüero para Silva donde expresaba:

> … le hago ver cuánto interesa que se formalicen los tratados con los españoles, y que al efecto oficiase U. a Loriga en los términos que me proponía,

---

111 Simón Bolívar, "Carta al general Santander. 13 de octubre de 1823", *Cartas…*, *op. cit.*, p. 238.

112 El documento se halla en las Memorias del general O'Leary, tomo XX, pp. 441-442.

113 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Remigio Silva a José de la Riva Agüero. 2 de noviembre de 1823", *Memorias…*, *op. cit.*, p. 518.

> estrechándolo a que remita a la mayor brevedad su parlamentario, pues todo el tiempo se pierde sin avanzar nada en un asunto tan importante[114].

El doble juego de Agüero era un hecho, pues días antes había revelado a Bolívar que su trato con el enemigo se debía a la difícil situación del Perú tras la derrota de la División de Santa Cruz en Oruro:

> Esto me hizo entablar relaciones con los enemigos a fin de conseguir una suspensión de hostilidades, porque sin ella tarde o temprano debía sucumbir no solo la parte del mando de Santa Cruz sino todos los restos, pues la unidad de acción que tienen los españoles les da una decidida ventaja[115].

De inmediato, daba a Bolívar su apoyo para combatir a los realistas y solicitaba recursos de aquel, 1.500 juegos de herraduras, para trasladar la División del Norte a la sierra.

Finalmente, las comunicaciones entre Agüero y los españoles fueron descubiertas. El 16 de noviembre de 1823 los emisarios del Libertador en Pativilca comunican a su secretario Pérez la noticia. Bolívar de inmediato se preparó para la guerra. Se debía evitar que Agüero uniera fuerzas con los españoles a toda cosa. El diálogo había cesado, pasados ya unos setenta días para transigir se mandó ir al ejército sobre Huaraz y bloquear los puertos del Norte con los buques Limeña, Guayaquileña y Monteagudo para precipitar una rápida rendición. Asimismo, emitió Bolívar una proclama desde Supe llamando a unir fuerzas contra "el monstruo Riva Agüero". De esta forma, el propio Bolívar se pone a la cabeza del ejército para ir hasta Huaraz, donde se le unió la división de Sucre, la cual fue enviada para el sur con el propósito de enfrentar a los españoles en Huánuco y Pasco. El Libertador continuaría hasta Trujillo. Estaba resuelto a todo:

> Yo pienso que este maldito Riva Agüero y sus partidarios no han de ceder sino a la fuerza; lo peor es que están perdiendo sus tropas sin utilidad de ellos ni de nosotros. Apenas conseguiremos 400 o 500

114 Ambos documentos se encuentran en las *Memorias del general O'Leary*, Tomo XX, pp. 552-553.

115 Daniel Florencio O'Leary, "Carta a Bolívar. 1 de noviembre de 1823", *Memorias…*, *op. cit*., p. 515.

hombres de todas sus tropas, porque los han tratado tan mal, que están disgustadísimos, y han muerto una gran parte de ellos de hambre, de enfermedades o de palos[116].

No obstante, todo sería decidido por una facción interna descontenta[117]. El 25 de noviembre de 1823 los coroneles Gutiérrez de la Fuente y Ramón Castilla[118], informados sobre los tratos con La Serna[119], efectuaron un alzamiento. La tropa leal al expresidente fue sorprendida y sometida con prontitud. Agüero fue apresado por Gutiérrez de la Fuente y enviado con Herrera[120] a Guayaquil[121]. Este coronel convocaría a seguidas una asamblea, expuso los documentos para recibir el apoyo popular de su acción y reconoció la autoridad de Lima[122]. Así terminó la defección que por casi seis meses llevó Riva Agüero desde Trujillo y que puso al borde de una guerra civil al Perú. El general Tomás Cipriano de Mosquera narró en sus memorias sobre este hecho:

Esta noble conducta del Coronel La Fuente fue de una importancia extraordinaria en aquellas circunstancias. Terminóse la guerra civil y

---

116 Simón Bolívar, "Carta a Tomas de Heres. 25 de noviembre de 1823", *obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 832-834.

117 Los cuerpos militares que secundaron a La Fuente fueron el de Coraceros y el Batallón Nº 1 de La Guardia. Con la caída de Riva Agüero los demás jefes se sometieron a Bolívar cuando aquel entró a Trujillo. Los que no se sometieron huyeron hacia el Marañón vía Brasil.

118 Ramón Castilla (1797-1867) militar y político peruano. Presidente del Perú entre 1855 a 1858 y 1858 a 1862. Para está época había iniciado carrera en el ejército realista para en 1822 unirse al patriota.

119 Tampoco la causa de Riva Agüero tenía mucho que ofrecer a estos oficiales. Sin recursos, sin una fuerza poderosa, sin capacidad de rivalizar con Bolívar y sin concluir nada con La Serna. La Fuente y Castilla apostaron por una causa unida pero que también iba a respetar sus intereses particulares y a premiarlos como efectivamente sucedió con ambos. Castilla pronto se opondría a la dictadura de Bolívar y a su proyecto de Constitución Vitalicia a partir de 1825. La Fuente, por otro lado, sería uno de los más leales servidores de Bolívar en aquel país. Recibió de Bolívar en 1825 el grado de General de División y la prefectura también de Arequipa.

120 Por otro lado, el coronel Ramón Castilla apresó al general Ramón Herrera en Santa. El coronel Remigio Silva fue desterrado a Guayaquil. No volvería al Perú hasta 1828.

121 El coronel Gutiérrez de la Fuente en comunicación al presidente Torre Tagle el 6 de diciembre de 1823 expuso las causas que llevaron a su acción. Manifestó que era su intención enviar a Agüero, Herrera, Manuel Pérez de Tudela, José María Novoa, Manuel Anaya, Toribio Dávalos José María Torre Ugarte y el capellán Eusebio Casaverde a Chile. Al final decidió enviar solo a Riva Agüero y Ramón Herrera al exilio. En el puerto Agüero intentó ganar a la tripulación para evitar salir del Perú. Estas noticias condujeron a que La Fuente con 30 oficiales llegase hasta el lugar e hiciera finalmente salir las naves hacia Guayaquil el 3 de diciembre (Véase Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit*, Tomo XXI, pp. 83-86).

122 Gutiérrez de la Fuente fue ascendido a General de Brigada y obtuvo el cargo de Prefecto de Trujillo, donde colaboró activamente con la causa.

desparecieron los obstáculos que suspendían las operaciones contra el ejército español, que ocupaba la mayor parte del país. Pasados los tiempos se ha querido juzgar la conducta de Riva Agüero como una mala combinación para engañar a La Serna y a Bolívar, disolver el Congreso y conseguir por sí solo la independencia del Perú. Esta manera de disculpar los errores de un hombre, que ciego de ambición, de envidia y vanidoso, se lanzó al abismo, apenas puede ser materia de disculpas que no oscurecerán jamás la verdad de los hechos históricos[123].

La acción de Riva Agüero en aquellos días hacía un flaco favor a la independencia. Su hostilidad hacia el Congreso y sus tratos con La Serna comprometían el país de manera severa. El ejército de Santa Cruz había sido destruido en el sur, lo que quedó pudo ser salvado por Sucre. Por otro lado, Canterac amenazaba desde Jauja ir contra Lima[124] mientras que Riva Agüero con su actitud movía lo propio desde Trujillo. A este doble peligro sobre la capital se sumaba la violación del tratado Portocarrero, que el propio Agüero había ayudado a impulsar para obtener el socorro colombiano. El doble juego, de aceptar convenir con Bolívar y a la vez pactar con La Serna, retrasó durante el último trimestre de 1823 toda acción conjunta y efectiva contra las fuerzas realistas.

Bolívar, ignorante del motín del coronel La Fuente, optaría por suspender las hostilidades contra Agüero e ir a una entrevista con aquel con la intención de ganarlo. El 26 de noviembre por conducto del secretario Espinar se informaba al ministro de Guerra de Colombia:

Al saber S.E. el Libertador que los enemigos tratan de invadir la capital por varios puntos, y que las atenciones que demanda el ejército del señor Riva Agüero impiden altamente obrar sobre los españoles de una manera pronta, enérgica y eficaz, se ha inclinado S.E. a proponer una entrevista con el General Riva Agüero, suspendiendo al mismo tiempo las hostilidades y alzando el bloqueo de las costas de Trujillo. Al efecto, ha salido un Edecán de S.E. con el carácter de parlamentario[125].

---

123 Tomás Cipriano de Mosquera, *Memorias del general Tomás Cipriano de Mosquera*, p. 396.

124 En la comunicación de Juan Antonio González al ministro de Guerra del Perú, Conde de Donás, las fuerzas realistas en Jauja estaban en 3.600 soldados de infantería y 400 de caballería. Estos se hallaban repartidos así: el brigadier Loriga con 1.000 infantes en Huancayo, el coronel Ramírez con 600 hombres del batallón Arequipa en Chupaca, en Concepción 200 húsares al mando de Fernández, en Jauja 1.000 hombres con Becerra y en Tarma 200 jinetes y 1.000 infantes más (ver las *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXI, p. 65).

125 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXI, p. 31.

Pasó así una semana entre comunicados para acordar la mencionada entrevista hasta que, el 3 de diciembre, el propio La Fuente informaba al Libertador la noticia del arresto de Riva Agüero[126]. Bolívar le agradeció y felicitó, así como expresó su intención de continuar su marcha hacia Trujillo. En el transcurso la mayoría de los secuaces de Agüero con sus cuerpos militares[127] se adhieren al Libertador, muchos alegando desconocer los pactos de su antiguo jefe con el virrey La Serna.

Reducido y exiliado Riva Agüero en Guayaquil[128] tocaba ahora al Libertador emprender la tarea para la que había llegado al Perú, la independencia. La situación de ese país tras el fracaso de la Segunda Campaña de Intermedios era crítica. El ejército realista dominaba Jauja, Cuzco, Arequipa y el Alto Perú, es decir, el sur de los actuales Perú y Bolivia. Por el lado republicano se contaba con los territorios extendidos desde Tumbes hasta Cañete, entiéndase, el norte y el centro. Ciudades como Trujillo, Cajamarca, Pativilca o Lima estaban en poder de Bolívar para diciembre de 1823.

Sin embargo, era un hecho que Chile y el Río de la Plata no estaban resueltos a continuar con la ayuda a los peruanos. Esto quedó expresado en la correspondencia de Bolívar al plenipotenciario chileno en Lima, Joaquín Campino: "el gobierno de Chile no desmentirá las bondadosas ofertas que antes ha hecho y las aumentará además hasta el grado que

---

126 Riva Agüero llegó a Guayaquil y de allí pasó a Europa. Se casaría con la princesa belga Carolina Arnoldina Irene de Looz Corswarem en julio de 1826. Regresó a América en 1828 y residió en Chile hasta 1831. Ese año el gobierno peruano suspendió su proscripción. Con interés de retornar a la política, ganó la diputación de Lima, pero acusado de conspirar contra Gamarra salió de nuevo al exilio en 1833. Tuvo idas y venidas al Perú, siempre saliendo de este por problemas políticos hasta que fijó residencia en su patria en 1843, retirado de la vida pública. Murió en 1858.

127 Algunos nombres y cuerpos que se sumaron a Bolívar: Ramón Novoa con el Batallón de Trujillo, el Comandante Carreño con escuadrones de caballería, el mayor Calorio, que era el comandante de la artillería de Riva Agüero, el coronel Fernández con 1.000 hombres del Batallón Número 1 de la Guardia, el Batallón de la Legión y el 2º escuadrón Lanceros de la Victoria.

128 Riva Agüero fue amnistiado por Bolívar para ganar el favor del vicealmirante Martín Guise. Recordemos que Guise (1780-1828), marino de nacionalidad británica, había sido encargado por Riva Agüero para dirigir la escuadra peruana a inicios de 1823. Al enterarse de la caída de su amigo no estuvo del todo conforme con la autoridad de Gutiérrez de La Fuente en Trujillo. Creía que no estaba facultado por el gobierno de Lima para ejercer tal mando y dudó de la legalidad del gobierno de La Fuente. Optó, a pesar de recibir por La Fuente los motivos que le hicieron actuar sobre Riva Agüero, bloquear la costa norte hasta Cobija. Bolívar debió intervenir y para ganar la voluntad de Guise ofreció dar pasaporte a Riva Agüero. (Ver "Carta de Guise. 22 de diciembre de 1823", Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXI, pp. 182-183). Resuelto el asunto Guise ofreció continuar el bloqueo a Arica.

podemos desear"[129]. Al coronel Juan Salazar, enviado del Perú en Chile, se le dieron instrucciones para asegurar tanto a chilenos como argentinos que el Libertador estaba resuelto a dar la independencia al Perú, pero que no podía garantizarla sin la cooperación mutua[130]. Solicitó además un empréstito de dos millones de pesos a Chile[131] y de ocho millones a la Gran Bretaña.

La falta de tropas y de dinero, aparte de las divisiones políticas, eran los grandes problemas que debió afrontar el Libertador a su llegada. El Congreso peruano decretaba contribuciones y el ejecutivo ordenaba su cobro, pero los contribuyentes estaban extenuados y bastante golpeados por la situación[132]. El poco dinero recogido era destinado al pago de los empleados civiles, quienes eran los que manejaban el metálico, y a los oficiales militares. La tropa no cobraba al día o sí lo hacía era muy poco; su alimentación fue descuidada al igual que su equipamiento. Esta situación precaria, extendida en el tiempo, fue un factor clave para la sublevación de El Callao a inicios de 1824.

El ejército independentista en conjunto, para 1824, no estaba del todo capacitado y menos era una fuerza superior. La división chilena de Benavente regresó sin luchar a su país[133]. Las tropas colombianas, al mando del general Manuel Valdés, llegaban a 3.122 plazas sanas, pues el resto, 698 hombres, se encontraban ausentes o enfermos. A estos números se suman la división de Sucre, unos 2.000 soldados, y lo que quedó

129 Simón Bolívar, "Carta a Joaquín Campino. 12 de septiembre de 1823", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, p. 805.

130 Las instrucciones están en el Volumen XX, pp. 331-332 de las *Memorias del general O'Leary*.

131 El empréstito solicitado a Chile fue negado. Por conducto de José Gabriel Pérez, el Libertador manifiesta al Congreso peruano el 16 de octubre de 1823: "No debe contarse con el empréstito que ha ido a solicitar a Chile el señor Salazar, porque aquel gobierno ha empleado el resto que le quedaba, el que negoció en Inglaterra, en sus propios usos" (Daniel Florencio O'Leary *Memorias…*, *op. cit.*, Vol. XX, pp. 460-462). El mismo O'Leary fue enviado, sin éxito, ante el gobierno chileno para buscar el envío de tropas.

132 En la comunicación al Congreso el 16 de octubre de 1823 Bolívar solicitaba a su disposición 400.000 pesos para movilizar el ejército con la promesa de que, sí esta suma era reunida en lapso de 60 días, libraría el país en cuatro meses. (*Ibid.*, XX, p 460-462) Más adelante, molesto el Libertador por la limitada recaudación diría a Sucre el 16 de enero de 1824: He amenazado al gobierno con irme del Perú, si dentro de un mes no me dan dinero para mantener la tropa".

133 De la división de Benavente, 2.000 hombres, solo se quedaron en el Perú 300 soldados dirigidos por Aldunate que se separaron de la expedición, ignorantes de la orden de Pinto de regresar a Coquimbo. Esta fuerza se constituyó en el batallón N.º 2 de Chile. Con la caída de Callao y la salida de Aldunate a Huacho, los soldados chilenos fueron incorporados por Sucre al batallón Vargas y la caballería colombiana.

de los ejércitos de Riva Agüero y Santa Cruz, 3.000 plazas más. En total Bolívar disponía de 8.000 efectivos contra los 18.000 que tenía el virrey la Serna. De estos 8.000 soldados, el componente medular era el colombiano por su subordinación irrestricta al Libertador. El ejército peruano en ese momento era un conglomerado de reclutas poco fogueados, mientras que el argentino estaba casi estaba extinto y con oficiales no del todo disciplinados. Esto último fue tan evidente que de los 4.200 chilenos-argentinos que acompañaron a San Martín en 1820 solo pelearon 80 en Ayacucho[134].

A la condición descrita, se añadía que el grueso de la población peruana era partidaria de la monarquía española por tradición y convicción. Dice el historiador Francisco Encina que el pueblo del Perú:

> Había aceptado la independencia como un hecho impuesto desde afuera por el resto de la América, personalizada en San Martín, mientras creyó que su espada era invencible. Después de Macacona, Torata, Moquegua y Desaguadero, como anticipamos, se había inclinado en masa del lado de España. El odio entre las facciones del Congreso y Riva Agüero y el deseo de concluir con este caudillo, habían empujado a la aristocracia limeña hacia Bolívar; eliminado Riva Agüero, se había vuelto otra vez realista[135].

Fuera de un puñado de patriotas que desde hacía tiempo se habían comprometido con el proyecto emancipador, incluso antes de llegar San Martín, la mayoría de la aristocracia y una cantidad significativa de la población eran realistas. Su proceso independentista, como bien refiere Encina, fue impuesto por San Martín y Bolívar, y al final aceptado por las circunstancias políticas tras Ayacucho.

El nacionalismo de una parte de los peruanos era confuso. La desconfianza hacia los cuerpos auxiliares colombianos se tornó más visible a medida que pasaban los meses. Se les consideraba extranjeros que debían mantener a costa del bolsillo propio, gente que se entrometía en asuntos domésticos, que pretendían volver el Perú un apéndice de

134 El propio Bolívar así lo reconoció ante Santander en carta del 21 de diciembre de 1823: "Ya no hay que contar con chilenos y argentinos y estos peruanos son los hombres más miserables para la guerra. Desde luego, debemos resolvernos a sostener solos la lucha".

135 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia de la América Española: emancipación de la presidencia de Quito, del Virreinato de Lima y del Alto Perú*, Vol. V, p. 370.

Colombia. A Bolívar, quien fervientemente fue llamado tras los desastres de 1823, pronto se le comenzó a tildar de déspota y de suprimir la independencia. Estas críticas se tornaron más recurrentes a partir de 1825, momento en que la oposición antibolivariana consideraba que la estancia de los colombianos y del propio Libertador ya no era necesaria.

El historiador Francisco Encina sobre este particular refiere:

> Había podido comprobar [Bolívar] *de visu* que la violenta eclosión del nacionalismo peruano, en vez de canalizarse en la voluntad de conquistar la independencia, había tomado dos direcciones que constituían obstáculos casi insalvables para el esfuerzo libertador venido de afuera: el odio a los auxiliares argentinos, colombianos y chilenos y el antagonismo entre las facciones, sentimientos ambos más vivos que la distancia a los españoles y que el repudio del pasado colonial.[136]

Se suma a esta interpretación contemporánea la del propio Bolívar en carta a Santander:

> La diferencia es que esto no es Colombia y yo no soy un peruano; quiere decir esto que en el Perú no se pueden hacer las cosas como en Colombia, y yo, en calidad de colombiano, menos aún, porque siempre seré extranjero y siempre excitaré los celos o la desconfianza de estos señores…He llegado arrepentirme de haber venido[137].

El Perú a fines de 1823 no ofrecía un panorama muy optimista. Limitado en recursos, sin la ayuda de Chile y Buenos Aires, con un numeroso ejército realista al sur, con facciones en pugna, una tropa desatendida y una población cansada de las contribuciones. La única solución para el Libertador era organizar desde prácticamente cero un nuevo ejército en el norte del Perú y solicitar una vez más la ayuda de su patria Colombia. En carta a Santander el 21 de diciembre de 1823 sostenía como única solución favorable:

> Todo esto se reduce a pedir a Ud. 12.000 hombres; me explicaré 3.000 que deben estar navegando de Cartagena para acá, los 3.000 hombres que

136 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia*…, *op. cit*., p. 394.
137 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 11 de septiembre de 1823", *Cartas*…, *op. cit*., p. 238.

> pedí a Ud. cuando supe la última desgracia de Santa Cruz, y 6.000 que va a pedir ahora el coronel Ibarra, de los cuales 1.000 han de ser llaneros, pues aquí no es conocida esta arma, y no se puede reemplazar con hombres que no saben caballos… Ud. me preguntará que cómo se hace ese milagro, y mi respuesta es que como se han hecho los demás cuando había menos medios y poder. Si Colombia no quiere hacer este nuevo sacrificio, hará otro mayor perdiendo la libertad y fortuna.[138]

Bolívar había decidido ir al norte con varios propósitos. El primero de ellos, ya mencionado, evitar que Agüero uniera fuerzas con los realistas; el segundo, aliviar a Lima de mantener 4.000 bocas; el tercero, facilitar un plan defensivo en caso de que los realistas tomaran Lima y El Callao, resistiendo en ese punto hasta el arribo de los refuerzos colombianos; el cuarto y último, organizar, reclutar y disciplinar un ejército lo suficientemente capaz para ir a la ofensiva contra Canterac y La Serna avanzando, según el plan del general Arenales, por la sierra septentrional y con una sólida defensa de la capital.

Sin embargo, en Pativilca cayó el Libertador víctima de una fiebre que hizo temer por su vida. En carta a Santander escribía: "Es una complicación de irritación interna y de reumatismo, de calentura y de un poco de mal de orina, de vómitos y de dolor cólico. Todo esto hace un conjunto que me ha tenido desesperado y que me aflige mucho"[139]. El doctor Joaquín Mosquera, plenipotenciario de Colombia ante Chile y Río de la Plata pasó a visitarlo y habló de tabardillo como la causa de sus males. Pero el porvenir aún no estaba sellado para él. Logró vencer la enfermedad y sacar las fuerzas necesarias para continuar en la difícil jefatura que había tomado por voluntad.

Entre enero y febrero de 1824, tiempo que permaneció en Pativilca, Bolívar mantuvo constante comunicación con el Congreso peruano, con el presidente Torre Tagle, con el vicepresidente de Colombia Santander y el general Sucre. Asimismo, el 19 de enero recibía la noticia de la llegada de su antiguo maestro y amigo Simón Rodríguez a Bogotá: "Oh, mi maestro! Oh, mi amigo! Oh, mi Robinson, Ud. en Colombia! Ud. en Bogotá, y nada me ha dicho, nada me ha escrito…Ud. formó mi corazón

138 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 21 de diciembre de 1823", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, p. 850-853.

139 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 7 de enero de 1824", *Cartas…*, *op. cit.*, Tomo IV, p. 8.

para la libertad, para a justicia, para lo grande, para lo hermoso"[140]. Esta inmensa alegría por el arribo de su mentor era opuesta a la preocupación por el curso de la guerra. Al Congreso del Perú le exigía más compromiso en la recaudación de dinero; a Santander la urgencia de que Colombia enviase 12.000 hombres o de lo contrario abandonaría el Perú; a Sucre ordenaba marchar a su encuentro y estar atento con la movilización del ejército en caso de avance enemigo sobre Lima; a Torre Tagle la necesidad de negociar un armisticio con La Serna de seis meses para retardar la guerra lo más posible hasta la llegada de los refuerzos colombianos.

El 14 de enero de 1824 el Congreso envía a Bolívar por conducto de su secretario Espinar la información sobre el arribo del plenipotenciario porteño Félix de Álzaga[141], cuyo propósito, aparte de cobrar la deuda con Argentina, era que el gobierno peruano se adhiriera a la Convención firmada entre el gobierno de Buenos Aires y la España liberal[142]. El Libertador aceptó, al carecer de un ejército fuerte y numeroso[143], entablar un armisticio con el virrey sobre la base del reconocimiento de la independencia del Perú. El presidente Torre Tagle, sorprendido por esta decisión, pidió explicaciones a las que Bolívar respondió:

> Entiendo que Ud. ha deseado tener un documento mío que justifique mi aprobación de entrar en negociaciones con los enemigos. Este documento es justamente deseado, y yo estoy pronto a darlo de un modo solemne, Mas diré a Ud. con franqueza, que la duda de Ud. sobre mi probidad no le ha ocurrido hasta ahora sino a mis enemigos, y desde luego no cuento a Ud. en el número de ellos[144].

140 Simón Bolívar, "Carta a Simón Rodríguez. 19 de enero de 1824", *obras*…, *op. cit.*, Vol. I, pp. 881-882. Bolívar tenía sin ver a Rodríguez casi 20 años desde su última estadía por Europa.

141 Félix de Álzaga (1792- 1841) fue un militar, político y hacendado argentino. Tuvo participación en el proceso que llevó al poder a Juan Manuel de Rosas en la provincia de Buenos Aires.

142 Conocida como la Convención Preliminar de Paz fue firmada el 4 de julio de 1823. Se trataba de un acuerdo que suspendía por 18 meses las hostilidades en busca de acordar en ese tiempo un Tratado de Paz definitivo. El gobierno de Buenos Aires, presidido por Rivadavia, envió comunicaciones a los gobiernos de Chile y Perú para darles a conocer sobre la Convención y la necesidad de mandar representantes para negociar un tratado de paz permanente.

143 Esto puede verse en la comunicación para Heres el 9 de enero de 1824. Allí le informa que es necesario convencer a Torre Tagle de una negociación con La Serna porque: 1.º No se puede dar batalla a los realistas hasta aumentar el ejército con 6 u 8 mil hombres más. 2.º Que esos 8 mil hombres de Colombia tardarían 6 meses en llegar al Perú. 3.º Que si en el ínterin avanzan los españoles se arriesgaban a perder lo poco que tenían. 4.º Que para evitar este escenario, ganar tiempo y sumar los refuerzos era necesario un armisticio de cuatro o seis meses.

144 Carta a Torre Tagle, 7 de febrero de 1824.

Al final, el presidente Torre Tagle aceptó negociar una tregua con los realistas y envió a Juan de Berindoaga[145], ministro de Guerra, como negociador. Berindoaga llegó al campamento realista en Jauja, donde se entrevistó con los generales Juan Loriga y Juan Antonio Monet[146], así como con el brigadier Andrés García Camba[147]; después quiso hacer lo propio con el general Canterac pero este se negó a recibirlo. De esta forma, Berindoaga dio por terminada la misión y volvió a Lima.

Bolívar, al conocimiento de lo sucedido, escribía a Torre Tagle: "Hemos logrado con este paso sondear el ánimo y el estado de los enemigos. El general Berindoaga hizo muy bien en dar a los enemigos la idea de un nuevo tratado que pudiera serles favorables"[148]. Por otro lado, decía a José de la Mar: "Canterac ha respondido que él no tiene facultad para tratar, y se ha dirigido todo a La Serna. Veremos su respuesta"[149]. A Sucre, en tanto, manifestaba: "Loriga dijo a Berindoaga, como Ud. verá, que si por medio de un armisticio se negociaba el reconocimiento de la independencia en España, ellos saldrían bien de su situación"[150]. Todo parecía indicar que los mandos españoles buscaban una salida negociada del conflicto[151].

El camino parecía estar zanjado para un escenario menos difícil. No obstante, hubo más problemas que atajar. El primero fue la traición de Torre Tagle, mientras que el segundo sería la rebelión militar en El Callao. Desde su llegada al Perú solo había encontrado Bolívar complicación tras complicación. El país no era fácil de manejar y menos de entender.

---

145 Juan de Berindoaga (1784-1826) militar y político peruano. Ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda del presidente Torre Tagle. Implicado con aquel en negociaciones con los realistas se refugió en El Callao. Procuró escapar del Real Felipe pero fue capturado, juzgado y fusilado.

146 Juan Antonio Monet (1782-1838) oficial español que tuvo destacada participación en la guerra del Perú.

147 Andrés García Camba (1793-1861) general español y escritor de unas memorias de la guerra del Perú muy utilizada en libros de historia. Participó al lado del virrey La Serna en la campaña peruana. Con el triunfo en Ayacucho regresó a España donde tendría una fructífera carrera militar y política.

148 Simón Bolívar, "Carta a Torre Tagle. 7 de febrero de 1824", *Papeles de Bolívar*, p. 47.

149 Daniel Florencio O´Leary, "Carta a La Mar. 7 de febrero de 1824", *Memorias…, op. cit.*, Tomo XXIX, p. 372.

150 *Ibid.*, "Carta a Sucre. 6 de febrero de 1824", Tomo XXIX, p. 423.

151 El gobierno de Buenos Aires comisionó para negociar con el virrey La Serna en el Alto Perú al general José Gregorio de Las Heras. Todo terminó el fracaso por la sublevación de Olañeta y la negativa de los mandos españoles en aceptar, como condición previa a cualquier acuerdo, la independencia.

Torre Tagle, que desde la llegada de Bolívar había quedado en una posición secundaria y más de ejecutar órdenes que de mandar, comenzó a recelar de la presencia colombiana y del Libertador. Con Riva Agüero no obtuvo de Bolívar el fusilamiento que tanto pedía para aquel por traición. La difícil situación en la que se encontraba el país le hizo creer, como a muchos otros políticos de Lima, que la causa por la independencia estaba perdida y que se debía ahora saltar a la otra acera para salvar la vida y los bienes tan preciados por la aristocracia. Torre Tagle, aprovechando el plan de armisticio con La Serna, comenzó a escribirse de manera oculta con el general Canterac para expulsar a Bolívar, su ejército y restablecer el orden colonial. Coordinaba con este general español un golpe sobre Lima y ocuparla militarmente, aprovechándose la ausencia del Libertador y del ejército independiente en el norte. No obstante, descubierto su plan, al ser interceptada su correspondencia[152], y temeroso de ser fusilado[153] se unió a los amotinados de El Callao y a las fuerzas realistas de Monet y Rodil. De esta forma, Bernardo de Torre Tagle, el mismo presidente que había acordado con el Congreso llamar a Bolívar, se pasaba a las filas del rey.

El historiador Francisco Encina señalaba que su deposición de la presidencia tras entregar el Congreso la dictadura plena a Bolívar el 10 de febrero de 1824, le hizo, junto con la orden de fusilamiento en su contra, dar el salto al bando realista:

> La dictadura de Bolívar y la suspensión del ejercicio de la presidencia fueron para Torre Tagle dos mazazos descargados sobre su cabeza. Se había entendido con Canterac para la expulsión de Bolívar y los colombianos y se le suspendía en el ejercicio del mando cuando el general realista estaba aún a demasiada distancia de Lima para ampararlo; quedaba, pues, inerme al alcance de Bolívar investido de la suma del poder, inclusive el

152 La carta de Torre Tagle con Canterac con fecha 29 de enero cayó en manos del general argentino Mariano Necochea y de Tomás Guido. Estos informaron a Bolívar la situación. Torre Tagle alegó que había descubierto a su vicepresidente Diego de Aliaga en tratos con los realistas y que este había utilizado su nombre para implicarlo en traición. Al final los actos del propio Tagle e incluso el reconocimiento de los mandos realistas como uno de los suyos daría al trasto con este argumento de "implicación".

153 El fusilamiento de Tagle era un hecho inminente. Bolívar en carta a Santander el 25 de febrero decía: "Yo he mandado a prender a los de la facción, que son bien conocidos, y será el primer acto de justicia que haga en el Perú, pues hasta ahora no he sido más que un simple majadero".

de fusilarlo sin juicio previo, como él intentó hacerlo con Riva Agüero, si llegaba a descubrir su traición[154].

Hábilmente logró Torre Tagle aplazar la promulgación de ley del 10 de febrero por siete días con el alegato del desorden vivido en la capital tras el motín de El Callao y el avance del ejército realista. El 29 de febrero el general Mariano Necochea, nombrado por el Libertador jefe político y militar de Lima, le obligó a entregarle el mando. Sin poder, con los realistas cerca y con una orden de fusilamiento que Necochea negó cumplir, Torre Tagle no tuvo más salida que buscar refugio entre los españoles en la Fortaleza del Real Felipe en El Callao[155]. De inmediato, lanzó una proclama para sumar más tránsfugas al bando realista:

> Bolívar me instó reservadamente a abrir negociaciones de paz con los españoles, para dar tiempo de reforzarse y destruirlos, envolviendo en su ruina a los peruanos; yo aproveché de esta ocasión para lograr ventajosamente nuestra unión… Hombres de todas las clases que habitáis el Perú, uníos y venid a salvar a un territorio que Bolívar quiso convertir en desierto. Seguid el ejemplo de un honrado ciudadano[156].

El llamado hizo efecto en 387 hombres que cambiaron de bando, entre los cuales estaban el vicepresidente Aliaga, el ministro Berindoaga, el grueso de los diputados, funcionarios civiles y oficiales militares. Todo esto bajo una amnistía publicada por Monet. Solo un puñado de 20 funcionarios, entre los que estaban Sánchez Carrión e Hipólito Unanue, abandonó Lima para reunirse con Bolívar en Pativilca. Por otro lado, los regimientos peruanos de caballería Lanceros de la Guardia, mandados

---

154 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia…*, *op. cit.*, p. 385.

155 Torre Tagle se introdujo en el Fuerte en la oscuridad de la noche del 4 de marzo de 1824. Allí se puso a las órdenes de Monet y Rodil y desconoció al gobierno de Lima, al que una vez había servido como presidente de la República.

156 Citado por Francisco Encina, *Bolívar y la independencia…*, *op. cit.*, p. 391. Torre Tagle fue reconocido con todos los grados militares obtenidos en el ejército realista. Permaneció bajo la protección de las fuerzas monárquicas en Lima hasta el retiro de estos en diciembre de 1824. Se refugió entonces en la Fortaleza del Real Felipe con su esposa y sus hijos. Solicitó asilo a Chile al almirante Blanco Encalada sin éxito. La fortaleza fue sitiada por los republicanos y al final las condiciones se hicieron difíciles a falta de alimentos. Torre Tagle resistiría la hambruna y moriría junto a su familia de escorbuto en 1826.

por el coronel José Navajas, y Lanceros Peruanos, del comandante Juan Ezeta, se sublevaron en Supe el 16 de marzo.

El golpe realista dado sobre Lima, la deserción de Tagle y demás funcionarios, sumado a la precaria situación de Bolívar había dejado una gran desmoralización entre las filas patriotas. El resultado para el Libertador era la siguiente:

> El Perú está dividido en tres partidos: primero, patriotas anticolombianos; segundo, godos españoles, y tercero, godos de Torre Tagle y Riva Agüero. El resto de la masa inerme del pueblo no tiene sentimiento alguno. De suerte que aquí no hay más que dos cosas positivas: el ejército de Colombia por la patria, y todo lo demás contra ella; todo lo demás es insignificante, nulo, nada en fin[157].

De estas experiencias sacó Bolívar la conclusión de solo hacer la guerra y contar para ella con soldados y mandos colombianos[158]. No confiaba en los peruanos, exceptuando casos concretos, para puestos relevantes y menos para finiquitar la contienda:

> Toda la tropa del Perú que no se emplee encerrada en una plaza fuerte se deserta sin remedio, y se pierden el gasto y el trabajo. No puede Ud. imaginarse la dificultad que hay en retener en las filas las tropas que están en el Norte. Así es que todos los días se renuevan los batallones, y ya solo quedan reclutas. En cuanto se les pone a dormir al raso o a hacer largas marchas se quedan todos desertados. Las tales tropas no valen un comino[159].

El ejército peruano llegó solo a 3.000 hombres bajo el mando del general José de la Mar, el resto de las huestes que lucharon en Junín y Ayacucho eran grancolombianas[160].

---

157 Simón Bolívar, Carta a Santander. 16 de marzo de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 932-935.

158 El general inglés Guillermo Miller (1795-1861) escribió en sus memorias, p. 265: "Las fuerzas patriotas existentes en Lima y sus inmediaciones ascendían a siete mil hombres, de los cuales eran colombianos los dos tercios y esperaban refuerzos diariamente de Guayaquil y Panamá". El coronel neogranadino Manuel Antonio López también afirmó que Bolívar confiaba y se rodeaba era de oficiales colombianos.

159 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 7 de enero de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 861-863.

160 Había solo un escuadrón argentino de Granaderos a Caballo, compuesto de aquellos oficiales que permanecieron fieles a Bolívar tras los sucesos de El Callao.

El motín suscitado en la Fortaleza del Real Felipe el 5 de febrero de 1824 era un hecho anunciado. Como hemos expuesto la situación de la tropa no era la más adecuada en términos económicos y logísticos. La falta de paga, de alimento y de equipamiento causaba un descontento y una desmoralización creciente entre los soldados. Esta situación lejos de mejorar se fue agudizando hasta llegar al punto de sublevar a la capital y sumar fuerzas con las tropas realistas.

Bolívar abandonó Lima para ir a someter a Riva Agüero en noviembre de 1823. El ejército de Lima quedó bajo el mando del general Enrique Martínez[161], quien privilegió distribuyó la paga entre oficiales y funcionarios y no en la tropa rasa. Encina le acusó de: "que había perdido en el juego el dinero que el gobierno peruano había puesto a su disposición para socorrer las tropas"[162]. El ministro Berindoaga en tratos con los realistas se hacia el desentendido. El gobierno peruano tampoco supervisaba ni priorizaba el asunto al punto de recibir la queja de Bolívar por su indolencia. El 12 de enero de 1824 escribía al Berindoaga por medio de su secretario Pérez:

> S.E. el Libertador me manda a decir a US. que ya le es imposible callar más tiempo sobre la deplorable suerte en que gime el ejército. S.E. presiente, lleno del mayor dolor, que el ejército del Norte va a disgustarse en términos que nada podrá contenerlo si no se le suministran los indispensables auxilios que exigen la vida y la guerra[163].

La situación era extensible a todos los territorios en manos republicanas y poco a poco fue minando la lealtad militar en torno a la independencia y al gobierno. El coronel Manuel Antonio López[164] en sus memorias diría:

---

161 Enrique Martínez (1789-1870) militar rioplatense. Acompañó a San Martín en el cruce de los Andes y en la independencia de Chile. Pasó después como oficial de la Expedición Libertadora a Perú en 1820. Con la salida de San Martín quedó a cargo de Lima. Fue criticado por su indiferencia o poca resolución en el pago de la tropa que devino en el motín de El Callao. Regreso a la Argentina donde mantuvo vida política.

162 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia…*, *op. cit.*, p. 375.

163 Daniel Florencio O'Leary, "Carta al Señor ministro de Guerra del Perú. 12 de enero de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXI, p. 294.

164 Manuel Antonio López (1803-1891) militar neogranadino. Luchó en la batalla de Pichincha, Junín y Ayacucho. Fue ayudante de campo de Sucre durante la batalla. Escribió en 1878 *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López: ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú, 1819-1826*.

> El gobierno del Perú carecía de recursos pecuniarios, no contaba sino con tres departamentos, puede decirse, y las tropas de la guarnición lamentaban la escasez aun de lo indispensable para su subsistencia; se pasaban dos o tres días sin que tomasen ración, y hacía más de seis meses que no recibían prest. Esta situación tan penosa se hizo más sensible de día en día, desalentó a toda la República y la sumergió en un abismo[165].

Era cuestión de tiempo para que se produjera un motín general.

En los primeros días de enero de 1824, el capitán Ortiz del regimiento argentino de Granaderos a Caballo incitaba a la rebelión del batallón argentino acantonado en el cuartel de San Francisco. El propio Bernardo de O'Higgins, de paso por El Callao, fue informado por jefes chilenos del descontento entre los cuerpos argentinos por falta de paga. El antiguo líder chileno notificó a Bolívar y a Torre Tagle de la inminente sublevación. El Libertador, enfermo y alejado en la organización del ejército en el Norte, poco podía hacer; mientras que Tagle ya estaba en tratos con Canterac.

Previo a la sublevación, Bolívar había ordenado al batallón colombiano Vargas, custodio de El Callao, marchar rumbo a Canta[166]. Los reemplazos para la custodia del Real Felipe fueron el regimiento Río de la Plata con 800 hombres, dos escuadras del batallón N.º 11 de los Andes y una brigada de 150 artilleros chilenos. En total 1.100 hombres al mando del general Rudecindo Alvarado.

La noche 5 de febrero de 1824 la situación ya insostenible reventó en una sublevación que terminó por contagiar a muchos oficiales y a entregar Lima a los realistas. Todo inició cuando los sargentos argentinos del regimiento Río de la Plata, Dámaso Moyano y Francisco Oliva, influidos por el brigadier español José María Casariego[167] arrestaron a sus oficiales y jefes, incluso al general Alvarado. Los amotinados justificaban sus actos reclamando los 100 mil pesos adeudados y el retorno a Argentina.

---

165 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos del coronel Manuel Antonio López: ayudante del Estado Mayor General Libertador. Colombia y Perú, 1819-1826*, p. 101.

166 La intención de Bolívar era utilizar fuerzas de confianza en la guerra contra las facciones Riva Agüero. Sin embargo, había otra intención que expone Bolívar a Bartolomé Salom, intendente por entonces de Guayaquil, el 10 de febrero de 1824: "Yo saqué de allí al batallón Vargas porque lo estaban matando de hambre los señores de Lima".

167 Este oficial realista se hallaba preso en el Real Felipe desde la época de San Martín. Aprovechó el descontento entre la tropa republicana para sumar simpatías al motín.

El general Martínez aceptó la proposición, pero pronto fue descubierta su intención de fusilar a los rebeldes. El Congreso y el presidente Torre Tagle tampoco resolvieron las demandas y solo quedaron en promesas. Ante este escenario y temiendo una represalia general en su contra, los sublevados decidieron entregar la plaza a los realistas el 10 de febrero. El brigadier Casariego, reconocido ahora como gobernador de la plaza, fue liberado. Se izó la bandera española en el Real Felipe y se mandó un emisario al general José Canterac informando lo sucedido. El enviado llegó a Huancayo, su destino, el 15 de febrero. Dice Encina:

> En los primeros momentos, Canterac que era extraño a la génesis del motín, temió o fingió temer que se tratase de una celada; y en vez de limitarse a enviar un jefe, despachó una fuerte columna al mando del mariscal de campo Juan Antonio Monet, para que, reunida con otra que el coronel Rodil conduciría desde Pisco, por la costa, ocupasen El Callao. Rodil, temiendo una reacción de los amotinados, despachó en una lancha al comandante Isidro Alaix, para que tomase el mando de la fortaleza. Alaix logró burlar la vigilancia de Guise, asumió el mando, y remitido a Pisco por mar al general Alvarado, bajo la custodia de Moyano y Casariego[168].

El 14 de febrero 200 hombres del regimiento de Granaderos a Caballo, cuerpo que había sido fundado por San Martín en 1812, se sublevó al llegar a Lurín[169], apresó a sus jefes, proclamó la causa del rey y marchó al mando del sargento Orellano unirse con los rebeldes de El Callao. Hubo un remanente, 120 hombres, que permanecieron fieles a la República y marcharon con el teniente coronel Bogado hasta Lima con el propósito de unir fuerzas con Necochea. En Chancay el escuadrón de Lanceros también manifestó intención de unirse a los realistas, pero su motín fue atajado con el arresto de su cabecilla.

Los buques mercantes *Jerezana* y *Clarington* cayeron en manos del bergantín español corsario *Moyano*; y la fragata de guerra *Guayas* y el bergantín *Barcárcel* fueron capturados por las fuerzas de tierra en las narices del almirante Guise. Bolívar le ordenó que los recuperase y pudo hacerlo, pero a falta de viento tuvo que abandonarlos y prenderles fuego.

168 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia…*, *op. cit.*, p. 379. Cabe decir que Moyano y Oliva fueron ascendidos a coronel y teniente coronel.
169 Valle ubicado al sur de Lima.

La situación se hizo crítica. Con El Callao en manos enemigas y Lima pronta a ser ocupada, el Congreso entregó a Bolívar la dictadura el 10 de febrero y cerró sus sesiones. El 13, el Libertador lanzó una proclama desde Pativilca para dar ánimos a los abatidos:

> ¡Peruanos! Las circunstancias son horribles para vuestra patria; vosotros los sabéis; pero no desprecies de la república. Ella está expirando, pero no ha muerto aún. El ejército de Colombia está todavía intacto y es invencible. Esperamos además diez mil bravos que vienen de la patria de los héroes de Colombia. ¿Queréis más esperanzas? ¡Peruanos! En cinco meses hemos experimentado cinco traiciones y defecciones; pero os quedan contra millón y medio de enemigos, catorce millones de americanos que os cubrirán con el escudo de sus armas. La justicia también os favorece, y cuando se combate por ella, el cielo no deja de conceder la victoria[170].

El 23 de febrero el general Necochea recibía la orden de abandonar Lima:

> En razón de la seguridad de la aproximación del enemigo y de la disminución de las esperanzas de recuperar El Callao, crece el interés que debe Ud. de tomar en hacer que el almirante, sin perder instante, empleando la audacia más extraordinaria, si es preciso, extraiga, inutilice, eche a pique o queme todos, todos los buques de guerra del Estado y de particulares que hay en la bahía de El Callao. S.E. repite la extracción de todo cuando pueda servir al ejército nuestro, o de cuanto sea útil al enemigo…S.E. desea que si en Lima existen en la Casa de la Moneda aquellas piezas principales para acuñar, disponga Ud. que se embarquen o remitan a Trujillo[171].

El 27 de febrero Necochea abandonó la ciudad rumbo al norte con todo lo que pudo llevar y 500 hombres[172]. Dos días después, las

170 Simón Bolívar, "Proclama a los peruanos. 13 de febrero de 1824", *Obras…*, Tomo III, pp. 735-736.

171 Daniel Florencio O'Leary, "Al señor general Mariano Necochea. 23 de febrero de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXI, p. 586.

172 Bolívar buscó promover un alzamiento en Lima para recuperar El Callao con recompensas metálicas y en bien para sus hacedores. En un decreto, emitido en Huaraz el 20 de mayo de 1824, el Libertador anunciaba recompensas de 50 mil pesos para los jefes y 200 mil repartidos entre los subalternos que hicieran la toma. A Torre Tagle, Aliaga y Berindoaga les daba el perdón y recompensas si volvían al bando patriota. (Ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo XX, pp. 283-284). Con este decreto procuraba jugar con la lealtad tornadiza de los limeños y

divisiones de Monet y Rodil ocuparon Lima[173]. El ejército realista estaba conformado por los batallones de infantería Cantabria, 1.º y 2.º del Real Infante Don Carlos, 1.º del Imperial Alejandro, el regimiento de caballería Dragones de la Unión y tres piezas de artillería con sus respectivos operadores. El 27, mismo día del abandono de Necochea, esta fuerza se unió en Lurín con el batallón Arequipa y los Dragones de San Carlos que mandaba el brigadier Rodil. En total unos 3.500 hombres entraron a la capital.

Notificado Bolívar de la ocupación de Lima, emprendía marcha hacia Trujillo para establecer su cuartel general. El 1.º de marzo abandonaba Pativilca, población donde había residido desde el 31 de diciembre de 1823. El 8 de marzo arribó a Trujillo para desde allí iniciar la tarea de tornar la derrota en triunfo, faena que tantas veces logró consolidar.

La dictadura dada por el Congreso le proporcionaba poderes plenos para dirigir lo que quedaba del Perú independiente. Aquí el decreto del 10 de febrero de 1824:

EL CONGRESO CONSTITUYENTE DEL PERÚ

Usando de la soberanía ordinaria y extraordinaria que inviste y considerando:

1.º Que faltaría a la confianza que ha depositado en él la nación si no asegurase, por todos los medios que están a su alcance, las libertades patrias amenazadas, inminentemente, de perderse por los contrastes que ha sufrido la República.

2.º Que sólo un poder dictatorial depositado en una mano fuerte, capaz de hacer la guerra cual corresponde a la tenaz obstinación de los enemigos de nuestra independencia, puede llenar los ardientes votos de la Representación Nacional.

---

recuperar El Callao con el menor costo posible. Sin embargo, la oferta no tuvo efecto alguno y Lima continuó en manos realistas hasta diciembre de 1824.

173 El médico Hipólito Unanue, estrecho colaborador de Bolívar en el Perú, pudo escapar a duras penas de Lima. En carta a Bolívar en febrero de 1824: “Precipitadamente salí de Lima; luego me despojaron y dejaron a pie unos ladrones armados, y así con dificultad pude llegar aquí (Chancay)”. No obstante, lejos de desanimarse por el momento instó a Bolívar seguir en la lucha: “Sigamos, señor, sigamos. Una media victoria trasforma todas esas ventajas aparentes de los enemigos. No está extinguido en el Perú el amor a la Patria. Está sí oculto y marchitado, en los que, viendo tanto desacierto, tanta friolería, tanta intriga, etc., y ningunas aptitudes en esta capital de Lima, han llegado a perder la confianza, y no quieren sacrificarse por la elevación de hombres ineptos” (Daniel Florencio O’Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo X, p. 311). Unanue sería ministro de Relaciones Exteriores de Bolívar.

3.º Que atendidas las razones que se han tenido presentes, aún no es bastante para el logro del fin propuesto, la autoridad conferida al Libertador Simón Bolívar, por el decreto del 10 de setiembre anterior.

4.º Que el régimen constitucional debilitaría sobre manera el rigor de las providencias que demanda la salud pública, fincada en que todas parten de un centro de unidad, que es incompatible con el ejercicio de diversas supremas autoridades, a pesar de los extraordinarios esfuerzos y de las virtudes eminentemente patrióticas del Gran Mariscal don José Bernardo Tagle, Presidente de la República, a quien ésta debe en mucha parte su independencia y cuyos conatos perfectamente uniformes con los del Congreso, están exclusivamente dirigidos al bien de la nación.

Ha venido en decretar y decreta:

1.º La suprema autoridad política y militar de la República queda concentrada en el Libertador Simón Bolívar.

2.º La extensión de este poder es tal, cual lo exige la salvación de la República.

3.º Desde que el Libertador se encargue de la autoridad que indican los artículos anteriores, queda suspensa en su ejercicio la del Presidente de la República, hasta tanto que se realice el objeto que motiva este decreto; verificado el cual a juicio del Libertador, reasumirá el Presidente sus atribuciones naturales, sin que el tiempo de esta suspensión sea computado en el periodo constitucional de su Presidencia.

4.º Quedan sin cumplimiento los artículos de la Constitución Política, las leyes y decretos que fueren incompatibles con la salvación de la República.

5.º Queda el Congreso en receso, pudiéndolo reunir el Libertador siempre que le estimare conveniente para algún caso extraordinario.

6.º Se recomienda al celo que anima al Libertador por el sostén de los derechos nacionales la convocatoria del primer Congreso Constituyente, luego que lo permitan las circunstancias, con cuya instalación se disolverá el actual Congreso Constituyente.

Tendréislo entendido y dispondréis lo necesario a su cumplimiento, mandándolo imprimir, publicar y circular. Dado en la sala del Congreso en Lima a 10 de febrero de 1824.- 5º y 3º[174].

Con este decreto el Congreso dejaba de existir y entregaba a Bolívar

174 Decreto reproducido en *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXI, pp. 483-484.

las riendas de una república en agonía. La obra del cuerpo legislativo: la Constitución de 1823, fue suprimida al poco tiempo de su promulgación para no interferir con las atribuciones plenas del Libertador. La dictadura era un mandato temporal entregado a un individuo para llevar la dirección del Estado en tiempos de crisis, más parecida a las dictaduras de la antigua república romana que a las conocidas en la contemporaneidad. En el caso peruano, el Congreso, representante de la soberanía nacional, facultó al Libertador de ejercer todos los poderes necesarios en procura de la salvación nacional.

La dictadura fue consecuencia no solo de la toma de El Callao y de la ruina general del país, sino por presión del propio Bolívar al gobierno. El 5 de febrero había dirigido un oficio a José María Galdeano, presidente del Congreso, donde se mostró pesimista sobre el futuro de los peruanos y resuelto a irse a Colombia. Sin embargo, como hábil político y calculando bien el momento daba por solución:

> Creo que la soberanía nacional debe crear un dictador con facultades ilimitadas, omnipresente; y que este dictador declare la ley marcial en la república con las modificaciones que su sabiduría juzgue indispensables. Solo este dictador puede dar un rayo de esperanza a la salud de la república[175].

Quería el poder único que tanto ejerció desde 1813. No deseaba limitaciones de mando y menos deliberar sus actos ante el Congreso o Torre Tagle. Por experiencia sabía que el poder compartido en tiempos de guerra no era el más idóneo, pero también conocía su carácter, el cual obedecía mucho a formas de gobierno cesaristas.

Lo que sucedió a seguidas fue lo esperado por Bolívar, hombre que advertía su presencia ineludible en aquel país; pues, carecía el Perú republicano de otro candidato para reemplazarle. El historiador Encina refirió:

> El Congreso reaccionó delante de la acre nota de Bolívar y de su amenaza de volver a Colombia, en un sentido imprevisto por Torre Tagle y la gran masa de políticos, funcionarios y militares decididos a aceptar el

175 Simón Bolívar, "Carta a José María Galdeano. 5 de febrero de 1824", *Obras*…, Vol. I, pp. 905-906.

> restablecimiento del régimen colonial, antes que divisar una lucha en la cual no divisaban probabilidad alguna de éxito. El corto grupo de republicanos exaltados, que habían encabezado la cruzada contra el monarquismo de San Martín, se pronunciaron por la concentración en Bolívar de la suma del poder, sin límites ni trabas de ninguna naturaleza; y el grueso de los diputados se plegó a la delegación, unos por cobardía moral, otros por evadir la responsabilidad de la pérdida de la revolución, o las represalias realistas, situándose al margen de los acontecimientos[176].

Sin embargo, en una proclama, emitida el 11 de marzo de 1824, explicaba al pueblo peruano los motivos que le hicieron tomar la dictadura. Lejos de cualquier ambición personal y más por ofrecimiento del propio Congreso:

> El Congreso Constituyente me ha confiado esta odiosa autoridad, que no he podido rehusar por no hacer traición a Colombia y al Perú, íntimamente ligados por los lazos de la justicia, de la libertad y del interés nacional. Yo hubiera preferido no haber jamás venido al Perú y prefiriera también vuestra perdida misma al espantoso título de dictador. Pero Colombia estaba comprometida en vuestra suerte, y no me ha sido posible vacilar[177].

El Congreso no volvería a funcionar hasta el 10 de febrero de 1825, un año después. Sin embargo, al poco de instalarse, decidió prorrogar los poderes dictatoriales a Bolívar y cerrar el 10 de marzo de ese año. El Libertador convocaría entonces un Congreso General Constituyente, en procura de aprobar la Constitución Vitalicia de Bolivia, que se reuniría en Lima el 10 de febrero de 1826. Este no llegó a reunirse por decisión de los propios diputados de aplazar la convocatoria; en su lugar todo quedó en Juntas Preparatorias. Finalmente, la Constitución llamada "Vitalicia" fue aprobada en Perú por Colegios Electorales a finales de 1826.

Todas estas largas no tenían otro propósito, en los acólitos del Libertador, que extender y si fuese posible perpetuar su estancia en el país. Era evidente que Bolívar durante 1825 y 1826 estaba en el cenit de su gloria. Los bolivarianos peruanos sentían que con él su país mantenía el orden y la estabilidad necesaria, pues ningún otro jefe militar o civil

176 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia*…, *op. cit.*, p. 383.
177 Simón Bolívar, *Obras*…, *op. cit.*, Tomo II, p. 1194.

contaba con una fuerza igual o por encima de la suya. No obstante, la crisis política que sufría Colombia, los cinco años lejos de Bogotá, la crítica más exacerbada entre los peruanos por la manutención a los cuerpos colombianos y de los propios colombianos por regresar a su patria, le obligaron a abandonar Perú el 3 de septiembre de 1826.

B) La reorganización del Ejército Unido Libertador

El 8 de marzo de 1824 Bolívar se encontraba en Trujillo. Allí, sanado de los males de salud sufridos en Pativilca, levantó su cuartel general. Nombró a Sánchez Carrión, su principal partidario en el Congreso y vocero ante la opinión en Lima, Ministro Único en los ramos civiles. En materia militar designaría como ministro al coronel Tomás Heres, venezolano con varios años de estancia en Perú. Asimismo, resolvió elegir autoridades militares en todo el departamento, el cual abarcaba los territorios más tarde divididos en Piura, Cajamarca, Amazonas y Libertad.

La reconcentración del ejército colombiano en el norte del Perú obedecía a varias razones: 1.º rehuir al combate con los realistas por inferioridad de número hasta la llegada de refuerzos. 2.º mantener el último baluarte libre del Perú y así defender el sur de Colombia. 3.º proveer al ejército de lo necesario para su utilidad en la guerra. 4.º acostumbrar los soldados al clima rígido de la cordillera y mantenerlos alejados de la insalubridad de la costa.

Bolívar consideraba que no podía exponer sus fuerzas, inferiores en número, a una batalla que colocase en peligro su prestigio y el de Colombia: "Este ejército es la salvaguardia del Perú, la vanguardia de Colombia y el apoderado militar de la América Meridional. Si lo exponemos, sin haber antes impedido su caída con nuevos refuerzos y nuevas reservas, seremos inconsiderados e imprudentes"[178]. Era aquella esta opinión del Libertador y contraria a la del general Sucre, quien proponía iniciar la campaña de liberación cuanto antes:

178 Simón Bolívar, "Carta a Sucre. 4 de febrero de 1824", *Obras*…, *op. cit.*, Vol. I, pp. 902-905.

Si no hay armisticio, ni paz, es excelente la disposición del general Pinto para obrar por el Sur, (cuya voz hago correr) al abrir la campaña. Creo que los españoles siempre reservaran 4.000 hombres, en el Sur, y creo también que a lo menos en Febrero y Marzo no invaden el Norte[179].

Al final se optó por esperar los refuerzos.

Bolívar había pedido a Colombia, según los cálculos hechos por Encina, 37.000 hombres:

Pedidos de Bolívar:	
Marzo 3 de 1823	3.000 hombres
Agosto 4 de 1823, el pedido subió a	6.000 ”
Diciembre 22 de 1823, el pedido subió a	12.000 ”
Febrero 9 de 1824, el pedido subió a	16.000 ”
Total	37.000 hombres
Refuerzos enviados:	
Diciembre de 1823	500 hombres
Marzo 27 de 1824	900 ”
Mayo 22 de 1824	1.100 ”
Total	2.500 hombres.

Remitidos con un año y dos meses de retardo[180].

Las peticiones de refuerzos a Santander fueron recurrentes e incluso mandó Bolívar al coronel Diego Ibarra a Bogotá en busca de los mismos. El 21 de diciembre de 1823 señalaba al vicepresidente colombiano:

El secretario de guerra dice que tenemos 32.000 hombres: que vengan 12.000 y quedan 20.000 allá. Si Colombia no quiere hacer este nuevo

179 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 28 de enero de 1824", *Memorias*…, *op. cit.*, Tomo I, p. 124.

180 Francisco Encina, *Bolívar y la independencia*…, *op. cit.*, p. 405.

sacrificio, hará otro mayor perdiendo su libertad y su fortuna… Mándame Ud. los 12.000 hombres para no verme obligado a abandonar la patria de mis amigos[181].

A medida que pasaban las semanas, continuó solicitando los 12.000 soldados e incluso amenazó a Santander con irse del Perú. El 22 de enero de 1824 volvía a reiterar: "no debemos esperar nuestra libertad sino de los 12.000 colombianos que he pedido para que vengan al Perú, de los cuales 3.000 deben venir por Pasto, para poder destruir a esos numantinos tártaros, que se están poniendo casi invencibles"[182]. El 10 de febrero llamaba la atención: "Si hubieran venido ya el Perú los 3.000 hombres que pedí a Ud. podríamos dar una batalla y ganarla a los enemigos; y ganarla en este momento en que hablamos"[183]. El 25 de febrero, más irritado por las limitaciones, escribía:

El Callao se ha perdido por falta de víveres, y plata para la tropa; el Perú se acabará de perder por la misma causa, y el Sur de Colombia no puede resistir 12.000 o 14.000 hombres que necesitamos para resistir a los enemigos ¡Por Dios! Póngase Ud. en mi lugar[184].

Al secretario de Guerra de Colombia le advertía por medio de su secretario:

S.E. repite hoy lo que ha dicho tantas veces: que si no es auxiliado por el gobierno con 12 o 16.000 hombres armados y equipados, y entre ellos mil por lo menos de caballería de llaneros de Venezuela, no puede responder ni del Perú ni de la salvación del ejército de Colombia que se halla aquí[185].

Para el 6 de mayo de 1824 seguía solicitando los refuerzos a Santander: "Mande Ud. esos 4.000 hombres que ha ido a buscar Ibarra y el día que Ud. sepa que han llegado al Perú, haga Ud. de profeta y exclame: ¡Colombianos, ya no hay más españoles en América!"[186]. Al final los benditos refuerzos sumaron 2.500 soldados y el ejército para junio de 1824 cifró los 8.700 hombres.

181 Simón Bolívar, *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 850-853.
182 *Ibid.*, pp. 883-885.
183 *Ibid.*, pp. 914-917.
184 *Ibid.*, pp. 926-929.
185 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXII, pp. 13-15.
186 Simón Bolívar, *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 962-964.

Santander estaba en una situación difícil. Las guerrillas de Pasto, al mando del obstinado realista Agustín Agualongo, continuaron la lucha hasta mediados de 1824. Colombia, el país conformado por Venezuela, Nueva Granada y Quito, estaba en ruinas. Mover 12 o 14 mil hombres no era sencillo en términos humanos y materiales, menos mantener los 30.000 que tenía repartidos en toda su geografía. Puerto Cabello apenas había sido liberado, había cansancio por la guerra y cierta opinión de apatía por ir al Perú, país tan lejano y tan ajeno a la independencia. No obstante, Santander hizo todo lo posible, hasta donde no se comprometiera la estabilidad del país, en socorrer a Bolívar. El 6 de diciembre de 1823 le escribía al Libertador:

> Muchos esfuerzos hago para que se instale el Congreso el 2 de Enero próximo; le hablaré muy claro sobre la guerra del Perú, le pintaré la situación de U. y de los peligros de Colombia, y le pediré una ley (que hasta ahora no tengo) para auxiliar la campaña peruana[187].

Más adelante le explicaba con tono subido:

> Del Istmo ya fueron las primeras tropas despachadas del Magdalena; la muerte de Manrique, la cachaza de Ucros y la miseria del tesoro ha retardado y retardará todavía la marcha de los tres mil hombres ofrecidos primero. Con respecto a los otros tres mil repito lo que dije en las comunicaciones que llevó Ortega a mediados del mes anterior, a saber: que si el Congreso me da auxilios pecuniarios, o de Europa los consigo, tendrá U. el auxilio, y si no, no, porque yo no tengo el poder para hacer milagros[188].

Cuando los reclamos de Bolívar se tornaron más agrios contra el Gobierno de Colombia, Santander, en una actitud defensiva y a la vez legalista, respondió:

> Yo soy gobernante de Colombia y no del Perú; las leyes que me han dado para regirme y gobernar la República nada tienen que ver con el Perú, y su naturaleza no se ha cambiado, porque el Presidente de Colombia esté mandando un ejército en ajeno territorio. Demasiado he hecho enviando

187 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo III, p. 130.

188 *Ibid.*, p. 135. Recordemos que el general Manuel Manrique se aprestaba para dirigir este cuerpo, pero murió en noviembre de 1823. Por otro lado, el general José Ucros (1782-1835) ejercía como comandante de armas de Cartagena.

algunas tropas al Sur; yo no tenía ley que me lo previniese así, ni ley que me pusiese a órdenes de U., ni ley que me prescribiese enviar al Perú cuánto U. necesitare y pidiere. O hay leyes o no las hay; si no las hay ¿para qué estamos engañando a los pueblos con fantasmas? Y si las hay, es preciso guardarlas y obedecerlas, aunque su obediencia produzca mal…

¿Y cuándo es que yo me he denegado a enviar los tres mil hombres al Sur? ¿No he mandado a poner a órdenes de U. la guarnición del Istmo y no han ido algunas tropas? ¿No han ido armas, municiones y oficiales? ¿Y todo esto no lo he ordenado, sin embargo de los recelos de expediciones de España y Francia y aun de la que Morales formaba en Cuba? ¿Y esto es indiferencia? Al sepulcro iré con el dolor de haber oído semejante acusación al cabo de catorce años de servicios fieles y constantes tales cuales mi edad, inexperiencia y luces me lo permitan[189].

Más adelante, en carta del 21 de mayo, hace saber a Bolívar que irán al Istmo para embarcar al Perú unos 4 o 5 mil hombres armados y equipados, mitad veteranos y mitad reclutas. Asimismo, a Guayaquil se sumarán 1.000 y 2 mil más por Pasto e igual adición con la ley que debe emitir Quito. Al final hace el conteo de 10 mil soldados. Informaba también que 200 llaneros ya estaban en el Istmo en espera de buques.

Para el mes de junio notificó que en Panamá estaba detenido, a falta de navíos, el batallón Zulia y alguna caballería llanera. En Puerto Cabello, en cambio, habían zarpado, el 6 de mayo, 197 llaneros de Apure. Tiempo después, el 19 de julio, comunicaba que del Magdalena saldrían pronto los primeros 2.000 hombres requeridos. Sin embargo, tras el triunfo en Junín, la petición reiterada de refuerzos perdió la urgencia anterior[190]. El 7 de octubre de 1824 escribía a Bolívar:

Una fuerte expedición de más de cuatro mil hombres está desde agosto en Panamá para seguir al Perú. Diego [Ibarra] no ha ido porque ha quedado muriéndose en Caracas de una caída de caballo. Si estas tropas no le son necesarias, pueden volver por el mismo camino que han llevado, pues

189 *Ibid*., p. 144.

190 Bolívar, en vista de que no satisfacían sus peticiones, dejó de escribir a Santander. El 10 de noviembre de 1824 decía: “He vuelto de mi campaña con demasiada fortuna; pero sin un suceso decisivo por falta de un número suficiente de tropa. Por no repetir a Ud. esto, que tantas veces he dicho y tanto ha molestado a Ud., es que no he escrito en muchos meses; pues yo sabía que no adelantaba nada y ambos nos molestábamos inútilmente”. Claro está que tampoco debió agregarle leer el tono agresivo de Santander en las pasadas misivas. Su personalidad avasallante no era muy proclive a las negativas y menos a la crítica.

aquí si sirven para evitar las conmociones que se sienten en varios puntos con el reclutamiento decretado por el Congreso[191].

Estos auxiliares, reunidos por el Gobierno de Colombia con gran esfuerzo, llegarían al Perú a inicios de 1825[192]. Al final, como bien lo escribió Encina, el Libertador solo contó para sus campañas en tierra con 2.500 hombres, enviados entre diciembre de 1823 a mayo de 1824. El resto, con los que organizó su ejército en Trujillo, formaba parte de los cuerpos auxiliares de Valdés y Sucre, los que le acompañaron tras su llegada en septiembre de 1823, más la división del general Córdova (900 hombres)[193] y la del coronel Miguel Antonio Figueredo con 1.000 soldados[194].

Hubo también retrasos en la llegada de tropas por las acciones de buques corsarios al servicio de España. En abril el cosario Brujo apresó al bergantín *Boyacá* que salió de Paita rumbo a Huanchaco con reclutas. Por otro lado, los comandantes de las columnas del Zulia y del Guías informaron que el 3 julio habían fondeado en Santa por falta de agua, comida y la amenaza de un navío cosario que había apresado dos compañías del Zulia. Esta circunstancia les motivó a solicitar marchar por tierra desde Santa por no tener garantías plenas en el mar[195].

---

191 Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 157. El descontento más recordado por los reclutamientos fue el suscitado en Venezuela y que luego se tornó en el movimiento llamado La Cosiata.

192 El 19 de octubre de 1824 embarcaron rumbo a Guayaquil, en noviembre se encuentran en el puerto citado y en febrero en Perú. El general de brigada José Gregorio Monagas comandó las fuerzas venezolanas que llegaron al Istmo y continuaron al Perú a fines de 1824. Participaría bajo las órdenes de Salom en el sitio al Callao en 1825. El puertorriqueño, general Antonio Valero de Bernabé, fue el comandante de la expedición reunida en Magdalena. Valero también estaría en el sitio de El Callao con el Batallón Caracas.

193 La división de Córdoba llegó desde Guayaquil a bordo de la goleta *Macedonia* el 27 de marzo de 1824 a Pascamayo. Llegó bastante afligida esta fuerza auxiliar por su larga estancia en Guayaquil, ciudad de clima difícil en tiempos de lluvia. En carta al general Paz del Castillo, quien era para entonces intendente de Guayaquil, el secretario de Bolívar le reclama: "Esta mortandad ha nacido de haberse detenido indebidamente en Guayaquil estas tropas, que pudieron haber venido más antes, y no dejarlas tanto tiempo sobre el clima mortífero de Guayaquil en la estación lluviosa. Todo, repito, ha sido desastroso en esta expedición" (Daniel Florencio O'Leary, *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXII, p. 190) El navío *Mirror* que traía 200 hombres había perdido 38 a causa de fiebres y otros males.

194 La división de Figueredo desembarcó en Huanchaco el 22 de mayo de 1824. El general Burdett O'Connor en sus memorias también señaló la llegada del batallón Caracas.

195 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Tomas Heres a Sucre. 14 de julio de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXII, p. 382.

Hay que destacar el papel del general Sucre en la organización de esta fuerza. Sucre, nombrado General en Jefe del Ejército Unido[196], estableció su cuartel en Huánuco para ver más de cerca el movimiento enemigo a inicios de 1824. Distribuyó también varios cuerpos colombianos en la sierra desde Huaraz hasta Cajatambo, con algunos más hasta Huánuco, listos para el repliegue al norte si los realistas avanzaban. Las principales labores de este brillante general fueron las de aumentar la tropa con reclutas peruanos, herrar los caballos, proveer vestuario a la tropa, reparar y dotar el armamento y reorganizar el cuerpo auxiliar en conjunto. Escribiría Bolívar sobre su actuación:

> Entonces el general Sucre volvió a tomar el mando del ejército; lo acantonó en la provincia de Huaylas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado.
>
> Sin embargo, el general Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitían[197].

Sucre también tenía la labor de vigilar la frontera y de recolectar la mayor cantidad de recursos posibles. Bolívar le ordena hacer lo mismo que los rusos a Napoleón en 1812:

> Así, los godos no carecerán de nada en su marcha, según preveo, si nosotros no imitamos muy expresamente al emperador de Rusia en la defensa que hizo de su imperio. Debemos recoger todo, todo, y mandarlo al departamento de Trujillo; y lo que no se puede recoger por no estar

196 Tras la derrota de Santa Cruz a mediados de 1823, el general Sucre, que había marchado hasta Arequipa en su auxilio, mandó su división a Pisco y luego Supe para combatir a Riva Agüero. No obstante, Agüero había lanzado fuertes acusaciones contra Sucre y este para no dar rienda a las calumnias se negó a aceptar el mando del ejército para ir contra aquel, decía que los auxiliares colombianos no debían participar en luchas civiles y que él no conduciría el ejército por tomarle la opinión como enemigo de Riva Agüero. Bolívar respetó su decisión y fue él mismo hacerle frente a aquella facción.

197 Daniel Florencio O´Leary, "Resumen sucinto de la vida del general Sucre escrito por el Libertador", *Memorias…, op. cit.*, Vol. I, p. 12.

en sazón, debe ser consumido por las bestias y ganados que marchen a retaguardia[198].

Esto significa avanzar y no dejar nada comestible al enemigo. Todo debía ser remitido y acopiado en Trujillo con la premura posible. Este plan consistía, más allá de abastecer con recursos del país al ejército, en frenar o hacer más lento un posible avance realista por carencia de víveres.

Hasta junio de 1824 la labor de recolección, recluta y adiestramiento fue intensa. El departamento de Trujillo, el menos maltratado por la guerra, había suministrado al Ejército Libertador Unido caballos, mulas, víveres, ganado vacuno y dinero. Las armas y municiones habían venido de Nueva Granada y Quito[199]. Sin temblor en el pulso Bolívar confiscó las propiedades realistas, convenció a la Iglesia para obtener dinero y creó nuevos impuestos.

Las marchas para quienes no estaban acostumbrados a la vida militar y a las alturas eran penosas. El coronel irlandés Francis Burdett O'Connor[200] dejó en sus memorias testimonio de aquellas difíciles y fatigantes travesías sobre la sierra:

> No había tenido muchos días de descanso en Pativilca, cuando recibí orden de marchar con mi tropa al cuartel del general Sucre, en la ciudad de Huaraz. Se me dieron todas las instrucciones necesarias para la marcha, y las prevenciones oportunas contra las célebres aguas de verrugas, que se encuentran en muchos arroyos en el tránsito por la sierra, después de pasar la cordillera de Marea…La enfermedad que causan estas aguas son unas verrugas que duran seis meses; dos mientras se están formando, dos que permanecen afuera, y dos en su desaparición, ocasionando al mismo tiempo en el enfermo una tristeza profunda. Cuando revientan en la cara, ponen al individuo como un monstruo. A algunos de los oficiales del ejército les sucedió esto, principalmente a un capitán Mogosi, del batallón Rifles de la Guardia.

198 Daniel Florencio O´Leary, "Carta a Sucre. 13 de febrero de 1824", *Memorias…, op. cit.*, Vol. XXI, pp. 521-552.

199 Es menester referir que Sucre creó talleres para la producción de armas y herraduras.

200 Francis O'Connor (1791-1871.) militar irlandés nacionalizado boliviano con el nombre Francisco O'Connor. Llegó como legionario a la isla de Margarita en Venezuela hacia 1819. Participó en operaciones sobre Río Hacha y Cartagena. En 1824 llegó al Perú y ganó la confianza de Bolívar y Sucre. Combatió en Junín y Ayacucho. Después de la guerra haría vida familiar y política en Bolivia. Al final de sus días escribió unas memorias sobre su actuación en la guerra. Murió en Tarija, región que en honor lleva su nombre.

> Esta marcha, la primera que hicimos por serranía, fue muy penosa para la tropa… Al subir la cordillera de Marea, la mayor parte de mis soldados se sintieron atacados por la horrible fatiga que llaman *soroche* [mal de altura], la que llega a impedir la respiración. El antídoto contra esta afección era tomar zumo de limón con azúcar, que con buen éxito di a todos los atacados, haciendo a la vez frecuentes descansos en la marcha. Un soldado se puso tan malo, que le di mi caballo para que se montase en él, y yo mismo llevé su fusil, hasta trastornar la cuesta…Generalmente los negros y los mulatos son los que se ponen a la muerte con esto. Entre mis soldados, ninguno falleció de este ataque a pesar de que pasamos muchas cuestas de *soroche* en la campaña. Quedaban muchos soldados enfermos en los hospitales, pero no morían de esto[201].

Las marchas procuraban también adaptar las tropas al clima de la cordillera y agilizar su transitar sobre ella para mejor efectividad en el combate:

> El hecho es que debemos hacerles marchar diez leguas [50 km] por día… debemos hacerles pasar la gran cordillera; de cuando en cuando, para que se acostumbren al soroche y a las punas. Entre le días convendrá también hacerles subir y bajar algún cerro escarpado, y en otras, darles algunas carreras de una hora y de media hora; porque el secreto de la táctica esta en los pies como dice Guibert. Y porque nuestros enemigos lo poseen admirablemente[202].

201 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés con Bolívar*, pp. 57-58. La enfermedad de las verrugas también llamada verruga peruana, fiebre de La Oroya o enfermedad de Carrión. Se trata de una enfermedad infecciosa y endémica de América del Sur, encuadrada dentro de las bartonelosis. Es producida por bacteria *Bartonella bacilliformis*. Tiene dos fases la aguda (enfermedad de Carrión) con fiebre, anemia severa, inmunodepresión, hepatomegalia, ictericia, linfadenopatia y esplenomegalia. Si no se trata la tasa de mortalidad es del 40% y hasta 90% si se presentan infecciones oportunistas. La segunda fase crónica (verruga peruana) está caracterizada por erupciones cutáneas producida por un aumento de células endoteliales. Los síntomas más comunes son: sangrado de las verrugas, fiebre, malestar, artralgias, anorexia, mialgias, palidez, linfadenopatia y hepato-esplenomegalia. El coronel O'Connor tuvo estas verrugas en el pie, y cuenta que un paseo a caballo se le reventó sangrando de color. Afirmaba también que se sentía débil, fruto de la anemia. Recibe el nombre de enfermedad de Carrión en honor al doctor Daniel Alcides Carrión García (1857-1885), médico peruano que estudio la enfermedad y se inoculó la misma para estudiarla. Murió, sin embargo, a causa de esta a los 28 años. Se le considera "mártir de la medicina peruana". La enfermedad no se trasmite por el agua como creía O'Connor. La *Bartonella Bacilliformis* se transmite por un mosquito vector o portador de la bacteria, llamado *Lutzomyia Verrucarum*.

202 Simón Bolívar, "Carta a Sucre. 26 de enero de 1824", *Obras*…, *op. cit*., Vol. I, pp. 892-897.

Bolívar cita al conde de Guibert[203], militar y teórico de la guerra francés, que en 1770 publicó Ensayo General sobre Tácticas, donde recomendaría:

> Sería necesario que la educación del ejército abarcara tres objetivos, uno los ejercicios del cuerpo, el segundo los ejercicios de las armas y las maniobras, el tercero la representación de las diferentes situaciones en las que uno puede encontrarse en la guerra: esto será el plan que seguiré en mi curso de táctica.[204]

Un ejército, decía Guibert, no solo debía adaptar y condicionar el terreno a los requerimientos de la guerra sino andar con "paso uniforme y continuo, y no flotar durante su marcha"[205]. El Libertador puso mucha atención al movimiento efectivo de su ejército[206] en terrenos altos y poco planos. Recordemos que un número significativo del ejército realista lo componían naturales del Perú, que estaban acostumbrados al clima y a la sierra. Asimismo, para conocer mejor las rutas y la geografía se mandaron hacer mapas y se exploraban las vías por donde marchar.

El carácter del Libertador en el aprovisionar del ejército se tornó meticuloso. Procuraba que nada, absolutamente nada, faltara. Sabía que el desenlace de la guerra estaba próximo y no deseaba dejarlo ir de las manos; de allí la espera a la llegada de refuerzos y su entrega en el trabajo de acopio. Aquí los peruanos del norte ofrendaron sea por convicción u obligación sus personas y bienes en favor de la independencia. En carta a Sucre hace saber que las contribuciones no han cesado y se cuenta con recursos para unos cuantos meses:

---

203 Jacques-Antoine-Hippolyte, conde de Guibert (1743-1790). Fue un crítico al sistema de guerra de la época; proponía que los jefes se les diera la libertad para luchar e imponer su iniciativa para excluir de la rutina el arte militar establecido. Introdujo le orden lineal, el cual le valió críticas por estar Europa aún bajo el orden profundo de Folard. Criticó también los errores en materia militar durante el reinado de Luis XIV, de allí que publicara su obra en Inglaterra. Sus teorías y las de Jean Baptiste Gribeauval (1715-1789) fueron empleadas en la transformación del ejército francés en materia de artillería y táctica después del fin de la Guerra de los Siete Años y el inicio de la Revolución. Gribeauval trasformó la artillería estandarizando las piezas para cuatro calibres (12, 8 y 4 libras, y obuses de 6 pulgadas). Guibert, por otro lado, produjo una filosofía de Guerra Total, mientras que a nivel táctico había contribuido con la evolución del orden mixto, formación de infantería dispuesta en columnas y en línea en apoyo mutuo.

204 Jacques-Antoine-Hippolyte conde de Guibert, *Essai Général de Tactique*, p. 23.

205 *Ibid*., p. 33.

206 Parte de este ejército estaba compuesto por hombres de llanos y costas, es decir, poco habituado a terrenos de grandes alturas.

> Se está recogiendo dinero de las iglesias y de los particulares; pero la plata en pasta no hay quien la compre por falta de numerario, pues este escasea mucho. Procure Ud. recibir el dinero necesario de esa gente para pagar este mes las tropas acantonadas por allá. Lara esta en Huamachuco disponiéndolo todo y sacando dinero: treinta mil pesos, Huamachuco, y veinte mil Pataz. Esto ha dado sesenta mil pesos; Cajamarca dará cincuenta mil; otro tanto Lambayeque; y Piura veinte mil; las iglesias doscientos mil pesos… Ya hemos gastado más de cien mil; por consiguiente, nos quedarán trescientos mil pesos mensuales…Esto quiere decir que a la defensiva podemos vivir cuatro o cinco meses, mientras nos vienen refuerzos de Colombia[207].

La adquisición de vestuarios se tornó importante. A Sucre le escribía: "Que la tropa vaya bien vestida y bien abrigada para que se exponga menos a la rigidez del clima y no se enferme"[208] y le insta que recolecte lienzos de algodón. El 10 de febrero al general La Mar le ordena que proporcione ponchos y mantas: "pues no es justo que perezca el soldado por desabrigo y que el tranquilo se quede en su casa bien abrigado"[209]. Al general Bartolomé Salom, intendente de Quito, le mando hacer vestuarios, equipo y fornituras para crear un gran depósito de estos artículos, necesarios para el movimiento del ejército[210].

Los caballos y el ganado, elementos fundamentales para la guerra, debían estar bien atendidos. La caballería jugaría un rol importante en Junín en parte por los cuidados de los equinos. Bolívar ordenó que estos animales fuesen alimentados de forma regular con granos, e instaba que los húsares montaran en mula durante su paso por la sierra para evitar estropearlos[211]. A Sucre, su gran colaborador en esta empresa logística, refería sobre el asunto:

---

207 Simón Bolívar, "Carta a Sucre. 30 de abril de 1824", *Obras…*, *op. cit*., Vol. I, p. 942.

208 Daniel Florencio O'Leary, "Carta a Sucre. 6 de enero de 1824", *Memorias…*, *op. cit*., Tomo XXI, p. 250.

209 *Ibid*., "Comunicación al general José de La Mar. 10 de febrero de 1824", Tomo XXII, pp. 188-189.

210 El secretario Pérez le solicitaba con premura enviar en los buques lo colectado en aquella región: "Los fusiles, las municiones, principalmente cartuchos de fusil y balas, piedras de chispa, vestuarios y suelas de pedidas a Ud. y aun ofrecidas por Ud. mismo, capotes o telas para hacerlos, fornituras, todos son objetos de una absoluto y primera necesidad, y deben ser enviados pronto, pronto" (Ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo XII, p. 198).

211 En carta a Sucre el 14 de abril de 1824 detalla esto con precisión: "Tenemos 1.400 hombres de caballería por lo menos; cada hombre irá montado en una mula y llevará su caballo de diestro; pero esto no bastará: El parque y el bagaje nos ocupan mil mulas y debe llevar reemplazos. Diez mil reses de repuesto serán pocas".

> Haga Ud. que a los caballos de la costa se les hagan todos los remedios imaginables a fin de que se les endurezcan los cascos, quemándoselos con planchas de hierro caliente, y bañándoselos con cocuiza; que se les dé el pasto atado y el agua en la mano, para que estando en seco no se pasmen en los primeros dos o tres días humedeciéndose; y últimamente que, si es posible, estén bajo cubierta[212].

Los caballos empleados en la Campaña del Perú fueron locales, propios del país. El traslado de estos animales desde Venezuela o la Nueva Granada en barcos durante semanas era una labor difícil y delicada. Los buques se debían condicionar en establos flotantes, con abundante agua y forraje para el mantenimiento de las bestias. Sin estas condiciones cubiertas, el animal podía sufrir deshidratación e incluso la muerte. El otro elemento era la aclimatación rápida de los equinos a las alturas. Por todas estas coyunturas, y a fin de evitar retrasos en las operaciones, se hizo la recolecta de caballos directamente en el Perú.

Las herraduras también fueron seguidas por el Libertador al ordenar que se hicieran con hierro de Suecia y de Vizcaya los clavos de estas: además, que los clavos debían medir dos pulgadas y medias y entrar "bailando" en los herrajes.

La paga del soldado fue recortada pero entregada con más diligencia[213]. Bolívar ordenó que el habilitado de cada regimiento pagase a la tropa personalmente, es decir, entregara el dinero en las manos del soldado y en presencia del comandante de la división. La paga era medio duro semanal. El general Miller explicaba como este dinero era repartido:

> El haber completo del soldado eran diez duros al mes: cuatro duros le retenían por las raciones y dos para vestuario, masita etc. Por consiguiente, debía recibir un duro por semana. Sin embargo, tan escasa estaba de dinero la caja militar del ejército en 1824, que solo recibía el soldado medio duro por semana; pero como lo recibían puntualmente, estaban más contentos con la mitad segura que con el todo nominal sujeto a mil incertidumbres e injusticias[214].

---

212 Simón Bolívar, "Carta a Sucre. 14 de abril de 1824", *Obras*…, Vol. I, pp. 946-948.

213 Estos problemas de dinero estaban presentes desde la época de San Martín y fueron agudizados cuando Chile y Buenos Aires decidieron no costear más la campaña libertadora en Perú.

214 Guillermo Miller, *Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú*, p. 299.

A los oficiales se les bajó el sueldo una cuarta parte por lo que quedaron imposibilitados de más raciones; de esta forma, puestos que recibían 8 o 10 duros al mes, apenas les bastaba para lo indispensable. Pudo así Bolívar igualar, en la medida de lo posible, los contrastes e indiferencia de los oficiales frente a las necesidades del soldado.

La asistencia médica fue otro aspecto a cuidar. Un ejército desprovisto está limitado para la guerra, pero enfermo queda completamente inoperante. Se instaló un hospital general que después sería trasladado a Huaraz.

En carta a Heres detalla lo que se necesitaba para abril de 1824: "1º Infinitas herraduras con sus buenos clavos. 2º Mulas y caballos. 3º Las municiones y armas de todas las especies, menos cañones. 4º El equipo. 5º Las maestranzas y 6º El dinero y botiquines"[215]. En cuanto al armamento y la munición se sabe que a inicios del año 24 no era abundante: "los tres escuadrones de Carreño, de Navajas y de Suárez están muy escasos de sables, y de toda arma de caballería; todos faltos de carabinas y lanzas"[216]. Más adelante, el mismo Sucre continuó informando sobre la escasez de fusiles:

> De armamento si no podemos aquí más que componer 200 fusiles ingleses, y estos nos completarían la fuerza presente de los cuerpos; pero principalmente desearía 300 bayonetas inglesas y para dejar corrientes los fusiles franceses del parque, también se necesitan 171 francesas. Si las hay, suplico que se me manden con prisa[217].

Fusiles maltrechos y muchos sin bayonetas era lo que contaba el general Sucre en Huaraz[218]. El general La Mar, por otro lado, se había hecho de 400 fusiles españoles mientras que el ministro de guerra, Tomás Heres, comunicaba que se contaba con 44.789 piedras de chispa, 1.000 fusiles de Guayaquil, 385 fusiles reparados con sus respectivas bayonetas

---

215 Simón Bolívar, "Carta a Heres. 15 de abril de 1824", *Obras…*, Vol. I, pp. 949-950.

216 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Sucre. 3 de marzo de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo I, p. 134.

217 *Ibid.*, "Carta de Sucre. 31 de marzo de 1824", Tomo I, pp. 149-150.

218 Para el 31 de marzo de 1824 llegaron desde Santa a las fuerzas de Sucre en Huaraz 360 fusiles franceses, pero con solo 189 bayonetas. Se encontraba este general limitado de bayonetas y piedra de chispa, solicitando 4 mil de estas.

y 200 quintales de pólvora[219]. En relación a los enseres notificaba Sucre desde Huaraz:

> En cuanto a la Maestranza se trabaja aquí cuanto da el país: bayetas que se están abatanando y se teñirán, completarán los pantalones de paño de la tropa: las suelas no saben curtirlas, si no se construirían toda clase de correajes; pero si vienen suelas y algunas cajas de lata no faltaran las cartucheras etc.; no obstante para los cuerpos que están aquí ya casi nada falta de cartucheras[220].

No faltaron tampoco las quejas y las acusaciones de especulación[221].

Todo por aquellos meses giraron en torno a aumentar el ejército y mejorar su equipamiento; en invertir la mayor cantidad de tiempo que dieran los españoles en formar una fuerza que pudiera, con los refuerzos esperados de Colombia, Chile y hasta de México y Guatemala[222], pasar de la defensa al ataque.

Para congraciar ánimos con los antiguos secuaces de Riva Agüero y desaparecer el espíritu de la guerra civil, el Libertador aceptó las proposiciones de aquellos de querer ser mandados por un general peruano. Se designó entonces al general La Mar como comandante de ese ejército[223], compuesto por los batallones de línea 1.º, 2.º y 3.º, batallón Legión Peruana y dos escuadrones del 1er Regimiento Húsares del Perú.

De la noche a la mañana Trujillo se trasformó en un gran arsenal[224]. Cada ciudadano se volvió un trabajador, cada utensilio de metal un arma o un aparejo. Los hombres eran reclutados o llevados a trabajar

219 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Heres. 17 de abril de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo V, p. 76.

220 *Ibid.*, "Carta de Sucre. 31 de marzo de 1824", Tomo I, p. 149.

221 El general La Mar informaba que la Junta de Arbitrios de Trujillo denunciaba que el prefecto Gutiérrez de La Fuente hizo contrastas de armamento y vestuarios sin notificar a la Junta. (ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo X, p. 251).

222 No hubo envíos de tropas de México ni de Guatemala, quien ofreció apoyo. Hubo carteo de Bolívar con las autoridades y embajadores de ambos países, pero nada se concluyó.

223 El general Santa Cruz fue nombrado comandante de la infantería peruana y el general Miller de la caballería.

224 Cabe mencionar que durante ese tiempo Bolívar fundó la Universidad de Trujillo, el 13 de mayo de 1824. Esta fue la primera universidad peruana creada durante la etapa republicana. Durante la época colonial se habían fundado la Universidad de San Marcos en Lima en 1551, la Pontificia de San Idelfonso en 1608, la de San Ignacio de Loyola en el Cuzco entre 1621 y 1767, la de San Cristóbal en Huamanga en 1677 y San Antonio Abad en el Cuzco en 1692.

en forjas y fábricas mientras que las mujeres eran empleadas en la costura y confección de uniformes, banderas y tiendas. Estaban también las llamadas rabonas[225], mujeres que acompañaban a sus compañeros, maridos o familiares durante las marchas; ellas cocinaban, atendían a sus parejas, reparaban los uniformes, atendían a los hijos en plena campaña, curaban a los heridos entre otras cosas. Flora Tristán diría de ellas:

> Estas mujeres proveen a las necesidades del soldado, lavan y componen sus vestidos...Viven con los soldados, comen con ellos, se detienen donde ellos acampan, están expuestas a los mismos peligros y soportan aún mayores fatigas...Cuando se piensa en que, además de llevar esta vida de penurias y peligros cumplen los deberes de la maternidad, se admira uno de lo que puedan resistir[226].

Los indígenas eran usados en la confección de ponchos. Se recaudaban tributos, se tomaban los bienes de las iglesias para ser fundidos y acuñar moneda con que pagar a los soldados. Se confiscaban propiedades enemigas y se tomaba todo el ganado, granos y forraje disponible[227]. Todo esto por la fuerza, la persuasión o la apropiación sumaria: "En esta ciudad (Trujillo), como han tenido miedo, han entregado cerca de cincuenta mil pesos en plata labrada; lo mismo seria en otra cualquiera para con el mismo motivo"[228]. Al final, Bolívar logró que Trujillo contribuyera con más de 300 mil pesos en tributos al tesoro. En Lambayeque y Piura se fabricaban zapatos; en Huamachuco, cinturones y sillas de montar; en Cajamarca y Trujillo, tejidos de lana o algodón para camisas y pantalones. Todo giraba en función de la guerra.

---

225 Su nombre deriva del hecho de que generalmente marchaba en la cola, "rabo", de las columnas, es decir, detrás del ejército.

226 Flora Tristán, *Peregrinaciones de una paria*, citado en *Utopismo socialista (1830-1893)*, p. 49.

227 El general Miller escribió sobre la recolección de ganado: "El ganado necesario para un ejército en toda una campaña se extraía generalmente de los grandes ganaderos, acorde a los medios de cada uno, dejando recibos a los dueños; pero durante la guerra se pagaban con mucha irregularidad, si es que llegaban a pagarse. Poca o ninguna ceremonia guardaban en tomar el ganado que encontraban en las haciendas abandonadas por sus dueños que emigraban con los realistas, para servir con ellos, ya en la clase militar o civil. No era raro encontrar hombres generosos entre los patriotas ricos, que salían al encuentro con cien o doscientas cabezas de ganado de donativo; tanto que en general la dificultad de procurar las subsistencias no era tan grande en proporción, como otros obstáculos" (ver *Memorias del general Miller*…, p. 304).

228 Documento 9151, "Carta a Sucre. 21 de marzo de 1824". Disponible en www.archivodellibertador.gob.ve

Para extinguir la traición y las evasiones, Bolívar expidió un decreto el 15 de marzo[229] penando la deserción con la muerte y los connatos con presidio o retiro en la Armada[230]. Los delatores serían premiados con licencias y los encubridores con el mismo castigo que los fugitivos. La ley iba más allá y aplicaba a los familiares de los desertores. Las prendas y armamentos del prófugo serían costeados por sus parientes o el pueblo de su domicilio de la siguiente forma: por un fusil o carabina 10 pesos; por una bayoneta, 2 pesos; por una camisa 18 reales; por un pantalón 4 pesos; por un par de zapatos un peso; por un sable 7 pesos y por un caballo 25. Si el fugitivo se presentaba en el lapso de 8 días sería indultado y en caso contrario reemplazado por un familiar cercano o dos jóvenes del pueblo de origen. Toda esta legislación procuraba vincular lo más posible al peruano con el ejército so pena de ser agraviada su familia. El abigeato también fue condenado con pena capital.

Sin embargo, las defecciones y sublevaciones a la monarquía disminuyeron, pero no dejaron de existir. Se conoce que hubo rebeliones en favor de la monarquía en la Provincia de Pataz en abril y la ejecución de unos conspiradores en Ayabaca y Tumbes en mayo. El ministro Heres ordenó fusilar por quinte (sorteo) a los cabecillas de Pataz y a los librados del paredón enviar a la escuadra; asimismo, recoger todas las armas y emprender conscripciones generales[231]. Sucre, por otro lado, ordenó castigar las faltas severas de la población contra el ejército:

> La conducta de los de Huánuco que insultaron a los conductores de las cargas de los Húsares; la de Chinchopalca que abandonaron sus casas, merecen una fuerte represión, excepto de los primeros de los que fueron autores del tumulto, porque deben ser castigados; los demás quedaran reprendidos. A los arrieros que conducían el armamento para Vidal, y que asaltaron y apedrearon al oficial encargado de llevarlo, deben reputarse como asesinos y ladrones, para que la pena recaiga sobre tal delito.

229 El decreto se halla en las *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, pp. 96-97.

230 Por medio de su Secretario José Gabriel Pérez informa al intendente de Guayaquil general Paz del Castillo, el 31 de marzo de 1824, que todos los enemigos o sospechosos de ser realistas que se mandaran del Perú a Guayaquil fuesen remitidos al Istmo de Panamá para ser expulsados de Colombia (ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, p. 191).

231 El oficio se halla en las *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, pp. 207-208.

Averiguado los culpables serán sometidos al juicio de un Consejo del escuadrón o del batallón en forma de un Consejo ordinario[232].

Estas medidas produjeron un aumento en la disciplina y la salida de oficiales que poca disposición tenían de sujetarse a leyes y continuar con la campaña.

Para el 30 de marzo de 1824 el Ejército Libertador Unido se encontraba en las siguientes posiciones: batallón Vargas en Huaraz[233]; Voltígeros en Carhuaz[234]; Pichincha en Caraz[235]; Bogotá en Pomabamba[236], Granaderos de Colombia y De los Andes en Yungay[237]; Número 1º del Perú en Huari[238]; Húsares del Perú en Huánuco[239]; Rifles y Vencedor en Cajabamba[240]; Coraceros del Perú en Trujillo[241]; Número 2º y 3º del Perú con la Legión Peruana en Cajamarca[242] y guerrillas dispersas por todo el territorio que servían de avanzadas.

En cuanto a Bolívar su posición, hasta el momento de la concentración en Cerro de Pasco, fue: Trujillo del 7 de marzo al 12 de abril; Otuzco, donde se enteraría de la pugna entre La Serna y Olañeta, entre el 13 al 19 de abril; Santiago del 20 al 26 de abril; Huamachuco del 27 de abril al 9 de mayo; Huaraz del 10 de mayo al 17 de junio; Huánuco 18 de junio al 6 de julio; Huariaca del 7 de julio al 27 de julio; Cerro de Pasco 29 de julio.

El Libertador con destreza, mano férrea, y conscripciones forzosas consiguió levantar una fuerza de 8.700 hombres, de los cuales 1.000 eran jinetes[243]. Este ejército, reconstruido con tesón, fue concentrado en

---

232 Daniel Florencio O'Leary, "Oficio de Sucre para el coronel Francisco Otero. 21 de abril de 1824", *Memorias*..., *op. cit*., Tomo XIII, p. 240.

233 Ciudad a 400 km al norte de Lima. Allí tenía Sucre su Cuartel General.

234 Poblado al norte de Huaraz y a unos 438 km de Lima.

235 Caraz está al norte de Carhuaz y a unos 470 km de Lima.

236 Pomabamba se halla a 607 km al norte de Lima y a 160 km al noreste de Caraz.

237 Yungay se halla a 460 km al norte de Lima.

238 Huari está a 472 km al norte de Lima y a unos 143 al noreste de Huaraz.

239 Huánuco se halla a 360 km de Lima.

240 Cajabamba se halla a 779 km al norte de Lima y a 226 al noreste de Trujillo.

241 Trujillo, Cuartel General de Bolívar, se halla a 560 km al norte de Lima.

242 Cajamarca era la ciudad más retirada de la capital Lima a 860 km al norte. Todas estas mediciones están expresadas en distancia modernas con carreteras.

243 Si sumamos los 1.500 montoneros locales la cifra total llegaría a más de 10.000 hombres, número compatible con el dado por Manuel Antonio López en sus Memorias.

Cerro de Pasco[244] el 1.º de agosto de 1824, días previos a la batalla de Junín[245]. Su composición era la siguiente:

1. Estado Mayor
    - Director de la Guerra: general en jefe Simón Bolívar.
    - Secretario General: Dr. José Faustino Sánchez Carrión.
    - Secretario Militar: coronel Tomas de Heres.
    - Jefe de Estado Mayor: general de brigada Andrés de Santa Cruz.
2. Cuartel General del Ejército:
    - Comandante en Jefe: general de división Antonio José de Sucre.
    - Jefe de Estado Mayor: general de brigada Agustín Gamarra. Ayudantes de Estado Mayor: coronel Francis Burdett O'Connor y coronel Manuel Soler.
    - Cirujano Mayor: sargento mayor Antonio Merich.
    - Comandante de caballería: general de brigada Mariano Necochea.
    - Comandante de la caballería colombiana: coronel Lucas Carvajal.
    - Comandante de la caballería peruana general de brigada Guillermo Miller.

3. División de Vanguardia (2ª de Colombia)
    - Comandante: general de brigada José María Córdoba.
    - Jefe de Estado Mayor: teniente coronel Antonio Guerra.
    - Batallones Caracas[246], Pichincha[247], Voltígeros[248] y Bogotá[249]. Caballería: regimiento Granaderos de Colombia[250], un escua-

244 El ejército se concentró entre el 31 de julio al 1 de agosto en la zona comprendida entre Cerro Pasco y Rancas, a unos 4.300 metros sobre el nivel del mar.

245 El inglés Miller llegó a decir: "El ejército estaba bastante bien vestido y armado, y se componía de tres divisiones de infantería, dos de las cuales formadas de tropas colombianas, y la tercera compuesta de tropas peruanas" (Ver *Memorias del general Miller*, p. 298).

246 El batallón Caracas tenía por jefe al coronel neogranadino José Leal.

247 El Pichincha estuvo a cargo del venezolano Manuel León, quien en Ayacucho comandó al Caracas.

248 El Voltígeros estaba al mando del Teniente Coronel Pedro Guas.

249 El Bogotá tenía por comandante al Teniente Coronel neogranadino José León Galindo, quien luego acompañó y sirvió a Sucre en Bolivia.

250 Los Granaderos tenían por jefe al mayor Felipe Otto Braun.

drón de Granaderos de los Andes[251] y otro de Húsares del Perú[252].

4. División del Centro (peruana).
   - Comandante: gran mariscal José de la Mar.
   - Batallones de Línea 1.º[253],2.º[254], y 3.º[255] del Perú. Dos escuadrones del 1er regimiento Húsares del Perú.
   - Artillería: 6 piezas al mando del mayor Fuentes.
5. División de Retaguardia.
   - Comandante: general de brigada Jacinto Lara.
   - Jefe de Estado Mayor: coronel Manuel Martínez de Aparicio.
   - Batallones Rifles[256], Vencedor de Boyacá[257] y Vargas[258]. Regimiento de caballería: Húsares de Colombia[259].

Las guerrillas locales, que fueron ganadas por Bolívar, también jugaron un papel importante durante la campaña. Estaban compuestas por gente del pueblo, airada por las represalias de los realistas, y también por bandoleros que aprovechaban la convulsión de la guerra para sacar alguna ganancia. Conocían bien el territorio, espiaban, sabían dónde obtener recursos y andaban en constante observación y hostigamiento. El general Miller, enviado a tomar el mando de los 1.500 montoneros que ocupaban la zona entre Pasco y Reyes[260], escribió de ellos:

251 Los últimos Granaderos a Caballo argentinos, que no llegaban a 200 hombres, estaban comandados por el coronel Bruix.

252 Los Húsares del Perú eran comandados por Isidoro Suárez.

253 El batallón De línea Nº1 era comandando por Francisco de Paula Otero (1786-1854) militar de origen argentino residente en Perú. Fue el que proclamó la independencia de Tarma el 28 de noviembre de 1820. Fue prefecto de Arequipa, nombrado por Bolívar, en 1825.

254 El N.º 2 al mando del coronel Ramón González.

255 El N.º 3 al mando de Miguel Benavides.

256 Su comandante era el irlandés Arthur Sandes. El batallón Rifles tuvo una larga trayectoria en la guerra si bien algo oscurecido por los sucesos de Pasto en la llamada Navidad Negra.

257 El batallón Vencedor era comandando por Ignacio Luque, oficial venezolano de temprana actuación en la guerra. Participó también en el Portete de Tarqui.

258 Comandado por José Trinidad Morán (1796-1854), oficial venezolano de destacada actuación en las guerras del Sur.

259 Información tomada de Héctor Bencomo Barrios, *La Emancipación del Perú*, pp. 87-88 y del libro *Ayacucho, la libertad de América*, pp. 138-139.

260 Los montoneros estaban frente a la línea realista de Tarma a Jauja en constante hostigamiento. El nombramiento de Miller obedecía a la necesidad de que las partidas fueran las avanzadas de las tropas, todo esto en la fase previa del movimiento general de Ejército Unido hacia Cerro de Pasco. El coronel Althaus, oficial de ingenieros alemán, lo acompañó con la tarea de elaborar mapas y dar información sobre los territorios donde debía pasar el ejército.

> Los montoneros eran crueles y hasta feroces contra sus enemigos; pero, aunque servían sin sueldo, se conducían bien, generalmente, con los habitantes pacíficos. De este elogio deben exceptuarse las partidas compuestas principalmente de la hez del populacho de Lima. Sin embargo, aun estas se conducían frecuentemente mejor de lo que debiera esperarse de hombres de sus antiguos hábitos y costumbres, y sus pequeñas irregularidades las contrabalanceaban en cierto modo con los servicios importantes que prestaban[261].

Miller fue encargado al frente de los montoneros para molestar a las fuerzas de Canterac en Jauja e impedir la comunicación de estas con las de Lima y El Callao. El otro propósito de la misión de Miller, no menos importante, era emplear la guerrilla para labores de espionaje y ofrecer a Sucre, su superior inmediato, información sobre el terreno, la ubicación, número y abastecimiento del enemigo. El general inglés entregó entonces información útil para la ofensiva que se preparaba sobre las posiciones de Canterac a mediados de 1824[262].

El otro papel a destacar de las guerrillas fue la cobertura de las vanguardias del Ejército Unido. La tarea de esta operación preventiva y protectora tocó a las partidas de Francisco de Paula Otero[263], Carreño, Huavique, Francisco Vidal, Quispe Ninavilca, Aldao, Delgado Guzmán, Isidoro Villar y otros cien más.

C) El papel de la Marina en 1824

La importancia de la Armada colombiana, materia poco explorada, fue esencial para el abastecimiento y transporte de las fuerzas terrestres. Entender la Campaña del Sur sin la participación de la Marina torna el proceso de la guerra en algo incompleto. Todo ejército en tierra

---

261 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, pp. 291-292.

262 Un ejemplo de lo mencionado es la carta de Miller a Sucre, el 8 de julio, donde notifica que Canterac y el comandante Gascón sumaban entre 1.500 a 2.000 hombres en Cacas y de los movimientos enemigos en Carhuamayo (ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, p. 360).

263 Previa la marcha a Cerro de Pasco, Bolívar nombró a Francisco de Paula Otero comandante general de las guerrillas de la Sierra Central con excepción de las partidas de Huarochirí que continuaron al mando de Ignacio Quispe Ninavilca. Vidal fue nombrado para el mando de las montoneras de Yauli. El mayor Vicente Suárez a las partidas de Canta y el comandante José María Fresco a las partidas de Reyes en Junín.

necesita una de logística, de comunicación y de protección. El control del mar, del Pacifico, era necesario para evitar la llegada de refuerzos a los realistas, para transportar las tropas auxiliares y los pertrechos y mantener El Callao, perdido desde febrero de 1824, limitado de todo contacto o auxilio exterior.

La Armada colombiana fue la encargada de transportar, escoltar y abastecer todos los contingentes de tropas colombianas enviadas al Perú, desde los puertos de Panamá y Guayaquil. Además de eso, la escuadra colombiana del Pacífico libró junto a la peruana el Combate Naval de El Callao contra una escuadra española, el 7 de octubre de 1824. Esta acción ha quedado eclipsada por Junín y Ayacucho, batallas decisivas pero conectadas con la marítima de El Callao como parte de un mismo proceso.

El 9 de octubre de ese año se funda la Escuela Náutica de Guayaquil, quedando al frente de la misma el capitán de navío inglés John Illingworth y otros oficiales que más adelante se harían célebres[264]. Se ponía así la base de la Escuadra Colombiana del Pacífico o Escuadrilla de Colombia en el Sur, como se le llamó en esa época, la cual sería imprescindible para la siguiente campaña en Perú. La escuadra del Pacífico tenía como base la capacidad naviera de la ciudad de Guayaquil, que desde tiempos coloniales había sido el único astillero significativo en la costa pacífica de América.

La recién creada y consolidada República de Colombia era un país con un extenso litoral sobre el Océano Pacífico, además de dominar el Istmo de Panamá, que brindaba una rápida interconexión con el Caribe. Era pues vital para Colombia desarrollar una escuadra adecuada en el litoral pacífico, en paralelo a la que ya venía desarrollando en el Caribe-Atlántico; como lo puso de manifiesto la campaña del Perú. Así, Guayaquil sería designada capital del Cuarto Departamento de Marina y base principal de la Escuadra Colombiana del Pacífico, lo que traería un hondo efecto sobre la ciudad.

Guayaquil se convertiría en los siguientes cuatro años en el centro del esfuerzo bélico colombiano en Perú; albergando al menos 3.000 soldados en la ciudad y alrededores en 1823, más de 4.000 en 1824,

---

264 José Gabriel Vargas Molina, *Historia resumida de la Armada del Ecuador*, p. 70.

y unos 6.500 en 1825[265]. Esta extensa presencia militar en Guayaquil impondría una gran carga económica y financiera: en 1823 Bolívar exigió a la ciudad un préstamo de 100.000 pesos para gastos militares y en 1824 impuso una contribución mensual de 16.000 pesos.[266]

En enero de 1824 se recibió en Guayaquil la noticia de que un corsario enemigo dotado con 18 cañones y 110 tripulantes había zarpado de Coquimbo, Chile[267], por lo que se ordenó aprestar el bergantín Chimborazo para que volviera a escoltar convoyes de tropas[268] y se giraron instrucciones para recibir las tropas que vinieran del Istmo y de Guayaquil[269], mientras que el coronel Heres reportaba que "Los corsarios están haciendo diabluras a su gusto: no hay quien los incomode"[270].

En febrero de 1824 se suscitaría otro hecho que complicaría aún más el desarrollo de la campaña militar en la costa peruana: la rebelión de la Fortaleza del Real Felipe en El Callao[271].

La Armada peruana estaba en una situación crítica, faltándole hasta el agua para los buques. A falta de la Macedonia, la Limeña y otros buques, Bolívar puso a la orden de Guise la corbeta Pichincha, el bergantín Chimborazo y la goleta Guayaquileña para reforzar su escuadra[272], comenzando de esta manera a trabajar juntos los buques peruanos y colombianos. Con todo y estas medidas, además del goteo de refuerzos llegados el año anterior, la situación para febrero de 1824 era bastante difícil, como la resumió Bolívar en carta a Santander[273].

En carta a Salom, Bolívar de nuevo hace énfasis en la necesidad de una Armada, no solo para defender las costas peruanas, sino para llevar

---

265 Cubitt, David J. "Guayaquil in Gran Colombia 1822-1830" en *Ehsea*, Nº 15 I julio-diciembre de 1997, pp. 165-186. (Descargado on Line el 04 de abril de 2017 a las 12:13 pm), p. 169 Disponible en: http://core.ac.uk/download/pdf/58906446.pdf

266 *Ibid.*, p. 170.

267 Documento 8426, "Oficio de José Gabriel Pérez al Intendente de Guayaquil. Pativilca, 2 de enero de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

268 Documento 8427, "Oficio de José Gabriel Pérez al Intendente de Guayaquil. Pativilca, 2 de enero de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

269 Documento 8515, "Oficio de José Gabriel Pérez al coronel Torres Valdivia. Pativilca, 11 de enero de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

270 Daniel Florencio O'Leary, "Carta del Coronel Tomás de Heres al Libertador Simón Bolívar. Lima, 11 de enero de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo V, p. 49.

271 Rosendo Melo, *Historia de la Marina del Perú (Tomo Primero)*, p. 169.

272 *Ibid.*, p. 170.

273 Documento 8852, "Carta de Bolívar a F. de P. Santander. Pativilca, 10 de febrero de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

desde el Istmo 12.000 hombres que espera vayan a Perú[274], y nombra al capitán de navío Thomas Wright Comandante General de la Escuadrilla de Colombia en el Sur (como fue denominada en su momento), o lo que es lo mismo, máximo jefe de la Escuadra Colombiana del Pacífico (como la llamaríamos modernamente)[275]. Otras medidas fueron preparar el bergantín Chimborazo y la corbeta Bomboná[276] para el combate y ordenar al almirante Guise que sacara o hundiera los buques que pudiesen servir al enemigo dentro de El Callao, además de hacer más riguroso el bloqueo al puerto[277]. El 20 de marzo el Libertador ordenó la compra de una fragata a un particular británico[278], y el 22 perseguir al corsario español General Moyano, ex Brujo, que había apresado a la nave mercante Montezuma, y que contaba con 7 cañones y 80 hombres de tripulación. Se informaba además que andaba cruzando la costa hacia Panamá, cazando convoyes colombianos[279]; además de solicitar al Intendente de Guayaquil que enviase a Trujillo todas las armas y buques que tuviese a la mano[280]. Evidentemente el Libertador se preparaba para una batalla campal, ya fuese en tierra o en mar, y no le faltaba razón para esperar algo así.

El 13 de enero de 1824, casi simultáneamente con el alzamiento de El Callao, había zarpado de Cádiz una flotilla con 1.000 hombres entre marinos y soldados, compuesta por el navío de línea Asia y el bergantín Aquiles, al mando del capitán de navío Roque Guruceta. Esta sería la última fuerza naval enviada por España a Sudamérica para sostener su imperio. El 15 de marzo habían llegado a las Islas Malvinas, donde se prepararon para doblar el Cabo de Hornos tras un breve descanso.

274 Simón Bolívar, "Carta al General Bartolomé Salom. Pativilca, 10 de febrero de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de marzo de 1799 a 8 de mayo de 1824, p. 913.

275 Documento 8885, "Oficio de José D. Espinar al Comandante Tomas Wright. Pativilca, 12 de febrero de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

276 Documento 8966, "Oficio de José Gabriel Pérez al Intendente de Guayaquil. Pativilca, 21 de febrero de 1824". Disponible: www.archivodellibertador.gob.ve

277 Documento 8975, "Oficio de José Gabriel Pérez al almirante Guise. Pativilca, 21 de febrero de 1824" y Documento 8993, "Oficio de José Gabriel Pérez al Almirante Guise. Pativilca, 24 de febrero de 1824". Disponibles en: www.archivodellibertador.gob.ve

278 Documento 9136, "Oficio de José D. Espinar para el Prefecto de Trujillo. Trujillo, 20 de marzo de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

279 Documento 9156, "Oficio de José D. Espinar para el Intendente de Guayaquil. Trujillo, 22 de marzo de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

280 Documento 9162, "Oficio de José de Espinar para el intendente de Guayaquil", fechado en Trujillo el 22 de marzo de 1824.

Zarparon de Malvinas el 27 de marzo, llegando a Chiloé el 27 de abril, donde se quedarían invernando hasta el 15 de agosto de 1824. Aunque Guruceta decidió navegar a 300 millas de la costa con rumbo norte para evitar ser avistado, el 26 de agosto el pesquero inglés Snipe, en ruta de Calcuta a Valparaíso, informó de su presencia, pues casualmente los había visto. Guruceta arribó primero a Quilca, al sur del Perú, recabando información de la situación, y llegó a El Callao el 13 de septiembre de 1824, poniendo sus buques a buen resguardo gracias a las fortalezas del puerto. La llegada de esta fuerza naval no podía sino complicar aún más la situación de los patriotas en Perú.

El Libertador por su parte continuaba incrementando sus fuerzas navales, adquiriendo en marzo la corbeta Kensington, la cual fue rebautizada como General Santander[281]. A mediados de abril se tuvieron noticias de la captura de la nave Boyacá por el cosario español Brujo y de su deambular frente a la costa sin oposición[282]. Luego, llegaron a Guayaquil 1.000 fusiles y 103 hombres provenientes de Panamá, estimándose que para mayo podrían enviarse a Perú 5.000 hombres de diversa procedencia[283]. Ese mismo mes Bolívar designa como comandante del Cuarto Departamento de Marina al capitán de navío Vicente Barbará, en reemplazo del capitán de navío Wright, quien al parecer fue destituido por un incidente con un mercante de bandera colombiana[284]. El 28 instruyó al almirante Guise sobre el bloqueo a El Callao, indicándole que tras desembarcar a la última expedición, las naves colombianas irían a esta ciudad a sus órdenes para bloquear el puerto, mientras que el ejército marcharía a finales de mayo o inicios de junio para sellar por completo el cerco de El Callao y Lima[285].

281 Documento 9243, "Oficio de José Gabriel Pérez al Secretario de Guerra de Colombia. Trujillo, 31 de marzo de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

282 Daniel Florencio O´Leary, "Carta del Coronel Tomás de Heres al Libertador Simón Bolívar. Trujillo, 14 de abril de 1824", *Memorias…, op. cit.,* Tomo V, p. 72.

283 *Ibid*., "Carta del Coronel Tomás de Heres al Libertador Simón Bolívar. Trujillo, 17 de abril de 1824", Tomo V, p. 76.

284 Documento 9392, "Oficio de José Gabriel Pérez para el Capitán de Navío Vicente Barbará. Huamachuco, 27 de abril de 1824" y Documento 9380, "Oficio de José Gabriel Pérez al Intendente de Guayaquil. Huamachuco, 22 de abril de 1824". Disponibles en: www.archivodellibertador.gob.ve

285 Simón Bolívar, "Carta al vicealmirante Martín Jorge Guise, Vicealmirante de la Escuadra Peruana. Huamachuco, 28 de abril de 1824", *Obras*…, *op. cit*., Vol. I. Cartas del Libertador comprendidas en el período del 20 de marzo de 1799 al 8 de mayo de 1824, p. 958.

Ya en mayo, el general Sucre solicitó al secretario de Guerra y Marina la habilitación del dinero necesario para transportar por mar a la 2.da División Colombiana, destinada al Perú[286], y en junio el Libertador ordenó al capitán de navío John Spry que se enviasen a Buenaventura al navío Monteagudo y las corbetas Limeña y Bomboná, a fin de recoger tropas procedentes del Cauca, mientras que el resto de la escuadra combinada colombo-peruana debía mantener el bloqueo de El Callao y Pisco[287]. El 6 de julio Bolívar dirigió una comunicación circular a todos los comandantes de buques, remitiéndoles el aviso del almirante Guise sobre la llegada del Asia y el Aquiles al Pacífico, y ordenándoles a prestar sus respectivas naves y ponerse a las órdenes directas de Guise[288]. También se ordenó el apoyo logístico a los buques desde tierra con víveres[289]. Llama la atención que el Libertador ordenara enviar de regreso al capitán de navío Vicente Barbará a Cartagena y llamase al Pacífico al general de marina José Prudencio Padilla o al capitán de navío Renato Beluche, quizá los dos mejores comandantes navales de la escuadra del Caribe-Atlántico[290].

Mientras esto ocurría, en Europa el despacho de la expedición de Guruceta se convertía en herramienta de propaganda[291].

Llegado agosto, Bolívar ordenó al capitán de navío Wright que marchara con su escuadra a Guayaquil, para que transportara al Perú las tropas procedentes del norte de Colombia[292]. Ya para mediados de agosto, el Ejército Libertador Unido del Perú disponía de una flota de 14 buques, con capacidad de carga para 3.000 hombres. Eran unos números modestos, pero aportaban una respetable movilidad en el extenso litoral

---

286 Carlos Morera Aguilar, *Acarreo de Provisiones en la Campaña de Ayacucho: Consideraciones Doctrinales* (Trabajo de Grado para optar al título de *Magíster Scientiarium* en Historia Militar), p. 36.

287 Documento 9477, "Oficio de Juan Santana para el Intendente de Guayaquil. Caraz, 3 de junio de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

288 Documento 9561, "Oficio de Tomás de Heres para el Capitán de Navío Juan Spry y circular a los comandantes de buques de guerra de Colombia, y al señor general Juan Paz del Castillo. Huariaca el 6 de julio de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

289 Documento 9562, "Oficio de Tomás de Heres para el Prefecto de la Costa. Huariaca, 6 de julio de 1824" y Documento 9563, "Oficio de Tomás de Heres para el Prefecto de Trujillo. Huariaca el 6 de julio de 1824". Disponibles en: www.archivodellibertador.gob.ve

290 Documento 9580, "Oficio de Tomás de Heres al señor Secretario de Guerra y Marina de Colombia. Huánuco, 9 de julio de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

291 Jesús Rosas Marcano, *La Independencia de Venezuela y los periódicos de París (1808-1825)*, "Journal des Debáts, 11 de julio de 1824", p. 429.

292 Documento 9680, "Oficio de Tomás de Heres para el Capitán de Navío Thomas Charles Wright, Tarma, 9 de agosto de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

peruano[293]. También llegó al Libertador la noticia de que el general José Antonio Páez ya había despachado desde Puerto Cabello a la División Auxiliar de Venezuela[294], compuesta por 2.694 hombres y comandada por el entonces coronel José Gregorio Monagas.

Mientras estos acontecimientos tenían lugar, la escuadrilla de Guruceta, con refuerzos de Chiloé, arribaba a costas peruanas, tal como nos relata el historiador y oficial naval peruano Jorge Ortiz Sotelo:

> …los ya antiguos rumores del ingreso al Pacífico de buques de guerra españoles se habían convertido en una dura realidad en abril de 1824, cuando llegaron a Chiloé el navío Asia, al mando del capitán de fragata Roque Guruceta, y el bergantín Aquiles […] El gobierno chileno también tomó conocimiento de la cercanía e intenciones de la escuadrilla de Guruceta y por ello se dirigió a Bolívar pidiéndole envíe a la [fragata] Protector para que, unida a sus fuerzas navales, pudieran enfrentar a los buques enemigos. En agosto, los rumores sobre los buques españoles eran cada vez mayores, lo que llevó a Guise a preparar a la escuadra para enfrentar a la amenaza naval que se le avecinaba.
>
> Así, pidió insistentemente a Bolívar que se le asignasen cuarenta soldados de infantería de marina, ya que tenía muy pocos a bordo; también pidió pólvora, pues la disponible se encontraba mojada luego de más de un año de operaciones. Igualmente alertado por las noticias de las naves enemigas, en agosto Bolívar dispuso que la escuadra de Colombia, mandada por el capitán de navío Tomas Carlos Wright, se uniera a la peruana en El Callao, para hacer frente a la amenaza de los buques españoles. Mientras que la escuadrilla colombiana se alistaba en Guayaquil, Wright despachó en busca de Guise a una corbeta con pólvora. El encuentro se produjo en Huacho, el 24 de agosto, y no conllevó más actividad para el buque colombiano que el hacer entrega de dicha pólvora y retornar luego a Guayaquil[295].

Para el Libertador, perder el control del Pacífico significaba quedar aislado, sin refuerzos ni suministros en Perú, lo que le conduciría inevitablemente a la derrota, además de exponer toda la costa Pacífica de Colombia[296]. Por su parte, el brigadier español José Ramón Rodil, al mando de la Fortaleza del Real Felipe, se había provisto de varios buques: como la

293 Carlos Morera Aguilar, *Acarreo de Provisiones…, op. cit.,* p. 39.

294 Daniel Florencio O´Leary, "Carta del General José Antonio Páez al Libertador Simón Bolívar. Puerto Cabello, 19 de agosto de 1824, *Memorias…, op. cit.*, Tomo II, p. 55.

295 Jorge Ortiz Sotelo, *El vicealmirante Martín Jorge Guise*, pp. 55-56.

296 Félix Denegri Luna, *Historia marítima del Perú*, p. 450.

corbeta mercante Ester (rebautizada Ica), de 30 cañones; los bergantines Pezuela, Constante y O´Higgins, de 18 y 14 cañones respectivamente; y la corbeta Perla. A estas fuerzas se unió el ya mencionado navío Asia, de 74 cañones, y el bergantín Aquiles, armado con 20 cañones. Rodil además contaba con los corsarios General Valdez y Quintanilla.

El 5 de octubre se dio el primer choque entre estas fuerzas y la escuadra combinada colombo-peruana de Guise. La fragata Protector y la corbeta Macedonia estaban fondeadas cerca de la isla de San Lorenzo, a la salida del puerto de El Callao; aprovechando una completa calma, salieron del puerto ocho lanchas cañoneras y cuatro falúas españolas, que atacaron a los buques de Guise. La Protector y la Macedonia los recibieron a cañonazos, hundiendo una lancha y poniendo en fuga al resto tras dos horas de combate[297]. Dos días después salieron del puerto el navío Asia, la corbeta Ica y los bergantines Aquiles, Pezuela y Constante. Guise estaba con la fragata Protector, la goleta Macedonia y el transporte bergantín Rápido, de bandera peruana; y la corbeta Pichincha, el bergantín Chimborazo y la goleta Guayaquileña, colombianos. Al ver los buques españoles, Guise ordenó a sus naves desplazarse al oeste, quedando envueltos en la niebla. Al disiparse esta, la Protector se hallaba por la amura de estribor del Asia, recibiendo buena parte de su fuego. Los demás buques se dispersaron, pero antes de entrar en combate cerrado, Guruceta dio media vuelta y regresó a El Callao tras hacer un daño considerable a la Protector[298].

Así narró la batalla el propio Guise al Libertador:

> Callao, octubre 8 de 1824.
>
> Al señor secretario general de S.E. el Libertador.
>
> S.S.
>
> Tengo el honor de informar a Ud. para conocimiento de S.E., que ayer he tenido un ataque de la escuadra enemiga al frente de este puerto y que, aunque no fue decisivo, no deja de hacer honor a nuestras armas.
>
> La escuadra de mi mando se componía de la fragata Protector, goleta Macedonia y transporte bergantín Rápido, y corbeta Pichincha, bergantín

297 Rosendo Melo, *Historia de la Marina*…, *op. cit.*, p. 171.
298 *Ibid.*, pp. 171-173.

Chimborazo y goleta Guayaquileña de Colombia, que se habían unido a mí en la latitud de Huarmey. Con estos buques estaba fondeado en la isla de San Lorenzo, sosteniendo el bloqueo, cuando a las seis de la mañana de ayer observé que los enemigos salían a buscarme con el navío Asia, corbeta Ica y los bergantines Aquiles, Pezuela y Constante.

Inmediatamente me hice a la vela para afuera con el fin de aceptar el combate, pero no en la bahía como el enemigo al parecer lo intentaba, sino a larga distancia, para tener lugar de empeñar una acción decisiva. El enemigo me siguió entonces en línea de batalla, mientras que yo no había podido formarla por no haber la Pichincha y la Guayaquileña obedecido mis señales.

A las 9 ½ la escuadra enemiga por su mejor andar ya había ganado el barlovento a esta fragata y sin embargo emprendí la acción virando sobre el navío, cabeza de la línea, luego que estuvo a menos de tiro de fusil.

Yo esperaba que la Pichincha y la Guayaquileña, que se mantenían a barlovento, viéndome comprometido y sacrificado por los fuegos del enemigo, vendrían a ayudarme en virtud de mis repetidas señales. Pero mi esperanza quedó frustrada al observar que no hacían movimiento alguno favorable.

Por otra parte, el bergantín Chimborazo recibió al principio de la acción tres balazos a flor de agua, que lo obligaron a orzar: de manera que me vi privado también del auxilio de este buque con el que principalmente contaba, en razón de estar mandado por el intrépido comodoro Wright.

Así es que me resolví por último a virar de la vuelta afuera después de haber sostenido un combate en que el enemigo, a pesar de todas sus ventajas, no logró el menor provecho. Por el contrario, a más de acreditarnos su cobardía con haberse vuelto al puerto teniendo en su favor las mayores probabilidades del triunfo, sufrió averías de consideración.

El palo de trinquete del navío con sus masteleros, la verga del mismo palo, el palo mayor, el velamen y jarcia, todo fue atravesado por nuestras balas. El velacho quemado por los tacos, y en fin, otras muchas averías en el casco. Entre la gente es natural que también hubiese algún estrago.

Los que sufrió esta fragata no son en verdad proporcionados a los peligros en que se vio comprometida. Solo dos hombres fueron muertos y ocho heridos levemente. El aparejo recibió ligeros daños y la Macedonia tuvo también un herido.

La conducta del señor Wright ha sido la de un bravo oficial: yo estoy plenamente satisfecho de ella. La de los comandantes Drinot y Baxter, de la Pichincha y Guayaquileña, aunque fue reprensible merece alguna lenidad, porque su falta, en mi concepto, ha procedido más bien de inexperiencia que de falta de celo o patriotismo.

Los oficiales y tripulación de esta fragata se han portado con admirable valor. Sin defraudar el mérito de cada uno, me permito recomendar especialmente a la consideración de S.E. a los capitanes Roberthon y Freeman y al coronel Soyer, por el denuedo y bizarría con que se han batido.

Soy de Ud.

M. J. Guise[299]

Guruceta, por su parte, argumentó en su parte que una vez puestos en fuga los buques contrarios le había parecido "indecoroso ocuparse de aquellos barcuchos fugitivos"[300]. Valorar este combate, el más grande entre los que participó la escuadra colombiana durante la liberación del Perú, no resulta tan fácil como parece. El historiador peruano Rosendo Melo comenta que el resultado del Combate Naval de El Callao lo determinan los hechos: los buques españoles volvieron al puerto y anclaron protegidos por los fuertes, mientras que los colombianos y peruanos regresaron a la isla de San Lorenzo, faltando material del lado patriota, y valor del lado realista[301]. Por su parte, el ya citado historiador y oficial naval peruano Jorge Ortiz Sotelo comenta:

En un sentido estricto no hubo vencedor en este encuentro, sin embargo, dado que el tamaño y porte de la escuadra realista superaba ampliamente a la aliada, que no llegó a combatir en su totalidad, creemos que no es exagerado señalar que se derrotó al contrario al evitar que este alcanzara una fácil victoria[302].

Tras el combate, el brigadier Rodil supo que el almirante chileno Blanco Encalada se preparaba para ir a El Callao con su escuadra a apretar aún más el bloqueo, por lo que envió los buques de Guruceta a Quilca, al sur, transportando tropa en ellos, sin que la escuadra combinada de Guise pudiera impedirlo. Autorizado por Bolívar, Guise zarpó hacia Guayaquil para reparar sus buques y reunirse allá con las corbetas *Limeña* y *Bomboná,* el navío *Monteagudo* y el bergantín *Progreso*[303.]

299 *Ibid*., pp. 172-173.

300 Andrés García Camba, *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú* (Vol. 2), Madrid, Editorial América, 1916.

301 Rosendo Melo, *Historia de la Marina*..., *op. cit.*, p. 174.

302 Jorge Ortiz Sotelo, *El vicealmirante*…, *op*. *cit*., p. 57.

303 Rosendo Melo, *Historia de la Marina*, *op. cit.*, p. 174.

Respecto a la escuadrilla de Guruceta, zarpó de El Callao el 20 de octubre, arribando a Quilca el 19 de noviembre. De Quilca zarpó el 4 de diciembre y fondeó en Ilo el 14 para cazar a la escuadra chilena de Blanco Encalada, regresando a Quilca el 19. El 1.º de enero de 1825 Guruceta salió de Quilca rumbo a El Callao, pero al enterarse de la derrota española en Ayacucho, decidió abandonar aguas peruanas, desembarcando al batallón Arequipa, que abandonó a su suerte, y el 2 de enero puso proa a las Filipinas con el *Asia* y los bergantines *Constante* y *Aquiles,* además del transporte *Clarington.* El resto de las unidades, o regresaron a Europa o fueron a Chiloé. En marzo, Guruceta paró a reparar sus buques en las Islas Marianas, sublevándose la tripulación del *Asia* el 10 de marzo y la del *Constante* el 12, las cuales abandonaron a los oficiales y regresaron a América. El *Asia* llegó a Acapulco, donde su tripulación se puso a orden de México, cuyo Gobierno los aceptó, y el nombre del buque fue cambiado por el de *Congreso Mexicano*. El *Aquiles* se sublevó el 14 de marzo, regresando a Sudamérica para ponerse a la orden de Chile. Solo la *Clarington* logró llegar a Filipinas. Así, disuelta como un terrón de azúcar, desapareció la última escuadra enviada por la Corona española a América. La partida apresurada de Guruceta, que incluso abandonó en Perú al exvirrey La Serna, dejaría totalmente indefensas las fortalezas de El Callao y Chiloé, últimos bastiones españoles en Sudamérica.

En paralelo, se produjo en Panamá el 6 de agosto un motín por parte de los tripulantes de la corbeta *General Santander,* estando involucrado su comandante, el capitán de navío John Spry, siendo todos juzgados. Bolívar dispone que la corbeta *Limeña* y la *Bomboná* escolten el próximo envío de tropas que se hará desde Panamá[304], el cual sumaba –según el Libertador– 4.800 hombres, por lo que a fin de garantizar su seguridad ante la posibilidad de que los españoles enviaran su flota al norte para interceptar el convoy, le ordena el 26 de octubre a Guise que refuerce el bloqueo de El Callao[305]. Guise, por su parte, llegó con la fragata *Protector* y los demás buques a Guayaquil el 6 de noviembre, iniciándose las reparaciones al día siguiente con el apoyo del Intendente Paz del

---

304 Documento 9832, "Oficio de Tomás de Heres para el general Juan Paz del Castillo, Huamanga el 15 de octubre de 1824". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

305 Documento 9864, "Oficio de Tomás de Heres para el señor Vicealmirante Martín Jorge Guise. Jauja, 26 de octubre de 1824". Disponible: www.archivodellibertador.gob.ve

Castillo[306]. La situación de la guerra para mediados de noviembre de 1824 es resumida por Bolívar en las siguientes dos cartas:

> Todavía no sé que hayan llegado a Guayaquil los refuerzos que han venido al Istmo, mas se esperan allí en todo octubre 4.000 hombres que habían llegado al Istmo en septiembre con Valero y Monagas.
>
> El "Asia" con el "Aquiles" y tres buques de guerra más han tenido un combate con la "Prueba", el "Chimborazo" y tres buques más de Colombia y el Perú, el 7 del mes pasado. No hubo nada de importancia; porque la "Pichincha" se portó muy mal y Guise no pudo hacer nada por el mal estado de la "Prueba": los enemigos son tan cobardes como siempre y por eso no nos destruyeron. La "Prueba" y el "Chimborazo" se han ido a reparar a Guayaquil. Wright se portó muy bien, y Guise mejor que nadie, según dicen los marinos extranjeros que vieron el combate enfrente de El Callao. La escuadrilla española ha salido al mar, dicen que con el objeto de ir al Sur ¡Ojalá que así sea! Yo temo que se vayan al Norte y dispersen nuestros convoyes, y en este caso los refuerzos tendrán un fin muy desastrado y en lugar de servirnos contribuirán a nuestra destrucción. Desde luego que yo sepa esta noticia, haré atacar al enemigo a la desesperada para que no aprovechen de su ventaja. Lo mismo será en el caso de que vengan refuerzos de España como se asegura por todas partes. Los buques franceses están godos, sirviéndoles como propios. Los americanos e ingleses son nuestros amigos, pero neutros: la cuenta no es igual. Siempre los tiranos se han ligado y los libres jamás ¡Desgraciada condición humana!
> Los chilenos prometen mucho y no hacen nada. Sin embargo, dicen que saldrán al mar con cinco buques de guerra a reunirse a nosotros. Hasta ahora Chile no ha hecho más que engañarnos sin servirnos con un clavo: su conducta es digna de Guinea[307].

La otra del 26 de noviembre de 1824 informa a Sucre:

> La escuadra española se ha ido, como Vd. sabe, para Quilca, con el objeto ciertamente de recibir allí sus dispersos si eran destrozados, o su emigración en un caso como éste. Así, yo creo que antes de un mes la tendremos otra vez en El Callao, y entonces no dejarán de emprender

306 Jorge Ortiz Sotelo, *El vicealmirante*…, *op. cit.*, p. 59.

307 Simón Bolívar, "Carta al General Francisco de Paula Santander. Chancay 10 de noviembre de 1824", *Obras*…, *op. cit.*, Vol. II. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de marzo de 1799 a 8 de mayo de 1824, p. 41.

algo, si la escuadra de Chile no ha venido, como se espera. Los enemigos pueden dirigir su marcha a Ica para estar siempre en estado de volver a tomar la sierra, o de volverse a Arequipa o de entrarse en El Callao. Por lo mismo, se necesita de mucha circunspección para obrar con acierto en el caso de que ellos se vayan hacia Ica. En este caso lo mejor sería, siendo posible, obrar por Córdoba para poder marchar por la sierra hacia Arequipa en pos de ellos[308].

A inicios de diciembre llegó a Guayaquil el capitán de navío Spry, quien era viejo amigo de Guise, y que había sido absuelto en juicio por el motín de la corbeta *General Santander*[309]. El 9 de ese mes se produce la Batalla de Ayacucho, que cambia totalmente la situación en Perú al prácticamente exterminar a las fuerzas españolas en la Sierra. Como ya dijimos, esta derrota ocasiona la huida de la escuadra de Guruceta hacia Filipinas, dejando a los españoles sin el necesario auxilio naval. Para complicar más la situación realista, los buques chilenos al mando del vicealmirante Manuel Blanco Encalada llegaron a aguas peruanas, para reforzar el bloqueo de El Callao. A partir de este punto, la escuadra colombiana tendrá en Perú dos tareas: repatriar las tropas hacia Colombia y bloquear El Callao hasta su rendición[310].

308 *Ibid*., "Carta al General Antonio José de Sucre. Chancay, 26 de noviembre de 1824", Vol. II. Cartas del Libertador comprendidas en el período de 20 de marzo de 1799 al 8 de mayo de 1824, p. 49.

309 Jorge Ortiz Sotelo, *El vicealmirante*..., *op. cit.*, p. 60.

310 Así juzgó el Libertador la situación, en carta al general Santander, fechada en Lima a 6 de enero de 1825: "Los españoles han perdido toda esperanza de hacer más nada en la sierra; pero los del Callao tienen esperanza en Olañeta, y se han puesto en comunicación con él por medio de la escuadra. Estas esperanzas pueden tener algún efecto; pero serán muy miserables, pues todo lo disponemos para no dejarles recurso ni a la fortuna ni a las armas de los españoles, que ya poco deben contar con ventaja alguna en américa; porque Ayacucho ha sido el juicio final".

CAPÍTULO IV: LIBERACIÓN FINAL

La victoria de Junín, que le entregó a Bolívar los valles centrales del Perú, fue el resultado de un suceso inesperado y a la vez provechoso para el Ejército Libertador. El primer condicionante fue el restablecimiento del Fernando VII como monarca absoluto tras la incursión francesa del conde de Angulema (cien mil hijos de San Luis) en 1823. Recordemos que en 1820 se dio un pronunciamiento liderado por Rafael del Riego que proclama la Constitución liberal de 1812, abolida por Fernando VII en 1814. Este acontecimiento dio inicio al conocido Trienio Liberal (1820-1823), en el que los liberales, divididos en doceañistas y moderados, protagonizaron los actos de gobierno. No obstante, la pugna entre los propios liberales en las Cortes por imponer sus ideas y políticas, la guerra civil entre estos y los absolutistas, sumado al recelo de Francia de que desde España se extendiera una nueva revolución a sus fronteras, motivó a que el rey francés Luis XVIII interviniera militarmente en ayuda de los realistas absolutos y del propio Fernando VII, quien nunca se comprometió con la idea de ser monarca constitucional.

La noticia del restablecimiento de la monarquía absoluta acarreó consecuencias funestas para las armas realistas en el Perú. El general Pedro Antonio Olañeta, comandante del ejército monárquico en el Alto Perú, se pronunció en favor de los fueros absolutos de Fernando VII y desconoció la autoridad del general La Serna, quien simpatizaba con los liberales y había sido ratificado como virrey por estos en 1821[311]. El general Andrés García Camba, hombre de ideas similares y partidario de La Serna, escribió en sus memorias sobre esta sedición:

311 Con el triunfo de los absolutistas en 1823, La Serna también sería confirmado en el cargo de virrey por el rey Fernando VII, según Real Orden del 9 de agosto de 1824.

> Era pública y notoria la insurrección del general Olañeta en el Alto Perú, acontecimiento de la más funesta trascendencia, pues que, paralizando las operaciones proyectadas sobre el norte, dio lugar a que Bolívar recibiera los refuerzos pedidos con urgencia a Colombia, que pudiera organizar un ejército peruano y vino a ser una de las causas más principales, sino la única, de la pérdida total de aquella vasta extensión de territorio. Así lo expusieron documentadamente á S. M. el virrey D. José de la Serna desde el Cuzco en 15 de julio del presente año de 1824, y el mariscal de campo D. Gerónimo Valdés desde Vitoria en 12 de julio de 1827, y ambas exposiciones deben existir en los archivos del gobierno. Así también temió desde luego la lealtad que sucediera en vista de un acto escandalosamente criminal que impedía al representante legítimo del rey sacar el partido que le ofrecían la ocupación de la plaza de El Callao y de Lima por las armas españolas, de la manera extraordinaria en que acababa de verificarse, y la consiguiente apurada situación de Bolívar[312].

En palabras de este oficial español, la rebelión de Olañeta no solo dividió al ejército, sino que impidió a La Serna explotar el éxito obtenido en El Callao y Lima[313]. Esta reflexión es acertada, si bien no es exacta en cuanto a la llegada plena de refuerzos a Bolívar.

El debilitamiento de los realistas a causa de sus divisiones fue aprovechado por Bolívar para atacar por separado a Canterac y rodear a los monárquicos, que habían tomado Lima. La ofensiva final fue así producto de una división insospechada en el bando real y al ingenio de Bolívar para aprovechar esa oportunidad. A estos hechos se suma el error táctico de Canterac en Junín y el desgate de las propias fuerzas del virrey. Un cúmulo de infortunios para La Serna y de buenos augurios para el Libertador. La sublevación de Olañeta, que debilitó mucho el ejército de Valdés, permitió a Bolívar combatir con menos desventaja numérica a los realistas tanto en Junín como en Ayacucho.

312 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, Tomo II, p. 135.

313 Con la toma de Lima y El Callao el general Canterac ordenó el abastecimiento del Real Felipe y disponer en Lima una guarnición al mando del brigadier Mateo Ramírez con el propósito de asegurar tan importantes posesiones. El gobierno civil quedó en manos del conde Villar de las Fuentes.

A) La batalla de Junín

A inicios de 1824 el ejército español en el Perú estaba organizado, según el propio García Camba, de la siguiente forma: el general Canterac, jefe del Ejército del Norte (8.000 hombres), tenía en Huancayo su cuartel general; el brigadier Rodil, con una columna en Ica, custodiaba hasta Chincha, es decir, una franja de 100 km en la costa sur; mil hombres protegían el Cuzco, capital del Perú realista y residencia del virrey La Serna; el general Gerónimo Valdés, comandante del Ejército del Sur (3.000 hombres), tenía por base la ciudad de Arequipa y sus fuerzas estaban repartidas entre esta provincia y la Provincia de Puno; el general Olañeta, jefe de una división dependiente del Ejército del Sur (4.000 hombres), ocupaba desde Oruro el Alto Perú; 2.000 hombres más componían columnas móviles o guarniciones subalternas. Estos números indicaban una evidente superioridad de 18.000 hombres frente a los 6.000 de Bolívar.

El virrey La Serna se encontraba en comunicación constante con sus generales y preparaba todo para una incursión sobre El Callao, Lima y norte del Perú entre abril o mayo, luego de terminada la estación de lluvias. Pretendía sumar 3.000 hombres del ejército de Valdés con los 8.000 de Canterac en Jauja y posicionar las fuerzas del general Olañeta en el Desaguadero, esto último con el propósito de observar la costa desde Arequipa a Iquique y acudir pronto a cualquier llamado. Fue en este punto, recuerda García Camba, que:

> …el general Olañeta, o extraviado por sus pérfidos consejeros, partidarios de la independencia, o deslumbrado con los progresos de la reacción en la Península, que apoyaban las armas francesas, comenzaba su funesta insurrección, que precipitó la ruina del dominio español en aquel reino y acabó con su propia existencia de un modo que no merecían sus anteriores servicios[314].

314 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit*., p. 102. Entre los consejeros de Olañeta estaba su sobrino Casimiro Olañeta, quien jugó un papel importante en la rebelión de su tío. Se considera que en esta época Casimiro era partidario de la independencia y buscó crear una incisión dentro de la causa española para favorecer a los republicanos. Lo cierto es que después, en 1825, se alejó de su tío para servir a Sucre y fue uno de los firmantes de la independencia del Alto Perú.

Como se mencionó, Lima y El Callao cayeron en poder español gracias la rebelión del Real Felipe. En el caso de Olañeta, su insurrección quedó de manifiesto en enero de 1824, cuando, enterado de la restitución de Fernando VII, mal aconsejado por los suyos, persuadido por los absolutistas de Cuzco de que La Serna pensaba crear un estado liberal en el Perú, y deteriorada su relación personal con el Virrey, se proclamó en rebeldía. El historiador peruano Paz Soldán concluía que los motivos para este acto fue la inquina personal entre Olañeta y La Serna, que tiempo llevaba ya en desarrollo:

> Este Jefe no merecía la simpatía ni aprecio del Virrey y demás Jefes españoles, tanto por ser americano cuanto porque Olañeta había obtenido su alta clase militar, no por sus méritos científicos en el arte de la guerra, sino como un feliz y atrevido guerrillero. Olañeta fue un simple comerciante, y en el año de 1810, en las campañas del Alto Perú, se plegó con todo entusiasmo a los dominadores y opresores de su patria, como Jefe de guerrillas y a la vez continuaba en sus especulaciones mercantiles: ambas causas contribuían a que los soberbios Jefes españoles le miraran con manifiesto menosprecio; a lo que se agregaba que para adelantar en sus especulaciones mercantiles abusaba o aprovechaba quizá demasiado de su elevada posición política; y las prudentes y moderadas observaciones y estorbos que le impuso La Serna, no hacían más que aumentar el resentimiento que Olañeta abrigaba en su seno[315].

El virrey La Serna se refirió en su relación a esta acción, perjudicial para su mando y para la unidad del ejército que comandaba:

> El General Olañeta, bajo el pretexto de que la obligación de defender y conservar puros los derechos del Rey le estrecha grandemente a tomar disposiciones tan repugnantes para sí como tomadas por las imperiosas circunstancias; después de haber apurado su sufrimiento y el sistema paciente que se propuso en la crisis del Estado; después de confesar que

---

315 Paz Soldán, *Historia del Perú independiente...*, *op. cit.*, Tomo I, p. 250. Olañeta no era americano de nacimiento. Había nacido en 1770 en Elgueta, en el actual País Vasco. Llegó a Alto Perú en 1787, a la edad de 17 años. El juicio de Paz Soldán tiene alguna semejanza con el juicio del propio La Serna: "Confieso debí hace mucho tiempo separar á Olañeta del mando de la división situada en el partido de Chichas y hacerlo juzgar, porque la voz pública lo acusaba de contrabandista; pero las consideraciones que el tiempo y las circunstancias obligan a tener, hicieron sufriera en silencio un mal por evitar otro mayor. Sus deseos de mandar las provincias al Sud del Desaguadero, la arbitrariedad de apropiarse el Gobierno de Potosí y dar la Presidencia de Charcas a su cuñado, hacen fácilmente concebir que no tuvo más objeto que extender sus relaciones de comercio" (p. 496).

> nunca fue constitucional y vanagloriarse de los dictados de realista neto, de servil y de fanático con que lo saludaban los disidentes de Buenos Aires; después de haber sentido con consoladora esperanza los extravíos de la Nación y su precipicio d los desórdenes de la democracia; después de aguardar tranquilo un porvenir venturoso, cuyo día suspirado de los buenos parecía alejarse del Perú, porque la facciosa inquietud de los jacobinos, desmoralizando los sentimientos honrados y religiosos y agitando sin cesar los espíritus con ideas seductoras y máximas detestables, minaba la obra augusta y santa de la religión, conmovía los fundamentos de este glorioso edificio y guiaba los pueblos a la rebelión contra el Rey; después que ningún otro más que Olañeta y los leales que le siguen podía con propiedad titularse buen español en el Perú; después, en fin, de tan malignas y criminales razones como alega este General, hadado el grito sedicioso, abusando de la sencillez de unos, de la animosidad de otros y de la disposición rebelde de muchos de los que lo cercan, y llevando sus miras a un término que no puede ocultarse a la alta penetración de V. M., depuso por sí las primeras autoridades de Potosí y Charcas; anula el régimen de gobierno que existía; titulase Capitán General y Superintendente de las provincias del río de la Plata, y niega abiertamente la obediencia que me debe como Virrey del Perú[316].

Olañeta, dispuesto a salvar la causa legítima del rey, se propuso entonces tomar el control del Alto Perú. Atacó primero al brigadier José Santos de la Hera, gobernador de Potosí y leal al virrey, quien se atrincheró con dos compañías en la Casa de la Moneda y no pudo revertir la situación. A continuación, Olañeta avanzó sobre Chuquisaca para intimar al general Rafael Maroto a abandonar la ciudad, lo cual hizo vía Oruro.

El virrey La Serna, quien no podía permitir una división en su ejército en un momento tan provechoso para la causa monárquica, comisionó al general Gerónimo Valdés con el Ejército del Sur a proponer un arreglo pacífico con Olañeta. El general Valdés se entrevistó con Olañeta en Tarapaya, a las afueras de Potosí, el 9 de marzo de 1824; aceptó las exigencias de Olañeta, convino en la destitución de La Hera y Maroto y en que el propio Olañeta nombrase un gobernador en el Alto Perú a sus órdenes.

No había, al parecer, más motivos para que Olañeta mantuviera su actitud rebelde. Sin embargo, aquel se sintió amenazado con la presencia

316 Jerónimo Valdés, *Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú*, Publicados por Fernando Valdés, Conde de Torata, Tomo 2, p. 480.

de las tropas de Valdés que, con la excusa de atacar las montoneras de José Miguel Lanza, las mantuvo acantonadas en Cochabamba y La Paz, faltando a lo pactado en Tarapaya.

La Serna, en unión con la situación metropolitana, abolió el régimen constitucional en marzo de 1824 sin revertir aquello la conducta de Olañeta de seguir desconociendo su mando[317]. Seguro por los éxitos obtenidos en Lima y El Callao y la reducción de Bolívar en el norte, envió entonces instrucciones a Valdés, en junio de 1824, de usar la fuerza para reducir a su enemigo.

La guerra entre los mismos realistas, poco explorada por nuestros historiadores nacionales, fue una realidad a mediados de 1824. Olañeta había sumado un ejército de 5.000 hombres y adquirido fusiles de Montevideo. Sus fuerzas estaban repartidas con él mismo en Potosí; el coronel Marquiegui, su cuñado, y José María Valdez, conocido como el Barbarucho, en Chuquisaca y el brigadier Aguilera en Cochabamba. El general Gerónimo Valdés, en cambio, reunió todo el Ejército del Sur, que incluía los dos batallones del regimiento Gerona, el 2.º del Imperial, y el 1.º del Primer Regimiento del Cuzco. La caballería estaba constituida por tres escuadrones de Granaderos de la Guardia, el escuadrón de Granaderos de Cochabamba y dos piezas de artillería. Dividió su ejército en dos, marchó con una parte a Chuquisaca y mandó la otra con Carratalá al Potosí.

El 19 de junio Olañeta fue intimado por última vez a obedecer la autoridad del virrey o ser sometido. El convenio de Tarapaya también era suprimido. En un manifiesto el insurrecto escribió lo que sigue:

> Apurado ya el sufrimiento, y el sistema paciente que me propuse en la crisis del Estado, faltaría á mi deber si guardase por más tiempo un silencio que pudiese arriesgar mi opinión. Voy a hablaros con aquella franqueza, que asegura el noble procedimiento contra las insidias de la calumnia y de la intriga. La obligación de defender y conservar puros los derechos del rey, me estrecha grandemente a tomar disposiciones tan repugnantes para mí, como forzadas por las imperiosas circunstancias. Mientras ha existido una sombra de esperanza de que los constitucionales del Perú, guardando religiosamente el convenio celebrado en Tarapaya reconociesen sus yerros,

317 Olañeta gobernaba sin límites, daba ascensos y ejercía actos de gobierno con total independencia de La Serna.

y no excediesen los límites de sus facultades, me ha detenido el deseo de evitar una guerra desoladora, y las nuevas devastaciones que amagaban[318].

El 12 de julio de 1824 se libró la batalla de Tarabuquillo, en la que el Barbarucho, con el Primer Batallón de la Unión, rechazó el avance de 800 jinetes de Valdés. Más adelante, el mismo Barbarucho tomó Oruro y los comandantes de Olañeta Pedro Arraya, Juan Ortuño y Felipe Marquiegui, con 70 dragones de Santa Victoria, entraron de sorpresa en Potosí e hicieron prisionero al gobernador Carratalá.

Los días siguientes fueron de constantes movimientos. Valdés avanzó hasta Santa Victoria, actual Argentina; Olañeta se movió con dos escuadrones hacia Tarija. Barbarucho fue con el Unión hacia Suipacha, el coronel Carlos Medinaceli con el Cazadores y el Chichas fue a Santiago de Cotagaita, y el coronel Francisco de Ostria se trasladó con el regimiento de Dragones Americanos a Cinti. Hubo también comandantes y cuerpos desertores que se pasaron al bando del virrey. Era una guerra inútil y de desgaste entre los mismos monárquicos.

El 14 y 17 de agosto se efectuaron los combates de Cotagaitilla y La Lava. En La Lava consiguió Valdés una victoria importante sobre Barbarucho que le abrió las puertas de Chuquisaca.

La noticia del triunfo patriota en Junín abortó la guerra entre La Serna y Olañeta. Valdés fue llamado al Cuzco y Olañeta perdonado y ratificado como comandante del Alto Perú, hasta el Desaguadero. Se le solicitó, además, el envío al virrey de 2.000 infantes y 500 jinetes. Los prisioneros fueron liberados y de nuevo la causa realista volvió sobre sus propósitos originales. Tanto Olañeta como La Serna solo habían hecho un flaco favor al rey y dado una gran ventaja a Bolívar.

El 6 de octubre de 1824 llegó la división de Valdés al Cuzco, formada por los batallones primero y segundo de Gerona, segundo del Imperial Alejandro, primero del Primer Regimiento, segundo de Fernando VII, regimiento de caballería Granaderos de la Guardia con cuatro escuadrones y el escuadrón de Dragones del Rey, cuerpos cuyas bajas fueron cubiertas con las guarniciones de Oruro, Cochabamba y La Paz, siguiendo las instrucciones del virrey de que acudieran "con toda la fuerza que se les sea posible".

318 Jerónimo Valdés, *Documentos para la historia…, op. cit.*, Tomo IV, p. 391.

Por otro lado, Olañeta ocupó Cochabamba con 2.000 hombres. A principios de octubre había recibido una comunicación de Bolívar felicitándole por su rebeldía y procurando tornarle al bando independentista: "He tenido la satisfacción de saber oportunamente la generosa resolución que Ud. ha adoptado de desprenderse de ese odioso partido que hasta ahora ha oprimido a esta desgraciada parte del mundo"[319]. La respuesta de Olañeta para el Libertador fue: "El sistema monárquico, a mi ver, es el único que puede calmar la agitación de las pasiones; reprimir la ambición que ha derramado tanta sangre; y poner fin a las calamidades de toda especie que ha experimentado la América"[320]. Se mantuvo fiel a la monarquía hasta su muerte, seis meses después.

Luego del triunfo de Ayacucho Olañeta se negó a aceptar la capitulación[321] y pretendió erigirse como nuevo virrey. Se le intentó persuadir nuevamente de cambiar de bando con la oferta de seguir en el mando del Alto Perú; pero no aceptó. Sucre recibiría entonces la orden de marchar más allá del Desaguadero para pacificar aquellos territorios[322]. El avance de aquel general, laureado con el título de Gran Mariscal de Ayacucho, fue celebrado en todas las ciudades del Alto Perú. Olañeta, abandonado por Medinaceli y otros oficiales, buscaría revertir su situación en el combate de Tumusla, ocurrido el

---

319 Simón Bolívar, "Carta de Bolívar a Olañeta. 21 de mayo de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Tomo II, p. 9.

320 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Olañeta a Bolívar. 2 de octubre de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XI, p. 544.

321 El brigadier Rodil fue el otro jefe que se negó aceptar la Capitulación y optó por resistir hasta el final en la fortaleza del Real Felipe de El Callao. El argumento para no aceptar la rendición de Ayacucho fue que el documento no estaba firmado por el virrey La Serna. Esto fue así porque el propio La Serna fue herido en la batalla de Ayacucho y estaba imposibilitado de firmar.

322 En 1825 el general argentino Álvarez Arenales, gobernador de Salta, organizó una campaña para atacar a Olañeta en el Alto Perú en conjunto con Sucre. La legislatura de Salta aprobó la incursión y así fue creada la División Libertadora de Salta con 1.700 hombres. Arenales nombró como comandante de la vanguardia al general José María Pérez de Urdininea. Esta expedición salió de Salta en marzo de 1825 y triunfó sobre los realistas en Talina, Tupiza y Mojo. En paralelo Sucre entraba a Potosí. El 7 de abril de 1825 José María Valdez, alias Barbarucho, se rindió ante Pérez de Urdininea en Chequelte y solicitó ser amparado por la Capitulación de Ayacucho. Arenales llegó hasta Suipacha, donde se enteró de que Pérez de Urdininea se había unido con toda la Vanguardia al ejército de Sucre. Al final ambos generales se entrevistaron en Chuquisaca y Sucre devolvió sus fuerzas a Arenales, quien terminaría regresando sin poder incorporar Tarija a la provincia de Salta. Sucre enviaría a O'Connor con la Legión Peruana a posesionarse de Tarija. Esta acción provocó una disputa territorial entre el Río de la Plata y Bolivia por este territorio. Este conflicto concluyó en 1889, cuando Argentina renunció a su posesión de Tarija a cambio de la Puna de Atacama.

1.º de abril de 1825; allí, herido por tiro de fusil, encontraría la muerte al día siguiente.

El combate de Tumusla fue consecuencia de la defección del coronel Carlos Medinacelli quien, con el batallón Chichas, el 29 de marzo de 1825, se había acogido a la Capitulación de Ayacucho y pasado al bando patriota. Olañeta pretendió impedir esta resolución y contramarchó de Potosí hasta Cotagaita con 700 hombres. El coronel Medinacelli, que esperaba hallar a su antiguo jefe en Vitiche, lo encontró y enfrentó en Tumusla. Poca información se tiene sobre esta refriega, salvo que Olañeta falleció y sus hombres fueron perdonados en humana rendición.

Esta era la situación del ejército realista para 1824. Las fuerzas del virrey La Serna, que en enero casi alcanzaban los 20.000 hombres y en febrero tomaron El Callao y Lima, sufrieron con la rebelión de Olañeta un revés del que no consiguieron restablecerse. La marcha del ejército de Valdés (4.000 hombres) hacia el Alto Perú dejó al de Canterac desprotegido y con menos ventaja numérica para arrollar a Bolívar.

Las consecuencias principales de este barullo fueron la anulación de cualquier ofensiva sobre el norte y la limitación del poder militar realista. La Serna se encontró entre dos frentes y atado entre ir por Bolívar o cuidar su zona de abastecimiento. El menoscabo numérico, 8.700 republicanos frente a 7.000 realistas, y la imposibilidad de ser auxiliado por Valdés llevó a Canterac a evitar el combate e ir hasta Cuzco a concentrar fuerzas con el virrey. El valle del Mantaro, con las ciudades de Jauja, Tarma y Huancayo, quedó en dominio de los patriotas. Lima, por otro lado, tras el triunfo de Junín resultó aislada y hostigada hasta su ocupación definitiva el 5 de diciembre de 1824.

Entretenidos en una lucha interna de poder, La Serna y Olañeta proporcionaron al Libertador el tiempo necesario para organizar un ejército respetable y a Canterac el aborto de sus planes de reconquista. El historiador Torrente concluyó lo siguiente:

> Se dirá que Olañeta fue un insubordinado, un rebelde; se dirá que el mismo decoro del gobierno exigía que no fuera hollada su autoridad; se dirá que no convenía separar al llamado ejército del Sur, dejando en poder de un partido contrario las ricas provincias del alto Perú, de las que se extraían los principales recursos para sostener la guerra; se dirá también que, creyéndose de fácil ejecución el proyecto de destruir la influencia de Olañeta, convenía quitar este tropiezo antes de emprender operaciones en grande contra el

enemigo común; se dirá, que no habiendo surtido efecto alguno los exhortos y cuantos medios de conciliación se adoptaron para evitar este rompimiento, se vio ya justificado por las mismas circunstancias; y se dirá, por último, que era sumamente arriesgado reconcentrar todas las fuerzas sobre el norte del Perú, porque de dejar abandonadas las costas de Arequipa podían tocarse los mismos inconvenientes, que por un movimiento igual sobre la capital en el año anterior, pusieron aquellos países al borde del precipicio.

Sin embargo, de estas objeciones, y aun reconocida la insubordinación de dicho Olañeta con todo el carácter de reprensible, debieron, en nuestro concepto, las tropas del virrey La Serna, más bien que entretenerse en esta funesta pugna, haberse dirigido a reforzar el ejército de Canterac para que este hubiera podido avanzar por el norte sobre el de Bolívar antes que hubiera concluido su organización y aumento.

Si calificamos, pues, de criminal la conducta de Olañeta, no podemos tampoco abonar la de las tropas del referido virrey La Serna: aquel obró ilegal e injustamente; estas con derecho y razón, pero con poca política[323].

Esta disensión fue aprovechada por Bolívar para poner en marcha su ejército y atacar en detal a Canterac. El Libertador sabía que mientras Valdés estuviera comprometido en el Alto Perú La Serna pospondría toda ofensiva en su contra. Era un golpe de fortuna que no podía dejar pasar.

La noticia de la insurrección de Olañeta llegó al campamento de Bolívar en abril de 1824. En carta a Sucre la analiza así:

Una proclama del virrey publica la insurrección de Olañeta en el Alto Perú…Todo indica que hay división en el ejército español, y que pronto van a verse despedazados por los partidos y aun los combates. El resultado final es: primero, que Olañeta está con su división más allá de Oruro; segundo, que iba retirándose hacia Jujuy; tercero, que Valdés está más allá de Oruro; cuarto, que esos cuerpos no pueden batirse con nosotros en el mes de mayo… A consecuencia de todo esto, yo pienso que debemos movernos en todo el mes de mayo contra Jauja a buscar a Canterac, que no nos puede resistir[324].

El 15 de abril anunciaba su movilización a Tomás Heres:

323 Mariano Torrente, *Historia de la revolución hispanoamericana*, p. 473.
324 Simón Bolívar, "Carta a Sucre. 14 de abril de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. I, pp. 946-948.

Desde que he recibido las noticias de las diferencias entre La Serna y Olañeta me he decidido a emprender la campaña contra Jauja en el mes de mayo. Me explicaré. Este medio mes debemos emplearlo en preparativos. El mes de mayo en marchar y el mes de junio en combatir[325].

En mayo informaba a Sucre:

La noticia sobre la pasada de Olañeta a nosotros por la parte del Sur, llevándose prisionero a Carratalá después de haberlo batido, es comunicada por Calero, papelista. Por consiguiente, tenemos un dato más para la seguridad de nuestros movimientos. Yo marcho de aquí el lunes. Repito a Ud. acelere su marcha, pues no debemos perder más tiempo habiendo tan buenas noticias[326].

A inicios de junio ordenaba el Libertador el movimiento general del ejército.

El 15 de junio comenzó la marcha de los cuerpos del Ejército Unido. Días antes, el general Miller, como se refirió, fue nombrado comandante general de las montoneras de Pasco y Reyes para emplearlas de cortinas e impedir a los realistas conocer la marcha, así como brindar toda la información posible del terreno y el enemigo. Los otros informantes de Bolívar aseguraban que Valdés estaba enfermo y que Canterac no recibiría ningún refuerzo. Sucre, por otra parte, había trasmontado la Sierra Blanca y disponía todo lo necesario para que el grueso del ejército cruzara la cordillera con el mínimo sacrificio; compuso pasos difíciles, construyó barracas[327]y puentes, y acumuló los víveres y forrajes traídos desde Huaylas. Las tropas del general Córdova, que estaban en Huaylas, pasaron un poco más al sur, al valle de Chiquian; las divisiones de Lara y La Mar se digirieron a Huamachuco y Cajamarca. Todo el ejército quedó reunido a inicios de junio entre dos valles inmediatos, listo para emprender la travesía por la cordilla en tiempo de verano, que inicia en junio y resulta más propicio para su paso[328].

---

325 *Ibid*., "Carta a Tomás Heres. 15 de abril de 1824", Vol. I, pp. 949-950.

326 *Ibid*., "Carta a Sucre. 8 de mayo de 1824", Vol. I, pp. 968-969. La información de Olañeta en el bando patriota era falsa: lo de Carratalá, como fue mencionado, era cierto.

327 Estas barracas tenían alimento suficiente para hombres y animales. Los guerrilleros ayudaron a Sucre a acumular maíz, sal, carne curada, patatas y cebadas en minas abandonadas y pequeñas cavernas de los cerros.

328 Bolívar, listo para marchar contra Canterac en junio, ordenaba al Intendente de Guayaquil, general Paz del Castillo, que el comandante Wright se quedase con los buques y transportes

En este punto, el teatro donde obraría el ejército patriota constaba de tres regiones distintas: el callejón de Huaylas, la Cordillera Blanca y la sierra. El callejón de Huaylas, región que sobrepasa los cuatro mil metros de altura, es un valle angosto y extenso, bordeado por el río Santa y rodeado de este a oeste por la Cordillera Blanca y la Cordillera Negra; es una zona fértil, de abundante pasto, recursos y clima templado, ideal sitio para la concentración de un ejército que atraviese la Cordillera Blanca. Esta, que corre en paralelo con la Negra, es una de las cadenas montañosas de los Andes con más de seis mil metros de altura, territorio de pocos recursos, repleto de pendientes y senderos resbaladizos, con frecuentes estrechuras donde apenas pasaría un hombre. El transeúnte que marchase sobre esta mole debe llevar suficiente comida para él y su bestia, así como combustible para soportar las altas temperaturas de varios grados bajo cero en las noches. Era esta una región que amenazaba al soldado con problemas de salud a causa del soroche o mal de altura[329]. Por último estaba la Sierra, espacio formado por los cordones de los Andes que confluyen en el Nudo de Pasco, donde forman un laberinto de cordilleras, valles y quebradas en medio de la ciudad de Pasco, semidesértica, de clima áspero, sin árboles y con un tipo de pasto que solo comen las llamas y carneros. Entre sus accidentes está el lago Chinchaycocha o Junín, de cincuenta leguas de circunferencia y rodeado de pantanos solo transitados por caminos conocidos entre los locales. Al sur está la pampa de Junín que, adornada con un monumento alusivo a la batalla[330], se halla rodeada de cordilleras bajas en relación con ella pero con una altura suficiente –4.100 metros– como para hacer caer nieve sobre la pampa, incluso durante la estación seca. No había en Junín ni en la cordillera que la flanquea vegetación

en las costas del Perú para salvaguarda del ejército si la campaña saliera mal. De igual manera, mandó a que cualquier cuerpo expedicionario que saliera de Colombia, a fines del mes de julio, fuera retenido en Guayaquil, pues al no tener oportunidad de participar en las guerras peruanas serían de utilidad en la protección del sur de Colombia, escenario a donde se trasladaría la guerra si el ejército fuera derrotado en Perú (Daniel Florencio O´Leary, "Carta a Paz del Castillo. 13 de junio de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo XXII, pp. 333-334).

329 En la marcha los soldados iban en mulas y llevaban a la diestra sus caballos. Era común que a cada momento se extraviaran hombres en el camino o quedasen atrapados en senderos estrechos. Esto generaba atrasos y obligaba a pernoctar en la intemperie bajo noches gélidas. Los caballos eran abrigados con mantas.

330 El santuario histórico de Chacamarca, ubicado entre la pampa de Junín al sur del lago Chinchaycocha, es un monumento y museo erigido por el estado peruano en 1974. El Monumento a los Vencedores de Junín, consta de una gran columna, realizada por el escultor alemán Edmund Moeller.

arbórea, de modo que el combustible para soportar el frío no se obtenía de la leña sino de la tiaca o excremento de las llamas. Los españoles habían destruido el pueblo de Reyes, al sur de la laguna Chinchaycocha, en su lucha contra los montoneros.

A mediados de junio Bolívar salió con el ejército desde Huaraz para trasmontar la Cordillera Blanca y dar inicio formal a la Campaña. La travesía se efectuó por tres caminos diferentes: el de Huaraz a Chavin, el de Recuay a Huallanca y el de Chiquian a Jesús, senderos llenos flancos ásperos y obstáculos por doquier. El 24 de junio de 1824 el grueso del ejército quedó concentrado en Huánuco[331]. Desde Huánuco el ejército fue distribuido en dos cuerpos que tomaron la ruta que pasa por Huariaca y la que conduce a Yanahuanca.

Durante los primeros días de julio, alarmado por un reconocimiento que hizo Canterac hasta Cacas, resolvió Bolívar concentrar el ejército en Cayna; pero, dado que el general español no avanzó como esperaba, dispuso que la reunión se efectuara en Michivilca en el valle del Huachar. Desde este punto avanzó a Cerro de Pasco el 1 de agosto de 1824. Al siguiente día, en Sacramento, llanura entre Rancas y Pasco, pasó revista el Libertador a sus 8.700 hombres y les arengó con estas emotivas palabras:

> ¡Soldados, vais a completar la obra más grande que el cielo ha podido encargar a los hombres: la de salvar a un mundo entero de la esclavitud. ¡Soldados!, los enemigos que vais a destruir se jactan de 14 años de triunfos, ellos, pues, serán dignos de medir sus armas con las vuestras que han brillado en mil combates!
>
> ¡Soldados! El Perú y la América toda aguarda de vosotros la paz hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contempla con encanto porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo. ¿La burlaréis? ¡No! ¡¡No!! ¡¡¡No!!! Vosotros sois invencibles[332].

El testimonio del general Miller sobre este acontecimiento, que congregaba en aquella elevada llanura del Perú a hombres de distintos orígenes y nacionalidades, fue entregado de esta forma a la posteridad:

---

331 Allí observó Bolívar el modo de trabajar de los mineros, a quienes, por decreto especial, eximió del servicio militar.

332 Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente...*, *op. cit.*, p. 254.

Nada puede exceder al interés y entusiasmo de aquel día, en que todo contribuía a aumentar lo romántico de la escena. Cerca de aquel punto habían sido batidos los realistas cuatro años antes por el general Arenales: la vista que ofrece la meseta en que las tropas formaban y que se eleva majestuosamente más de mil doscientos pies sobre el nivel del mar es quizás la más hermosa del mundo. A poniente se ven levantar los Andes que a costa de tantas fatigas acababan de atravesar; al oriente se extienden hacia los dominios del Brasil enormes ramificaciones de la cordillera; y al norte y sur cortaban el horizonte montañas cuyas elevadas cumbres se pierden en el firmamento. En este llano rodeado por objetos y vistas tan grandiosas y al margen del magnífico lago de Reyes, nacimiento principal del río de las Amazonas, el mayor de cuantos se conocen, estaban reunidos hombres de Caracas, Panamá, Quito, Lima, Chile y Buenos Aires; hombres que se habían batido en Maipú en Chile, en San Lorenzo en las orillas del Paraná, en Carabobo en Venezuela y en Pichincha, al pie del Chimborazo. En medio de aquellos americanos, valientes defensores de la libertad y la independencia de su patria, había algunos extranjeros fieles aún a la causa, en cuyo obsequio habían perecido tantos otros paisanos suyos. Tales eran los hombres reunidos en aquel punto haciendo causa común: americanos o europeos, todos estaban animados del deseo unánime de asegurar la existencia política de un vasto continente[333].

El 3 y 4 de agosto todo el Ejército Unido marchó sobre el río Jauja, Cochamarca y El Diezmo, a unas siete leguas de Pasco. Allí se sumaron 700 montoneros a caballo a los Húsares del Perú, que eran comandados por el coronel argentino Manuel Isidoro Suárez[334].

El 5 de agosto llegaron los realistas a Carhuamayo, donde tomaron posiciones la artillería y la infantería al mando del general Maroto. Canterac practicó con la caballería un reconocimiento sobre Pasco donde, para su sorpresa, quedó enterado de que el ejército enemigo avanzaba en dirección a Jauja por el camino de Yauli, opuesto al tomado por los españoles; es decir, Canterac y Bolívar marchaban sobre las

333 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, pp. 306-307. La batalla de Cerro de Pasco, que refiere Miller, es la que tuvo el general Arenales cerca de Junín cuatro años antes. El enfrentamiento se libró el 6 de diciembre de 1820 en el marco de la primera Campaña de Arenales a la Sierra. El general argentino enfrentó a una división del brigadier Diego O'Reilly. La victoria de Arenales le permitió reabrir comunicaciones con San Martín e impulsó la breve rebelión de Huancayo.

334 Manuel Isidoro Suárez (1799-1846), coronel de ejército argentino a las órdenes de San Martín. Laureado por su acción en Junín, caería en desgracia cuando fue acusado de querer derrocar a Bolívar; fue expulsado del Perú en 1826. De regreso en Argentina participó en las guerras civiles de ese país. El escritor Jorge Luis Borges fue su bisnieto por vía materna.

márgenes opuestas de la laguna de Junín[335]. El general español, temeroso entonces de que Bolívar comprometiera su retaguardia, regresó sobre su infantería en Carhuamayo y ordenó un cambio de frente en su línea.

El general García Camba escribió a modo de crítica:

> Si el jefe español hubiera preferido el camino que llevaban los contrarios, los hubiera descubierto a tiempo de tomar cuantas disposiciones le parecieran convenientes, sin temor de ver amenazada su retaguardia, porque desde las sucesivas alturas, más o menos accesibles, que se extienden desde Tarma a Pasco (…) le era fácil observar el camino de Reyes, mientras por este, aunque más abierto y llano, ninguna noticia pudo adquirir hasta que entró en Pasco. No es menos de sentir que un general conocedor de la topografía del país hubiese dirigido sus tropas por un lado de la referida y extensa laguna sin hacer explorar el lado opuesto al mismo tiempo, para evitar siquiera a su tropa algunas leguas de marcha inútiles[336].

Similar testimonio fue el del general Guillermo Miller:

> En la mañana del 5, había avanzado el general Canterac a Carhuamayo y adelantó con su caballería a Pasco. En vez de hallarse en aquellos llanos inmensos con una sola división aislada, como probablemente esperaba, supo que el ejército libertador estaba reunido y avanzaba por la orilla opuesta del lago. Canterac se retiró aquella misma noche sobre su infantería, y el seis siguió su retirada[337].

En la mañana del 6 de agosto el general español salió de Carhuamayo hacia Reyes para aventajar al enemigo. Bolívar, bien informado por las guerrillas que comandaba Miller[338] de los movimientos realistas[339], dispuso desde Conocancha hacer marcha forzada directo a Reyes con el objeto de cortar el paso a Canterac, quien percibido de las fuerzas

335 El ejército patriota se movía por el camino que conducía a Conocancha, al oeste de la laguna de Junín. Los realistas lo hacían de Cacas a Carhuamayo por la costa oriental.

336 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, pp. 197-198.

337 Guillermo Miller, *Memorias*…, *op. cit.*, p. 307. La intención inicial del Libertador era sorprender y atacar a Canterac en Jauja.

338 Miller regresó al campamento con la información sobre las intenciones de Canterac y fue nombrado comandante de la caballería peruana el 5 de agosto.

339 El propósito de Canterac, según el propio Miller, era atacar en detal las divisiones patriotas a medida que fueran saliendo de los desfiladeros. El 1.º de agosto movió sus fuerzas de Jauja y marchó hacia Reyes.

enemigas y de una posible pérdida de contacto con el Cuzco optó por la retirada al sur[340]. Esperaba este jefe hallar un ejército diseminado y poco activo, más fácil de atacar en detal, pero su sorpresa fue grande cuando vio venir sobre sí un gran cuerpo militar.

A las dos de la tarde, desde una cumbre[341], los soldados patriotas divisaron que el ejército realista, a dos leguas de distancia, salía a paso redoblado y al trote por la pampa de Junín hacia Tarma. Miller describió la escena así:

> Un "viva" entusiasta y simultáneo se oyó por toda la línea, y es imposible dar una idea exacta del efecto que produjo la repentina vista del enemigo. Los semblantes de los patriotas se animaron con el ceño y la expresión varonil del guerrero que ve aproximarse el momento de lidiar y de la gloria, y con vista fija y ojos centellantes contemplaban las columnas enemigas, marchando majestuosamente al pie del sitio elevado que ocupaban. El temor de que los realistas se escapasen sin poderlos atacar ocupaba el ánimo de la mayoría, y la caballería particularmente ardía de impaciencia. Considerándose superiores a la caballería enemiga, como en efecto lo eran, fue obra de un momento cambiar las sillas de las mulas que montaban a los caballos de respeto, esperando que la naturaleza del terreno les daría la oportunidad de tener una parte activa o tal vez principal en el combate que se acercaba[342].

La infantería republicana no participaría en el combate, dada su distancia con respecto a la caballería[343] e imposibilidad de dar alcance a los monárquicos[344]. La única oportunidad que tenía Bolívar de

340 La marcha española fue forzada, la caballería había recorrido en un día 17 leguas, lo que implicaba desmoralización para los huidos y determinación para los perseguidores. El general en su parte de la batalla cambió los hechos al decir: "habiendo averiguado que marchaba por la orilla derecha de la laguna retrocedí para dirigirme a atacarlo por su retaguardia, o bien interponerme entre él y este valle" (Citado por García Camba, *Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit*., p. 567). De resultar cierto lo dicho no habría ordenado al resto del ejército continuar marcha a Tarma.

341 Carlos Dellepiane en su *Historia Militar del Perú*, p. 196,570 º señala que el lugar donde Bolívar observó la marcha de Canterac estaba en lo alto del Abra de Chacamarca.

342 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit*., p. 308. Los jinetes desmontaron sus mulas, usadas para no cansar los caballos, y rápidamente montaron sobre los equinos para descender por unos desfiladeros hacia la llanura de Junín.

343 La infantería patriota estaba a dos leguas de Junín, es decir, unos 10 km, fatigada por la apresurada marcha y afectados por el soroche.

344 Bolívar, como se ha referido, mandó a la caballería a ir a la vanguardia en persecución del enemigo y a la infantería redoblar su marcha. El Libertador, Sucre, Santa Cruz, Miller, Gamarra, Necochea y Miller se fueron junto a la caballería. Los generales José María Córdoba y Jacinto Lara iban con la infantería que marchaba a paso redoblado.

obligar a Canterac a la lid era atacar su retaguardia con los jinetes que disponía.

Se ordenó que seis escuadrones de caballería, al mando del general Necochea, se adelantaran al trote hasta la posición contraria. Bolívar procuraba con esto retardar la marcha de los españoles y dar tiempo a su infantería de llegar. El teniente general Canterac, confiado en la superioridad de su caballería y presto a evitar la ruina de su retirada, decidió aguardar la vanguardia patriota en la pampa de Junín con los Húsares de Fernando VII y los Dragones del Perú en línea, y el regimiento Dragones de la Unión en columnas sobre los flancos para propiciar un envolvimiento.

Bolívar hizo marchar su caballería (900 hombres), a mitad de columnas, sobre un estrecho paso próximo a la laguna de Chinchaycocha. Diría O'Connor: "llegamos a un paso por el cual no podía pasar más que un hombre de frente"[345]. El terreno, cubierto a la derecha por cerros y a la izquierda por un pantano apéndice de la laguna, limitaba el despliegue pleno de los jinetes patriotas[346]. La caballería[347] demoró entonces al transitar el angosto paso e iniciar formación de ataque.

Los primeros en surgir de la constreñida ruta y ofrecer pelea fueron dos escuadrones de los Granaderos de Colombia, al mando del mayor Otto Philipp Braun[348]: "uno por uno, formaba en batalla, con las colas de los caballos sobre el atolladero[349]". Lo difícil del terreno hizo que la caballería libertadora no consiguiera formarse de modo ordenado en la pampa de Junín y menos posicionarse en conjunto.

Cuando Canterac vislumbró las primeras formaciones patriotas en la llanura atacó al galope[350]:

345 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 79.

346 La caballería solo resultaba efectiva en terrenos planos y secos. No funcionaba en montañas, desfiladeros, suelos pantanos, o sitios cubiertos de extrema vegetación.

347 La caballería libertadora marchó con el siguiente orden: Granaderos de Colombia al mando del mayor Felipe Braun a la cabeza; seguía el escuadrón de los Andes con Alejo Bruix, los Húsares del Perú con el mando de Suarez y el regimiento Húsares de Colombia con José Laurencio Silva al frente. Miller tenía a su cargo 250 jinetes del Perú y Lucas Carvajal 750 de Colombia.

348 Otto Philipp Braun (1798-1869) militar y político alemán nacionalizado boliviano. Se unió al ejército de Bolívar hacia 1820. Luchó en Laguna Salada y en diversión de Bermúdez de 1821. Estuvo en la campaña del Perú y luego hizo vida en Bolivia. Su victoria sobre los argentinos en la batalla de Montenegro en 1838 le valió el título de Mariscal de Montenegro.

349 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 80.

350 Ataque al galope es una voz de mando que llama a la caballería a cargar a toda velocidad.

Formó tres cuerpos, y por una brillante maniobra cargó al galope la nuestra por el frente y por el flanco izquierdo. Aunque inferiores en número e impedidos por la naturaleza del terreno para desplegar, nuestra caballería revisitó la carga con el mayor denuedo[351].

En el primer choque murieron más de 100 caballos. No hubo disparos; los sonidos emitidos eran gritos, relinche de caballos y el choque de espadas, sables y lanzas.

El ataque de Canterac afectó a la caballería patriota pero no la aniquiló. La ausencia de artillería e infantería le impidió aprovechar mejor su posición.

Fiado Canterac en el número y buena calidad de su arma favorita, no se propuso sacar partido de la artillería, ni consintió en servirse siquiera de las compañías de preferencia de infantería, como le indicó el general Maroto, según se dijo; decidióse à atacar en el orden y formación que había tomado, y pasó a los aires violentos á desproporcionada distancia à juicio de testigos presenciales[352].

Detrás del cuerpo Granaderos de Colombia se encontraban, impedidos aún en el Abra, los Granaderos de los Andes, los Húsares del Perú y los Húsares de Colombia: "El escuadrón que formaba la cabeza de la columna fue el único que pudo desplegar"[353]. El comandante Necochea, diría el coronel Manuel Antonio López en sus memorias:

Mandó la caballería entrar en batalla a la izquierda por retaguardia de la primera subdivisión, pero aún no se había ejecutado tal maniobra, cuando la primera línea del enemigo, aprovechándose de este movimiento para

351 Parte oficial de la batalla de Junín, véase *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, pp. 422-423. El teniente general Canterac escribiría sobre la acción inicial del combate: "Los enemigos tenían dos escuadrones formados en batalla y los demás hasta el número de ocho en columna por mitades entre un cerro y un pantano, que impedía a estos poder desplegar: cargué de frente con los escuadrones de húsares y dragones del Perú que estaban en batalla, y los cuatro escuadrones de la Unión en dos columnas sobre mis dos flancos" (Parte del general Canterac sobre la acción de Junín, citado por García Camba en *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 368).

352 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 198. Canterac dio orden a su infantería e artillería de proseguir la retirada. Usó la caballería para detener el hostigamiento de los jinetes enemigos y aventajar más las distancias de su ejército con el del Libertador.

353 Guillermo Miller, *Memorias*…, *op. cit.*, p. 308.

> arrollar nuestra caballería antes de que estuviese preparada para recibirlos, a todo galope, enristrada las lanzas y con sable en mano, se arrojó sobre la línea que se estaba formando, rompió los primeros cuerpos que habían entrado en batalla, y desordenó parte de las columnas que a retaguardia iban ocupando la línea[354].

Eran las cinco de la tarde del viernes 6 de agosto de 1824. Los hombres de Braun, inferiores en número, resistieron con sus lanzas, de tres varas y media enristradas, el ataque español hasta abrirse paso[355]. En medio del alud de caballos, torsos sangrantes y hombres mutilados el comandante Necochea resultó siete veces herido[356]. El general Miller, que había recibido orden de flanquear con 250 peruanos (2.º y 3.er escuadrón de Húsares del Perú) la línea derecha realista[357], terminó atacando de frente, aunque, impedido por el pantano y con el enemigo encima, retrocedió con sus jinetes en grupa[358]: "La gente que mandaba Miller, junto con el ala derecha de los patriotas al mando del general Necochea fueron cargados al mismo tiempo. El choque fue tremendo y su consecuencia natural en las circunstancias que acaban de describirse"[359]. Los jinetes se atropellaban entre sí y a los escuadrones que estaban detrás. Todo era confusión entre las fuerzas que sufrían las cargas españolas. Sin terreno idóneo donde desplegar sus fuerzas y entre un tumulto caballos los republicanos optaron por retroceder.

---

354 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos…*, *op. cit.*, p. 116.

355 Escribía Miller en sus *Memorias…*, *op. cit.*, p. 309: "Fue la derrota total de los patriotas, a excepción de unos cuantos granaderos a caballo de Colombia a las órdenes del bizarro mayor Braun, que se abrió paso por los enemigos y un escuadrón peruano que estando al primer choque un poco a retaguardia, se libertó afortunadamente de la suerte de los demás".

356 Miller asumiría el mando completo de la caballería. La suerte de Necochea fue narrada por el propio Miller así: "El general Necochea recibió al principio de la acción siete heridas y fue hecho prisionero. A intercesión de un soldado realista que había servido a sus órdenes en el ejército de los Andes, le conservaron la vida; y este mismo soldado lo montó a ancas de su caballo, pero cuando iba retirándolo del campo de batalla, le rescató una partida colombiana a las órdenes del intrépido capitán Sandoval. Es seguramente doloroso tener que decir que el soldado generoso que salvó la vida a Necochea fue muerto antes que los patriotas supiesen el servicio que había rendido". El capitán mencionado era Marcelo Sandoval, venezolano, miembro del cuerpo Granaderos de Colombia. El coronel O'Connor señaló que Necochea fue herido en el primer ataque.

357 En este punto debe ser señalado que Bolívar había dividido sus fuerzas; dispuso que los Granaderos de Colombia, de los Andes y Húsares de Colombia bajasen por el desfiladero central mientras que los cuerpos peruanos lo hicieran por los flancos para atacar por los costados.

358 Jinete a la grupa o ancas es aquel que va montado detrás del conductor del caballo.

359 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 308. Canterac escribiría: "Los escuadrones enemigos, que estaban en columna, al ver la carga volvieron grupas y se desordenaron completamente" (Citado por Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, p. 568).

El triunfo de Canterac parecía un hecho. Sus ataques habían causado desorden entre los patriotas: "los que estaban en batalla fueron atacados de frente y flanco por haber estos aguardado la carga a pie firme y estaban ya en desorden" [360]. Sin embargo, contra lo esperado, el jefe español comenzó a ver esfumarse la victoria cuando su caballería, sin conservar orden o mantener reserva fuerte, se lanzó a la persecución. Una parte acosaba a la caballería de Miller y la otra al resto de los patriotas del desfiladero. En medio de la asechanza no había notado Canterac que el 1er Escuadrón de Húsares peruano[361], al mando de Isidoro Suárez, estaba a su derecha[362]. Desde ese punto, Suárez aguardó el paso de los realistas hasta quedar el campo despejado para dar orden de atacar por la retaguardia a los que perseguían a Miller[363].

El ataque inesperado de los húsares peruanos generó confusión entre las huestes españolas. Esta ocasión fue aprovechada por los descontentos entre las filas de Canterac para incitar más desorden[364]. El comandante español en su parte escribía al brigadier Rodil una versión de los hechos menos comprometida para su táctica:

> En este mismo instante, sin poder imaginarme cuál fue la causa, volvió grupas nuestra caballería y se dio a una fuga vergonzosa, dando al enemigo una victoria que era nuestra y que decidía en nuestro favor la campaña, pues todos los generales enemigos estaban a la cabeza de su caballería, y batida esta caían indispensablemente en nuestro poder en razón al desfiladero que tenían a su retaguardia[365].

---

360 Parte del general Canterac sobre la acción de Junín, citado por Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit*., p.368.

361 Este regimiento era conocido como Coraceros de Lambayeque, de allí que López les nombre como tal en sus memorias. Por su acción en el combate Bolívar decidió llamarles Húsares de Junín.

362 El historiador Carlos Dellepiane señaló que el escuadrón de Suárez estaba en la quebrada de Chacamarca esperando entrar en acción ante lo difícil del terreno.

363 La historiografía peruana otorga el mérito de esta acción decisiva al oficial peruano José Andrés Rázuri, ayudante del primer escuadrón de los Húsares del Perú. Según la tradición, el general La Mar había dado la orden de retirada a Rázuri para que la trasmitiera a Suárez. No obstante, el oficial peruano cambió la instrucción recibida y dijo a su superior que la orden era cargar al enemigo por la retaguardia. De esta manera, la historiografía peruana otorga a Rázuri el rol determinante del combate.

364 Había desánimo entre las filas realistas por los sucesos con Olañeta, la actitud despótica de Canterac y su propia negativa de atacar a Bolívar cuando los tiempos eran favorables para los monárquicos.

365 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit*., p. 368.

Miller vio en esta acción una oportunidad de reorganizar la caballería patriota y mandó volver caras[366]. Los realistas quedaron así amenazados por el frente y la retaguardia. Por otro lado, los demás escuadrones patriotas aprovecharon el éxito del ataque de Suárez para rehacer sus fuerzas y volver a la ofensiva:

> El oportuno socorro de Suárez facilitó a los escuadrones patriotas dispersos de la derecha y de la izquierda la posibilidad de reunirse, y el general Miller, los coroneles Carvajal, Silva y [Ruiz] y el mayor Braun con cuanta gente pudieron reunir apoyaron a Suárez[367].

El escenario cambiaba en favor de los republicanos. Los realistas, atacados por el frente y la espalda, quedaron atrapados entre un montón de caballos.

El mayor Braun con los Granaderos de Colombia y una compañía de Húsares de Colombia[368], que como mencionamos había podido penetrar la caballería española, volvió caras y trabó duro combate contra la retaguardia del flanco izquierdo enemigo. Por otro lado, los Húsares de Colombia, al mando del coronel venezolano José Laurencio Silva, cargaron con denuedo el centro de Canterac:

> Alcanzábamos a ver que los caballos se estrellaban unos contra otros, y el empuje de nuestra caballería fue tan violento que rompió la de los enemigos por el centro y desorganizó completamente su flanco izquierdo. Desde aquel momento ninguno pudo conservar su formación, se dispersaron en la pampa grupos más o menos grandes que impetuosamente se acometían con un valor heroico; ya que rechazados los unos, ya los otros, y por más de media hora la lucha se mantuvo con furor sin decidirse el combate[369].

El escenario era aplastante para los monárquicos. Miller y Suárez arremetían por su derecha. Silva y Carvajal, ya desplegados en la pampa, arrollaban el centro, y Braun, con Camacaro, la izquierda. La caballería española, dividida, sin orden, hostigada por todos lados, terminó en retirada.

---

366 Movimiento de la caballería que consiste en hacer una conversión rápida de la marcha en sentido opuesto.

367 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 309.

368 Esta compañía estaba al mando del capitán Camacaro, llanero venezolano.

369 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos...*, *op. cit.*, p. 117.

Bolívar, que desde un cerro próximo a Junín observaba el combate, hizo montar en ancas a una compañía de Tiradores[370] para dar persecución. El mayor Braun logró acosar a los fugitivos hasta las filas de su propia infantería: "Nuestros dispersos fueron cruelmente perseguidos, y no hallaron completa seguridad hasta que alcanzaron las columnas de infantería"[371]. No obstante, los españoles pudieron escapar no sin ser acosados por varios días[372]. El Libertador, ante el arribo de la noche, la fatiga de su caballería y la lejanía de las tropas españolas, mandó a la infantería pernoctar en la propia llanura de Junín: "no habiendo tomado en todo el día más alimento que un poquito de fiambre por la mañana"[373]. Había perdido, según el dato oficial de su jefe de Estado Mayor Santa Cruz, 3 oficiales y 42 soldados[374]. El día 7, a toque de diana, dispuso la marcha de todo su ejército hacia el pueblo de Reyes, a una legua del sitio de la batalla. La compañía de Tiradores y la caballería regresaron con varios prisioneros realistas hechos en la fuga. No faltaron los actos ruines como el robo de caballos, incluidos el del propio Sucre, "el más hermoso animal que había en todo el ejército"[375], por los montoneros del coronel Estomba[376]. En Reyes el ejército fue abastecido por el corregidor y los indígenas locales con raciones y forraje. Continuaron marcha hacia Tarma, pasando por Jauja, Huancayo, hasta llegar a Huamanga en septiembre de 1824.

370 Miller narró en sus memorias que él junto a un grupo de granaderos de Los Andes, al mando del capitán Pringuel, persiguió a los realistas; el resto de la caballería la dejó en Junín en espera de las órdenes de Bolívar, quien mandó hacerla replegar sobre la infantería.

371 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 199.

372 Tomás Heres informaba el 12 de agosto desde Jauja a Sánchez Carrión: "El Ejército Libertador ha continuado y continúa la persecución: mañana estará en Huancayo, pasado mañana en Iscuchaca y así sucesivamente seguirá su movimiento hasta dejar reducidas a la nulidad las fuerzas enemigas (Ver *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, p. 433). Sin embargo, la persecución no fue de marchas cortas, pues sería desgastante para su ejército, poco habituado a la altura y además poco naturalizado con los caminos. El ejército de Canterac, en cambio, estaba conformado mayormente de serranos habituados al clima y los caminos.

373 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés*…, *op. cit.*, p. 81. Como anécdota de las bajas temperaturas nocturnas en el lugar, O'Connor narró que Miller, Wilson y él amanecieron con los bigotes cubiertos de nieve.

374 Los heridos se cifran en el parte oficial en 99. Aquí de nuevo hay variantes. El coronel López dice que los republicanos perdieron 93 hombres.

375 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés*…, *op. cit.*, p. 82.

376 Ramón Estomba (1790-1829) militar argentino nacido en la Banda Oriental. Participó en la guerra de su país. En la batalla de Ayohuma en 1813 fue capturado y enviado al Callao, donde fue liberado en 1820. Se unió al ejército de Bolívar. En 1825 fue nombrado prefecto de Ayacucho. Fue acusado de estar en una conspiración contra el Libertador y regresó a su patria en 1826. El robo de caballos fue llevado por los montoneros bajo su orden sin estar Estomba implicado en el mismo.

El jefe Canterac narró que la derrota de su caballería y la proximidad de la infantería patriota, superior a la suya, le obligaron a salir del campo para evitar la destrucción total de sus fuerzas. Escribió en su parte: "no sé hasta dónde tendré que continuar mi retirada y con qué medios lo haré, si el enemigo trata de hostigarme siguiéndome con empeño"[377]. Solicitaba entonces el virrey el auxilio de Valdés, cinco o seis mil hombres, y el regimiento de la Guardia para reanimar su abatida caballería. En el escape precipitado cortó puentes e incluso hizo volar el de Iscuchaca; dejó a Bolívar provisiones, armas y ganado. A Rodil, gobernador de El Callao, le mandó enviar doscientos hombres del escuadrón San Carlos a Cañete para evitar que los montoneros de Yauyos cortaran comunicaciones con la costa. Por otro lado, el brigadier Maroto, hastiado de sus desatinos militares, le abandona con un grupo de partidarios para ir con el virrey.

Canterac y su ejército marcharon sin descanso hasta el 28 de agosto cuando, en los altos de Chincheros, dio quince días de descanso. Después de ese tiempo atravesó el Apurímac y llegó hasta la residencia del virrey en el Cuzco. Había perdido en su atropellada marcha 300 caballos, 2.600 hombres, incluyendo a los 464 de Junín[378].

El ejército realista del norte para el momento de la batalla se componía de la siguiente forma:

- Comandante en Jefe: teniente general José de Canterac[379].
- Jefe de Estado Mayor: coronel Francisco Sanjuanena[380].
- Comandante de la caballería: brigadier Ramón Gómez Bedoya[381].

377 Citado por Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 368.

378 Las bajas realistas difieren. El coronel patriota López dice que sufrieron 264 bajas en Junín. Tomás Heres afirmó, en oficio al intendente de Comas el 9 de agosto, que los contrarios habían perdido 500 caballos, 300 hombres y capturado 100 prisioneros. Canterac, por razones obvias, dijo que sus pérdidas habían sido pocas e incluso llegó a decir que Necochea, La Mar, Soler y Plasencia estaban muertos y Bolívar herido en la mano.

379 El teniente general José de Canterac, por entonces brigadier, participó en la guerra de independencia venezolana. Llegó a Venezuela en 1815 al mando de una división destinada al Perú. Morillo lo mantuvo bajo sus órdenes hasta 1818, cuando marchó hacia Perú.

380 Francisco Sanjuanena Gaitán (1787-1844). Mariscal de campo y caballero Gran Cruz de la Orden de San Fernando. Participó en la guerra contra los franceses en la península entre 1808 y 1813. Marchó a la guerra en América en 1815. En 1820 hizo la campaña de Tucumán, que le valió el grado de coronel. Fue ayudante del virrey La Serna y del teniente general Canterac. Luchó en Ayacucho. De regreso a España ocupó los cargos de gobernador militar de Ceuta (1836), capitán general de Andalucía (1838) y de Extremadura (1844).

381 Ramón Gómez Bedoya (1792-1838), natural de Cantabria. Participó en la guerra contra los franceses entre 1808 y 1814. En 1817 llegó con la expedición de Canterac a Tierra Firme. Estuvo en el asalto del fuerte de La Galera, en Margarita. Pasó luego al Perú donde apoyaría

- Unidades de caballería: 3 escuadrones de Dragones de la Unión, 1 escuadrón de Húsares de Fernando VII, 4 escuadrones de Dragones del Perú.
- 1.ª División de Infantería: brigadier Rafael Maroto.
- Batallones de la 1.ª División de Infantería: Real Infante (ex-Real de Lima), Burgos, Cantabria, 1.º Imperial Alejandro (ex-Extremadura).
- 2ª División de Infantería: mariscal de campo Juan Antonio Monet.
- Batallones de la 2.ª División: Castro (de Chiloé), Victoria (ex-Talavera), Guías del General (del Alto Perú), Centro (ex-Azángaro), 2.º Cuzco.
- Artillería: 9 piezas.
- Total 1.300 jinetes y 6.000 infantes.

El relato de este combate ha sido manipulado. El propio coronel Francis O'Connor, quien observó la batalla en una orilla del atolladero, denunciaba aquellas imprecisiones:

> Esta es la relación fiel y exacta de la célebre batalla de Junín, que yo presencie con sangre fría y sin perturbarme un momento; pero otros han escrito y dado parte de esta memorable acción de guerra sin haberle visto ni haber estado en ella; y todo tan mal relatado, que yo, al leer esas narraciones, no sabía a qué acciones se referían[382].

Por esta razón se ha abstenido de usar fuentes no testimoniales como Tomás Cipriano de Mosquera, que estaba en esos días peleando contra Agualongo al sur[383], o Daniel Florencio O'Leary, enviado por Bolívar a Chile en busca de auxilios. No obstante, el empleo de fuentes testimoniales tampoco brinda una reconstrucción menos laboriosa del combate. O'Connor ofreció todo el protagonismo a los cuerpos colombianos y sobre los peruanos se refería secundariamente:

---

la deposición del virrey La Pezuela en 1821. Combatió en las batallas de Ica y Moquegua, después en Junín y Ayacucho. De regreso en España partició en la guerra Carlista a las órdenes del mariscal Mateo Ramírez.

382 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 82.

383 Mosquera se enfrentó a Agualongo en Barbacoas, el 1 de junio de 1824. Agualongo, después de ser derrotado por el mayor Juan Bautista Arévalo en el Calvario, avanzó hacia la ciudad portuaria de Barbacoas para hacerse de armas que envían al Ejército del Sur. Mosquera, informado de esta marcha enemiga por el río Patía, preparó la defensa. El combate se inició a las seis de mañana y se prolongó hasta la una de la tarde. Mosquera resultó herido en la mandíbula y ganó el apodo de *Mascachochas*. Agualongo se retiró hacia Pasto.

Me dirigí a él [general Miller], le mostré un morrito en la pampa, donde le dije que precisamente debía acabarse el atolladero, y que podía llevar el regimiento por allí, entrar en el campo de batalla y contribuir a ayudar al intrépido Braun a completar la victoria[384].

No entregó más detalle de este ataque y menos habló de Suárez como su conductor. Por el lado del general Miller, la narración que ha sido más reproducida por la historiografía peruana, se asume que:

El teniente coronel Suárez, que mandaba el escuadrón peruano que no había sido batido, había en el entretanto avanzado sin oposición a ocupar el intervalo que dejaron los realistas; y hallándose completamente a su retaguardia principió a cargar a los que perseguían la izquierda de los patriotas al mando del general Miller[385].

El coronel neogranadino Manuel Antonio López, en cambio, narró que los jinetes realistas, luego de sus devastadoras cargas, dieron rienda suelta sobre los patriotas, que volvían en grupas; en ese momento:

El teniente coronel Isidoro Suárez, que mandaba el regimiento Coraceros del Perú, y el coronel Laurencio Silva, jefe de Húsares de Colombia, con la mayor presteza los hicieron entrar en el orden de batalla; un escuadrón de Coraceros protegió a los cuerpos arrollados cargando a los enemigos por retaguardia[386].

He aquí las tres versiones sobre el mismo hecho. O'Connor da prioridad a Braun; Miller a Suárez; López a Suárez y Silva. O'Connor dice que instruyó a Miller por dónde debía atacar y negó todo papel a los peruanos[387]; Miller no menciona a O'Connor y aseguraba que

---

384 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 80.

385 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 309.

386 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos...*, *op. cit.*, p. 117.

387 O'Connor va más lejos y dice p. 83: "Cualquiera que lea el 2.º artículo de la ordenanza general del 7 de agosto, supondrá que el Regimiento de caballería del Perú (que antes de la batalla se llamaba Coraceros de Lambayeque) se había distinguido mucho en el combate; nada de eso; era un medio de que se valió el general Bolívar para inspirar un poco de entusiasmo y estimulo entre los peruanos, pues eran más realistas que los mismos españoles". Ningún valor decisivo ofrece O'Connor en la batalla de Junín y sea este el motivo de que su relato se deseche o poco se tome en cuenta en el Perú. No obstante, la participación de los húsares peruanos fue reconocida hasta por el brigadier realista García Camba: "fue rechazado por el teniente coronel Suárez" (*Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, p. 200).

Suárez se arrojó sin orden previa sobre la retaguardia enemiga que le acosaba; López, finalmente, no escribió nada sobre Miller en el combate.

Veamos la interpretación del general Santa Cruz en el parte:

> Ellos arrollaron algunos de nuestros escuadrones, á tiempo que los Granaderos de Colombia, que formaban la cabeza de la columna y estaban en batalla, estimulados por el heroico ejemplo de su Comandante accidental, Mayor Felipe Braun, rompieron la izquierda del enemigo. Los Húsares de Colombia, al mando de su Coronel Laurencio Silva, y el primer Regimiento del Perú, a las del señor General Miller, sostuvieron el centro y la derecha. El enemigo empezó a desordenarse, y los nuestros lo cargaron y lo acuchillaban por todas partes. Sus escuadrones, que poco antes contaban ufanos con destruirnos, dispersos por una inmensa llanura, ofrecían la más completa idea del desorden[388].

La conclusión es que Junín fue: 1. Un combate librado sobre un terreno de difícil movilidad para la caballería patriota; 2. Esta recibió duros embates al principio y no logró, por la característica geográfica, desplegarse; 3. Solo consiguieron ordenarse cuando los flancos de Canterac resultaron castigados por los Granaderos de Braun y los Húsares de Suárez, ambas unidades con el mayor número de bajas.

Estos fueron los errores de Canterac: 1. No usar la artillería ni parte de la infantería en el combate para causar más estragos a los patriotas que pasaban el atolladero, cuestión reconocida por el mismo O'Connor: "Gran desatino cometió el general Canterac en no haber hecho montar en ancas de los caballos de sus lanceros una compañía de cazadores, con cuya sencilla operación nos habría dado muchos trabajos"[389]. 2. Atacar al galope muy distanciado del enemigo y con esto conseguir una mala formación y un cansancio prematuro en los caballos[390]. 3. No ver el pantano a la derecha que detuvo parte de su caballería; esto último por no explorar previamente la laguna completa. 4. Perseguir sin ningún tipo

388 Parte oficial de la batalla de Junín (*Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX. La Independencia (1810-1830)*, Tomo IV, p. 365).

389 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 82.

390 Canterac, procurando evitar que el enemigo se formara, ordenó atacar al galope a casi media legua de distancia. La caballería debía atacar, en situaciones de este tipo, primero yendo al trote corto, luego pasar a un trote más largo y, por último, ir al galope a una distancia cercana al contrario. Así se evitaba cansar el caballo pronto y mantener la formación.

de reserva que funcionara como punto de reunión a los rechazados, pues comprometió toda la caballería en el combate.

Las consecuencias del triunfo de Junín fueron: 1. La desmoralización del ejército realista del norte. 2. La ruina de la fama de su caballería, tenida por imbatible. 3. La entrega a Bolívar de caballos, municiones y recursos. 4. La ganancia para los republicanos de las provincias de Tarma, Lima, Huancavilca, Huamanga y una porción del Cuzco. El centro del Perú quedó en manos del Ejército Libertador.

B) La batalla de Ayacucho

El resultado favorable de Junín llevó a Bolívar a ir sobre el Cuzco y tomar Lima. En carta al Almirante Guise, el 10 de agosto, ordena que se bloqueen las fortalezas de El Callao y manda al coronel Luis Urdaneta, comandante general de la costa (Pativilca a Ica), para que con las tropas reunidas en el norte[391] avance sobre Lima.

En paralelo, el resto del mes de agosto, ordena al coronel Miguel Antonio Figueredo y al prefecto de Trujillo reunir tropas en Pativilca; al intendente de Comas le solicita ganado, mulas y caballos; a Sucre traer, con dos oficiales de su Estado Mayor, noticias sobre los alfalfares, almacenes de grano, pasto, cebada y víveres para la tropa; al general Jacinto Lara marchar con su división a Huancayo; instruye al intendente de Jauja, José Torres, a embargar las propiedades de los emigrados y hacer acopio de todos los víveres; manda al comandante Cruz Paredes a trasladar a los heridos y enfermos a Jauja y al intendente de Panamá enviar a Guayaquil el escuadrón Lanceros de Venezuela; asimismo, ordenó al coronel Estomba ocupar con montoneros Ica, y al coronel Ferreros y el mayor Astete tomar las provincias de Lucanas y Parinacochas. Al prefecto de Huamanga, coronel Gaspar Manterola, amenazó con fusilarle si recibía otra queja sobre el hospital o la maestranza.

391 Estas fuerzas estaban compuestas por todos los hombres que estuvieran desde Huaylas hasta Cajatambo, la fuerza que reuniera el comandante Fonseca en Santa, las expediciones que vinieran de Colombia y las guerrillas de la Sierra (V. *Memorias del general O'Leary*, Tomo XXII, p. 430).

El 13 de agosto en Huancayo el Libertador emitió una proclama a los peruanos prometiendo la completa liberación: "¡Peruanos! Bien pronto visitaremos la cuna del imperio peruano y el templo del Sol. El Cuzco tendrá en el primer día de su libertad más placer y más gloria que bajo el dorado reino de sus incas"[392]. Dos días después mandó una circular a las autoridades de Huancavelica, donde ofrecía respetar la seguridad individual de todos los pobladores sin importar su conducta anterior.

En Huancayo, persuadido de que el poder ofensivo del ejército había disminuido por el mal de alturas, Bolívar ordenó a Sucre quedarse en la retaguardia con el propósito de reorganizar los servicios, cuidar de los enfermos, recoger a los dispersos, reponer las provisiones y dar orden en las ricas provincias que los realistas abandonaban. Este mandato no agradó al general Sucre y así lo manifestó al Libertador:

> Yo he sido separado de la cabeza del Ejército, para ejecutar una comisión que en cualquier parte se confía más a un Ayudante General, y enviado a la retaguardia al tiempo en que se marchaba sobre el enemigo; por consiguiente se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil[393].

La crítica de Sucre, quien mostró apego por la dirección militar, estaba motivada por la burla recibida de sus compañeros. Consideraba que los logros en Pichincha, Pasto y en la organización del propio ejército al norte del Perú no eran valorados con suficiente crédito. Venía, además, algo contrariado por el nombramiento como General en Jefe del Ejército Libertador Unido, que tenía por "vago e informal". La decisión de enviarlo a la retaguardia hería su amor propio. Era un General en Jefe nominal, pues la conducción efectiva era de Bolívar, que pasaba a ocupar una tarea menor. La respuesta persuasiva del Libertador le hizo entender la importancia del encargo para la consecución de la Campaña:

> Estoy lleno de dolor por el dolor de Ud., pero no tengo el menor sentimiento por haberle ofendido. La comisión que he dado a Ud. la

392 Daniel Florencio O´Leary, *Memorias…, op. cit.,* Tomo XXII, p. 437.
393 *Ibid.*, "Carta de Sucre a Bolívar. 28 de agosto de 1824", Tomo I, p. 173.

quería yo llenar; pensando que Ud. la haría mejor que yo, por su inmensa actividad, se la conferí a Ud. más bien como una prueba de preferencia que de humillación. Ud. sabe que yo no sé mentir, y también sabe Ud. que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento: así, debe Ud. creerme… Yo no tenía tan mala opinión de Ud. que pudiera persuadirme de que se ofendiese de recorrer la jurisdicción del ejército y de hacer lo que era útil…

Concluyo, mi querido general, por decir a Ud. que el dolor de Ud. debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que Ud. mismo se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; y en haberme ofendido a mí con sus sentimientos.

Esas delicadezas, esas hablillas de las gentes comunes, son indignas de Ud., la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí tampoco lo era de Ud[394].

Durante todo el mes de septiembre Sucre cumplió con la tarea asignada. El general Santa Cruz fue destinado, en conjunto con Sánchez Carrión, a organizar la vida civil de las provincias liberadas. Se hizo volver a los curas vacantes para ayudar en esta normalización social y económica de las regiones. En los cabildos fue jurada fidelidad al nuevo gobierno y se emitió un indulto general con el objeto de tranquilizar a los pobladores indígenas y mestizos que en tiempos pasados apoyaron al rey.

El Libertador también ordenó el envío de espías al Cuzco para conocer las intenciones del virrey[395]. El resultado de las noticias confirmó que La Serna no tomaría la ofensiva hasta el próximo verano; tenía tiempo entonces de recibir refuerzos de Colombia y limitar las levas locales:

… conducta que no hubiera hecho otra cosa que disgustar a los pueblos que interesaba mantener gratos, y que tampoco habría producido ventaja

394 Simón Bolívar, "Carta de Bolívar a Sucre. 4 de septiembre de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. II, pp. 23-24. Sucre era un subordinado, uno de los más predilectos de Bolívar, pero subordinado al fin. Sus opiniones eran respetadas por el Libertador, pero tampoco podía desafiarlo; como buen militar, apegado a la disciplina, debía recibir órdenes y comisiones sin queja. Después de Ayacucho la fama de Sucre alcanzó otro nivel, pero en este momento era un general célebre, aunque no tanto como lo fue a partir de 1825.

395 Los encargados de dar estas informaciones eran los coroneles Carreño y Althaus. Bolívar mandó a su edecán, teniente coronel Julián Santamaría el 21 de septiembre, para recibir toda la información recabada por las partidas de los coroneles antes mencionados. Sucre también menciona la ayuda de un sacerdote.

alguna, porque en aquel país se necesita más de un año para disciplinar un recluta, empezando por enseñarle el idioma castellano[396].

Se tenía la certeza de que el enemigo no atacaría o esperaría a los republicanos en un sitio ventajoso con el doble de fuerzas.

El Ejército Unido Libertador, concentrado en Huamanga durante las primeras semanas de septiembre, marchó con dirección a Chalhuanca y pueblos cercanos al río Apurímac[397]. La caballería quedó en Chalhuanca con Sucre y el Estado Mayor[398]: "Hallamos en este lugar mucho forraje para las caballadas y hermosísimos campos de sembradíos de maíz, trigo, cebollas, etc."[399]. Bolívar continuó la inspección del teatro de operaciones hasta Sañayca, donde hizo llamar a Sucre para entregarle el mando del ejército e ir hacia Lima.[400]. En carta al general Paz del Castillo refería sobre sus razones:

> Yo estaba en las riberas del Apurímac con el ejército, ocupando gran parte de la provincia del Cuzco, cuando supe que venían 10.000 hombres y 2 millones de pesos de Inglaterra que estaban por llegar; que el "Asia" había entrado en El Callao, y que Lima permanecía aún en poder de los españoles. Todos estos motivos reunidos me decidieron venir a la costa para tomar las medidas correspondientes[401].

El Libertador debía atender la llegada de estos refuerzos (que en realidad no pasaban los 3.000 hombres[402]), ocupar El Callao y consolidar

---

396 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos*..., *op. cit*., p. 120. No obstante, las reclutas continuaron, si bien menos activas que antes. El 16 de septiembre el ministro Heres, por orden del Libertador, solicitaba al coronel Pardo Zela una recluta de 500 hombres de las milicias de Tarma para remitir a Huamanga.

397 Una parte de este ejército quedó acantonada en Huamanga a las órdenes del capitán Antonio Duicia, quien debía mantener a estas fuerzas y a que llegaran bien equipadas y sanas.

398 Sucre ofreció un importante testimonio sobre la marcha de esta caballería: "La ruta que ha traído la caballería es malísima: solo han comido las bestias el pasto de la pampa, y los caballos cebadas que con mucha dificultad se ha conseguido, y aun de esta habrá escasez en las ultimas pascanas" (Daniel Florencio O´Leary, *Memorias…, op. cit.*, Tomo XXII, p. 498).

399 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés*…, *op. cit*., p. 88.

400 Se reúne entonces un consejo de oficiales, donde asistió el general O'Higgins. Este militar chileno había sido derrocado como Director Supremo de su país en 1823 y se hallaba exiliado en Perú. Bolívar no lo sumó en ningún alto cargo de responsabilidad dentro del ejército. No estuvo ni en Junín ni Ayacucho. Procuró O'Higgins gestionar la ayuda chilena del entonces Director Supremo Ramón Freire.

401 Simón Bolívar, "Carta de Bolívar a Paz de Castillo. 1 de noviembre de 1824", *Cartas*…, *op. cit*., Tomo IV, p. 188.

402 Las divisiones colombianas antes mencionadas y se creía que Chile también enviaría una expedición terrestre.

el gobierno en Lima. La llegada prematura de las lluvias, que traía las crecidas de los ríos y el difícil tránsito por aquellas regiones, la confianza de que La Serna no estaba en condiciones de atacar y la necesidad de mandar desde el centro político del Perú lo llevaron ir a la costa.

Cuando llegó a Huancayo, el 24 de octubre, supo que el Congreso de Colombia anuló los poderes otorgados a él en 1821. El ejercicio de la dictadura en Perú, el abandono de la presidencia y la entrega de ascensos sin aprobación del Senado hicieron que los diputados colombianos derogaran la ley del 9 de octubre de 1821, la cual confería a Bolívar facultades extraordinarias sobre las regiones en guerra. La ley estipulaba que ese poder era solo para quien ejerciera la presidencia activa de la República que, por ausencia suya, era ocupada por Santander, quien también cometió actos cuestionados por el Poder Legislativo. En carta al Libertador decía y justificaba las causas de esta supresión:

> Ya verá U. la nueva ley de facultades extraordinarias derogatoria de la de nueve de Octubre del año once. A ella ha dado lugar: primero, los Coroneles nombrados por mí con motivo de la ocupación de Puerto Cabello, en que el Senado se manifestó muy descontento: segundo, los ascensos superiores concedidos por U. en Trujillo y Pativilca, sobre que el Senado no ha dado respuesta. Hasta en la Cámara de Representantes se indicó, si U. había dejado de ser Presidente para admitir la Dictadura sin permiso del Congreso. Con respecto a mí me han censurado todo lo que se les ha puesto que no era bueno… Todo se calmó con la ley nueva y yo no quise objetarla para manifestarles que nos era indiferente el tener o no facultades extraordinarias[403].

La repuesta de Bolívar frente a este acto fue de total indiferencia al tener por prioridad la guerra en el Perú[404]. Creía que Colombia

---

403 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Santander. 6 de agosto de 1824", *Memorias…, op. cit.*, Tomo III, pp. 153-154.

404 Aquí la contestación del 10 de noviembre de 1824: "Las noticias que tengo de Colombia son muy satisfactorias. La Constitución es la reina de sus hijos. Por lo mismo me han quitado mis derechos colombianos los señores del Senado, lo que me he alegrado infinito, porque me desprende de Colombia y me quita toda la responsabilidad colombiana. Ud. me aconseja que muestre moderación por el favor que me ha hecho el Senado: mi respuesta es que para lo único que tengo que mostrar moderación es para no repetir de nuevo mi renuncia de Presidente titular, que es cuanto me queda de mi madre patria. Ruego a Ud. que presente mi anterior renuncia al Congreso y voy a escribir a todo el mundo, acusando a Ud. de que la ha ocultado contra mi voluntad. No la repito ahora porque quiero que sea la misma renuncia del año pasado, a fin de que nadie crea que es efecto de resentimiento, por la bondad con que me ha tratado la sabiduría del Senado, a instancia de mi querido amigo el poder ejecutivo".

estaba en paz y que Santander mantenía la gran República en orden[405]. Afirmaba que deseaba renunciar a la presidencia y que, al terminar la guerra, como muchas veces lo dijo, se iría a Europa. No obstante, su ambición de gloria y de poder siempre fue más fuerte que sus deseos de retiro. Consideraba tener un papel consagrado a la independencia y a la forja de naciones. Sin él Colombia se iría a la ruina: "Aquí no hay más autoridad, ni más poder que el mío, yo soy el sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto"[406]. No supo prever el momento de ceder hasta que ya las columnas de su magna obra comenzaron a desplomarse.

La nueva ley del 28 de julio de 1824 despojaba a Bolívar de toda autoridad directa sobre los departamentos del Sur (Quito, Guayaquil, Azuay) y le inhibía del mando del ejército colombiano en Perú. En la práctica era privado de la presidencia de Colombia y solo quedaba a fines del año 24 como dictador del Perú.

El motivo del Congreso de Colombia para derogar los poderes de Bolívar era la oposición de algunos de sus miembros por la causa del Perú, país con el que se estaba en pleito de límites. Asimismo, el deseo de fortalecer el Poder Legislativo y la Constitución frente a la voluntad imperiosa de Bolívar, a quien se deseaba privar de los recursos y hombres del país para ir a liberar una tierra ajena. Finalmente, cosa que en algunas mentes ya venía maquinándose, se buscaba debilitar al Libertador y jugar al fracaso peruano para así desacreditarlo y sacar con más facilidad del poder.

---

405 En carta a Santander, el 10 de noviembre de 1824 escribía felicitándolo: "Sé, por todo el mundo, que Páez y todos los agentes del gobierno están muy sumisos a la ley y a la autoridad de Ud. es mucha dicha para el bien de la patria. Sin está sumisión Colombia sería Buenos Aires". Su distanciamiento e interés en la guerra peruana le hacía percibir una realidad distinta. El descontento contra Santander, las penurias en los Departamentos y las críticas hacia la centralidad de Bogotá eran manifiestas. El movimiento de La Cosiata en Venezuela le despertó de esta falsa creencia e impulsó, en unión con la situación general del país, su retorno en 1826.

406 Estas palabras fueron copiadas por Felipe Larrazábal en *Bolívar*, Vol. III, p. 183. En una comida en la casa de Páez en Valencia, el 7 de enero de 1827. Airado ante la presencia en la mesa del coronel Matías Escuté, antiguo realista ahora al servicio de Páez, y haberle faltado el respeto a su capellán el doctor Villarán, Bolívar le dice: "Está Ud. todavía, señor Escuté, con las manos tintas de sangre americana, pues acaba Ud. de salir de las filas españolas; ¿y se atreve Ud. a insultar a mi capellán y a faltarme el respeto a mí, que soy el Presidente de Colombia? Aquí no hay más autoridad ni más poder que el mío, yo soy el sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto". Si bien las palabras no cuentan con respaldo documental y forman parte de la prosa de un tercero, sí reflejan el espíritu de Bolívar en aquellos años cuando el cielo era el límite.

Esta fue la razón de que Sucre comandara el ejército, no solo Unido Libertador sino de Colombia, en Ayacucho y el Alto Perú. Por oficio de Tomás Heres era informado el 25 de octubre:

> S. E. el Libertador me manda a decir a Ud. que la nueva orden del Congreso con esta fecha que se incluye… le obligan a dejar el mando inmediato del ejército de Colombia, no porque sea esta la orden expresa del Gobierno y la mente del Congreso, sino porque S.E. cree que el ejército de Colombia a las órdenes de Ud. no sufrirá ni el más leve daño o perjuicio por esta medida, y porque S.E. desea además manifestar al mundo su más grande anhelo por desprenderse de todo poder público, y aun de aquel mismo que, por decirlo así, compone la parte más tierna de su corazón: el ejército de Colombia[407].

Al recibir la noticia Sucre y los demás oficiales del ejército colombiano en Perú emitieron un comunicado desde Pichirgua donde lo invitaban a meditar su decisión: "revoque (o por lo menos suspenda hasta elevar nuestros reclamos al Congreso) su resolución del 24 de octubre"[408]. Al final el dictamen fue irrevocable y Sucre debió asumir la jefatura militar total. Bolívar estaba resuelto ir a Lima para gobernar y abrir El Callao a los tan esperados refuerzos.

En su marcha de Huancayo a Chancay[409] (octubre- diciembre) el Libertador emitió una serie de disposiciones y decretos como nombrar al pueblo de Reyes "Heroica Villa de Junín", restablecer los tres Ministerios de Estado del Perú y recomendar a Sucre esperar los refuerzos antes de dar batalla. Sin embargo, el 4 de noviembre recibió la infausta derrota del coronel Luis Urdaneta en Bellavista[410]. De inmediato, ordena a Santa Cruz, que se ocupaba de reorganizar los restos de las columnas que

---

407 Daniel Florencio O´Leary, *Memorias…, op. cit.,* Tomo XXII, p. 525.

408 *Ibid*., p. 544.

409 Ciudad ubicada a 78 km al norte de Lima

410 El combate de Bellavista (El Callao) ocurrió el 3 de noviembre de 1824 entre las fuerzas de Luis Urdaneta y el comandante realista Isidro Alaix. Urdaneta, creyendo sorprender una partida enemiga fuera de la fortaleza, hizo avanzar su división por Lima. El propósito verdadero de Alaix era atraer a Urdaneta a una emboscada y atacar con su caballería e infantería; así lo hizo y las tropas Urdaneta resultaron perseguidas y sableadas hasta las propias calles de Lima. Bolívar ordenó la dimisión de Urdaneta y colocó en su lugar al coronel peruano Francisco de Vidal. Luis Urdaneta con 1.100 hombres había ocupado Lima sin resistencia tras la victoria de Junín. Los realistas se habían concentrado en la fortaleza de El Callao y dejaron solo un regimiento de caballería en Bellavista. El coronel Urdaneta tenía orden de no dar combate y buscar solo recursos en la costa.

maniobraban en El Callao, emprender operaciones sobre aquel lugar y fusilar a todos los oficiales y soldados que abandonaron sus puestos en el combate del 3 de noviembre:

> El coronel Urdaneta, con 2.000 malos hombres, entró el tres de este mes en Lima, y con menos de 300 hombres fue derrotado. Yo llegué al otro día y estoy reorganizando una división para tomar a Lima y bloquear El Callao; en todo este mes estará corriente y entraré en Lima[411].

Así se mantuvo el Libertador el mes de noviembre, en continuo envío de instrucciones desde Chancay para ofrecer apoyo militar al ejército de Sucre en el sur[412]. El 7 de diciembre entraría en Lima, aclamado por la población y resuelto a tomar El Callao.

El general Sucre, con la jefatura militar máxima, comenzó labores de reconocimiento con espías por toda la zona del Apurímac. Solicitó al prefecto de Huamanga requisar 4.000 reses, entregar 10.000 camisas "por décimas partes" a medida que estén hechas, 6.000 pares de zapatos, 1.000 fornituras, 2.000 morriones y 600 morrales. El ejército quedó con Córdova a la vanguardia, La Mar en el centro y Lara en la retaguardia. Sus informantes le habían advertido de que las fatigadas tropas de Valdés se dirigían de La Lava al Cuzco, donde también iba Canterac con lo que quedaba de su ejército:

> Según todos los partes, la posición del ejército español es: Valdez con los batallones Castro, Victoria y Centro en Agcha (sic) y con un escuadrón de Bedoya y el San Carlos; Canterac con algunos cuerpos en Paruro; en Cuzco unos cuatro batallones y la guardia. El Virrey recorre todo pero no parece que haya venido a Agcha[413].

Pedía entonces consejos a Bolívar para actuar con el acuerdo de este: "siempre someteré con gusto mi opinión, a la experiencia de U. en la

411 Simón Bolívar, "Carta a Santander. 10 de noviembre de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. II, pp. 38-41. Extensa carta donde narra Bolívar lo que ha sido la Campaña desde Junín hasta la fecha de emisión.

412 Al general Gutiérrez de la Fuente manda cortar los puentes y destruir los caminos que sirvan a los españoles de vía para ir a la costa. Por informes de Sucre se tomaba que el enemigo buscaría el litoral para ir sobre Lima.

413 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 26 de octubre de 1824", *Memorias…, op. cit.*, Tomo I, p. 187. El poblado mencionado es Accha, ubicada en la actual Provincia de Paruro a unos 57 km del Cuzco.

guerra"[414]. El Libertador entonces sugirió que el ejército se acantonase en Andahuaylas; Sucre disentía por considerar que allí se consumirían en dos meses todos los recursos. Consideraba que en Mamará se ahorraría lo consumido en Andahuaylas y se mantendría al enemigo en amenaza constante e incluso podría dar oportunidad de tomar el Cuzco. Al final decidió secundar la orden de Bolívar de mantener la observación del enemigo sobre el Apurímac. Manda que la infantería colombiana se sitúe entre Circa y Lambrama; toda la caballería detrás de Circa con pastos y granos de las haciendas locales. De esta forma, el ejército se mantuvo sobre las riberas del río Pachachaca, afluente del Apurímac.

El batallón Número 1, ocupado junto al Escuadrón de Los Andes de hostigar al enemigo, resultó enviado a Nahuinlla; la Legión Peruana y el batallón Número 2 a Lichivilca, seguros tras el río Chuquibamba que era invadeable en aquellos meses de fuertes lluvias. El batallón Número 3 a Larata a proteger el flanco descubierto en el paso de Corpa. Esperaba Sucre con esta distribución ofrecer seguridad a su posición y mantener, al mismo tiempo, una actitud preventiva frente al enemigo.

La pregunta que hacía Sucre a Bolívar era cuándo sería el momento de atacar: "Es la cuestión más importante de la campaña si debemos o no pasar el Apurímac. A U. solo toca resolverla; yo someteré mis deseos a la opinión y a las órdenes de U. por más que anhele ir adelante"[415]. Al final, ante la no proximidad de los realistas por los sitios previstos[416], aceptó la instrucción del Libertador de acantonar el ejército en Andahuaylas para allí equipar y rehacerlo en vistas a una próxima campaña a inicios de 1825.

Antes de este movimiento Sucre planeaba avanzar hasta Mamara para buscar a los realistas y batirlos en una batalla decisiva. Tenía la certeza de que su tropa, si bien menor en número[417], tenía una mejor moral y un alto espíritu para el combate. Quería explotar el éxito de

414 *Ibid.*, "Carta de Sucre a Bolívar. 24 de octubre de 1824", p. 184.

415 *Ibid.*, p. 186.

416 Antes de marcha a Andahuaylas, Sucre formó su ejército a inicios de noviembre en forma de triángulo para aguardar a los realistas en terreno ventajoso. La caballería y la Tercera División con el general Lara en Casinchihua; Sucre con la Primera División se quedó en Pichirgua; la Segunda División con La Mar en Chalhuani. Sin embargo, el ejército del virrey no marchó hacia ese punto si no tomó rumbo a Pampachiri, a unos 180 km al suroeste de Pichirgua.

417 Para el 7 de noviembre de 1824 Sucre contabilizó su ejército en 5.400 infantes y 1.100 caballos. Los realistas rondaban los 8 mil hombres.

Junín y aprovechar el momento de crisis anímica y militar que atravesaba el bando español:

> Si U. hubiera estado en el ejército, la operación más natural, más en orden y más provechosa era haber marchado a Mamara y buscar al enemigo en cualquier parte; pero yo no soy ni puedo ser jamás tan resuelto como U., mucho menos en este caso que no convenía con las opiniones de U. tan repetidas de venir a Andahuaylas[418].

En paralelo a los movimientos de Sucre, el virrey, reunido con las fuerzas de Valdés y Canterac, decidió pasar a la ofensiva. A fines de septiembre La Serna inició en Cuzco la organización del ejército realista, llamado Ejército de Operaciones del Perú, compuesto de tres divisiones de infantería y una de caballería. El brigadier García Camba cifró esta fuerza en 10.000 hombres[419], 1.600 caballos y 14 piezas de artillería a lomo. El 3 de octubre, el general Valdés ocupó el pueblo de Accha con la vanguardia y Monet con unos batallones el de Paruro. La caballería se quedó cerca de Cuzco, donde había abundante forraje. Durante las primeras semanas de octubre los monárquicos se dedicaron al adiestramiento y disciplina, a maniobrar en casos concretos de ataque.

El 22 de octubre, reunido en pleno el ejército real en Accha, La Serna ordenó cruzar el Apurímac para tomar una dirección entre la cordillera occidental y el camino de Cuzco a Lima:

> La idea de buscar el flanco derecho de los contrarios, amenazando al mismo tiempo sus comunicaciones con el norte, base de sus operaciones, se estimaba bien calculada, y esta dirección además ofrecía la esperanza de hallar recursos de subsistencia, de que no sería tan fácil proveerse marchando de frente al enemigo por un país que sufría la ocupación de los independientes y había servido de paso al ejército de Canterac en su retirada[420].

El virrey se empeñó en esta estrategia a pesar de la estación de lluvia, lo difícil de la geografía y la crecida de ríos.

418 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 7 de noviembre de 1824", *Memorias…, op. cit.*, p. 192.
419 O'Connor las calculó en 12.600 hombres.
420 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas…, op. cit.*, p. 217.

Estaba en juego su reputación, el destino monárquico del Perú y la permanencia en el cargo. Tenía dos enemigos que vencer, Sucre, que amenazaba con llevar la guerra a lo que quedaba de las fronteras realistas, y Olañeta, que en el Alto Perú solo había dado una tregua, pero no una rendición. La prioridad de La Serna era revertir con una victoria aplastante la derrota de Junín, que tanto daño había causado entre sus huestes, y colocar en retirada hasta el norte o más allá a las fuerzas de Bolívar. Volver, en suma, a una situación igual o mejor a la obtenida a inicios de 1824. No debía alargar el combate con Sucre, ahora que tenía la ventaja numérica; dar más tiempo significaba que el enemigo podía agrandar su fuerza con los refuerzos que esperaba y voltear así la balanza.

El ejército realista continuó entonces marcha por la izquierda del Apurímac; siguió por Parcos, Pacomarca, Colcamarca, Quiñota, Haquira y los altos de Mamara, donde llegó el 31 de octubre. El 1.º de noviembre sorprendieron al general Miller, que se hallaba con el ingeniero Althaus en labores de reconocimiento; casi fue apresado el inglés[421]. No obstante, en ese encuentro los realistas se hicieron con el equipaje de Sucre, cuyas pertenencias fueron dadas a la tropa, incluyendo su uniforme, entregado a un tambor mayor del batallón Gerona. Algunas cartas también fueron halladas por lo que conoció el estado de las fuerzas patriotas y los planes que hasta ese momento tenía el joven general.

Al conocer la superioridad de su ejército y la eventual reconcentración patriota en Andahuaylas, el virrey prosiguió su marcha de flanco por Antilla, Chalhuanca, Sañayca, Pampachiri, hasta Rajay-Rajay. Allí acampó, según García Camba, e hizo ir la vanguardia hasta el camino de Huamanga el 18 de noviembre. En este punto menciona el oficial español:

> …se supo con alguna sorpresa y no poco disgusto que el ejército independiente quedaba á retaguardia y todavía al sur del río Pampas. Inútil era por entonces la ventaja de que el ejército real contase de su parte la mayor movilidad, y no se acertaba a qué atribuir tanta lentitud en los adversarios[422].

421 Este ataque fue en Chuquibambilla. Allí dos compañías de Cazadores realistas y montoneros indígenas mandados por Valdés sorprendieron a los patriotas y terminaron apresando al coronel alemán Althaus, quien realizaba labores cartográficas.

422 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 219. La lentitud de la que habla García Camba, como se expuso, estuvo motivada a que Sucre esperó 10 días para

Ordenó entonces La Serna retroceder sobre el Pampas y situarse en el vado de la Concepción.

Por otro lado, Sucre, informado por Miller de los movimientos del virrey, no mostró sorpresa y confiaba en la posición territorial que había ocupado a inicios de noviembre como la más segura. En Pichirgua escribió a Bolívar:

> Tenemos una gran lomada a nuestra espalda muy ventajosa para nuestra infantería, y en que la caballería hará también algo. Si los enemigos se cargan por Chalhuanca a nuestro flanco derecho, pienso buscarlos, porque es lo único que podemos hacer, lo mejor: aunque el terreno es quebrado, excusaré cualquiera posición, y les presentaré un combate en cualquiera otra parte[423].

Sin embargo, se lamentaba de haber extendido el ejército entre varias sin poder enfrentar en conjunto a los realistas[424].

El virrey continuó movimiento para tratar de sorprender la retaguardia patriota y avanzar a Jauja[425]. Los monárquicos marchaban casi en paralelo en espera del terreno ideal para atacar e interponerse, a decir de Valdés, entre Sucre y los esperados refuerzos colombianos. El 23 de noviembre pernoctaron los realistas en Pucamarca, el 24 en Vilcashuaman, el 25 en Cochas y el 26 en los altos de Carhuanca con el propósito de pasar el Pampas por este sitio, flanquear los altos de Bombón y encerrar a Sucre entre dos fuerzas españolas. No obstante, aquel general había

---

salir hacia Andahuaylas. Cuando La Serna llegó a Huamanga Sucre estaba en Pichirgua, a unos 408 km al sureste.

423 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 7 de noviembre de 1824", *Memorias…, op. cit.*, p. 192.

424 Aquí escribió con algo de ironía a Bolívar: "Está bien castigada mi culpa cuando he acantonado las divisiones separadamente, distrayéndome de los consejos de un viejo militar y de un buen amigo, que tan recientemente me ha escrito sobre esto" (Daniel Florencio O´Leary, *Memorias…, op. cit.*, p. 192. No obstante, Sucre veía que la colocación del ejército no le ponía en peligro. La ventaja de la posición de Sucre fue también afirmada por García Camba: "La posición de los contrarios, verdaderamente inexpugnable por aquel frente con un caudaloso río a la espalda del que osara atacarla. No pudiendo dejar de estimarse temeraria la idea de empeñar una acción con tan notorias desventajas, preciso era desandar una porción de camino hecho, y procurar acercarse al enemigo por menos aventurada dirección" (*Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, p. 220).

425 Escribía Sucre a Bolívar el 13 de noviembre sobre esta intención de La Serna: "Para allá le van los godos que parece que no quieren guerra conmigo; U. extrañará una marcha y una operación tan loca como desesperada. Yo no comprendo sino que los enemigos tratan de ir a Jauja porque ellos saben lo que es costa y lo que es Lima" (V. Daniel Florencio O´Leary, *Memorias…, op. cit.* p. 196).

cruzado el Pampas la anoche del 30 de noviembre y estaba a tres leguas de distancia[426]. En la mañana, cuando el virrey llegó al desfiladero contrario al vado de Carhuanca para cerrar la salida, Sucre tenía 5 horas de marcha por la ribera izquierda. Así quedó frustrado el plan.

Al final, escribió el propio García Camba, las marchas del ejército realista sin ningún resultado concreto comenzaron a ser cuestionadas dentro de las propias filas españolas:

> Estas marchas y contramarchas, pudiera decirse perdidas, dieron ocasión à varias conversaciones en el ejército español, en las que manifestaban ahora algunos su disgusto por no haberse buscado directamente al enemigo, después de vadeado el Apurímac, y haber iniciado también su movimiento retrógrado, porque, decían los que así pensaban, su retirada equivalía a una declaración de superioridad por nuestra parte, que debía producir en la opinión de los pueblos un conveniente y favorable efecto, además de mantener siempre expedita la comunicación directa con el Cuzco, asunto de la mayor importancia. Si por este sistema se lograba recuperar el todo o la mayor parte del territorio perdido por la retirada del ejército del Norte podía equipararse con una batalla ganada por las armas españolas, opinión a la verdad muy respetable y que no carecía de partidarios, y cuya solidez ahora parecía más palpable[427].

El ejército del virrey había recorrido tres veces más distancia que las fuerzas de Sucre sin alcanzar el objetivo: cortar la retirada a los independientes y obligarlos a dar batalla desventajosa en empeño de restablecer comunicaciones.

Sucre prosiguió su retirada al norte. El 1.º de diciembre llegó a la aldea de Matará, situada en una hondonada rodeada de lomas altas. Al día siguiente, los realistas se presentaron sobre la retaguardia patriota en los altos de Pomacahuanca[428]. La situación para Sucre empeoraba, pues era acechado constantemente. En movimiento arriesgado se formó en

---

426 El objetivo para el jefe del Ejército Libertador Unido era llegar a Huamanga, donde le esperaban adictos a la causa y recursos. Asimismo, a traer a La Serna a una posición donde dar batalla. Sucre había avanzado hacia el norte en demanda del ejército enemigo. El 18 de noviembre salió de Andahuaylas; el 20 estaba en Uripa, en la margen derecha del río Pampas. El día 24 los realistas avanzaron río arriba hasta el vado de Carhuanca. Sucre aprovechó entonces este avance para bajar el Pampas hasta Bombón y pasar a la ribera izquierda. Burló así la trampa envolvente de Valdés.

427 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 220.

428 Conocido también como cerros de Ocros.

batalla en terreno poco provechoso. Hizo formar sobre el declive del Pomacahuanca una pieza de artillería en los flancos y la caballería detrás de las divisiones de infantería. Sin embargo, para sorpresa suya y de sus oficiales, el enemigo no bajó a la carga: "Peor posición que la nuestra en ese momento no podía encontrarse"[429]. El general Valdés tenía otra táctica oculta en reemplazo a la fallida en el río Pampas. Los realistas continuaron camino por la costa de la loma.

Sin víveres ni recursos con que mantener su ejército Sucre abandona Matara con dirección a Huamanga. Envió al teniente coronel Bustamante a reconocer el movimiento enemigo, pero fue capturado. El 3 de diciembre siguió entonces por la quebrada de Corpahuaico, que corta el camino una legua del norte de Matará. Durante la marcha por esta ruta las divisiones de Córdova y La Mar pasaron sin compromiso pero cuando la de Lara, que estaba en la retaguardia[430], entraba a la quebrada, fue atacada sorpresivamente por cuatro compañías de granaderos de la división de Valdés. El desorden fue enorme. El batallón Rifles, que pudo coronar la loma opuesta del camino, perdió un tercio de hombres e incluso a uno de sus comandantes, el mayor Thomas Duchbury[431]. El general Miller, que reunió la caballería y municiones hacia el camino de Chonta, sostuvo en retirada con el Vargas y Vencedores fuego sostenido hasta contener a los realistas que bajaban por frente de la quebrada. El ataque inesperado costó a los independientes 300 bajas, la pérdida de uno de los dos cañones que tenían, el parque, más caballos y mulas de repuesto. No obstante, el daño fue menor del que pretendían causar los realistas. El propósito de Valdés era partir en dos el ejército independiente y dejar a Sucre solo con dos divisiones, sin artillería, caballería o pertrechos. Si hubiera logrado su

---

429 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 96. Guillermo Miller opinaría también: "tomamos una posición con un pequeño arroyo a su frente, pero bajo otros aspectos no muy ventajosa. El virrey como si estuviese resuelto a jugar a golpe seguro y persuadido que podría destruir sus contrarios sin arriesgar una acción general, no quiso atacarlos cuando le esperaban formados en batalla" (*Memorias…*, *op. cit.*, p. 326).

430 La división de Lara estaba conformada por los batallones Rifles, Vencedor y Vargas.

431 Escribía O'Connor: "Al pasar la lista, el batallón Rifles estaba en esqueleto; quinientos dos hombres dispersos, fuera de los muertos, defendiendo la retaguardia" (*Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 98). Según Miller este batallón apenas tenía 10 oficiales británicos. La mayoría había muerto por enfermedades o en batalla por lo que fueron reemplazados por indígenas, mulatos y criollos. Para 1824 quedaban unos pocos oficiales ingleses y voces de mando en ese idioma.

cometido[432] la campaña del Perú sería otra y Ayacucho solo el nombre de una pampa.

Sucre, privado ahora de recursos, se situó en la llanura de Tambo-Cangallo y dejó toda ventaja al virrey. No obstante, aquel prefirió ir hacia el norte para cortar la retirada a los vencidos. Sucre terminó por avanzar el día 6 hasta el pueblo de Quinua, a 37 km de Huamanga, y La Serna se colocó en Pacaycasa, posición formidable para su intención de anular el retroceso patriota al norte.

En este tiempo recibió Sucre una carta de Bolívar, redactada en Chancay el 26 de noviembre. En ella le instruía el Libertador de que si La Serna se iba a Ica Sucre debía seguirlo en dirección a Huarochirí sin cruzar la cordillera. Consideraba también necesario la creación de dos ejércitos, uno al sur con Sucre y otro al norte con él; Sucre operaría hasta la cordillera y Bolívar sobre la costa. Sin embargo, lo más resaltante de la carta era que daba completa libertad de acción a Sucre: "En fin, querido general, Ud. está autorizado para hacer lo que mejor le parezca; y esta autorización no recibe ni modificación ni restricción alguna"[433]. La venia de Bolívar para actuar de la forma que creyese conveniente era muy importante para él, pues no entraba en conflicto con los intereses de su mentor. Esto lo reconoce el propio Sucre tras vencer en Ayacucho:

> La orden que me trajo Medina para poder librar una batalla me ha sacado de apuros, pues en la retirada de las inmediaciones del Cuzco hasta Huamanga al frente del enemigo y teniendo que presentar un combate cada día, he sufrido mucho, mucho mi espíritu, he tenido mucho que pensar, y ha padecido mi cabeza más que demasiado[434].

432 Valdés no pudo cristalizar su plan porque el grueso del ejército realista no se reunió a tiempo con su división de vanguardia. No atacó con toda la fuerza requerida. La llegada de la noche y la habilidad de Miller en sacar por Chonta la reserva patriota también fue importante. Esto lo reconoce García Camba: "La bien dirigida resistencia que los independientes mostraron en el mencionado choque, y el orden y parsimonia con que llevaban su retirada, advertían la prudencia y el arte que era preciso emplear para abordarlos con esperanza de buen éxito y más sobre un teatro que a cada paso presentaba las más fuertes posiciones naturales" (*Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, p. 225).

433 Simón Bolívar, "Carta de Bolívar a Sucre. 26 de noviembre de 1824", *Obras…*, *op. cit.*, Vol. II, p. 49.

434 Daniel Florencio O´Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 10 de diciembre de 1824", *Memorias…*, *op. cit.*, Tomo I, p. 198.

Las marchas constantes de su ejército terminaban con esta autorización. Sucre, para esos días, estaba sujeto al dilema de sucumbir por falta de recursos y movilidad o dar combate. La orden resolvía este conflicto.

El virrey, por otro lado, estaba resuelto a seguir con su táctica de cortar la retirada y en el proceso ir desgastando a los republicanos en continuas marchas. No obstante, el cansancio, la falta de recursos, las lluvias y los caminos abruptos también se hicieron sentir en su ejército:

> Los realistas evitaban cuanto podían entrar en pueblos y procuraban mantenerse en las orillas de las montañas; de forma que en su marcha desde el Cuzco hasta cerca de Huamanga, fueron siempre de posición en posición. Las dificultades que tuvieron que vencer y los padecimientos que experimentaron pueden calcularse por lo que se ha dicho de los patriotas al atravesar los Andes a su salida de Huaraz[435].

Para evitar las deserciones acampaban en las columnas y colocaban círculos de centinelas. Los soldados no podían dejar nunca la línea. Esta era una de las razones, según Miller, de que el virrey nunca mandase partidas en busca de ganado, pues en estas comisiones solían desertar muchos. El resultado final fue que el ejército realista comenzó a quedar limitado de alimento y para el día 3 ya consumía carne de caballo, mula y borrico.

El día 8, La Serna, proveniente de Huamanguilla, se situó en las faldas del cerro Condorcunca, que cierra por el oriente la meseta de Ayacucho donde acampaba Sucre. En este punto, escribió O'Connor:

> Apenas acabó el ejército español de situarse en la cumbre del Condorcunca, cuando empezó a saludarnos con su artillería y avanzaron sus guerrillas sobre nuestro campo. Sus tiros de artillería no nos incomodaban, porque eran tiros fijantes y pasaban por encima de nuestro campo…Entretanto, las guerrillas españolas venían ganando terreno a las nuestras, mandadas por el teniente coronel Rafael Cuervo, y yo me puse impaciente. Me dirigí así al punto en donde se hallaba colocada nuestra única pieza de artillería, haciendo tiros a la ventura…Me bajé de mi caballo y apunté el cañón a una columna de la división de Villalobos, que venía bajando de los altos a apoyar sus guerrillas, y, cosa admirable, la bala que dirigí pasó de la cabecera

435 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 327.

hasta la retaguardia de toda la columna enemiga… Inmediatamente hice dirigir el cañón hacia la izquierda, y apunté a otra columna realista, que venía también apoyar sus guerrillas. La misma brecha abrió esta última bala que la primera[436].

Este relato está secundado en parte por el de Miller:

En la tarde del 8, salió el virrey de Huamanguilla y ocupó con todas sus fuerzas las alturas de Condorcunca; precisamente fuera del tiro de cañón del campamento de los independientes. Dos horas antes de ponerse el sol, descendió de la altura un batallón de tropas ligeras de los realistas y se extendió en guerrilla al pie de ella. Otro batallón de infantería ligera de los patriotas desplegó contra él: ataques serios y algunas escaramuzas tuvieron lugar en el orden abierto en que maniobraban[437].

Estos fuegos continuaron todo el día 8. Sucre pretendía con esto evitar que los realistas descendieran en Condorcunca de noche y atacaran sus posiciones en la llanura. Ordenó que Córdova con dos batallones y una compañía se colocaran al pie de la montaña sobre las líneas enemigas. Las descargas de fuego, los ruidos de los combatientes, los toques y redobles de tambor causaron el efecto deseado y las fuerzas del virrey se mantuvieron sobre sus líneas.

Al amanecer el combate era inevitable. Los independientes estaban en desventaja al tener menos soldados, 5.780 contra 9.310 realistas[438], y una sola pieza de artillería. Sin embargo, esa mañana soleada, jueves 9 de diciembre de 1824, se jugaba el destino del Perú y el de las propias naciones que habían expulsado el poder español de sus fronteras.

Ayacucho, palabra que en idioma quechua significa "rincón de los muertos" es una pampa o llanura, situada a 3,396 metros sobre el nivel de mar e inmediata al poblado de Quinua[439]. La pampa posee una extensión de 1.000 metros de largo y 600 metros de ancho. Su paisaje es de pasto corto y pequeños arbustos. En sus extremos norte y sur está cerrada

436 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 102.

437 Guillermo Miller, *Memorias…*, *op. cit.*, p. 329.

438 Según Valdés la cifra de los realistas era de 6.906 hombres.

439 La distancia entre la población de Quinua y la pampa de Ayacucho es de 1 km y 37 km de Huamanga, actual ciudad Ayacucho. La pampa de Ayacucho también es conocida como pampa de Quinua.

por dos quebradas[440] que, según consideraciones de los jefes realistas y republicanos, eran imprácticas para el movimiento de tropas[441]. Entre ambas fuerzas había un espacio de unos 250 metros donde la llanura se une al Condorcunca en una pendiente[442], posterior a un barranco o quebradilla que la atraviesa. Ayacucho, entonces, es una pampa ubicada al pie del cerro Condorcunca, "cuello de cóndor" en quechua, que tiene una altitud de 4.231 metros. A la derecha se encuentra el cerro Apu Amaru (gran serpiente), el cual posee una flora diversa con plantas de llantén, trébol silvestre, salvia, pinco pinco e icchu. La fauna de la zona se compone de aves como la perdiz andina, el lique lique, el piuquén, la huallata o el ganso andino. El clima varía entre templado y frío[443].

En 1980, durante el gobierno de Fernando Belaúnde Terry, adquirió por Decreto Supremo N.º 119-80-AA el nombre de "Santuario Histórico de la Pampa de Ayacucho". Este patrimonio nacional del Perú abarca una superficie de 300 hectáreas y es visitado anualmente por turistas nacionales e internacionales. El 9 de diciembre de 1974, sesquicentenario de la batalla, se inauguró un obelisco de mármol de 44 metros de alto[444]. La obra fue hecha por el escultor español Aurelio Bernandino Arias tras ganar el concurso correspondiente en 1968[445]. El monumento tiene a su frente las esculturas de los comandantes patriotas en la batalla: Sucre en el centro; a su derecha La Mar y Córdova; a su izquierda Gamarra, Lara y Miller; encima de estos el rostro de perfil del Libertador en forma de medallón; debajo de las esculturas la inscripción "La Nación a los Vencedores de Ayacucho"[446], más abajo los escudos de

440 En la época de lluvias (noviembre-marzo) bajan por estas quebradas algunos arroyos desde lo alto de Condorcunca.

441 La profundidad de la quebrada que cierra la pampa al sur (derecha de Sucre en la batalla) imposibilita el flaqueo por esa zona. Solo era posible flanquear, con gran rodeo y atravesando la quebrada menos profunda del norte, la izquierda patriota.

442 De esa forma, los realistas solo contaban con 250 metros de ancho para atacar a los patriotas.

443 En el pueblo cercano de Quinua la temperatura, en el trascurso del año, usualmente varía de 5 °C a 19 °C y en pocas ocasiones baja a menos de 3 °C o sube a más de 22 °C.

444 El número hace referencia a los 44 años que van desde la revolución de Túpac Amaru en 1780 hasta el año de la batalla en 1824.

445 Bolívar proyectó la creación de un monumento a "La Libertad" en 1825 para homenajear a los vencedores de Ayacucho; no obstante, tal monumento a "La Libertad" no fue erigido hasta 1897. En 1974 fue sustituido por el obelisco actual.

446 También se encuentra la inscripción: "Se construyó este monumento siendo presidente de la República el Gral. Div. E.P Juan Velasco Alvarado y Primer Ministro y Ministro de Guerra el Gral. Div. E.P Edgardo Mercado Jarrín". El general Velasco Alvarado gobernó el Perú entre 1968 a 1975. Su llegada al poder fue mediante un golpe de Estado de las Fuerzas Armadas

los países de suramericanos. En la parte posterior hay un bajorrelieve de 10 metros con una escena de la batalla y a los costados dos ángeles pregonando la Gloria de Ayacucho. Dentro del obelisco hay un museo, abierto de martes a domingo, con un mirador. Unos metros más adelante del monumento se encuentra una estatua ecuestre del general Sucre. Todos los años el gobierno peruano realiza en el lugar escenificaciones de la batalla.

El día de 9 de diciembre de 1824 inició con el toque de varias diana al alba[447]. El ejército de Sucre, que había pasado la fría noche a campo raso, comenzó a sentir el calor del sol sobre sus entumecidos cuerpos. Las unidades militares fueron inspeccionadas y después formaron pabellones para disponerse a desayunar. Fue la última comida y amanecer para 2.000 hombres.

La composición de Ejército Unido Libertador ese día era:

- Comandante en Jefe: general de división Antonio José de Sucre.
- Jefe de Estado Mayor: general de brigada Agustín Gamarra.
- Segundo Jefe de Estado Mayor: coronel Francis Burdett O'Connor.
- Ayudante de Estado Mayor: coronel Manuel Antonio López.
- 1.ª División de Colombia: general Jacinto Lara.

Rifles, coronel Arthur Sandes. Vencedor, coronel Ignacio Luque. Vargas, teniente coronel José Trinidad Morán. Total: 1.600 hombres.

- 2.ª División de Colombia: general José María Córdova.

Bogotá, coronel León Galindo. Voltígeros, coronel Pedro Guash. Pichincha, coronel José Leal. Caracas, comandante Manuel León. Total: 2.100 hombres.

- División Peruana: gran mariscal José de la Mar.

Legión Peruana, coronel José María Plaza. Batallón de Línea N.º 1, coronel Francisco de Paula Otero. Batallón de Línea Nº 2, comandante

contra el presidente Belaúnde Terry, el cual dio inicio al Gobierno Revolucionario de la Fuerza Armada. Velasco mostró simpatía por la izquierda y promovió una serie de reformas sociales que aún hoy son discutidas. En 1975 abandonó el poder tras un pronunciamiento militar en Tacna. Fue reemplazado por el general Francisco Morales Bermúdez, el cual gobernó entre 1975 a 1980. Ante el desprestigio del gobierno militar se convocó a una Asamblea Constituyente en 1979 y a elecciones en 1980. El ganador de ese proceso electoral fue Belaúnde Terry, el mismo que había sido derrocado por Velasco y un sector de la Fuerza Armada en 1968.

447 Dice López que hubo más de 40 dianas escuchadas al unísono en aquella geografía. Menciona que la banda favorita del ejército era la del Vargas con "diestro personal y abundante repertorio".

Ramón González. Batallón de Línea N.º 3, comandante Miguel Benavides. Total: 1.380 hombres.

- División de Caballería: general William Miller.

Granaderos de Colombia, coronel Lucas Carvajal. Húsares de Colombia, coronel José Laurencio Silva. Húsares de Junín, teniente coronel Isidoro Suárez. Granaderos a Caballo de los Andes, teniente coronel José Félix Bogado. Total: 780 hombres.

- Artillería: 1 pieza[448].

La constitución americana de este ejército, según dato oficial, era: 4.500 colombianos, 1.200 peruanos y 80 argentinos[449].

El Ejército Realista del Perú se conformaba de la siguiente forma:

- Comandante en Jefe: virrey José de la Serna.
- Ayudante de Campo: general Antonio Vigil.
- Segundo Comandante y Jefe de Estado Mayor General: general José Canterac.
- Segundo Jefe de Estado Mayor: general José Carratalá.

División de Caballería: 2 escuadrones de Granaderos de la Guardia (Valentín Ferraz), 3 escuadrones de Húsares de Fernando VII (Felipe Fernández), 3 escuadrones de Dragones de la Unión (Ramón Gómez de Bedoya), 2 escuadrones de Dragones del Perú (Dionisio Marcilla), 1 escuadrón de San Carlos (Jerónimo Villagra) y 1 escuadrón de Alabarderos del Virrey[450].

- Comandante General: general Valentín Ferraz.
- Jefe de Estado Mayor: comandante Ramón Gascón.
- Jefe de la Primera Brigada: general Ramón Gómez Bedoya.
- Jefe de la Segunda Brigada: general Andrés García Camba.

---

448 Este cañón, único que quedó a los republicanos tras el combate de Corpahuaico, fue colocado en Ayacucho en las ruinas de la capilla de San Cristóbal que estaba entre la reserva de Lara y la división de Córdova. Esta edificación se observa en la pintura hecha por Teófila Aguirre en 1918. Este trabajo tuvo por base un plano de la batalla dibujado por un oficial del batallón colombiano del Voltígeros en 1824.

449 Presidencia de la República, *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX. La Independencia 1810-1830*, Tomo IV, p. 404. Había también algunos chilenos, así como británicos, alemanes y demás nacionalidades, pero el grueso del ejército era colombiano (Venezuela y Nueva Granada).

450 Guardia de Honor del Virrey del Perú. Fue creada por el virrey Antonio de Mendoza en el siglo XVI. Su propósito no solo era resguardar la vida de los virreyes sino cuidar el orden público.

División de Vanguardia: batallones Primer Imperial de Alejandro (Francisco Palomares), Castro (José Huguet), Centro (Felipe Rivero), Cantabria (Antonio Tur).

- Primer Comandante: general Gerónimo Valdés.
- Segundo Comandante: general Martin de Somocurcio.

Primera División: Segundo Batallón del Primer Regimiento de Cuzco (Francisco Villabase) y batallones Burgos (Juan A. Pardo), Guías (Joaquín Bolívar), Victoria (Manuel Sánchez) e Infante Don Carlos (Mariano Cucalón).

- Primer Comandante: general Juan Antonio Monet.
- Segundo Comandante: general Juan Antonio Pardo.

Segunda División: Primer y Segundo de Gerona (Domingo Echezarraga), Primer Batallón del Primer Regimiento de Cuzco (Joaquín Rubín de Celis), Segundo Batallón del Imperial de Alejandro (Domingo Alonso), Batallón Fernando VII (José Carratalá).

Primer Comandante: general Alejandro González Villalobos.

Artillería: 10 piezas: brigadier Fernando Cacho.

- Ingenieros Comandantes: brigadier Miguel Atero.

El Ejército Libertador Unido vestía uniformes, enviados desde Chile por O'Leary, pocos vistosos. El coronel Manuel Antonio López escribió:

> Consistía de casaca o *polonesa*, con variación de chaqueta, guarnecidos cuello y mangas de azul claro, verde o encarnado, según los cuerpos, y al través de la guarnición de las mangas un *marrueco* o cerradura de otro color, ojalada con tres botones; pantalón ancho de pliegue al frente y capote largo hasta la espinilla, todo de bayeta o de paño ordinario azul oscuro, más un duplicado de pantalones de género blanco… en la cabeza un morrión alto y pesado de vaqueta negra en forma de cono inverso con sus cordones blancos encarnados o verdes y *pompón* verde, celeste o encarnado, y una roseta tricolor o bicolor por escarapela y carrilleras escamadas de hojalata bruñida. Los sargentos y cabos, sin caponas, con su divisa al brazo bajo el capote. Los jinetes de chaqueta azul con alamares amarillos. Los jefes y oficiales sin más distinción que las presillas y el sombrero elástico o apuntado, este de hule negro con borla de oro y escarapela tricolor o bicornio, según que fuese colombiano o peruano; pero algunos jefes de caballería con alamares de hilo de plata. Raros galones, nada de bandas, bordados ni penachos; y en punto a charreteras, usábanlas únicamente los Generales, cuyos sombreros se distinguían por

una orla o cresta de pluma blanca[451].

A las ocho de la mañana el mariscal Monet cabalgó al campamento de Sucre y propuso al general Córdova que los combatientes, cuyos familiares estaban en el bando opuesto, fueran a darse un saludo antes de la batalla:

> El general Córdova le contestó que en su concepto no había inconveniente para ello y que sin duda el General en Jefe lo consentiría; y habiéndolo comunicado al general Sucre, este dio al punto el permiso para que pasasen a la línea cuantos quisiesen hablar a sus amigos e hízolo así con suma complacencia[452].

Muchos comandantes estaban vinculados por lazos de sangre o amistad con los realistas o viceversa, lo que muestra el carácter civil de la guerra peruana[453]. Media hora duraron los diálogos y saludos en terreno neutral entre hermanos, parientes o amigos que combatían en lados opuestos. Unos 50 hombres confraternizaron durante ese tiempo[454], incluso hubo un diálogo de varios minutos entre Córdova y Monet que ha dado pie a especulaciones. El historiador Salvador de Madariaga escribió: "Monet vino a negociar la capitulación antes de la batalla"[455], afirmación que sustenta con la actuación de la división de este general español durante la batalla. Lo único cierto fue que Sucre y La Serna toleraron la confraternización previa al combate y que, según López, Monet la usó para intimar algún arreglo, posiblemente con el acuerdo de otros oficiales realistas:

---

451 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos...*, *op. cit.*, pp. 148-149.

452 *Ibid.*, pp. 143-144.

453 El propio O'Connor al hablar del ejército monárquico en el Perú dijo: "De los 12.600 hombres de que se componía el ejército real, apenas los seiscientos de pico eran españoles, y todos los demás hijos del país, en armas contra la independencia y libertad de su propia patria" (*Un irlandés*..., *op. cit.*, p. 92).

454 La escena de este encuentro es descrita por López: "Muchas fueron sus parejas de llorosos, y no era para menos, pues aquellos abrazos podían ser adioses eternos entre hermanos y tiernos amigos, y aun yo mismo vi por última vez a mi joven padrino de conformación, el valiente Capitán de cazadores de Guías don Narciso García" (Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos*..., *op. cit.*, p. 145). No fueron los únicos, también los hermanos españoles Vicente y Antonio Tur. Vicente Tur había desertado del ejército realista y unido al peruano. Durante esa reunión de adioses relató López que ambos lloraron abrazados un gran rato. Vicente Tur, que era teniente coronel y miembro del Estado Mayor de Sucre, sobrevivió a la batalla y fijó residencia en Perú. Por otro lado, Antonio Tur también sobrevivió y regresó a España, donde continuó en la vida militar.

455 Salvador de Madariaga, *Bolívar*, Tomo II, p. 280.

> Monet propuso al primero, que antes de echar la bárbara suerte de la batalla viesen si no era posible entrar en alguna transacción que ahorrase la sangre que iba a derramarse; y Córdova le contestó que eso no solo era posible sino fácil, justo y racional, pues la cuestión quedaba terminada con que los jefes españoles reconociesen la independencia de América y regresasen pacíficamente a España si les convenía. A esto repuso Monet que tal cosa no era admisible ni expresión del juicio y la voluntad popular, como lo probaba el hecho de que el mismo punto de la independencia y del auxilio de Colombia dividía en opiniones a los peruanos; y que, como cuestión militar, considerase que ellos, los españoles, tenían fuerzas superiores a las nuestras, que nuestra posición estaba completamente dominada por su Ejército, y que no había posibilidad de que le resistiésemos[456].

Este deseo de evitar el combate reclama, más que un sentimiento de cobardía o de negociar una capitulación de antemano, el desánimo entre los mandos españoles en continuar una guerra lejana de España, sin apoyo material de la metrópoli, aislados y acechados al sur del Perú por Bolívar, los chilenos, los argentinos y el propio Olañeta. En este ejército había oficiales liberales que comulgaban con las ideas de conciliar con los americanos un arreglo para evitar la secesión. Eran superiores en número y tenían aún la adhesión de las poblaciones del sur, pero también se tenían como el último gran ejército de S. M. C Fernando VII en la América Meridional; no había más refuerzos, El Callao estaba sitiado, el área comprendida entre Tumbes a Huamanga en control de los independientes, el ánimo comprometido con el triunfo de Junín y la sedición de Olañeta, el agotamiento significativo con las continuas marchas y contramarchas en procura de Sucre meses antes. Asimismo, conocían que Bolívar diligenciaba refuerzos desde Colombia y que más temprano que tarde su poder numérico sería revertido.

La corona no enviaba dinero para sostener esta tropa ultramarina. Los últimos socorros remitidos al Perú desde la península fueron los hombres del batallón Cantabria en 1818. Por otro lado, la escuadra española en el Pacífico había sido reducida en 1820. Los desafíos del virrey La Serna eran muchos pero uno de los más graves era la

456 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos...*, *op. cit.*, p. 145.

disminución de peninsulares (menos del 10% del ejército), más preparados y disciplinados que los peruanos[457]. Al final, se recurrió al reclutamiento de indígenas, cholos e incluso esclavos libertos, cuya lealtad y disciplina eran endebles. Este era el panorama militar español para el día de la batalla; más allá de los números y el armamento, las fuerzas del virrey se hallaban divididas, aisladas, sin auxilio exterior, con deserciones constantes y soldados de frágil sentido del deber, ya fuera por estar reclutados o por las derrotas sufridas.

Después de Junín la situación de los realistas era más difícil que la de los independientes en términos de rendimiento:

> El estado de nuestro ejército era verdaderamente desconsolador. El del Norte había perdido mucho de su fuerza y entusiasmo, el del Sud, cansado con marchas y contramarchas penosas, pasadas de ochocientas leguas las que acababa de andar sin descanso, y desmembrado de muchos buenos jefes, oficiales y soldados en los diferentes sangrientos encuentros que había sostenido, pérdida sensible que no pudo reemplazarse sino con prisioneros de Olañeta y con reclutas tomados al paso e instruidos sobre la marcha, el ejército del Sud no era nada en aquella época[458].

Esta condición de agotamiento y merma, presente en ambos bandos –pues los independientes también estaban extenuados por tantos años de guerra– era más gravoso entre los monárquicos que encontraban su causa reducida en todo el continente e indiferente sus sacrificios ante la corte. La opinión en la península, alejada de la realidad americana, reclamó que la derrota en Ayacucho fue producto de la perfidia, sin tener en cuenta la crisis profunda de aquel ejército:

> La calidad de la tropa, compuesta en su mayor parte de prisioneros o pasados, que naturalmente debían desear el volver a sus antiguas filas, y que traidoramente asesinaron a sus jefes, de los cuales más perecieron al plomo de los soldados que mandaban que al de los que se encontraban a su frente en el campo enemigo; y el descuido del gobierno de Fernando

457 Entre la oficialidad española estaba Canterac, Valdés, Ferraz, Villalobos, Monet, Carratalá, García Camba, Joaquín Bolívar, Felipe Rivero, Espartero, Alaix, Rodil, Maroto, Rubín de Celis, Casariego, Mateo Ramírez, Gómez Bedoya, Juan Antonio Pardo, Dionisio Marcilla entre otros.

458 Exmilicianos de Madrid, *Vida militar y política de Espartero*, Tomo I, p. 48.

> VII, que abandonados a sus propias fuerzas dejó a aquellos militares, he aquí las causas de la pérdida del Perú[459].

Pero volvamos a la batalla. Al terminar la plática en zona neutral los componentes de ambas fuerzas procedieron a almorzar. En este punto, el coronel López señalaba:

> …el almuerzo no fue tan escaso como puede inferirse de algunos historiadores, y aun lo fue menos el de los realistas, quienes no es cierto que pocos días antes tuviesen que pelar a la carne de burro para alimentarse. Muchos de nuestros oficiales y soldados guardaron consigo una reserva de cancha, o maíz tostado en polvo, con hígado asado, para lo que pudiera suceder durante el día[460].

Al final de la comida los soldados realistas se uniformaron de parada[461] y se prepararon en el Condorcunca para la batalla.

A las diez de la mañana el general Monet volvió a bajar para avisar a Córdova que los realistas darían batalla. El momento esperado estaba por efectuarse en minutos. Atrás quedaban las duras marchas sobre ríos y montañas. El frenesí por entrar en batalla, tan importante para la guerra de liberación, era profundo en esas almas expectantes de acción: "Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros"[462]. Sucre, para insuflar más la euforia de sus hombres, arengó sobre su caballo castaño a cada uno de los batallones. El porte juvenil, sobrio y resuelto que su estampa desprendía más ánimo entre los soldados. El uniforme de este diestro comandante, encumbrado desde Pichincha, no era tan reluciente como el del virrey y sus oficiales. El mes anterior sus atuendos, incluyendo el traje de gala, fueron tomados en una refriega. López lo describió ese día, el más brillante de su vida militar: "Viste levita azul cerrada con una siempre hilera de botones dorados, sin banda ni medallas; pantalón

---

459 *Ibid*., p. 58.

460 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos*..., *op. cit*., pp. 147-148. García Camba sostuvo que el 3 de diciembre los realistas se alimentaban de carne de burro ante la negativa de enviar partidas en busca de ganado y evitar en estas labores deserciones.

461 Sobre la indumentaria enemiga el coronel Manuel Antonio López decía que era diversa, había piezas de color bermellón (Batallón Guías), verdes (Alabarderos del Virrey), azules (Imperial Alejandro) y blanco (Cantabria).

462 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos*..., *op. cit*., p. 143.

azul, charreteras de oro, espada al cinto"[463]. Iba acompañado de su secretario, el teniente coronel Juan Agustín Geraldino[464], y dos oficiales más.

El Ejército Unido Libertador se organizó en cuatro Divisiones: en el flanco izquierdo 1.600 hombres (Legión Peruana, batallones de Línea 1.º,2.º y 3.º) al mando del mariscal José de la Mar; en el centro una división de caballería (Húsares de Colombia, Granaderos de Colombia y Húsares de Junín[465]) bajo el general William Miller; en la reserva (Rifles, Vencedor y Vargas) 1.700 hombres dirigidos por el general Jacinto Lara; a la derecha 2.300 hombres (Caracas, Bogotá, Voltígeros, Pichincha) a las órdenes del general José María Córdova. Sucre ordenó mover cuatro escuadrones de caballería para hostigar al enemigo y acuartelar la única casa de la pampa, ubicada a su izquierda.

El Ejército Realista del Perú también estaba separado en cuatro Divisiones: el general Gerónimo Valdés en el flanco derecho con 3.000 hombres (Cantabria, 1.º Imperial Alejandro, Centro, Castro) y 6 cañones; en el centro la división de 2.000 hombres (Infante, Burgos, Guías, Victoria, 2.º del Cuzco) del general Monet; próximo a este se encontraba el general Ferraz con 1.200 jinetes; en el lado izquierdo el general Villalobos con 3.200 hombres (Gerona, 2.º Imperial de Alejandro, Fernando VII, 1.º de Cuzco) y 5 cañones.

El virrey, aprovechando la artillería y el número de sus hombres, ordenó a través de Canterac, segundo jefe del ejército, emprender la siguiente maniobra: 1. El general Valdés con cuatro batallones de la vanguardia, dos escuadrones de Húsares de Fernando VII y cuatro piezas de artillería debía iniciar movimiento sobre la izquierda republicana para desalojar un destacamento que estaba en una casa próxima y forzar aquel flanco. 2. El general Monet en el centro con cinco batallones debía descender a la pampa y secundar el ataque. 3. La división de Villalobos, con cinco batallones, fue distribuida con el Primer Regimiento de Cuzco, al mando de Rubín de Celis, sobre la quebrada sur, para proteger la

463 *Ibid.*, p. 153.

464 Geraldino nació en la Nueva Granada. Sirvió en el batallón realista Numancia y en 1820 se unió a San Martín. Se incorporó después el ejército de Colombia e hizo parte del Vargas. Ganó la confianza de Sucre y le sirvió de secretario el año 1824. Después vivió en Bolivia, donde murió en 1863.

465 Los Húsares de Junín eran la reserva de Miller.

artillería (siete piezas) que debía atacar la derecha de Sucre cuando Valdés hubiese logrado posicionarse en la izquierda. El batallón de Fernando VII debía quedar en la reserva de la cuesta, donde también estaría el Gerona. La caballería tenía por orden bajar a la pampa y formar a la retaguardia brigadas una detrás de otra. García Camba escribía: "el ataque debía principiar por la derecha, manteniéndose el resto de la línea en imponente expectativa, sino era atacada, hasta que la división de Valdés se hubiese toda empeñado con decisión"[466]. A las 10 iniciaron los movimientos realistas. El general Villalobos bajó con el Primer Regimiento de Cuzco para situarlo en la posición convenida:

> donde debía esperar a que las tropas descendieran a la indicada planicie y que las siete piezas de artillería, destinadas al ala izquierda, fuesen descargadas de las mulas, montadas y armadas para secundar el ataque cuando la derecha se hubiese decididamente empeñado[467].

El escuadrón San Carlos, dirigido por Manuel de la Canal, recibió la orden de secundar el movimiento de Valdés y proteger las guerrillas del centro a la izquierda.

Esta táctica fue advertida por Sucre que, con menos soldados, procuró impedir que los realistas tomaran la llanura de Ayacucho y le arrollaran. Debía compensar su inferioridad de fuerzas con un ataque sobre las unidades contrarias aun no desplegadas, mientras evitaba el desborde de Valdés por la izquierda. Ordenó entonces a la de La Mar reñir aquella posición, quien envió a los guerrilleros a contener el avance.

El general Valdés con el Batallón del Centro, al mando de Felipe Rivero, hizo retroceder a las guerrillas que ocupaban una casa por aquel sector. El uso de la artillería española por la izquierda de Sucre causó grandes estragos. Juan Basilio Cortegana, soldado peruano presente en la batalla, narró que la ofensiva de Valdés:

> …fue la primera que sobrepasando su orden lineal sobre la marcha que traía descendiendo del cerro la que como un torrente, se inclinó profundamente a flanquear la izquierda de los patriotas, obligó a varias compañías de guerrillas de éstos a replegarse sobre una casa que había

466 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, p. 254.
467 Cuando este oficial se refiere a la derecha española (Valdés) alude a la izquierda de Sucre y cuando habla de izquierda (Villalobos) señala la derecha de republicana. Imagine el lector que observa la batalla desde la posición realista.

> fuera del barranco con la mira de apoyarse en los fuegos de la división La Mar encargada de no consentir de modo alguno la superioridad de él y en cuyo empeño fue obstinado Valdés a fin de conseguirlo, sin embargo de la tenaz defensa que con encarnizamiento se hacía por la indicada división peruana[468].

El resultado fue un escenario de gran matanza que el propio Cortegana describió de "horroroso teatro de destrozo y muerte". La lucha en esta zona fue bastante difícil para los peruanos, que comenzaron a dispersarse tras la intensa acometida enemiga, cuestión que comprometía el flanco izquierdo de Sucre.

Sin embargo, a pesar de que todo parecía salir según lo planeado, los realistas comprometieron su táctica por un acto imprudente de Rubín de Celis. Dice García Camba:

> El Coronel Rubín de Celis, al oír estos primeros tiros, manifestó tener órdenes especiales para lanzarse a la carrera sobre el flanco derecho de los enemigos; observóle Villalobos que todavía no era tiempo: volvió aquel Jefe a referirse a las órdenes que directamente había recibido, añadiendo que se descargaba de la responsabilidad que le imponían si no se le permitía ejecutarlas: dejóle entonces obrar el General por respeto al nombre de Canterac, que invocaba; vínose al punto que ocupaba el segundo batallón del Imperial Alejandro, y Rubín de Celis, con un denuedo tan asombroso como inoportuno, se arrojó solo y del modo más temerario al ataque. Las guerrillas inmediatas siguieron ese ejemplo de extemporánea bizarría, y el enemigo, hasta entonces admirablemente inmóvil, se vio obligado a emplear la división Córdova, que cargó en columnas con firmeza y resolución a los atacantes, los cuales, aunque combatieron con extraordinaria bravura, abrumados por el número fueron completamente deshechos, quedando entre los muertos los dos jefes del batallón, cuyo resultado, tan rápido como terrible e inesperado, produjo grandísima sensación en el ejército real[469].

De esta forma se alteró toda la táctica preestablecida entre Canterac y el resto de generales una hora antes. La salida inesperada de este oficial en un momento cuando aún Valdés no tenía ganada la posición y cuando menos el ejército realista estaba desplegado, causó gran desastre en el batallón del Cuzco, que se enfrentó solo a dos divisiones de Córdova. Villalobos apoyó en vano con el 2.º Imperial de Alejandro. Rubín de

468 Apolonio Carrasco Limas, *Historia del Perú* de Juan Basilio Cortegana, p. 83.
469 *Ibid.*, pp. 234-235.

Celis terminó muerto en la acometida[470] y los cuerpos que fueron a secundarlo forzados a retroceder.

Sucre encontró en aquel precipitado movimiento enemigo una oportunidad de atacar con más fuerza por su centro:

> Observando que aún las mazas del centro no estaban en orden, y que el ataque de la izquierda se hallaba comprometido, mandé al señor general Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del señor general Miller…Nuestra maza de la derecha marcharon arma a discreción hasta cien pasos de la columnas enemigas[471].

Testimonio compartido también por el español García Camba:

> previno a ésta la continuación del ataque sobre nuestra izquierda débil y conmovida, y empleó parte de su caballería en auxiliar a la división Córdova, cargando y arrollando nuestras guerrillas, que el valiente escuadrón de San Carlos sostuvo hasta quedar casi todo en el campo de batalla[472].

Todo era caótico en el flanco izquierdo realista.

La división colombiana de Córdova avanzó con gran denuedo cuesta arriba del Condorcunca:

> Este bizarro general se desmontó de su caballo, se colocó a unas quince varas al frente de su división formada en dos columnas paralelas con la caballería en el claro y levantando su sombrero con la mano izquierda, dijo: "Adelante, paso de vencedores[473].

---

470 Manuel Antonio López también acusa de intrepidez la acción de Rubín de Celis: "Al moverse la división de Córdova los cazadores españoles redoblaron su fuego, especialmente a nuestra derecha, apoyados por el cuerpo del coronel Rubín de Celis, que intrépidamente rompió la ofensiva lanzándose contra el acribillado Bogotá" (*Recuerdos históricos*…, *op. cit*., p. 160). Lo que varía con García Camba es lo que produjo a Celis moverse. Para el realista los tiros de artillería de la división de Valdés y para López los movimientos de la división de Córdova. Lo único cierto fue que la acción dislocó la táctica trazada por los realistas. Por otro lado, Cortegana afirmaba que el movimiento de Rubín de Celis tenía por propósito llamar la atención de Sucre y evitar que los republicanos aglomeraran sus fuerzas contra Valdés.

471 Presidencia de la República, "Parte de la batalla de Ayacucho", *Las Fuerzas Armadas de Venezuela en el siglo XIX*. Vol. IV, p. 401.

472 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit*., p. 235.

473 Guillermo Miller, *Memorias*…, *op. cit*., p. 333. Córdova en carta a Sinforoso García señala: "yo marché a la francesa con seis columnas, cuatro de infantería y dos de caballería; digo a la francesa, porque hice llevar armas a discreción hasta medio tiro de pistola. Todo fue romper los fuegos y rechazar dos columnas de caballería y hacer pedazos con dos mil hombres a más de cinco mil que tenía a mi frente" (Citado por Roberto Botero Saldarriaga, *Córdova*, p. 355). En 1826 le escribía a Santander sobre un nuevo orden de columna que llama columna Ayacucho.

El Bogotá, el Voltígeros y el Pichincha avanzaron armas a discreción[474] hasta medio tiro de pistola[475]. El paso era indetenible, batallón tras batallón era doblegado. El 2.º Imperial de Alejandro quedó extinto e incluso murió su comandante, Juan Moraya. El escuadrón San Carlos fue arrollado por los Húsares de Colombia al mando de José Laurencio Silva. El batallón Guías, organizado en guerrillas, quedó disperso. Todos sucumbieron ante el choque contra las bayonetas colombianas.

Los seis cañones españoles fueron tomados sin disparar un solo tiro: "Los cazadores colombianos acosaron y afligieron a modo de irritado enjambre aquella brigada de artillería, regida por don Fernando Cacho, hasta estar rodeada de heridos y muertos más que de vivos"[476] Un gran fracaso para las fuerzas del virrey La Serna.

En este momento, el general Canterac ordenó a Monet, cuya división estaba intacta, atravesar el barranco[477] de su frente[478] para remediar la derrota española. Canterac, por otra parte, condujo el 1.º y 2.º de Gerona para apoyar el golpeado flanco izquierdo español.

Para contrarrestar este ataque, Sucre envió dos escuadrones de caballería y dos batallones de infantería para arremeter contra las fuerzas de Monet en el barranco:

> Dispuso que el resto de la caballería de Colombia y dos batallones de la división Lara la cargasen a todo trance antes de que acabara de pasar el barranco y a tiempo que la división Córdova llevaba por la izquierda lo mejor de la pelea. El choque con la división Monet, aunque no había llegado a formar en la orilla occidental del mencionado barranco, más que la primera brigada que mandaba D. Juan Antonio Pardo, fue horriblemente sangriento por ambas partes, recibiendo de la nuestra un leve balazo el mismo General y quedando muertos tres Jefes de cuerpo; pero arrollada esta brigada, la segunda no pudo acabar de cruzar el barranco sin desordenarse[479].

474 "Armas a discreción" es una voz de mando que significa hacer fuego sostenido sobre el objetivo que indique el oficial.

475 Medio tiro de pistola es una distancia entre 50 a 100 metros donde se abría fuego para lograr el mayor daño sobre el enemigo.

476 Manuel Antonio López, *Recuerdos históricos*..., *op. cit*., p. 162.

477 López menciona de Monet que secundó con cinco batallones y oblicuó sobre el barranco la acción de Canterac.

478 Este barranco o desigualdad separa la pampa de las faldas del Condorcunca. Su paso era comprometido. La caballería realista lo pasó de a uno.

479 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit*., pp. 235-236.

Para evitar la ruina de Monet, el general Valentín Ferraz avanzó con 500 caballos hacia el flanco derecho de los patriotas[480]. Sin embargo, no pudo revertir la situación ante las intensas descargas de los republicanos e incluso vio morir dos de sus caballos:

> indudablemente habría perecido si un soldado de su cuerpo llamado Vergara, natural de Chile, que habiendo sido prisionero pocos meses antes, había sido destinado a él con otros muchos, no hubiese tenido la generosidad de facilitarle el que montaba quedándose a pie[481].

Solo superaron los fuegos y lo escabroso del terreno dos escuadrones de la segunda brigada y uno del regimiento de la Guardia del teniente coronel Domingo Vidart. Estos tres escuadrones recibieron orden de cargar mientras los Lanceros de Colombia los aguardaban con lanzas enristradas.

> Esta novedad por segunda vez presentada, y sin que hubiese mediado tiempo y lugar bastante para meditarla y contrariarla, detuvo a nuestros soldados delante de sus engreídos adversarios y en medio del fuego de sus infantes y de nuestros dispersos allí comenzó sin embargo un combate encarnizado, aunque desigual, que acabó por dejar en el campo la mayor parte de los jinetes españoles, imposibilitando del todo la continuación del descenso de esta caballería. Al brigadier Camba, en el momento en que dirigía la carga del escuadrón reunido y formado de la brigada que mandaba, le mataron el caballo que montaba quedando al caer cogido de una pierna debajo del animal. Poco después de desembarazado de tan aflictiva situación le tomó en ancas del suyo el teniente coronel don Antonio García Oña, segundo ayudante de E. M. y le sacó de en medio de aquel espantoso cuadro al tiempo precisamente que la izquierda y centro de la línea estaban totalmente batidos[482].

El flanco izquierdo realista estaba en total colapso. El virrey La Serna fue a unirse al combate, en un intento desesperado de agrupar

480 La instrucción inicial para la caballería de Ferraz era actuar cuando el combate no se hubiese generalizado y proteger la infantería, cargando solo cuando fuera conveniente.

481 Estado Mayor del Ejército, *Biografía del excelentísimo señor teniente general Don Valentín Ferraz*, p. 89. El libro citado refiere que este indígena le dio a Ferraz en señal de agradecimiento media onza para que marcharse a España.

482 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 236. Cuando refiere a "Esta novedad por segunda vez presentada" aludía a que en Junín también se usó esta maniobra de lanza enristrada.

sus fuerzas, pero terminó herido y capturado por el sargento Pantaleón Barahona[483]:

> En este momento de apuro y consternación, imposibles de describir, el ilustre Virrey, esperanzado todavía de lograr contener tamaño desorden y restablecer el combate, se lanzó denodado contra las tropas batidas; pero no consiguieron más sus nobles esfuerzos que verse también arrollado, recibir seis heridas de balas y arma blanca, ser derribado de su caballo y quedar por último prisionero de su enemigo, cuya desgracia, así que se divulgó, acabó de desalentar a las tropas del Rey, compuestas en su totalidad de indígenas y muchos prisioneros pasados del enemigo, tan funestamente preocupados en la desgracia, como valerosos e incansables en la fortuna[484].

Córdova, en espléndido ascenso sobre el Condorcunca, siguió la orden de cargar sobre la izquierda española. El general neogranadino oblicuó sobre aquella dirección y terminó así de batir toda resistencia enemiga en el centro.

Valdés, ignorante de la suerte de las demás unidades españolas, continuó el ataque por la izquierda de Sucre. El general La Mar,

---

483 Otros señalan que el captor fue un miembro del Voltígeros de nombre Manuel Pontón. No obstante, Sucre no menciona a ninguno de los dos en el parte. En 1847 Barahona mandó una carta a Cortegana donde refiere lo que sigue: "Arrollamos la división Villalobos y contuvimos a los cazadores con la carga hasta subir el Condorcunca y la división de Córdova se quedó todavía al pie de este, peleando con los restos de Villalobos y las columnas de la división de Canterac y Monet; después de haber tomado alguna parte de altura, encontramos muchos hombres que parecían paisanos; pero que en verdad no eran otra cosa que el mismo Virrey con todo su Cuartel General, llegados que fuimos donde ellos en medio de los gritos de nuestra tropa, el estrépito de los tiros y la confusión de los que huían, me ocupé de verles la cara a uno por uno, por estar yo inmediato a ellos y conocí al momento al indicado Virrey; entonces le dije en alta voz a los cazadores: '¡Allí está el Virrey! ¡Tómenlo!'. A cuyas palabras que oyó el general La Serna, fijó los ojos en mí; mas como él vio que nadie se quería ocupar de él, trató de ponerse a salvo, tomando un camino que le quedaba a su derecha, y seguía a donde estaba la otra mitad de su ejército peleando: yo, que tenía un obstáculo de malezas de arbustos por delante y que en este momento me embarazaba para poder correr sobre él y tomarle, no quise que se fuera sin que llevase una señal de mi parte; al efecto, levanté mi fusil, que era bastante bueno, y le hice un tiro al que con mucha casualidad lo eludió cayendo a tierra enredado de sus espuelas, entonces corrí sobre él y lo encontré sentado; al llegar me dio la mano apretándomela fuertemente, al mismo tiempo que me hizo una señal masónica en su auxilio; pero como todavía estaba la mitad del ejército español en el campo batiéndose, lo tomé del poncho y lo bajé a ponerlo en seguridad; y habiendo andando como cuadra y medio se sentó diciendo que quería descansar, en cuyo tiempo subían ya al cerro los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha" (Carta dirigida al teniente coronel Juan Basilio Cortegana de fecha 31 de agosto de 1847) Citado en Hugo Pereyra Plasencia, *La Campaña Libertadora de Junín y Ayacucho*, pp. 100-101).

484 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas…*, *op. cit.*, pp. 236-237.

encontrándose en principio comprometido ante el fuego contrario, mandó al batallón Caracas y a la Legión Peruana a trabar duro combate. El Caracas, que perdió a su comandante León, combatió con resolución para tomar las cuatro piezas de artillería que secundaban por allí la ofensiva enemiga:

> Caracas fue reforzado de la reserva por el general colombiano Lara, con el batallón Vargas y el número 1 del Perú, fue consiguientemente constituido en reserva para apoyar a la Legión que, inutilizada y destruida, a la vez que el Caracas a los mencionados cuerpos españoles y al fuego de la artillería enemiga[485].

Más adelante se unieron el Vencedor y los Húsares de Junín. El Rifles se mantuvo en la reserva, expectante y resuelto a la acción ante cualquier contingencia. Sin embargo, tras un reñido combate, Valdés no logró tomar la posición y menos superar el barranco que apoyaba el ala izquierda patriota.

Cuando el jefe español observó que el resto de las fuerzas independientes se acercaban en contra suya hizo formar en martillo, cuestión que permitió a La Mar rehacerse. Al final, atrapado entre varios fuegos, Valdés debió retroceder ante el desmoronamiento de su división. Los batallones Vargas, Legión del Perú, los Húsares de Junín y el resto de la caballería de Miller cruzaron el barranco o quebradilla y emprendieron una persecución tenaz contra los monárquicos, que huían en total confusión sobre las depresiones aledañas. La captura del Virrey, la destrucción casi plena de las divisiones de Monet y Villalobos y el clavado del tricolor colombiano en el Condorcunca[486] anunciaron el fin de la batalla de Ayacucho a la una de la tarde:

> Valdés comprendió que todo estaba perdido, y, preso de la desesperación, se apeó del caballo y se sentó sobre una gran piedra resuelto a esperar la muerte allí. Sus jefes y oficiales acuden solícitos a su alrededor; le suplican que les dé sus órdenes prometiendo cumplirlas; todo es en vano, hasta que uno de ellos observa que si no puede vencer por lo menos los puede

485 Apolonio Carrasco Limas, *Historia del Perú de Juan Basilio Cortegana*, pp. 84-85.
486 O'Connor dice en sus memorias que la bandera fue clavada por el capitán Jorge Brown de la compañía de Granaderos del Pichincha y que la bandera en cuestión habría sido mandada hacer por O'Connor en Panamá.

salvar. Esta apelación oportuna a su generosidad, le devuelve los bríos y le pone de pie. Reúne a los pocos que le quedan, se pone a su frente, y escoltado y envuelto por sus jefes que, espada en mano le forman una espesa muralla de acero, emprende la retirada perseguido por Morán, y se abre paso entre los colombianos, sembrando la muerte a su alrededor[487].

La pampa de Ayacucho y las faldas del Condorcunca quedaron cubiertas de cadáveres. 1.800 realistas y 370 patriotas dejaron la vida ese día[488]. 700 de aquellos y 609 de los nuestros resultaron heridos[489]. 1.000 prisioneros, entre los que había 60 jefes y oficiales. 14 piezas de artillería y 2.500 fusiles fueron capturados. Este elevado número de muertos, que supera los 2.000 hombres, equivalía al 25 por ciento de los combatientes. La cifra, por tanto, despeja cualquier duda sobre simulación o lenidad por parte de los realistas en luchar. Ayacucho fue la batalla más sangrienta de toda la guerra de independencia suramericana. Carabobo, Boyacá, Pantano de Vargas, Pichincha no superaron los dos mil fallecidos. El resultado cruento de esta batalla solo fue superado por la Tuyutí en 1866, durante la Guerra de la Triple Alianza (Brasil, Argentina y Uruguay) contra Paraguay, con más de diez mil muertos. Si vamos a lo local, tenemos la de La Victoria, en 1902, con cerca de tres mil bajas. No hubo hasta mediados de siglo XIX otro combate tan mortífero como este en la América Meridional.

El historiador español Salvador de Madariaga escribió similares argumentos que los dados en la península para desacreditar a los

487 Manuel Nemesio Vargas, *Historia del Perú independiente*, p. 245. El relato de Nemesio Vargas guarda alguna semejanza con el del propio Valdés, quien escribió: "Cuando quedé sin soldados y después de haber procurado buscar la muerte, que habría sido inevitable, si mis Ayudantes no me hubieran sacado de entre los enemigos, me replegué con ellos y algunos Oficiales en la dirección que veía marchar algunos pelotones. Á poco me encontré con los Generales Canterac, Monet, Carratalá, Villalobos; Brigadieres García Camba, Pardo y otros Jefes y Oficiales, haciendo esfuerzos por reunir los dispersos. Supe entonces que el Virrey había sido herido y prisionero, recayendo por ello el mando en Canterac. El todo de los soldados que habían podido reunir no pasaba de 200, todos de caballería, sin un solo infante y de aquéllos los que por tener peores caballos no habían podido huir" (Jerónimo Valdés, "Exposición que dirige al rey don Fernando VII el mariscal de campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú desde Vitoria, á 12 de julio de 1827", p. 99).

488 Según parte español hubo 309 muertos y 670 heridos en el bando independiente para un total de 979 bajas. La arqueóloga peruana Milena Vega Centeno en una entrevista en 2021 afirmó que habría una fosa común de soldados en el campo de Ayacucho pero que las excavaciones fueron detenidas por la pandemia de Covid 19. De quedar esto evidenciado se rebate la idea tenida de que los muertos fueron sepultados en los atrios de las iglesias cercanas. Asimismo, se demostraría con estudios forenses cómo murieron los soldados –si por arma de fuego, por arma blanca, en combate, en retirada o ajusticiados– en función de la ubicación de las heridas.

489 Los heridos fueron tratados en el hospital de sangre de la iglesia de Quinua.

llamados Ayacuchos, nombre con el que se conoció, durante el régimen de Espartero[490], a la camarilla de generales que le apoyó. Estos hombres tendrían un papel destacado en la España del siglo XIX. El general Gerónimo Valdés fue capitán general de Cuba en 1841; García Camba desempeñó los cargos de capitán general de Filipinas en 1836, de las Provincias Vascongadas en 1840 y con la llegada de su amigo Espartero el ministerio de Marina, Comercio y Ultramar; José Ramón Rodil, que resistió en El Callao entre 1824 y 1826, ocupó la presidencia del Consejo de Ministros en 1842; Valentín Ferraz, el Ministerio de Guerra y la Alcaldía de Madrid; Juan Antonio Monet, la capitanía general de Cataluña y Castilla Nueva; José Carratalá la senaduría en las Cortes por Sevilla; Isidro Alaix, el mismo que derrotó a Luis Urdaneta a las afueras de Lima, fue virrey de Navarra; Alejandro González Villalobos, capitán general de Castilla la Nueva; Felipe Rivero, el comandante del batallón Centro en Ayacucho, desempeñó la capitanía general de Navarra en 1839 y la gobernación de Santo Domingo en 1862[491]; finalmente, La Serna y Canterac, quienes no vieron el ascenso de Espartero, obtuvieron reconocimiento de Fernando VII.

Madariaga escribía sobre la batalla de Ayacucho la siguiente conclusión:

490 Este periodo comprendió los años 1840 a 1843 donde Espartero fungió como Regente del Reino ante la minoría de edad de Isabel II, hija de Fernando VII y María Cristina de Borbón. Isabel había nacido en 1830. Durante esos años España entabló una cruenta guerra civil, conocida como *la Guerra Carlista*, entre los partidarios de Isabel II y los de su tío Carlos Isidro de Borbón. El general Espartero, que estuvo en Perú, pero no en la batalla de Ayacucho, alcanzó la Regencia tras la salida de la reina María Cristina. Su modo de gobernar fue personalista y militar. Al final fue derrocado por un pronunciamiento de los generales Serrano y Narváez.

491 Esta ocupación fue solicitada por el general Pedro Santana, presidente de la República. Entre 1822 y 1844 Santo Domingo fue ocupado por Haití. En 1844 proclamó su independencia de los haitianos a quienes enfrentaron hasta 1856, siendo Santana el líder militar de aquella contienda. No obstante, la pobreza del país, las luchas internas entre Santana y Buenaventura Báez y, sobre todo, el temor a otra invasión de Haití llevó a la elite dominicana suscribir la idea de solicitar la protección de Francia o Reino Unido. Estas gestiones fracasaron por lo que iniciaron conversaciones con España. En 1861 se acordó con la reina Isabel II que República Dominicana volvería a ser la Capitanía General de Santo Domingo. De inmediato, guarniciones españolas en Cuba se movilizarían a dominicana y Pedro Santana juramentado capitán general. Los que no apoyaron la idea de anexión fueron expulsados por Santana. La ocupación se tornó impopular por las políticas aplicadas por la corona, imponiendo funcionarios peninsulares, aumentando los aranceles para productos no españoles y procurando el monopolio sobre el tabaco; hubo rumores de restablecer esclavitud y de enfrentar a Haití para recuperar territorios perdidos en 1794. En 1863 los separatistas dominicanos, denominados restauradores, se levantaron en armas para sacar a los españoles. La guerra duró hasta 1865. España decidió no costear más la guerra en territorio no prioritario para la corona. En marzo de 1865 la reina Isabel II anuló la anexión.

Se dan en esta batalla cierto número de rasgos extraños. Primero: Comienza con una confraternización tolerada por los dos mandos a pesar de ser el medio más seguro de desmoralizar a su gente. Segundo: Esta escena singular, que pudo haber negociado cualquier capitán o comandante, transcurre entre dos jefes de división. Tercero: Estos dos generales, a vistas de sus ejércitos respectivos, conferencian en secreto durante media hora, siendo así que la versión oficial de lo que se dijeron no necesitaba arriba de cinco minutos. Cuarto: El interlocutor realista vuelve a las dos horas a anunciar que va a comenzar o a preguntar si va o no a haber batalla. Quinto: en lo más reñido del combate, cede precisamente la división que manda este parlamentario fraternizador; y las dos compañías que le siguen en la derrota están mandadas personalmente por Canterac, Jefe de Estado Mayor y segundo cabo del Ejército. Sexto: Un ejército superior en número, instrucción y disciplina, con una artillería hasta siete veces mayor, se da por derrotado en menos de dos horas cuando todavía le quedan 2.000 soldados que tiene que rendir después. Séptimo: Un hombre de los talentos militares de Canterac obliga a su caballería a la desventaja de tener que bajar al campo de batalla por una ladera tan fragosa que la hace servir de blanco pasivo al enemigo mientras los hombres bajan a pie ayudando a los caballos. Octavo: El virrey se puso a bregar como un cabo cualquiera y cayó prisionero. Noveno: La última batalla en que se arría su bandera en el Imperio, dura para estos generales españoles tan solo dos horas. Décimo: En este día, el más glorioso título de su gloria, la batalla final de la revolución, consagra Sucre un informe oficial lacónico en detalle y vago en su perfil; mientras Canterac se limita en el suyo a justificar la capitulación sin detalles. Undécimo: Sucre concede una capitulación extraordinariamente generosa.

Todo esto sugiere una explicación: Monet vino a negociar la capitulación antes de la batalla. Sobre esta base todo resulta claro[492].

El argumento de Madariaga repite parte de las acusaciones de José Sepúlveda, lugarteniente de Valdés en la batalla y uno de los primeros en retirarse. Sepúlveda acusó a Valdés de haber promovido la capitulación, acto que describe de cobarde y traicionero porque, según él, había posibilidad de continuar la guerra. Se han señalado en este trabajo las dificultades que atravesaba el ejército realista durante 1824. Sugerir que esta batalla fue un simulacro conlleva a negar los 1.800 cadáveres monárquicos que ofrendó. Monet, Canterac, Valdés y Ferraz

492 Salvador de Madariaga, *Bolívar*, *op. cit.*, p. 280.

hicieron cara al fuego, mientras que La Serna fue a poner en riesgo su vida para impedir el desastre pleno. Ningún afable con el enemigo se arroja a la muerte; se suma a esto que el propio Rubín de Celis pagó con la vida su imprudencia. Valdés no procuró ninguna capitulación, sino Canterac, después de haber obtenido el conceso de la oficialidad española que estaba resuelta a rendirse. No fue una decisión personal, sino colectiva. Canterac y el resto de los generales llegaron a la conclusión de que no había más capacidad de resistencia. El ejército había quedado desarmado, disperso y agotado, mientras que las fuerzas del Alto Perú, con Olañeta, eran contrarias al virrey. En un principio, dice García Camba, procuraron resistir[493], pero al notar que los dispersos, la mayoría indígenas peruanos, se negaban a seguir luchando e incluso llegaron a apuntar armas contra los oficiales, se abandonó tal idea[494]. Valdés expresó al rey:

> La tropa, Señor, la tropa, cuya calidad dejo explicada, no correspondió a nuestros esfuerzos. Tal fue su debilidad que no me faltan recelos de que los enemigos hubiesen introducido la seducción entre nuestros soldados. Así lo induce a creer el repentino desorden en que se pusieron todos tan pronto como la primera línea volvió la espalda, llegando los más al extremo de arrojar las armas y algunos al de hacer fuego a los Jefes y Oficiales que hacían esfuerzos por reunirlos[495].

---

493 Dice García Camba, opuesto siempre a Canterac: "En falta del virrey, que se hallaba prisionero, el mando superior recaía naturalmente en el general Canterac; quien en consecuencia reunió a todos los generales y jefes que allí se hallaban y les manifestó que en su concepto el Perú estaba perdido, pues que era preciso considerar a Olañeta por tan enemigo como los que acababan de triunfar , y que si los demás participaban de su opinión parecía prudente adoptar un medio con los independientes que evitase nuevos e inútiles desastres ; y claro era que el arbitrio que se indicaba en el supuesto dado envolvía el pensamiento de una capitulación. El brigadier Camba se adelantó a responder que el Perú estaba perdido si Olañeta no lo salvaba: que para ayudarle, sino era traidor, interesaba mucho procurar reunir todos los dispersos que se pudiera y continuar sin demora la marcha para ganar por el Este de la misma cordillera el camino del Cuzco, cosa que los enemigos no podían impedir ya, pues cerca de Chincheros debía hallarse el comandante Miranda y Cabezón con más de 500 hombres: el coronel Pacheco dijo en seguida estas solas palabras: Señores, yo no me rindo a nadie ; y el general Valdés terminó la sesión con estas otras; pues vamos a marchar , y así se ejecutó contando entonces reunidos como 300 caballos y sobre 200 infantes, aunque otros muchos iban por delante en igual dirección" (*Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit*. p. 239).

494 Vale la pena colocar le testimonio de José María Rey de Castro: "Terminada la batalla, y comprendido yo en la general derrota, no pensé sino en huir a la aventura, y sin rumbo conocido" (*Recuerdos del Tiempo Heroico*, p. 26). Rey de Castro formaba parte de la división de Valdés. Había nacido en Arequipa en 1801 y luego de Ayacucho fue secretario de Sucre en Bolivia.

495 Jerónimo Valdés, "Exposición que dirige al rey don Fernando VII…", *op. cit*., p. 98.

En medio de esta situación, dice el memorialista García Camba, el general Canterac fue informado por un emisario de La Mar de que Sucre estaba dispuesto a dar una capitulación con amplias facultades[496]. Fue así que Canterac y Carratalá, como enviado de Valdés, bajaron con La Mar hasta el campamento de Sucre a discutir los términos de la capitulación:

> Los generales Canterac y Carratalá, después de conferenciar con el general Sucre, extendieron las bases preliminares de una transacción y las remitieron seguidamente a sus compañeros campados en el alto de la cordillera. Recibidas en este punto y reunidos todos los jefes y varios oficiales de los que allí había se conformaron con las proposiciones haciendo en sus cláusulas las alteraciones y modificaciones que estimaron convenientes[497].

El hartazgo a la guerra en un ejército compuesto de peruanos jugó papel significativo. Rehacer una fuerza cuya causa estaba desprestigiada era tarea difícil, más en un país tan lleno de obstáculos naturales y sociales como Perú. Olañeta con 3.000 hombres seguramente hubiera disputado el mando a Valdés y Canterac, causando más fricciones entre los monárquicos.

En Ayacucho había sido capturado el virrey La Serna, un golpe anímico tremendo. Los caballos quedaron fatigados y una cantidad considerable inútiles. La infantería fue destruida y el armamento cayó en manos del enemigo: "Si alguna cosa podía hacerse en el Perú después de la batalla de Ayacucho, debía ser de parte de Olañeta. Solo él tenía fuerzas, recursos y país"[498], pero también Olañeta terminaría muerto en una escamaruza. La causa española en América estaba perdida.

Por el lado republicano el general Sucre encontró en la capitulación una extraordinaria oportunidad para sacar a los realistas un tratado de paz. Recién golpeados por la derrota, era ese el mejor momento para concluir la guerra en el Perú y dejar aislado a Olañeta, de quien se pensaba que tornaría al bando patriota.

496 O'Connor, por otro lado, refiere que fue Valdés el que buscó a Sucre para acordar la rendición.
497 Andrés García Camba, *Memoria para la historia de las armas*…, *op. cit.*, p. 240.
498 Jerónimo Valdés, "Exposición que dirige al rey don Fernando VII…", *op. cit*, p. 101

La capitulación fue pactada entre Sucre y Canterac al atardecer del día de la batalla. En la lluviosa noche del memorable 9 de diciembre se redactó la rendición en una casa en Quinua[499]. En la mañana del 10 se firmó en la misma casa una vez los oficiales realistas quedaron de acuerdo con las condiciones expuestas en el documento; no obstante, Sucre hizo observaciones. Después del almuerzo el general vencedor se trasladó a Huamanga con Gamarra, La Mar y Valdés. No sería hasta el 13 de diciembre que el documento, completamente arreglado, quedaría firmado en la sede de la Intendencia de Huamanga[500].

Sobre la negociación escribiría el coronel O'Connor:

> Al siguiente día, temprano [10 de diciembre] llevé al alojamiento del general en jefe los partes de los muertos y heridos de ambos ejércitos y de los prisioneros, como también la razón de los pertrechos de guerra que resultaron de la victoria. Hallé al general Sucre dictando la capitulación de Ayacucho con el general Canterac, jefe del Estado Mayor General del ejército realista, y desempeñando las funciones del virrey, por estar herido La Serna. El general Carratalá escribía los artículos[501].

El texto consta de dieciocho cláusulas que se resumen así: 1. Entrega total de los territorios ocupados por los españoles en el Perú hasta el Desaguadero, esto incluía las guarniciones y los bagajes. 2. Todo miembro del ejército realista podrá regresar a España y su viaje será costeado por el Estado peruano, que también cubriría la mitad de su sueldo mientras permaneciera en el país. 3. Cualquier individuo del ejército español que quisiera unirse a los independientes sería aceptado. 4. Ningún antiguo partidario de la monarquía sería molestado por su pasado. 5. Cualquier

499 La casa está ubicada en la Plaza Principal de Quinua N.º 308. En 1974 fue inaugurado un museo donde hay una sala de exposición permanente con armas, uniformes, maquetas y demás objetos relacionados a la batalla de Ayacucho, así como también el sitio donde se acordó la capitulación. Los horarios de visita son de martes a domingo de 9 am a 5 pm. La entrada es de 6 soles.

500 Así lo dejó asentado el ayudante de campo de Valdés, capitán Bernardo J. Escudero: "El 13 visitó [Valdés] a los muchos que le venían agobiando con sus favores, y, después de haber dado la última mano a los pormenores de la Capitulación con los Generales La Mar y Gamarra, dio por terminada su misión en el Perú, convocando a los Generales españoles que estaban allí para poner en su conocimiento el resultado de la misión que le habían encomendado" (Citado en Boletín de la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, N.º 122). En otras palabras, el general Valdés estuvo con Gamarra y La Mar haciendo los arreglos finales de la capitulación en Huamanga hasta su término el día 13. La capitulación se firma en Quinua y se finiquita con todos sus arreglos en Huamanga.

501 Francis Burdett O'Connor, *Un irlandés…*, *op. cit.*, p. 109.

individuo español o americano que quisiera quedarse en el Perú tendría todas las garantías para él, su familia y propiedades. 6. Perú reconocía la deuda contraída hasta entonces por la Hacienda española en el sufragar de la guerra. 7. Los buques mercantes y de guerra españoles podrían hacer víveres en los puertos peruanos durante seis meses. 8 Todos los oficiales y generales prisioneros en la batalla y acción anteriores serían liberados, conservando sus uniformes y empleados.

La capitulación no fue ratificada por España y no sería hasta 1853 que ese país reconocería la independencia peruana[502]. En los años posteriores al triunfo de Ayacucho las relaciones entre ambos países fueron distantes. En 1865 Perú y Chile, después Ecuador y Bolivia[503], declararon la guerra España cuando aquella ocupó las islas Chincha, ricas en guano. Este conflicto duró hasta 1866 y se conoce como la guerra hispano-sudamericana. Las principales acciones militares de esta contienda fueron navales y en las costas de Chile y Perú. En marzo de 1866 Valparaíso fue bombardeado y en El Callao se entabló combate marítimo entre españoles y peruanos. La guerra llegó a término a mediados de 1866. Más tarde se firmó armisticio en 1871 y un tratado de paz con España y cada país: Perú y Bolivia en 1879, Chile en 1883 y Ecuador en 1885. Fue esta la última pretensión española sobre Suramérica.

502 Sin embargo, este tratado no fue ratificado por Perú al considerar ofensivo que en el texto la Reina de España renunciara "a sus derechos" y porque pretendía que el Perú reconociera también la deuda de los súbditos españoles: "En cuanto al tema de la deuda, el tratado estipulaba que el Perú reconocía como deuda nacional los créditos pertenecientes a los súbditos de la Reina de España, los que además gozarían de igual interés y de todas las ventajas que se otorgaran a conceptos por deuda interna. Al respecto, el presidente Echenique observó que, en todo caso, España también debía comprometerse a indemnizar los daños y perjuicios ocasionados a los ciudadanos peruanos, no solamente en España, sino también en el Perú, de la misma manera que el gobierno peruano reconocía todos los daños, perjuicios, préstamos, secuestros, suministros, tomados de los españoles por el ejército independiente. Dado que el tratado suscrito en 1853 no contó con la aprobación del canciller ni del presidente de la república por las razones explicadas, De Osma renunció al cargo el 26 de marzo de 1855. Cabe resaltar que el tratado de 1853 no fue ratificado por el Perú" (Francis Natalíe Chávez Aco, "El rol de la diplomacia peruana en el reconocimiento de la independencia del Perú por España", *Revista Política Internacional*, N.º 129, Lima, enero-junio 2021, p. 28). Se tomó por reconocimiento táctico de la independencia del Perú el Tratado Vivanco-Pareja de 1865 y el recibimiento oficial del diplomático Valle Riestra en Madrid.

503 Bolivia y Ecuador por falta de medios no participaron militarmente sino en términos logísticos, es decir, se negaron a dar abastecimiento a los españoles.

En el Perú no falta quien cuestione la capitulación de Ayacucho o tratado de Quinua, como también es conocido. El antibolivariano Herbert Morote, por ejemplo, escribe:

> Sucre, vencedor de la última batalla por la independencia, no estuvo preparado para la victoria. Se diría que no la hubiese esperado porque en lugar de hacer firmar a los derrotados una rendición incondicional, fue el general español Canterac quien tomó la iniciativa y redactó un "Tratado", llamado también "Convenio", pero no una "Capitulación" ni una "Rendición" como muchos benévolos historiadores la han llamado. Por este tratado los españoles impusieron sus condiciones, entre ellas, que el Estado del Perú respetase sus "propiedades", incluyendo las que tenían en el Perú los españoles que viviesen en el extranjero. Por lo tanto se autorizó a continuar la explotación de las minas y las haciendas en detrimento de los genuinos propietarios, las comunidades indígenas. Otro artículo inaceptable para un ejército victorioso decía: "El Estado del Perú reconocerá la deuda contraída hasta hoy por la Hacienda del Gobierno español en el territorio". Este artículo equivaldría a que Elizabeth de Inglaterra hubiese tenido que pagar a Felipe II el fracaso de su Armada Invencible o, en tiempos más recientes, como si los norteamericanos hubiesen compensado a los japoneses los gastos de su derrota en la Segunda Guerra Mundial.
>
> Ese artículo no fue el peor. Lo más increíble del Tratado de Ayacucho es la última condición que impone Canterac: "Toda duda que se ofreciere sobre alguno de los artículos del presente Tratado se interpretará a favor de los individuos españoles".
>
> No fue suficiente el anodino reparo que consiguió Sucre a esta condición: Concedido; esta estipulación reposará sobre la buena fe de los contratantes.
>
> Bolívar no intentó rectificar las concesiones de Sucre a los españoles, cuando bien pudiera haberlo hecho, ya que las autoridades virreinales tomaron su tiempo para acopiar todo lo posible antes de regresar a su patria[504].

La capitulación no tenía otro propósito que el de terminar con la guerra. Sucre quería explotar su victoria arrancando a los mandos españoles el reconocimiento de la independencia y renuncia a toda disputa por el Perú. Las condiciones para lograr la rendición era ofrecer garantías a los oficiales peninsulares y a los peruanos que militaron

504 Herbert Morote, *Bolívar, enemigo N.º 1 del Perú*, pp. 69-70.

en las filas del rey. También se procuraba con la capitulación buscar la paz social en el país, pues aquellos que decidieran quedarse en Perú no serían molestados por su antigua filiación monárquica. Era un asunto no solo de paz sino de estabilidad, de gobernabilidad, en un país con aún muchos partidarios de la corona española. La oferta de garantías amplias buscaba evitar futuras sublevaciones realistas contra el gobierno, que solo prolongarían más la guerra. En cuanto a la deuda, que es el punto más criticado, Perú no reconoció tal acreencia hasta 1831. El pago de la deuda se prorrogó porque el Estado peruano exigía para su cancelación que España reconociera la independencia. En 1853 Isabel II, como se mencionó, reconoció la soberanía del Perú, pero este no ratificó el tratado. Después de la misión diplomática de José Joaquín de Osma en 1853, sucedieron en el arreglo de un tratado de paz y amistad las de Pedro Gálvez y Domingo Valle Riestra. Este último fue a Madrid, fue el primer diplomático peruano recibido en la corte española, con instrucciones precisas sobre el asunto de la deuda:

> a) la liquidación debía realizarse solo de los capitales o del valor real y efectivo de los bienes que debían pagarse en la época o que fueron expropiados a sus dueños por el gobierno independiente; b) el reconocimiento debía verificarse en virtud de pruebas documentadas, auténticas y oficiales, y nunca en virtud de pruebas testimoniales ni de ninguna otra clase; y c) se establecía como base para arreglar el pago un fondo de amortización sobre lo que quedara libre de las rentas nacionales, después de satisfechas las necesidades indispensables del erario[505].

El pago de la deuda, entonces, que fue usado por Perú para forzar el reconocimiento español, no fue reclamado de forma más enérgica por los ibéricos hasta la década de 1860. Al final la cancelación no se volvió a mencionar en el tratado definitivo de paz firmado entre ambos países en 1879. No obstante, en el aspecto económico, la independencia del Perú resultó una gesta costosa para esa nación. A Chile quedó adeudando

505 Francis Natalíe Chávez Aco, "El rol de la diplomacia peruana en el reconocimiento de la independencia del Perú por España", *Revista Política Internacional*, N.º 129, Lima, enero-junio 2021, p. 31.

1.500.000 pesos[506], a Colombia 5.000.000[507], a la Gran Bretaña 1.777.500 libras. Un millón de pesos más fueron ofrecidos a Bolívar por el Congreso Constituyente de 1825, quien los rechazó[508]. Se suma a esto las deudas con particulares, que fueron bastante onerosas. En 1826 Perú se había declarado en moratoria. No fue hasta 1848, durante el gobierno de Ramón Castilla, que esta nación comenzó a diligenciar sus compromisos[509].

Otra crítica que recibe la capitulación de Ayacucho, que se observa más como tratado que capitulación, fue el coste del gobierno peruano del viaje a toda la oficialidad española. Si observamos la capitulación de Maracaibo y Puerto Cabello en 1823, el gobierno de Colombia ponía a disposición sus barcos y dinero en el traslado. No era algo inédito lo que se estipuló en Ayacucho; la prioridad era expulsar a los mandos españoles y congraciarse con la población monárquica residente en el país.

El documento de la capitulación, cuyos originales manuscritos son cuatro[510], fue enviado desde Huamanga con el edecán Alarcón al Libertador el 12 de diciembre: "Va el tratado celebrado con el general Canterac y una copia de un artículo privado, porque me ha dicho que no responde de la exactitud de Rodil en entregar la plaza"[511]. El capitán Alarcón cumplió con éxito la tarea por rutas donde los indios de Huanta cometían crímenes e incluso asesinatos, como ocurrió con el edecán Medina, el mismo que habría llevado la orden de dar combate el 5 de

506 Con Chile se suscribió un convenio, el 12 de septiembre de 1848, donde se acordó como única deuda la cantidad de 4.000.000 de pesos. Estos fueron pagados hasta 1856 con los intereses correspondientes.

507 En el Tratado de Guayaquil, el 22 de septiembre de 1829, Perú ratificó el compromiso de pagar la deuda a Colombia, pero al disolverse esta república en tres países (Ecuador, Nueva Granada y Venezuela) fueron suspendidas las negociaciones. En 1853, durante el gobierno de José Rufino Echenique, se reiniciaron los trámites para cancelar. Fueron reconocidas a la Nueva Granada y Ecuador 2.860.000 pesos. A Venezuela se le aceptó la deuda de 855.000 pesos. El Perú abonó la suma de 3.715.000 pesos a las tres repúblicas.

508 El millón de pesos fue cobrado por Antonio Leocadio Guzmán, padre de Antonio Guzmán Blanco, en 1852.

509 Para más información: https://elcomercio.pe/economia/peru/fiestas-patrias-costo-dinero-libertad-independencia-peru-don-jose-san-Martín-28-julio-cronica-daniel-macera-noticia-ecpm-659378-noticia/

510 Estos son la que entregó Sucre a Bolívar; la que Sucre se llevó al Alto Perú; la que Canterac remitió a Rodil; la que llevó Canterac a España. La capitulación se imprimió por vez primera en Lima, el 22 de diciembre de 1824.

511 Daniel Florencio O'Leary, "Carta de Sucre a Bolívar. 12 de diciembre de 1824", *Memorias*..., *op. cit.*, Tomo I, p. 200.

diciembre. Los huantinos tenían a la tropa azotada con sus correrías, tal como lo hizo saber Sucre al Libertador:

> Los oficiales están desnudos, pues de mi para abajo, todos, todos, han perdido sus equipajes, robados por los Huantinos; pero les he puesto una contribución de cincuenta mil pesos para pagar el vestuario de los oficiales que va a buscar Balaguer por una contrata. He mandado que fusilen cuantos Huantinos resistan pagar: estos canallas presentaron a los godos una montonera de dos mil hombres para hostigarnos; han matado una porción de nuestros enfermos y han hecho diabluras[512].

Los indígenas de Huanta mantendrían su lealtad a Fernando VII. Entre 1825 y 1828 fueron a la guerra contra la naciente república peruana en lo que se conoce como la Guerra de Iquicha.

Los rumores del triunfo de Ayacucho corrieron en Lima desde el 16 de diciembre. No obstante, la confirmación oficial sería el 18. Bolívar, que en esos días estaba haciendo invitaciones para convocar un Congreso de naciones, entró en una tremenda euforia. En seguida redactó dos proclamas, una a los soldados vencedores de Ayacucho y otra a los peruanos anunciando la libertad de América. Decretó honores y el Ejército Unido Libertador pasó a llamarse "Libertador del Perú". Los cuerpos que participaron en la batalla recibieron el epíteto de "glorioso" y los combatientes el de "beneméritos". En el campo de batalla debía quedar erigida una columna con el busto de Sucre en la cúspide y en sus caras grabado los nombres de generales, jefes, oficiales y cuerpos presentes. Los padres, mujeres e hijos de los fallecidos, así como los inválidos, gozarían a título de montepío y retiro, sueldo íntegro. El general de división Antonio José de Sucre, con 29 años de edad, obtuvo el grado de Gran Mariscal de Ayacucho. Los ascensos dados por Sucre en Quinua a Córdova, Lara, Silva, Miller Carvajal, Sandes, Otero, Medina y Leal fueron confirmados. Asimismo, Sucre concedió a nombre del gobierno de Colombia una medalla de oro para jefes y oficiales y de plata para los soldados con la inscripción en el anverso: "Colombia a los bravos del Perú", y en el reverso el nombre del portador: "Vencedor en Ayacucho".

512 *Ibid.*, p. 201.

El Congreso de Colombia acordó dar recompensa a los vencedores de Junín y Ayacucho: una preciosa medalla de platino a Bolívar, una espada de oro a Sucre y escudos de honor a todos los participantes de la batalla. Sucre, por otro lado, mandó a Bolívar desde Cuzco el pendón de Pizarro. La municipalidad de Caracas decretó erigir una estatua ecuestre del Libertador en la plaza de San Jacinto, frente a la casa de su nacimiento entonces ocupada por la familia de Juan de la Madriz. Algunos honores se cumplieron, otros tardaron décadas en materializarse (monumento en Ayacucho o plaza Bolívar en Caracas).

En Lima la noticia de la victoria causó un entusiasmo desbordante. El recelo anticolombiano quedó por un instante sepultado. Sucre era el héroe del Perú y Bolívar el hombre cumbre de América. En 1825 el Libertador escribiría una breve biografía a su general predilecto y expresaría allí no solo elogiosas palabras, sino un tributo sincero a su subordinado:

> La Batalla de Ayacucho es la cumbre de la gloria americana, y la obra del general Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años, y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho semejante a Waterloo, que decidió del destino de Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla, y contemplarla sentada en el trono de la libertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el imperio sagrado de la naturaleza.
>
> El General Sucre es el Padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol; es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco-Capac y contemplando las cadenas del Perú rotas por su espada[513].

En enero de 1825 La Serna, muy bien tratado durante su convalecencia, Canterac, Valdés, Monet y otros abandonaron para siempre Perú por el puerto de Quilca, donde se encontraba la fragata francesa *Hernestine,* el buque español *Asia* y los bergantines *Aquiles, Pezuela* y *Constante,* la

513 *Ibid.*, Tomo I, p. 15.

corbeta *Ica* y tres transportes. Solo Rodil y Olañeta desconocieron la rendición y procuraron resistir en sus respectivos lugares.

Así quedó el campo de Ayacucho inmortalizado en la memoria americana y española como el sitio donde se cristalizó la independencia de todo un continente.

C) Toma de El Callao

Los malos entendidos entre Guise y Bolívar, llevaron a este a despojar al almirante peruano del comando único sobre la escuadra combinada y dárselo al capitán de navío John Illingworth[514]. El asunto al parecer tuvo su origen en un impasse entre Guise y Paz del Castillo en Guayaquil. Guise fue acusado de malversar un dinero destinado a la reparación de la fragata *Protector* y terminó siendo encarcelado y enviado a Perú a lomo de mula. Guise sería liberado a finales de 1826, pero ya la afrenta sería imborrable. Esta situación fue una de las manchas a la campaña colombiana en Perú, y sería la raíz de la posterior animadversión del almirante Guise hacia Bolívar[515].

Para el 11 de julio de 1825 tenemos noticias de que se está por enviar al Istmo un tercer contingente de tropas colombianas, consistente en más de mil hombres, provenientes del batallón Araure[516]. También para diciembre se planeaba enviar otro contingente[517]. En el mes de agosto encontramos abundante correspondencia que muestra más movimientos

514 Rosendo Melo, *Historia de la Marina*, *op. cit.*, pp. 175–176.

515 *Ibid.*, p. 176 y Félix Félix Denegri Luna, *Historia marítima del Perú.*, pp. 455-456.

516 Documento 10640, "Oficio de Felipe Santiago Estenós, para el Prefecto de Arequipa. Cuzco, 11 de julio de 1825"; Documento 10644, "Oficio de Felipe Santiago Estenós, para el Ministro de la Guerra. Cuzco, 11 de julio de 1825"; Documento 10640, "Oficio de Felipe Santiago Estenós, para el Prefecto de Arequipa. Cuzco, 11 de julio de 1825". Disponibles en: www.archivodellibertador.gob.ve

517 Documento 10851, "Carta del Libertador al General de División Bartolomé Salom. Tinta, 29 de julio de 1825". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

de tropas de regreso a Colombia[518] y otra más hacia septiembre[519]. A la luz de lo expresado en estas comunicaciones, podemos estimar que para finales de 1825 la Armada colombiana había transportado de regreso a Colombia alrededor de 5.000 hombres, es decir, la mayor parte de las tropas que se habían enviado en los dos años anteriores y que continuaban con vida y/o en servicio. Considerando los medios disponibles, menos de una docena de buques de mediano y pequeño porte, no podemos menos que considerar una hazaña un traslado de tal envergadura; y todo ello sin relajar el bloqueo de El Callao, del que seguidamente nos ocuparemos.

El asedio de la Fortaleza del Real Felipe en El Callao comenzó desde su alzamiento el 5 de febrero de 1824, y terminó con su rendición el 23 de enero de 1826, siendo entonces uno de los bloqueos más largos de las Guerras de Independencia de Hispanoamérica. Este largo asedio podríamos dividirlo en varias etapas: la primera iría desde febrero de 1824 hasta el Combate Naval de El Callao, el 7 de octubre, y la posterior partida de la escuadra de Guruceta; la segunda, iría desde ese momento hasta la Batalla de Ayacucho y la posterior capitulación del general español José de Canterac, que incluía la entrega de la fortaleza en cuestión; y la tercera, que se prolongaría hasta la rendición del brigadier Rodil, siendo la fase definitiva.

A lo largo del sitio, los defensores dispararon un total de 9.533 balas de cañón, 454 bombas, 908 granadas y 34.713 tiros de fusil; mientras que del lado de las fuerzas sitiadoras al mando del general Bartolomé Salom fueron disparadas 20.327 balas de cañón, 317 bombas e innumerables tiros de fusil. Suponemos que la mayor parte de estos disparos fueron hechos en la tercera etapa, cuando pudo bloquearse la fortaleza con todo rigor. Respecto a las fuerzas marítimas, podemos decir que no se pudo practicar un bloqueo efectivo a la fortaleza sino también hasta la tercera etapa, cuando se llegó a reunir una escuadra combinada

518 Documento 10986, "Oficio de Felipe Santiago Estenós, para el comandante de los buques de transporte. Copacabana, 13 de agosto de 1825"; Documento 10994, "Oficio de Felipe Santiago Estenós, para el general Jacinto Lara. Copacabana, 14 de agosto de 1825"; Documento 10997, "Carta del Libertador para el General Bartolomé Salom. Copacabana, 14 de agosto de 1825"; y Documento 11009, "Carta del Libertador para el general Francisco de Paula Santander. La Paz, 19 de agosto de 1825". Disponibles en: www.archivodellibertador.gob.ve

519 Documento 948, "Carta del Libertador Simón Bolívar al ministro de Guerra, General Carlos Soublette. Oruro, 26 de septiembre de 1826". Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

colombo-peruano-chilena, bajo el mando del vicealmirante Manuel Blanco Encalada. En total, la escuadra aliada llegó a reunir a la corbeta *Pichincha* y el bergantín *Chimborazo* por Colombia, la fragata *Protector,* la corbeta *Limeña,* el bergantín *Congreso* y la goleta *Macedonia* por Perú, y las fragatas *O'Higgins* e *Independencia,* además del bergantín-goleta *Moctezuma* por Chile.

Tras el triunfo en Ayacucho, los independentistas pudieron ocupar libremente la ciudad de Lima, provocando un éxodo de realistas hacia la fortaleza, lo cual causó un crítico hacinamiento. Se calcula que en el Real Felipe se acumularon 8.000 refugiados realistas. Aunque la capitulación de Ayacucho incluía la entrega de El Callao, el brigadier José Ramón Rodil se negó rotundamente a rendir la fortaleza, esperanzado de que llegaría una fuerza de auxilio desde España, lo cual nunca ocurrió. Para hostigar efectivamente a Rodil, el general Salom estableció su campamento muy cerca de la fortaleza, en Bellavista, y procedió a cercarla completamente, bombardeándola a diario tanto desde tierra y desde el mar. Sin embargo, la sólida construcción y la poderosa artillería del Real Felipe permitieron a Rodil resistir. Más efectivo resultó el bloqueo a nivel logístico, pues pronto la falta de alimentos hizo estragos sobre el gran número de refugiados. Se generó entonces un mercado negro de alimentos a precios elevadísimos, y más tarde se traficaría carne de caballos, bueyes e incluso de ratas.

En junio de 1825 el almirante Blanco Encalada debió regresar a Chile con sus buques, para proceder al bloqueo de Chiloé, la última fortaleza española en territorio chileno, que se rendiría apenas unos días antes que El Callao. Aun así, la escuadra colombo-peruana, al mando del capitán de navío John Illingworth, continuó su lenta pero segura asfixia de la Fortaleza del Real Felipe, en combinación con el ejército al mando de Salom. Para esa fecha, ya las enfermedades comenzaban a cobrarse las vidas de muchos defensores, y solo el fanatismo de Rodil impedía la caída de la plaza, pues ejecutaba sin miramientos a cualquier militar o civil que hablase de capitulación.

Rodil comenzó a expulsar hacia las filas patriotas a los civiles sin dinero y toda clase de personas no aptas para la lucha, a fin de ahorrar alimentos. Al inicio, los patriotas aceptaron a estas personas, pero al darse cuenta de la estrategia de Rodil, las dejaron abandonadas en la tierra de nadie, en medio del fuego cruzado entre la fortaleza y los sitiadores.

Miles de refugiados padecían escorbuto, disentería o desnutrición, lo cual impactaba a la opinión pública en Lima. Incluso personajes como el marqués Bernardo Torre Tagle, expresidente del Perú y converso en realista, perecieron dentro de los muros de la fortaleza. De todos los refugiados civiles, solo la cuarta parte sobreviviría al asedio. Ya en enero de 1826 el coronel Ponce de León desertó hacia las filas patriotas y entregó el Castillo de San Rafael, parte integral de las fortificaciones de El Callao. Esto hizo casi imposible la defensa, puesto que Ponce de León conocía muy bien cómo penetrar el sistema de fortificaciones y las defensas montadas por Rodil.

Ante la falta de alimentos y municiones, y la evidencia de que no llegaría ninguna fuerza de auxilio, Rodil inició negociaciones para la capitulación con Salom el 11 de enero. La resistencia de Rodil mereció los elogios de Bolívar, quien escribió a Salom: "el heroísmo no es digno de castigo", y ordenó que no se le fusilara. La capitulación permitió a Rodil llevarse con él a España los últimos 400 soldados supervivientes de los 2.800 con los que había iniciado el sitio. El brigadier español también llevó con él los estandartes de los regimientos "Real Infante" y "Arequipa", quedando los demás como trofeos para el vencedor, incluyendo la principal bandera española que ondeaba en la fortaleza, la cual fue enviada por Salom a Bolívar y que actualmente es exhibida en el Museo Bolivariano en Caracas. Fue la última bandera española que ondeó en Sudamérica.

CONCLUSIONES

El Perú fue un baluarte monárquico hasta 1820. Las tropas de los virreyes Abascal, La Pezuela y La Serna estaban compuestas por un número considerable de peruanos leales a Fernando VII. A pesar de esta realidad, que impidió la instalación de juntas criollas y aplastó las que se formaron cerca de las fronteras del virreinato peruano, no estuvo exento aquel territorio de insurreccionales que procuraron el apoyo del Río de la Plata.

En Perú, aún hoy, Bolívar resulta un personaje polémico. En el sentir de muchos peruanos es San Martín el verdadero libertador de su patria. Sin embargo, para hacer justicia a la verdad y a la historia ambos ocupan el sitial como los adalides de su independencia. El Libertador también es tildado, sin conocerse las disposiciones españolas[520], de desmembrar el país al "quitarle" Guayaquil y el

520 En 1803 Guayaquil pasó a depender del virreinato del Perú aunque en términos confusos. El virrey Gabriel de Avilés asumió la incorporación total, mientras que la Audiencia de Quito interpretó que el Perú solo tomaba la jurisdicción militar. En 1806 el rey Carlos IV aclaraba que: "la agregación es absoluta". En 1808 el Cabildo de Guayaquil solicitó al rey la separación del virreinato peruano y su incorporación a la Nueva Granada. La guerra truncó este pase jurisdiccional. En 1810 Abascal incorporó Guayaquil a Perú. En 1815 el Cabildo volvió hacer el pedido de separación y en 1819 Fernando VII decretó que los asuntos de hacienda y justicia quedarían en control de Quito; solo lo militar continuaría en manos del Perú: "Os prevengo dispongáis inmediatamente la reposición de la ciudad de Guayaquil y su provincia al ser y estado en que se hallaba antes de acordar en el año de 1810 vuestro antecesor el Marqués de la Concordia (Abascal) su agregación a ese Virreinato". El gobierno de Guayaquil entonces quedó en manos de Quito, territorio que estaba sujeto al virreinato de la Nueva Granada.
En el caso del Alto Perú este quedó incorporado al virreinato del Río de la Plata desde 1776. En 1782 la provincia de Charcas, que había estado sujeta al virreinato del Perú entre 1542 y 1776, se disolvió para crear las intendencias de Cochabamba, Potosí, Chuquisaca o Charcas, La Paz y Puno, esta última pasó al Perú en 1796. En 1810 Las Provincias Unidas del Río de la Plata pretendieron sumar estos territorios a su proceso independiente y para ello enviaron tropas auxiliares. El virrey Abascal, en julio de 1810, decretó la incorporación al Perú de Potosí, La Paz y Chuquisaca: "hasta que se restablezca en su legítimo mando el Excmo. Señor Virrey de Buenos Aires, y demás autoridades legalmente constituidas". No obstante, en 1825, la Asamblea General de Diputados de las Provincias del Alto Perú determinaron: "no asociarnos, ni a la República del bajo Perú ni a la del Río de la Plata" y declarar su independencia absoluta. Perú no aceptó en principio la creación de Bolivia. Para 1828 La Mar y Gamarra trabajaron

Alto Perú, actual Bolivia. Se le tacha de dictador, que lo fue bajo la aprobación del Congreso peruano y no por la fuerza, como se le presenta en la actualidad. Estas opiniones, avivadas por la ignorancia y una historiografía acérrimamente anti Bolívar[521], han creado una idea distorsionada del Libertador. Consciente de los defectos y sombras en la vida de aquel hombre, no debe olvidarse que el giro de la guerra y la creación del Estado peruano independiente fueron su obra. San Martín liberó, creó y gobernó entre 1821-1822, pero no logró, por las razones descritas, acabar con la guerra ni formar una nación plenamente constituida. Fue Bolívar, quien al llegar a Lima encontró una nación dividida y estancada en lo militar, el que realmente completó y consolidó la independencia del Perú; desconocer esto, más que un arrebato nacionalista, colinda en lo mezquino y en un incorrecto estudio ponderado de las fuentes.

Bolívar, a diferencia de San Martín, fue un hombre que supo entender los juegos de poder en Perú. Se rodeó de pocos colaboradores locales (Sánchez Carrión e Hipólito Unanue), e incorporó a Monteagudo, odiado entre la élite limeña, más por sus habilidades organizativas que por las ideas monárquicas que abrigaba desde los días del Protectorado. Al venezolano Tomás de Heres, que había servido años allí con el batallón Numancia, lo sumó como ministro de Guerra y Marina por ser buen administrador y entendido en los asuntos del ejército. Cuando el Congreso de Colombia lo despojó del mando militar, conforme a la ley del 28 de julio de 1824, en vez de desoír y continuar como conductor decidió delegar en Sucre, su más preciado colaborador; el resultado sería la terminación del dominio español en la tierra de los incas.

El Libertador creó en Perú su ejército sobre la base de la División Auxiliar Colombiana. Se dedicó minuciosamente a la conflagración,

para sacar a Sucre y las tropas colombianas de Bolivia. Ocuparon parte de ese país, promovieron el famoso motín de Chuquisaca y lograron la salida de Sucre y del ejército, aunque no consiguieron anexar Bolivia. En julio de 1828 Sucre y Gamarra firmaron el tratado de Piquiza, donde Perú y Colombia se comprometían abandonar Bolivia. Fue una victoria peruana, pues salvaguardaron su retaguardia en momentos donde ya le había declarado la guerra a Colombia (guerra colombo-peruana 1828-1829).

521 La más reciente producción de este tipo es la de Herbert Morote, titulada *Bolívar: libertador y enemigo N.° 1 del Perú*. Libro que ha tenido gran venta en ese país y que tiene errores de juicio, cita de cartas apócrifas y poca rigurosidad metodológica. En las redes sociales como YouTube también pueden encontrarse numerosos vídeos hechos por peruanos contra la figura de Bolívar.

centralizando la administración en un ministerio de guerra. Trasladó sus tropas a la sierra del norte, Cajamarca y Huaraz, para condicionarlo a las alturas. Para reunir y dotar las tropas pidió hombres a Colombia, ordenó reclutas, requisó bienes a la iglesia y a las haciendas. El 6 de agosto de 1824 derrotó a Canterac en Junín, hecho que permitió controlar el centro y los fértiles valles de Jauja, tomar gran cantidad de pertrechos y arrinconar a La Serna en Cuzco. Bolívar también sacó provecho del conflicto de Olañeta con La Serna para mantener a los realistas sumidos en lucha interna.

En el ámbito político, el Libertador pudo salir tanto de Riva Agüero como de Torre Tagle. Estos hombres, cuando vieron su poder e influjo amenazados por la presencia colombiana, buscaron negociar con el virrey La Serna el retorno de la monarquía. A José La Mar y Agustín Gamarra los mantuvo cerca para controlar sus ambiciones particulares. En cuanto al general Santa Cruz, a pesar de su fracaso en Intermedios, lo sumó al ejército y con esto conservó su adhesión. Finalmente, el Congreso del Perú depositó en él la dictadura para dirigir política y militarmente todo el país sin restricción alguna.

La batalla de Ayacucho fue la última batalla importante por la independencia en Suramérica. Después del 9 de diciembre de 1824 la resistencia española se redujo al Alto Perú, El Callao, la isla de Chiloé y el sur de Chile, con partidas mapuches defensoras del rey. Todas eran resistencias aisladas y de peligro menor. En los próximos dos años, el Alto Perú se transformaría en Bolivia; El Callao capitularía y los españoles en Chiloé abandonarían su propósito con el tratado de Tantauco. De esta manera, Ayacucho cierra militar y políticamente un proceso de lucha iniciado en 1810 y en el caso peruano a partir de 1820, cuando San Martín exporta la guerra de liberación.

Ayacucho está sujeta a la doctrina napoleónica, puesto que los mandos participantes estaban imbuidos en las tácticas y estrategias empleadas por Napoleón a inicios del siglo XIX. La Serna, Canterac, Valdés y demás jefes españoles tenían experiencia de combate contra las fuerzas francesas en la península. En el lado independiente encontramos que La Mar participó en el sitio de Zaragoza o a Miller, que luchó en Vitoria y otros sitios de la península. Era una época en la que circulaba la información y los recuerdos de las maniobras de Bonaparte. El Manual del barón Thiebault, por ejemplo, fue adoptado por el ejército de Bolívar desde 1818.

A esta batalla concurrieron dos ejércitos muy desgastados. Al salir de Cuzco a finales de septiembre de 1824 La Serna contaba con diez mil hombres, tres meses después tenía casi siete mil. Sucre, por otro lado, que contó en Junín con 8.700 soldados, llegó a Ayacucho con menos de seis mil. Esto significaba dos cosas: 1. Los bandos estaban hartos de la guerra. 2. Los reclutamientos se hicieron más difíciles ante la negativa local de ir al combate. Por tanto, la batalla de Ayacucho fue un enfrentamiento más o menos equilibrado. Sucre tenía menos cantidad, pero más experiencia entre sus soldados; La Serna tenía más hombres, pero con menos práctica de combate. En el Ejército Unido Libertador había unos cuatro mil colombianos que acumulaban años de lucha. El ejército realista, compuesto mayormente por peruanos, tenía muy poca destreza en este oficio. A esta situación de cantidad-calidad se unió el deterioro previo a la batalla con las marchas y contramarchas que ambas fuerzas realizaron entre septiembre y diciembre de 1824.

La batalla de Ayacucho fue librada entre americanos y en concreto entre peruanos, más que por españoles. Sucre tenía un ejército de múltiples nacionalidades, pero al menos 1.800 de esos soldados eran naturales del Perú. La Serna, en cambio, tenía más de la mitad, O'Connor llegó a decir que el 95 por ciento eran combatientes peruanos. En suma, Ayacucho fue una batalla entre hijos de la misma tierra, separados por ideas y creencias. La sangre peninsular derramada en combate fue poca en comparación con los cientos de americanos que perdieron la vida aquella jornada.

En aquellos años las naciones de la América del Sur estaban inmersas en problemas no menos importantes. La Gran Colombia, presionada por Bolívar para contribuir con hombres y recursos a la guerra peruana, se encontraba destruida, endeudada con los acreedores británicos; Chile enfrentaba aún la presencia española en su territorio; el Río de la Plata quería negociar con La Serna y no dar más dinero al Perú. Al final cada gobierno (Santander, Freire o Rivadavia) tenía intereses y necesidades que no contemplaban al Perú por prioridad. Bolívar debió trabajar entonces en lo militar con lo que encontró en ese país y pudo recibir de Colombia… nada más. La conclusión de esto es que el agotamiento no solo era militar, sino económico.

La sublevación de Olañeta y la derrota en Junín golpeó la moral española, así como redujo aquel ejército en fútil guerra que Bolívar aprovechó para lanzar su exitosa incursión sobre el centro peruano. Ayacucho también refleja esa división cuando, después de la derrota, Olañeta quedó aislado y repudiado en el Alto Perú por sus propios hombres que deseaban acogida con la capitulación.

Los errores militares cometidos por los realistas en Ayacucho podían sinterizarse así: 1. El virrey concibió situar sus tropas en las alturas del Condorcunca, que veía como ventajoso para descender sobre el llano de Ayacucho, sin tener en cuenta lo irregular del terreno para el movimiento de la caballería, así como la dificultad para flanquear a Sucre. 2. El avance de Rubín de Celis alteró toda la táctica y privó a los monárquicos de usar los demás cañones de su flanco izquierdo. 3. Mover la caballería sobre terreno cortado imposibilitó el uso pleno de esta fuerza, que resultó diezmada por la reserva de Sucre y la división de Córdova, mejor ubicadas.

Para Sucre esta batalla fue en principio defensiva y luego de contraataque. Al dominar el flanco de Villalobos y barrer a Monet, el jefe republicano inició una contraofensiva hacia el flanco de Valdés y los dispersos del resto del ejército hasta las alturas del propio Condorcunca. Su éxito radicó en: 1. Saber posicionar la reserva para un pronto desplazamiento sobre el terreno. 2. Tomar una posición que protegía naturalmente sus flancos. 3. Atacar de forma preventiva la izquierda y el centro enemigo antes de que aquel entrara en pleno combate, es decir, arremeter para evitar que el contrario desplegara toda su fuerza sobre la pampa de Ayacucho. El avance preventivo de Córdova, secundado por Miller, causó el efecto deseado. El ejército realista no pudo maniobrar plenamente ante lo quebrado del terreno y la arrolladora marcha republicana.

Como hemos podido observar, la campaña libertadora del Perú de 1823-1826 tuvo gran parte de la acción en el mar. En efecto, considerando las características geográficas de Perú, habría sido imposible para el Libertador, para la República de Colombia y para los propios patriotas peruanos cumplir el objetivo de vencer a los realistas sin el dominio de la costa, de los puertos y de las rutas marítimas. Sin este dominio del Pacífico no habrían podido enviarse con suficiente velocidad al Perú las tropas, armas y provisiones necesarias, ni mucho menos establecer

comunicaciones adecuadas entre el Ejército Auxiliar de Colombia y el Gobierno colombiano en Guayaquil, Bogotá, Panamá y otras capitales de la República.

Estas reflexiones también permiten valorar el trabajo de la Escuadra Colombiana del Pacífico entre 1823 y 1826, que ha pasado desapercibido para la mayor parte de la historiografía. Según la documentación, la Escuadra del Pacífico nunca contó más que con las corbetas *Bomboná, Pichincha* y *General Santander,* el bergantín *Chimborazo* y la goleta *Guayaquileña,* además de lidiar siempre con una gran escasez de víveres, dinero, armas e incluso agua potable. Aun así, esta minúscula escuadrilla pudo transportar en menos de año y medio un aproximado de 10.000 hombres al Perú, y luego repatriarlos cubriendo enormes distancias entre puertos tan distantes entre sí como El Callao y Panamá, en los extremos de la línea de suministros.

Además de transportar tropas, la escuadrilla antes detallada fue capaz de escoltar convoyes de buques mercantes fletados, cazar corsarios enemigos, superar motines e incluso librar una batalla naval contra una fuerza enemiga muy superior sin perder una sola de sus unidades. La escuadra colombiana también aportó a la independencia peruana el préstamo de su base de Guayaquil para la reparación de varios buques peruanos, así como el refuerzo de la escuadra peruana con sus propias unidades.

Mención aparte merece la actuación de la Marina colombiana en el bloqueo de El Callao entre 1825 y 1826. Ciertamente la partida de la escuadra de Guruceta facilitó las cosas para el Ejército Libertador Unido del Perú y para la escuadra aliada, sellando luego la suerte de El Callao y Chiloé la disolución de la misma. Pero eso no debe empañar el hecho de que aun tras el triunfo de Ayacucho la resistencia de El Callao era un grave peligro para la independencia peruana y para toda la causa emancipadora en Sudamérica. La permanencia de la bandera española en el Real Felipe era un verdadero símbolo alrededor del cual podían unirse los muchos realistas que quedaban aún en el antiguo virreinato. Además, no podía descartarse del todo la posibilidad de que El Callao fuese auxiliado o al menos abastecido por una fuerza española proveniente de la Península o de las Filipinas. El liderazgo colombiano ya había vivido con Puerto Cabello el peligro de relajar el bloqueo de una fortaleza costera, pues fue desde Puerto Cabello que Morales pudo

lanzar un contraataque y tomar Maracaibo a finales de 1822.

Evidentemente, El Callao no iba a ser rendido solo por un bloqueo terrestre, sino por la combinación de un cerco terrestre y marítimo, siendo incluso más importante el segundo. Así, el lento pero efectivo bloqueo al cual fue sometido Rodil por la escuadra de Illingworth fue la clave de la victoria colombo-peruana en el sitio, aunque la historiografía tradicional preste más atención al ruido de los cañones que a la progresiva degradación física que sufrieron los españoles en El Callao, gracias al trabajo de la escuadra.

En resumen, la Escuadra Colombiana del Pacífico cumplió un rol clave en la independencia peruana entre 1823 y 1826, sin el cual habría sido imposible siquiera llevar a cabo la campaña libertadora.

FUENTES

Bibliográficas

ARANA, Marie. Bolívar o Libertador da América. São Paulo: Editorial Tres Estrelas, 2015.

ASAMBLEA NACIONAL DE VENEZUELA, Independencia, Constitución y Nación: Actas del Congreso de Cúcuta 1821, Serie Bicentenario del Congreso Fundacional de Venezuela, Asamblea Nacional, 2021.

BENCOMO BARRIOS, Héctor. La emancipación del Perú. Caracas: Italgráfica, 2007.

BOLÍVAR, Simón. Obras completas. (3 Volúmenes). La Habana: Editorial Lex, 1947.

___________. Cartas del Libertador. Caracas: Fundación Boulton, 1959.

___________. Papeles de Bolívar (Vicente Lecuna Comp.), Caracas: Litografía El Comercio, 1917.

___________. Carta de Jamaica. Caracas: Fundación Imprenta de la Cultura, 2015.

BOTERO SALVARRIAGA, Roberto. El General José María Córdova. Medellín: Editorial Bedout, 1970.

BULNES, Gonzalo. Bolívar en el Perú, últimas campañas de la independencia del Perú. Madrid: Editorial América, 1919.

BUSHNELL, David. El Régimen de Santander en la Gran Colombia. Bogotá: El Áncora Editores, 1985.

CARRASCO LIMAS, Apolonio. Historia del Perú, de Juan Basilio Cortegana. Lima Perú. 1954.

CASTILLO MORALES, Juan. Historia del Perú. Lima: Ediciones Jalsa, 1983.

CORTÁZAR, Roberto (Compilador). Cartas y mensajes de Santander. Bogotá: Voluntad, 1954.

CRUZ SANTOS, Abel. Don Pedro Gual. El estadista grancolombiano. Caracas: Academia Nacional de la Historia, 1983.

DELLEPIANE, Carlos. Historia Militar del Perú. Lima: Ministerio de Guerra, 1977.

DENEGRI LUNA, Félix. Historia Marítima del Perú (2 volúmenes). La República 1826 a 1851. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1976.
DESTRUGE, Camilo. Guayaquil en la Campaña Libertadora del Perú. Guayaquil: Imprenta La Reforma, 1924.
ENCINA, FRANCISCO. Bolívar y la independencia de la América Española: Emancipación de la Presidencia de Quito, del Virreinato de Lima y del Alto Perú. Santiago de Chile: Editorial Nascimiento, 1954.
ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO. Biografía del excelentísimo señor teniente general Don Valentín Ferraz. Madrid: Imprenta de Don Pedro Montero, 1854.
GARCÍA CAMBA, Andrés. Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú. Madrid: Establecimiento tipográfico de Don Benito Hortelano, 1846.
GUIBERT conde de, Jacques-Antoine-Hippolyte. Essai Général de Tactique Générál. Londres: 1772.
GRISANTI, Ángel. La batalla, la capitulación y las actas de Ayacucho. Caracas: Ediciones del Ministerio de la Defensa, 1974.
HUMPHREYS, Robert A. La Marina Real Británica y la liberación de Sudamérica. Caracas: Fundación John Boulton/Fundación Eugenio Mendoza, 1962.
LECUNA, Vicente. Bolívar y el arte militar. Nueva York: The Colonial Press, 1955.
___________. Campaña de Bomboná, Caracas: Centro de Estudios Simón Bolívar, 2022.
LÓPEZ, Manuel Antonio. Recuerdos Históricos del coronel Manuel Antonio López, ayudante del Estado Mayor del Libertador. Colombia y Perú 1819-1826. Bogotá: J. B. Gaitán Editor, 1879.
MADARIAGA, Salvador. Bolívar. México: Editorial Hermes, 1953.
MAITA RUIZ, José Gregorio. Poder Naval de la República de Colombia, 1823-1830. Caracas: Editorial El Perro y La Rana, 2022.
MELO, Rosendo. Historia de la Marina del Perú. Lima: Imprenta de Carlos F. Southwell, 1907.
MINISTERIO DE LA DEFENSA. Ayacucho… ¡Paso de Vencedores! Caracas: Ediciones del Ministerio de la Defensa,1974.

MILLER, Guillermo. Memorias del general Miller al servicio de la República del Perú. Lima: Biblioteca Bicentenario, 2021.
MORERA AGUILAR, Carlos. Acarreo de Provisiones en la Campaña de Ayacucho: Consideraciones Doctrinales (Trabajo de Grado para optar al título de Magíster Scientiarium en Historia Militar). Caracas, Universidad Militar Bolivariana de Venezuela, 2014.
MOROTE, Herbert. Bolívar, Libertador y enemigo nº 1 del Perú. Lima: Jaime Campodónico Editor, 2007.
MOSQUERA, Tomás Cipriano de. Memorias sobre Simón Bolívar. Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1977.
NEMESIO VARGAS, Manuel. Historia del Perú independiente. Lima: Imprenta de la Escuela de Ingenieros, 1903.
O'CONNOR, Francis Burdett. Un irlandés con Bolívar. Caracas: El Cid Editor, 1977.
O'LEARY, Daniel Florencio. Memorias del general O'Leary. Caracas: Ediciones del Ministerio de la Defensa, 1981.
ORTIZ SOTELO, Jorge. El vicealmirante Martín Jorge Guise. Lima: Dirección de Intereses Marítimos, 1993.
PAZ SOLDÁN, Mariano Felipe. Historia del Perú independiente, segundo periodo 1822-1827. Lima, Imprenta de Alfonso Lemale Ainé, 1870.
PERAZZO, Nicolás. Sánchez Carrión y Unanue, ministros del Libertador. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1982.
PÉREZ VILA, Manuel (Comp.). Doctrina del Libertador. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2009.
PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA. Las fuerzas armadas de Venezuela en el siglo XIX: la independencia 1810-1830. Caracas: Ediciones de la Presidencia de la República, 1963.
PUENTE CANDAMO, José A. Historia Marítima del Perú. La Independencia. 1790-1826. Lima: Instituto de Estudios Histórico-Marítimos del Perú, 1975.
RESTREPO, José Manuel. Historia de la Revolución de Colombia en la América Meridional. Bogotá: Imprenta de José Joaquín Besanzon, 1858.
RUMAZO GONZÁLEZ, Alfonso. Sucre, Gran Mariscal de Ayacucho. Madrid: Edime, 1976.

REY DE CASTRO, José María. Recuerdos del Tiempo Histórico. Caracas: Comisión Nacional del Bicentenario del Gran Mariscal Sucre, 1995.

SILVA OTERO, Arístides. La diplomacia hispanoamericanista de la Gran Colombia. Su significado en la historia de la diplomacia y del derecho internacional americanos. Caracas: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales, 1967.

SOCIEDAD EXMILICIANOS DE MADRID. Vida militar y política de Espartero. Vol. I. Madrid: Imprenta Sociedad de Operarios del Mismo Arte, 1844.

SUCRE, Antonio José. Archivo de Sucre. Caracas: Fundación Vicente Lecuna, 1974.

STRAKA, Tomás; Sánchez, Agustín; Zeuske, Michael (Comps.). Las Independencias de Iberoamérica. Caracas: Fundación Polar, UCAB, Konrad Adenauer Stiftung, 2011.

TORD, Luis Enrique. Ayacucho, la libertad de América. Lima: Comisión Mixta de los Sesquicentenarios de Junín, Ayacucho y Convocatoria al Congreso de Panamá, 1974.

TORO JIMÉNEZ, Fermín. Historia Diplomática de Venezuela, 1810-1830. Caracas: Universidad Central de Venezuela-Facultad de Ciencias Jurídicas y Políticas, 2008.

TORRENTE, Mariano. Historia de la revolución hispanoamericana, Madrid: Imprenta de Moreno, 1830.

TRISTÁN, Flora. Peregrinaciones de una paria, en Utopismo socialista (1830-1893). Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1977.

URRUTIA, Francisco José. Los Estados Unidos de América y las Repúblicas Hispano-Americanas de 1810 a 1830. Madrid: Editorial América, 1918.

VALCARCEL, Carlos Daniel. Breve Historia del Perú. Caracas: Academia Nacional de la Historia. 1985.

VALDÉS, Jerónimo. Exposición que dirige al rey don Fernando VII el Mariscal de Campo don Jerónimo Valdés sobre las causas que motivaron la pérdida del Perú, desde Vitoria, a 12 de julio de 1827. La publica su hijo el conde de Torata. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1894.

___________. Documentos para la historia de la guerra separatista del Perú. La publica su hijo el conde de Torata. Madrid: Imprenta de la viuda de M. Minuesa de los Ríos, 1895.

Hemerográficas (Segundo orden)

JIMÉNEZ LÓPEZ, Hadelis. "La Batalla Naval de Maracaibo y la Campaña del Sur" en Revista de la Armada, Nº 10, 24 de julio de 1986.

SIN AUTOR. "Guayaquil. Escuela Náutica". Gaceta de Colombia. Bogotá, domingo 31 de octubre de 1824. N° 154, p. 2.

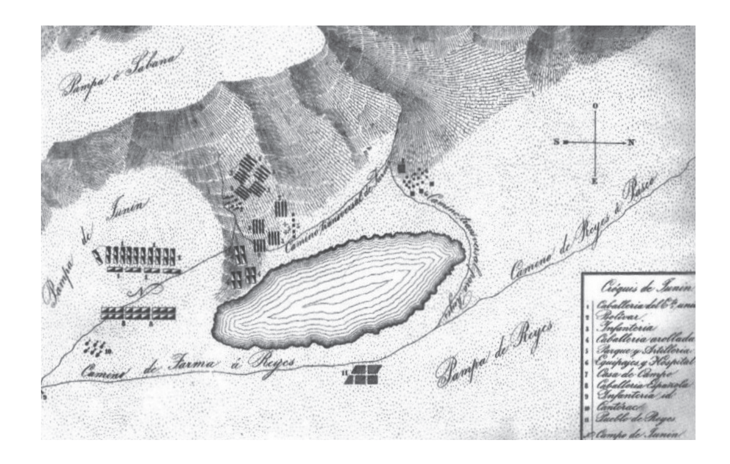
___________. "Guayaquil". Gaceta de Colombia. Bogotá, domingo 26 de diciembre de 1824. N° 167, p. 2.

Electrónicas

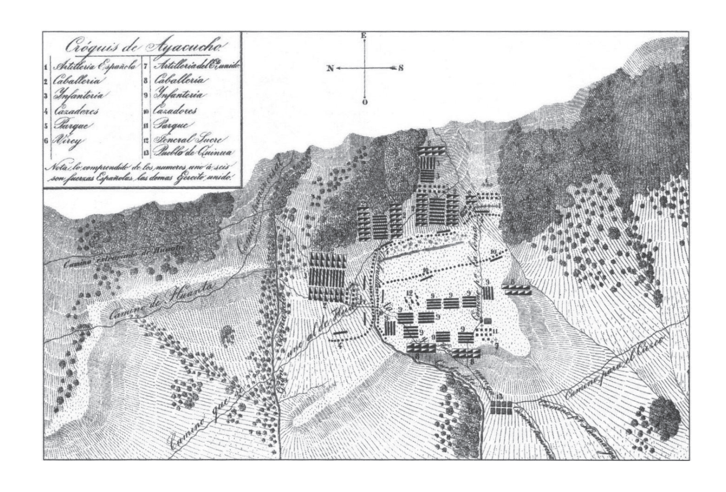
BOLÍVAR, Simón. Archivo del Libertador. Disponible en: www.archivodellibertador.gob.ve

CUBITT, David J. "Guayaquil in Gran Colombia 1822-1830" en *Ehsea*, Nº 15, julio– diciembre de 1997, pp. 165-186 (Descargado On Line el 04 de abril de 2017 a las 12:13 pm). Disponible en: http://dspace.uah.es/dspace/bitstream/handle/10017/6000/Guayaquil%20in%20Gran%20Colombia%201822-1830.pdf?sequence=1

EGEA LÓPEZ, Antonio. "La resistencia española en Sudamérica tras Ayacucho, a través del *Diario Mercantil de Cádiz*" en Repositorio de Objetos de Docencia e Investigación de la Universidad de Cádiz (Descargado On Line el 20 junio de 2016 a las 10:00 am). Disponible en: http://rodin.uca.es/xmlui/handle/10498/11173



Croquis de la batalla de Junín. Biblioteca Nacional de Venezuela.



Croquis de la batalla de Ayacucho.
Biblioteca Nacional de Venezuela.



Denis Auguste Marie Raffet. Memorable y decisiva batalla de Ayacucho (en el Perú), el 9 de diciembre del año 1824. Año: 1826. Litografía sobre papel. Museo de Arte de Lima. Comité de Formación de Colecciones 2013.



Martín Tovar y Tovar. Batalla de Ayacucho. 1890. Óleo sobre tela, iniciada por Martín Tovar y Tovar, y culminada por Antonio Herrera Toro. Caracas. Colección del Palacio Federal Legislativo.



Teófila Aguirre. Batalla de Ayacucho. 1918. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú, Lima.



Daniel Hernández Murillo. La capitulación de Ayacucho. 1924. Óleo sobre tela. Lima. Museo del Banco Central de Reserva del Perú.



Aurelio Bernandino Arias. Obelisco conmemorativo a la batalla de Ayacucho. Santuario histórico de la Pampa de Ayacucho. Quinua, Perú.



Vista área de la pampa de Ayacucho.

LA CAMPAÑA LIBERTADORA
DEL PERÚ, 1823-1826
Epílogo del dominio español en América
se imprimió en la Fundación Imprenta de la Cultura
Guarenas, Venezuela,
en el mes de julio de 2024





Este libro es el resultado de una amplia investigación de los hechos previos a la última y mayor de las batallas en la guerra de independencia suramericana: la batalla de Ayacucho. La presente obra, motivada por el bicentenario de este último enfrentamiento y la definitiva erradicación de los poderes imperiales de España en América, da cuenta, con información documentada, de los sucesos que desde 1823 hasta 1826 consolidaron la emancipación de todo el continente. El historiador Javier Escala, en los aspectos militares terrestres, y el doctor José Gregorio Maita, ilustrando los poco difundidos elementos y estrategias navales, ofrecen un panorama concreto de esta gesta libertaria. Es el resultado de la colaboración interinstitucional del Centro Nacional de Estudios Históricos y la Editorial El perro y la rana.

JAVIER ESCALA. Licenciado en Historia (UCV), magíster en Historia de Venezuela (UCV) y en Historia Militar (UMBV). Profesor del PNF en Historia de Unearte. Ganador del premio "La Carta de Jamaica en el siglo XXI. Miembro de la Sociedad Divulgadora de la Historia Militar de Venezuela. Autor de *El general José Antonio Páez y la guerra en los llanos de Barinas 1816-1820* (2023).

JOSÉ GREGORIO MAITA RUIZ. Doctor en Historia (UCV, 2018), magíster en Historia Militar (UMBV, 2015) y oficial asimilado en la Armada Bolivariana. Se ha desempeñado como profesor universitario y conferencista, autor de *Los destructores clase "Nueva Esparta", orgullo de la Armada Venezolana* (2015) *y Poder Naval de la República de Colombia 1823-1830* (2022), entre otros.









